

HUGO JOSÉ SUÁREZ
París a diario



París a diario

París a diario

Hugo José Suárez
París, 2020



Universidad Nacional Autónoma de México
México, 2022

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Suárez, Hugo José, autor.

Título: París a diario / Hugo José Suárez.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2022. | Serie: Cátedra universitaria ; 19. | "París, 2020".

Identificadores: LIBRUNAM 2136323 | ISBN 978-607-30-6491-0

Temas: París (Francia) -- Vida social y costumbres -- Siglo XXI. | París (Francia) -- Descripción y viajes -- Siglo XXI.

Clasificación: LCC DC707.S83 2022 | DDC 944.361—dc23

Portada: Diego García del Gállego

Primera edición: 2022

DR© 2022, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, 04510 Ciudad de México

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
Dirección General de Divulgación de las Humanidades
Programa Editorial

ISBN: 978-607-30-6491-0

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

A Anahí, mi dulce compañerita

Evidentemente, mi tipo de diario no tiene nada de un 'diario literario', lo que me han reprochado como una carencia; no pretende darme un estatuto de noble posición, sino mostrarme como persona ordinaria sin ocultar una buena cantidad de carencias y errores.

Edgar Morin

Y, ahora, mis libros son varias cosas a la vez, historia, sociología, antropología, encuesta, relato, diario de viaje, biografía, autobiografía, oración, literatura con cosas que se abren y cosas que se cierran.

Ivan Jablonka

PRESENTACIÓN

SE DICE QUE HAY QUE ESCRIBIR el libro que uno quisiera leer.

Comencé este diario en marzo del 2018 en el Café La Selva de Coyoacán, Ciudad de México, luego de que se confirmara que realizaría un viaje a París en el marco de una cátedra en la Universidad. Soy sociólogo de origen boliviano, vivo en México hace más de quince años y me dedico a investigar asuntos de sociología de la religión y la cultura urbana en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, donde también doy clases y seminarios. Sin embargo, más allá de mi inquietud profesional —que se ve reflejada en mis libros y artículos académicos— mantengo una relación cotidiana con la escritura que sobrepasa los márgenes de mi disciplina; escribo artículos de opinión en los periódicos, ensayos en revistas, “entradas” en mi blog o en “redes sociales”. Disfruto del “acto de escribir” —como dulcemente coincidían Fernando del Paso y Richard Sennett— y he incorporado esa práctica en la vida diaria.

Mi escritura tiene varios niveles: el formal-científico, el público-abierto, el circunstancial-dirigido y el íntimo. Las cuatro dimensiones aparecen en distintos soportes: textos universitarios, artículos periodísticos, epístolas y mi “cuaderno de notas”, que queda archivado en mi computadora. Este documento se construye en dos vertientes que se entrelazan de distintas maneras. Por un lado, la experiencia de viajar, de desplazarse a un territorio ajeno donde todo es una sorpresa y; por otro lado, la curiosidad, la observación y las ganas de convertir lo mirado en una historia. Los textos que le preceden son *Mirar, viajar*,

narrar,¹ que recopila una serie de relatos sobre visitas a lugares intercalando fotos con textos, y *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*,² que es el fruto de un año sabático en aquella ciudad.

Decía que, cuando se confirmó mi estancia en Francia, quise aprovechar la oportunidad para continuar con el relato de viajes y me di a la tarea de registrar poco a poco lo que luego se convertiría en este diario. Como se verá en las primeras páginas, leí varios autores que habían hecho algo similar y revisité mis propios textos para ver qué contenido le iba a dar a este libro. La agenda quedó abierta, iba a mantener el formato de un diario fechado y me permitiría vaciar en él reflexiones de naturaleza ecléctica. Por eso este texto se nutre de impresiones a bocajarro, ideas reposadas, sentimientos, datos, citas, observaciones cotidianas, frases, recortes de periódicos, opiniones y más. Intenté mayor sinceridad de la que tuve en otras ocasiones, busqué más transparencia —sin exageraciones— dejando salir ideas más abruptas, acaso inocentes, pero que algún color contribuyera en este fresco. Por lo mismo, no es un contenido uniforme, todo lo contrario, se alimenta de lo que pasa por la vereda de la vida que, sometido al proceso reflexivo, termina en la pantalla de una computadora.

Distintas razones motivaban estas líneas. Una de ellas era la necesidad de dejar el testimonio de lo vivido en París pensando sobre todo en que mis hijas pudieran acudir a este libro en el futuro —como sucedió con *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*—. Otra línea consistía en plasmar, de alguna manera, la atmósfera intelectual y cultural parisina en esta temporada; hace tiempo, realicé un libro de entrevistas a académicos de varios

¹ Hugo José Suárez (2018). *Mirar, viajar, narrar*. La Paz: 3600.

² Hugo José Suárez (2015). *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*. La Paz: 3600.

países y de distintas generaciones donde les preguntaba sobre su historia profesional,³ y lo más estimulante era que contaban el ambiente en el cual construyeron sus investigaciones, los autores que leían, las conferencias que daban o a las que asistían, el contenido de los seminarios, etcétera —así que compartir el clima donde circulan las ideas es siempre una tarea grata.

La cocina del libro tuvo varios momentos y tensiones. Por sus características, la sorpresa, el asombro y, en cierto sentido, la ingenuidad, son aliados que ayudan y conducen la mirada, pero hay un momento en el que, luego de meses de vivir en un lugar, la percepción se aplanan y uno se convierte —casi— en un nativo. Se podrá apreciar cómo fui transitando del viajero fascinado con lo nuevo hacia el habitante ordinario de una urbe con su propia lógica.

También es difícil lidiar con un “lugar-objeto” como París, que trae consigo una carga acumulada desde el principio. Intenté no caer ni en la fascinación complaciente —y, en el límite, prisionera del pensamiento colonial—, ni en el guía turístico altamente calificado. Busqué constantemente que el texto estuviera filtrado por el ojo sociológico y, de hecho, esas tensiones me dieron la pauta sobre cuándo era necesario poner un punto final. Recorrió mi mente la pregunta sobre el cuándo y cómo concluir un diario, y la respuesta estuvo cuando mis observaciones perdieron la sorpresa, cuando lo extraordinario empezó a ser ordinario, cuando nada me llamaba la atención o lo hacía en dos direcciones opuestas: emprender un estudio profundo sobre cierto aspecto (la mendicidad, la historia, el uso de lo público) o regresar a mi cuaderno de notas íntimas, que es donde escribo sin la intención inmediata de compartir. Era septiembre del 2019. Di por concluido el libro y me dediqué a los pasos posteriores de

³ Hugo José Suárez (2009). *Tertulia sociológica*. México: Bonilla Artigas Editores.

edición. Pero solo unos meses más tarde, apareció la Covid-19 que alborotó mi vida y, por supuesto, este documento. Supe que tenía que seguir escribiendo sobre esa experiencia atípica, nació así la segunda parte del diario, prácticamente desconectada de la anterior, en la que casi solo me ocupo de la sobrevivencia, del miedo, del desasosiego, de la “normalidad” y la “nueva normalidad”. Ojalá que los lectores sean complacientes con ese desfase, que es de alguna manera el reflejo del golpe que significó el coronavirus en nuestras vidas.

Me quedaron cientos de temas que no traté: el desenlace del mendigo de mi calle, el funcionamiento operativo del sistema de salud, el compromiso social de las pequeñas empresas, el misterio de los señores árabes sentados en una esquina con una libreta y una pluma en la mano hablándole a la gente, la percepción de la vejez y la agenda de los jubilados, las formas del mundo escolar y los padres de familia, el rol de las imágenes con las que los franceses nos representan —las llamitas para los bolivianos o la foto de Frida para los mexicanos, por ejemplo—, la fascinación francesa por los trámites, los *dossiers* y la burocracia, y un largo etcétera. Pero no me preocupa, esto no pretende ser un tratado de un latino en París —que, por cierto, sería aburridísimo, imposible y probablemente inservible— sino una bitácora llena de textos que atravesaron el filtro de la observación dirigida.

Cuando estaba por concluir este documento me preguntaba sobre la pertinencia de regar más tinta sobre París —acaso la ciudad que más plumas ha estimulado— y tuve un sentimiento similar cuando escribía sobre Nueva York. ¿Qué se puede decir nuevo, pertinente, interesante? Pero, además, ¿qué hace un sociólogo con un diario de vida?, ¿no les toca esa tarea a los escritores? No tengo respuestas claras, pero desde hace algunos años, promuevo una sociología dialogante con la literatura —lo

que se puede apreciar en los múltiples párrafos de estas páginas— y este libro pretende abonar en esa dirección. Creo que la sociología perdió mucho abandonando el género del diario de vida —que no es el mismo que el diario de campo—. ¡Cuánto habríamos avanzado si los grandes sociólogos nos hubieran dejado una bibliografía personal paralela a sus investigaciones formales!

En todo caso, volviendo a mi primera frase, escribí este libro porque es el libro que me hubiera gustado leer cuando iba a empezar la aventura parisina; lo empecé en el Café La Selva en Coyoacán y lo terminé en el Café Lomi en París. Ojalá llegue a lectores que tengan esa misma curiosidad y que cumpla sus expectativas.

Julio, 2020, París.

PRIMERA PARTE

19 DE MARZO DEL 2018

LA NOTICIA, LA INTENCIÓN, EL RECUERDO, EL PROYECTO

HOY, DÍA DEL PADRE EN BOLIVIA, supe que me dieron la cátedra en el Instituto de Estudios Superiores de América Latina (IHEAL) en París, es el sello del proyecto de trasladarnos allá durante 2018-2019. Para tomar la decisión, varios asuntos en el aire: el permiso institucional de la UNAM, la beca complementaria y la cátedra. El primero y el último tema ya se resolvieron, lo que confirma que en septiembre nos vamos. Empieza la agitación, el estrés, la aventura, la expectativa.

Quiero que la compañía de este viaje sea este texto, que iré escribiendo tanto cuanto me dé tiempo. Y empiezo ahora, a cinco meses de partir, el día en que la decisión está tomada y no hay vuelta atrás. ¿Qué me mueve a escribir estas líneas que espero luego se conviertan en un libro? No sé bien. Está, por supuesto, el antecedente de mi libro *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*, pero creo que me siento inspirado sobre todo por el libro *Journal de Californie*, que escribió Edgar Morin en 1969, luego de su estancia en Berkeley.⁴ Aquí voy a intentar ser más transparente que en mi reflexión anterior y utilizaré más insumos, a ver qué surge para publicar. Algo que me gustó del diario de Morin es que, por un lado, reproducía reflexiones muy personales y casi políticamente incorrectas —como contar sus sueños en los cuales aparecía Pierre Bourdieu y se preguntaba por qué este no le tenía simpatía—, hasta impresiones muy sueltas —como

⁴ Edgar Morin (1969). *Journal de Californie*. París: Seuil.

comentarios del periódico o alguna publicidad—. Ahí Morin no plasma reflexiones más redondas en forma ni en profundidad —como sí intenta ser mi vagabundeo neoyorkino que, entre otras cosas, oculta lo más íntimo y evita las reflexiones más teóricas o académicas, estilo que no quiero repetir— en cambio, Morin se permite entradas casi como lo que hoy se conoce como “post” en las redes, frases e ideas que no necesariamente están acompañadas de una explicación con principio y fin ni de un contexto. Ese estilo me gusta porque la vida sucede así, acumulando “cositas” que uno vive. Este texto será, pues, mi repositorio de las “cositas” parisinas. Además, contendrá un lado fetichista —que aprendí de una amiga italiana—: tendré una libreta paralela, no para la escritura, sino para guardar objetos que puedan ser pegados en ella; imagino que mi pasaje de ida, algún concierto, la etiqueta de un buen vino, la tarjeta de fidelidad de mi café preferido. Todo, por supuesto, irá acompañado de un archivo fotográfico y de filmaciones, que no sé qué haré con ellas o cómo las articularé cuando sea el momento de armarlo en una sola propuesta. El caso es que quiero tener algo donde quepa todo —un documento, una página web, un libro, qué sé yo.

Lo anterior porque en mi libro de Nueva York tuve una bifurcación que no resolví bien: por un lado, me quedé con un montón de fotos interesantes y que publiqué en un volumen aparte y, por otro lado, lo que escribí cumplía los cánones de esa manera de expresión. Aquí ensayaré más al estilo Cortázar —pretencioso, lo sé— o al estilo de Peter Kuper, que hace su *Diario de Oaxaca* o su *Diario de Nueva York*. Habrá que ver qué sale.

* * *

Inevitablemente, la noticia me hizo repasar mi relación con la academia francesa, con sus luces y sus sombras. No quiero dete-

nerme mucho, pero hay algún resabio negativo en la estrechez de lo francés, que llega a La Paz plasmado en la pequeña élite plana y reducida del Colegio Franco Boliviano o también en el desagradable rechazo que tuve de la embajada francesa en Bolivia cuando a mediados de los noventa, teniendo aceptación para hacer mi doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) con la dirección de Michael Löwy, no me permitieron aplicar a una beca porque solo las daban para medicina o agronomía.

Pero mejor refresco mis memorias positivas, como la emoción que sentí cuando, siendo becario en San Pablo, recibí una tarde la carta de Löwy en un sobre membretado por la EHESS diciendo que me quería como su doctorante, o cuando fui a su casa en París. Aunque quizás lo más desbordante fue mi contacto con Pierre Bourdieu. Resulta que cuando él publicó su *Contrafuegos*, yo —un simple latinoamericano estudiante de posgrado en Bélgica— le escribí para decirle cuánto me había gustado su compromiso político desde la sociología. Recuerdo haber ido al correo postal —yo vivía en Lovaina— para dejar mi carta dirigida al autor más importante de ese tiempo, como quien manda un mensaje en una botella al mar o como quien envía unas letras a Shakira esperando una respuesta. Semanas más tarde, llegó un sobre a mi buzón en la Grand Rue de Lovaina la Nueva (Bélgica) y fue el comienzo de un intercambio por demás satisfactorio. Tal vez el punto más culminante fue cuando me invitó a presentar mi tesis en su seminario, nunca había sentido tanto miedo y exaltación. Ese día me marcó, tengo en la pared de mi escritorio en Ciudad Universitaria (en México) la foto que inmortalizó el evento: estamos Michael Löwy, Pierre Bourdieu y yo en un café al frente de la EHESS luego del curso, la toma la hizo mi gran amigo Franck Poupeau, que es en parte responsable de que todo esto continúe.

Ese era un momento muy especial. Bourdieu me conectó con Franck —que era su asistente en el Collège de France y le dirigía la tesis— teníamos la misma edad y, por supuesto, compartíamos grandes afinidades, esto a finales de los noventa. Franck, entre otras cosas, estaba preparando su viaje a Bolivia, pues sus dos amigos entrañables, Christophe Giraud y Françoise Martínez (la última historiadora especialista en Bolivia), estaban profundamente vinculados al país. Fue fabuloso conocerlos a los tres. A partir de ahí se armó una movida sociológica muy fuerte; poco tiempo después, yo estaría volviendo a La Paz e impulsando el grupo Ciencia Social y Acción alrededor de la obra de Pierre Bourdieu, donde participarían, entonces como intelectuales desconocidos y marginales: Álvaro García, Raquel Gutiérrez, Raúl Prada y otros. Desde París, se veía La Paz con una fuerza mayor, con creatividad en los movimientos sociales —venía de pasar la Guerra del Agua, las movilizaciones en El Alto, etcétera— y la imaginación en ideas que prometían nuevas formas de la política —lo que se modificó en el camino—. Por otra parte, era el momento cúspide de Bourdieu, su etapa más mediática, lúcida y comprometida. El puente La Paz-París era de alimentación en todos los sentidos, incluso publicamos una traducción del pensador francés que, por primera vez, salía en castellano, organizamos una videoconferencia que nunca pudimos llevar adelante por cuestiones técnicas —lo hicieron en Chile y en Argentina, y sacaron libros respectivos, claro— y hasta exploramos la posibilidad de invitar a Bourdieu al país.

Todo eso —y mucho más— son recuerdos que algún día escribiré con mayor detenimiento. El caso es que hace treinta años, yo no había llegado a los treinta y conocía a Franck, adoraba París, pensaba en La Paz, me hacía sociólogo y quería ir a Bolivia a impulsar cientos de cosas. Ha pasado un tiempo largo desde entonces. Mis amigos bolivianos de entonces atravesaron

por el poder: lo que ganaron en autoridad y fama lo perdieron en creatividad y potencia intelectual. Por su parte, Franck devino en investigador del CNRS, yo en el IIS-UNAM, ambos tenemos familia —él se casó con una boliviana y tiene una niña con las dos nacionalidades— y nos encontramos nuevamente en otro contexto. También están mis entrañables amigos Françoise Martínez y Christophe Giraud, ella historiadora bolivianista y él sociólogo de la familia, a quienes conocí en los noventa y que ahora están en universidades importantes promoviendo varios proyectos interesantísimos. Finalmente, en París están Inés y Carlos, queridos camaradas con quienes nos encontramos en México y que desde ahí no hemos perdido el contacto. París nos abriga y reúne a todos.

Pero en la concreción de este proyecto está también la mano de Geoffrey Pleyers. Es curioso, representa una parte de mí: es belga, profesor de la Universidad Católica de Lovaina (UCL), heredero de la mejor tradición latinoamericana construida al calor de las iniciativas de François Houtart y Guy Bajoit, casado con una mujer mexicana, comprometido incansable con los movimientos sociales más interesantes en México y, claro, en América Latina. Lo descubrí hace algunos años y bastaron unos intercambios, unos cafés para coincidir y para convencernos de lo mucho que teníamos por hacer.

* * *

La oportunidad de París me llega en un momento en el que necesito urgentemente un espacio fuera de México. El asalto que sufrí hace más de un año, el terremoto, la violencia de hace unos días —los balazos en la puerta de mi casa—, mi hastío con esta ciudad que agota la paciencia de cualquiera. Ya no puedo más. Necesito salir, necesito distancia. Quizás este es el momento en

que más preciso irme. No sé cuánto tiempo, no sé con qué intensidad, pero sé que estoy en el lugar equivocado, que todo lo que estoy viviendo ya no cuadra. Sé que es tiempo de moverse, de buscar mejores ambientes para la vida, en todos los sentidos. No sé qué signifique eso, pero necesito otro lugar de observación para plantearme nuevas preguntas. Veremos qué ofrece París, en lo intelectual, en lo humano, en lo familiar, en lo institucional, en lo laboral. Solo en un tiempo podré evaluar, por ahora no tengo más que preguntas, impulsos y la certeza de que tengo que desplazarme.

9 DE MAYO DEL 2018

MIÉRCOLES

HACE UNA SEMANA, me llegó la notificación oficial del IHEAL sobre la cátedra en París. El proyecto ya está consumado, solo falta implementarlo. Me puse a evaluar el sentido de mi partida. Tengo pendiente un texto que titularía “¿Por qué dejo México?”, en el que diga por qué me autoexilio del país que elegí para hacer mi carrera, para vivir, para ver crecer a mis niñas. Aquí fue mi apuesta, luché por la “definitividad” en la institución pública más prestigiosa e influyente del país —la UNAM y el IIS—, me compré una casa de campo para construir mi biblioteca, y escribir, descansar, trabajar y envejecer, adquirí dos perras, compré un departamento en Coyoacán, el barrio que más me gusta. Traté de insertarme en mis contextos cercanos, empecé intercambios con mis vecinos en mi departamento de la Ciudad de México, fui a las fiestas populares de Huitzilac, caminé y busqué *hacerme parte* en cada lugar que pisé. Pero vino el desorden, el asalto, la balacera en la puerta de mi casa, la violencia insoportable, el terremoto. Ya no podía dormir tranquilo ni en el campo ni en la ciudad, ya no podía caminar en paz, salir a respirar, a tomar un café, a disfrutar del entorno. La violencia me expulsó, fue una búsqueda de sobrevivencia, una necesidad ineludible: partir.

Y comienzan los planes, la cabeza se pone en otro lugar. Lo más obvio: ¿dónde voy a vivir allá?, ¿cómo le haré para tener visa?, ¿cuándo comprar los pasajes? Buscando un departamento por “Sabbatical homes”, me impresiona la forma de vivir parisina

que puedo intuir. Ningún departamento se ofrece con estacionamiento —lo que es impensable en la Ciudad de México—, más bien resaltan a cuánto tiempo están del metro; todos informan cuán cerca está una tiendita o los servicios básicos. Me da la impresión que la urbanidad está más concentrada en lo inmediato, en la cercanía, en cierta escala humana, en el poder caminar, comprar la comida del día, salir del metro y llegar a casa. El transporte público está siempre cerca y es eficaz, un coche resulta innecesario. La inversión no es el pago de gasolina y servicios —además de avenidas y lo que conlleva el automóvil— sino en lo colectivo. En la Ciudad de México, cualquier departamento, aunque sea de clases populares, debe tener un garaje, y toda familia, incluso de economía frágil, debe contar con auto propio. En muchas ocasiones se tienen dos vehículos y no cabe duda de que, si quijotesicamente alguien quiere jugar a lo ecológico y no quemar gasolina, tendrá que invertir muchas más horas para moverse de un lugar a otro sufriendo, además, el maltrato de las *peseras*, el peligro de ser asaltado o atropellado al menor descuido. Algo está mal en el principio de urbanidad defecha.

* * *

CURIOSIDADES DE LA OBTENCIÓN DE VISA

Empiezo con el estrés del tiempo —típico en mí—; quiero comprar pasajes y rentar departamento lo antes posible para abaratar costos. Todo marcha, pero falta un documento clave —la *Convention d'Accueil*— que deberán enviarme para proceder con el trámite. Entro como explorador en una tupida selva a la página de internet de la Embajada de Francia. Se supone que ahí encontraré la fórmula para apaciguar mis temores. Algo se aclara, pero todavía tengo dudas, encuentro una tabla de salvación:

“Información únicamente por correo electrónico”. Copio la dirección y procedo a una carta formal —como normalmente acostumbro—. Me presento, expongo la razón de mi viaje y sus características, les anexo mi carta de invitación del IHEAL, enumero mis dudas y me despido con protocolo. Apenas pasan unos segundos y recibo una carta taxativa:

Le agradecemos el haber contactado al Servicio de Visas del Consulado General de Francia en la Ciudad de México. Le informamos que NO se contestará a las preguntas/dudas que ya están aclaradas en las informaciones tanto en el sitio Web como las que a continuación se describen. TODAS las informaciones acerca de las visas se encuentran en nuestra página de Internet del Consulado General de Francia en México.

Y vuelvo a empezar.

4 DE JUNIO DEL 2018

LAS DOS CÁTEDRAS DEL IHEAL

AYER ME ESCRIBIERON DEL IHEAL confirmándome las cátedras que voy a ofrecer. Sugirieron enfocarme en dos de las tres ofertas que envié, pero adecuarlas abriendo el contenido a una perspectiva más global ya que los estudiantes son de distintas disciplinas. Las acomodé. La primera será sociología de la religión en América Latina; voy a hacer un repaso de los ciclos de formación social y reacción religiosa en el continente desde mediados del siglo pasado desembocando en el panorama actual de la cuestión religiosa, luego voy a detenerme en las cuatro claves para entender la experiencia religiosa en la región —la fiesta, la imagen, los agentes paraeclesiales y el contenido sincrético— y, finalmente, tocaré algunos temas específicos como el espacio, la ciudad, focalizándome en la Ciudad de México y en algunos de sus creyentes. La segunda materia será cumplir una añoranza largamente abrazada, que es aplicar el Método de Análisis Estructural a algunas letras de cantantes latinoamericanos: un “análisis cualitativo de la música”. Voy a utilizar las herramientas del análisis estructural en las canciones de Benjo Cruz (del único disco que grabó), en las canciones de Café Tacvba, que dibuja un mundo crítico muy interesante, y tal vez en las canciones de Silvio Rodríguez.

Será una oportunidad para cumplir dos sueños: por un lado, organizar mi libro sintético sobre la cuestión religiosa en América Latina, como un aporte a la sociología de la religión en forma general y pensando desde el continente; por otro lado, tener el

tiempo para analizar canciones que desde hace mucho quería ver en el microscopio, lo que además me abrirá una veta analítica hacia el futuro.

AGENDA DE PRIMER VIAJE

Estaré en París del 12 al 21 de junio para ver lo del departamento, la escuela, y lo que se ocupe. Es curioso, pero veo cómo mi capital social parisino empieza a funcionar. Qué diferencia con mi ida a Nueva York, donde al principio solo tenía a Pamela Calla, Carmen Solís y Sinclair Thompson, todos encantadores, pero lo demás: ¡sálvese quien pueda! Antes de ir, puedo elegir dónde quedarme, sea en casa de mis amigos de antaño —a los que prefiero no molestar— o con los amigos de mi hermana, que es donde al final me alojo. Luego, mi agenda social de llegada está saturada, todas las noches ocupadas: miércoles, Shakira con mi sobrina Lucía; jueves, cena con Danilo Martuccelli; viernes, cena con Françoise, Christophe, Franck, Inés, Carlos; sábado, a Lovaina y cena con Jean Pierre Hiernaux; domingo, cena con *Social Compass*; lunes, imagino que cena con Abraham Franssen y Guy; martes, a París, y miércoles, vuelvo a México. Mis deberes oficiales son: conseguir departamento, conseguir escuela para mis hijas, conseguir la carta de invitación para tramitar la visa, visitar al director del IHEAL. Mis tareas académicas: reunión de la revista *Social Compass*.

Será una semana intensa, hay gente que no podré ver, me queda claro, pero más claro todavía está que allá hay una red de conocidos muy sólida, mi tradición, escuela y amistades están más en Francia que en Estados Unidos. Creo estar más cobijado, me siento más seguro, más acompañado.

VIERNES 15 DE JUNIO DEL 2018

VEA (VISA, ESCUELA, ALOJAMIENTO)

ESCRIBO DESDE LA AVENIDA JEAN JAURÈS, a unas cuadras de donde estoy alojado. Este fue el viaje de avanzada, como aquel que hice a Nueva York semanas antes de que toda la familia venga conmigo. Fue fabuloso dejar México, la violencia, las tensiones cotidianas... En el WhatsApp de mi edificio me recuerdan con un mensaje tenebroso que hay que tener cuidado de todo; informan de una “plática de seguridad personal” donde alertan que “en la actualidad está la inseguridad muy alta, con robos y secuestros en todos lados”. Siguen con instrucciones precisas: ve al súper acompañado, no vayas a tiendas locales en la noche, no te choques, cambia de trayecto al trabajo, escuela, amigos, no recibas invitaciones, no pelees, no muestres signos de tu trabajo o escuela. En suma: evite vivir aquí, váyase. En eso estoy.

Hablo desde un café en Jaurès, el socialista asesinado en 1914, una institución en la tradición progresista de Francia. Estoy lidiando con los primeros movimientos, solo vine por diez días con la clara misión de encontrar dónde vivir, conocer la ruta para la escuela de mis niñas y llevar la carta oficial de la Universidad para gestionar la visa en la embajada. Cada tema ha sido un aprendizaje que muestra algo de la cultura francesa.

Visa

Desde el principio me dijeron que necesitaba una carta híper-oficial que diga que estoy invitado. Es curioso, ser profesor

invitado es muy importante y abre muchas puertas, pero tienen que ser administrativamente legitimadas. Así, la famosa carta, con la que debo presentarme a la embajada francesa en México para que me traten con especial empeño, tiene que pasar por todas las instituciones posibles: parte del instituto que me recibe, luego va hasta la oficina del rector de la universidad, prosigue hacia el sello y firma del municipio, vuelve a la universidad y me la mandan por correo. Todo eso se requiere para que tenga validez y no se puede esquivar ni apresurar ningún paso. Por suerte, me informan que el escrito siguió su recorrido y ya me espera en el escritorio para que yo mismo lo lleve a México. Cuando tengo la carta en mis manos, veo que, a pesar de todo el protocolo formal, los sellos y la carga simbólica de cada tinta impresa, cometieron un error: en la parte delantera pusieron mi primer nombre, y en la trasera, el segundo: el aparato burocrático no está exento de yerros. Me llama la atención la intervención de la burocracia oficial y legitimadora de los papeles; recuerdo que en Nueva York le pedí al último funcionario que por correo electrónico cambiara un dato errado de la invitación para tramitar la visa y este lo resolvió en minutos. En Estados Unidos se juegan algunos grados de confianza raros y sobre todo eficaces, mientras que aquí se requieren protocolos muy establecidos y controlados desde la burocracia pública.

Escuela

Cuando llegué a Nueva York tenía que buscar tres escuelas. La más difícil fue para mi hijo Joaquín que tenía entonces quince años, fuimos a una oficina muy formal para hacer la solicitud y luego se le otorgó, pero para Canela y Anahí —de diez y seis años—, fui directamente al plantel que me recomendó mi casera como la mejor opción en la zona. Lo resolví en cinco minutos

dando los nombres y grados de las niñas y se presentaron a clases. Aquí he tenido que peregrinar por varias oficinas y páginas web para ubicarme en el procedimiento de asignación de colegio. Finalmente, llegué al “rectorado de París”, ahí me dieron una cita para tomarles a mis hijas un examen de francés y de matemáticas (el último en español) para que las asignen a un grado y establecimiento, y me dieron los requisitos de domicilio e identificación. La educación pública está en el corazón de esta sociedad y buscan la integración y el control. Los procedimientos son homogeneizados y —parece— eficaces.

Alojamiento

El mercado inmobiliario es enorme, pero siempre laberíntico. Intento varias rutas, empezando por internet “Sabatical homes”, “Airbnb” y unas páginas muy oficiales que me envían desde la universidad. Lleno solicitudes y planes universitarios mostrando que soy profesor invitado y alguien de confiar, y no recibo respuesta rápida. Al final, la cosa se resuelve acudiendo al capital social y al azar: mi amiga me dice que tiene una amiga que deja su departamento por un año y busca un inquilino. Lo visito, todo cuadra. No tendré que pagar las fortunas que piden de garantía, sellamos el pacto con un voto mutuo de confianza: “si eres amigo de Françoise, no necesito nada más”, me dice la dueña y reviro exactamente con el mismo argumento. En el corazón del mercado, vuelvo al vínculo tradicional de las amistades y al sello de los tratos empeñando la palabra.

SÁBADO 16 DE JUNIO DEL 2018

VOLVER A VER A LOS AMIGOS

CONOZCO A GILLES RIVIÈRE desde principios de los noventa. La primera vez que lo conocí, me alojó en su departamento en París, recuerdo muchas cosas de ese viaje: mi estrategia pacheña fallida de enfrentar el frío —con una chompa y chamarra de cuero no se combate el invierno—, mis ilusiones de empezar una nueva vida aquí como fotógrafo de algún medio importante; también tengo presente una entrevista televisiva a François Mitterrand donde hablaba de la vida, la política, la nación —a sabiendas que tenía un cáncer terminal.

Me contó Gilles algunos recuerdos suyos sobre su ida a Bolivia cuando era muy joven. Llegó a Santa Cruz ahí por los setenta y quedó desconcertado con cosas que no había visto antes —o no de esa manera—, por ejemplo, el racismo boliviano, la violencia política—le tocó la dictadura banerista—, el fascismo de algunos jóvenes que en otro contexto parecían muy amables e inofensivos. También se guardó con una tan sabia como básica conversación con Tristan Maroff, que le dijo “En Santa Cruz es el único lugar donde coger no es pecado”. Una maravilla.

En la noche cené con Danilo Martuccelli. Su calidez y humanidad es tan inmensa como su saber sociológico e inteligencia. Nos acogió un restaurante vasco en el corazón parisino, a unas cuadras de la Sorbona y Saint Michel. Al final tomé la tarjeta del lugar para volver con Cathia en su cumpleaños. Cada encuentro con él es un aprendizaje, una puerta a pensar las cosas

desde otro lado, desde la política hasta el pensamiento. Lo que me pareció muy curioso es que su proyecto inmediato está en sentido contrario del mío. Él, que tiene una carrera muy destacada en Francia, que logró incorporarse a la academia francesa convirtiéndose tempranamente en una referencia ineludible con obra trascendental, está pidiendo una licencia sin goce de sueldo a su universidad para ser contratado en la Universidad Diego Portales de Chile. Quiere estar cerca del Perú, es lo que lo llama otra vez al sur. Curiosos desplazamientos de los sociólogos.

Tuve una preciosa reunión con Françoise, Christophe, Inés y Carlos, Franck y Mónica. Con todos los niños haciendo las suyas alrededor. Todos son amigos que cruzan mi estancia doctoral por aquí con mi bolivianidad. Françoise y Christophe me contaron cómo estuvo su proceso de inserción en el ámbito científico, los procedimientos complejos, escalonados, estratégicos de la carrera académica. Ambos la conocen en detalle, con todos los bemoles, buenos y malos. Lograron posiciones clave, tuvieron que desplazarse varias veces, pero ya se instalaron.

En la tarde, previa a la reunión nocturna, Franck hizo una presentación en el IHEAL muy sugerente. Era una biografía intelectual y claro que se detuvo en Bolivia, en los años de nuestro primer encuentro, en posicionar a Bourdieu en el ámbito local, sus impresiones del país fresco y dinámico de principios de siglo que seducía a militantes e intelectuales. Su agenda lo llevó a ocuparse del agua en sus distintas dimensiones, de las formas de vida urbanas, los estilos, la política, lo que después creció en su estancia en Estados Unidos. Ahora regresa a París.

Sobre su estancia paceña me quedé con dos reflexiones muy ciertas. Por un lado, Bolivia es “el país de las emociones”; lo afectivo está en todo: en la política, en la movilización social, en la ciencia. ¿Cómo se hace sociología en ese contexto donde las emociones van por delante?, ¿qué haces con ellas?, ¿qué rol

juegan en el orden analítico? Es, sin duda, un desafío, una pregunta que hay que resolver si se investiga por allá (en términos políticos, eso es radical; el argumento va acompañado siempre de la posición, se está a favor o en contra de una posición analítica de acuerdo con la posición política y la consecuencia en ese campo). Por otro lado, otro tema que me resonó con fuerza fue la combinación entre la excepcionalidad mezclada con el antiempirismo. Me explico: muy a menudo, las explicaciones sobre lo que pasa en el país, especialmente si provienen de un extranjero, chocan con el argumento “aquí no es así”, “aquí somos diferentes”, lo que va de la mano con —tú no tienes la razón, yo sí porque estoy y soy de aquí—. He escuchado ese argumento, con distinto grado de sofisticación, en boca de destacados intelectuales o en fiestas y borracheras, y siempre funciona —como si Bolivia tuviera algo especialmente diferente que la hace incomprendible, salvo para los que la habitan—. Sin duda que eso va acompañado de una cerrazón frente al dato empírico, se evita el “trabajo de campo” porque se tiene certeza de comprensión automática por ser del lugar y radicar en él. ¿Para qué corroborar o pensar con datos en la mano perdiendo tiempo en la recolección sistemática de información? Por eso, lo he dicho en otros textos, el ensayo se impone como formato de reflexión en desmedro de la investigación. Es más atinado y práctico argumentar las cosas con la información y la experiencia recogida en los distintos ámbitos de la vida, que sistematizarla de manera ordenada y estratégica.

En fin, me llama tanto la atención que llegando a París, a diferencia de lo sucedido en Nueva York, tengo una agenda amistosa, intelectual y lúdica muy agitada. Es casi como estar en La Paz...

LUNES 18 DE JUNIO DEL 2018

LAS PRIMERAS IMPRESIONES SON SIEMPRE ESPONTÁNEAS,
FRESCAS E INGENUAS. AHÍ VAN

EN EL PRECIOSO AEROPUERTO Charles de Gaulle, todas las indicaciones son en francés, inglés y chino. No era así. En el metro de París, en algunas estaciones, las advertencias orales ordinarias van en francés, inglés y castellano. Tampoco era así.

* * *

Estoy en la Plaza de la Bastilla, es tarde. Me rodean grupos que no tienen nada que ver unos con otros; unos corredores uniformados que pasan en alguna dirección, patinadores especialistas con todos los instrumentos necesarios, oficinistas en retiro, varios enamorados y algunos turistas. Un grupo de personas de difícil clasificación: todos cargan mochilas llenas de las que cuelgan ollas y enseres, ruidos, cabellos largos y poco aseados, y en las manos llevan botellas de cerveza que circulan por todo el grupo. Varios van acompañados de sus perros; uno de ellos se para y empieza a defecar. Me pregunto qué hará el dueño, si recogerá el desecho en una bolsa como lo manda la ley, estoy expectante. Termina el animal su trabajo, retoman el ritmo con su dueño. Nadie se inmuta, nadie dice nada, se queda el rastro en pleno centro de la plaza. Una media hora después vuelvo a recorrer el lugar y ahora el excremento tiene una huella, algún despistado no lo evitó.

* * *

Desde la ventana del departamento donde me alojo, veo un grupo de personas que dejan botellas de cerveza en plena calle, parece México. Al día siguiente, el ruido de algún coche que las pisó. Más tarde pasa una madre con sus dos niños; la pequeña de unos dos años va en carriola y el grande camina lentamente a su lado. Al ver las botellas se detienen los tres, empiezan a recogerlas y las depositan en el bote de basura que recibe vidrios y que está colocado solo a unos metros.

* * *

Voy saliendo del departamento y, muy cerca, hay tres coches policías con uniformados alrededor, observan y vigilan un condominio, todo indica que fueron llamados por algún incidente. Me pregunto si alguien saldría a darles un machetazo como en mi calle en la Ciudad de México y, en ese caso, cuál sería su destino.

* * *

Veo muchos marginales en distintos lugares, pero no se siente agresividad ni violencia. El máximo robo regular es el de carteras, te advierten por todo lado que las cuides porque te pueden robar, pero solo eso. Se siente paz y seguridad. La marginalidad no aparece con un rostro amenazante, sino como algo disfuncional. Incluso un marginal le pide a una niña que se forma conmigo frente a una cafetería, si le puede comprar algo, ella accede sin temor ni complacencia, simplemente le compra un café.

* * *

Varios anuncios en el metro advierten sobre los “picketpoket” o “carteristas” —como son conocidos en el medio hispano—. Es un indicador de los peligros en el transporte público. Traigo la imagen de Tintin que, en alguna historia, dibuja con cierta ingenuidad, a un ladrón que coleccionaba billeteras y cuya motivación era más una desviación psicológica que una necesidad económica. Ahora quien roba en el metro no parece ser alguien con un desorden psíquico sino con una necesidad económica, pero viniendo de México, donde los asaltos son a mano armada, con violencia física y verbal, y a menudo acompañados de un hecho de sangre con distintas consecuencias, cuidarse de un carterista, que lo único que quiere es el contenido de tu billetera, es tierno. Aunque no digo nada nuevo, hemos naturalizado los niveles de violencia hasta el grado en que el robo sin armas blancas nos parece casi un acto de caridad inducida.

5 DE JULIO DEL 2018

EL SENTIDO DEL “DIARIO”.
LA COMPAÑÍA DE WALTER BENJAMIN

ESCRIBO DESDE COYOACÁN, en el Café Tierra Garat, falta casi un mes para partir. Las cosas operativas van organizándose cada vez más de la manera esperada: la visa está en puertas, los pasajes comprados, los trámites de venta del departamento avanzan. Todo va cuadrando o al menos así parece. Motivado por la idea del “diario”, he comenzado una lectura nueva: *Diario de Moscú*, de Walter Benjamin.⁵ La pregunta que sigue rondando es para qué estoy escribiendo este diario. Tal vez ahí está el corazón de mi búsqueda. Empecé por Sergio Pitol y sus escritos sobre sus viajes: es notable su escritura, su erudición, el salto de géneros, su tránsito entre la crónica y la fantasía con envidiable soltura. En sus textos uno descubre al escritor viajero, con amplio conocimiento del lugar que visita y al maestro de la construcción del relato. También, ya lo he dicho, me he inspirado de Edgar Morin y su estancia californiana, pero ahora llego a un texto de otra naturaleza, a un autor distinto.

La verdad he leído poco a Benjamin, por supuesto su reflexión sobre la fotografía, sus tesis sobre la historia y algunos fragmentos sobre la cultura o la ciudad. Debo decir que no es un autor que me deslumbe, que me atrape y, como estoy en una edad en la cual puedo seguir el consejo de mi amigo Guy Bajoit, que decía que todos tenemos derecho a cerrar un libro que no nos

⁵ Walter Benjamin (2015). *Diario de Moscú*. Buenos Aires: Godot.

cautivó en la segunda página, no he seguido mucho la narrativa benjaminiana. Sé que es una referencia, un nombre multicitado, pero, nuevamente con la autoridad de la edad, me puedo dar la licencia de no haberlo leído sin mucha pena.

El caso es que ahora estoy en sus letras, en sus recorridos rusos del 6 de diciembre de 1926 al 1 de febrero del 1927. Es un texto fechado, escrito día a día sin fallar ni una sola vez. Cada entrada, redactada al final de la jornada antes de dormir, cuenta —normalmente en un solo párrafo de corrido, por muy largo y variopinto que resulte— lo sucedido en el día. Sin mediación alguna, sin otra intención que registrar su día, Benjamin cuenta lo más banal o lo más sustantivo. Salta de una descripción de su cuarto a la política; de la salud de sus anfitriones a su filosofía de la historia; de un comentario sin importancia sobre una pieza de teatro a la explicación sobre el materialismo, el universalismo y la dialéctica.

Lo atractivo del texto es precisamente que, clara y cómodamente instalado en el diario como género, el autor plasma sus impresiones inmediatas, las consecuencias analíticas en su teoría, sus intercambios que dibujan —aún sin buscarlo— el clima cultural y político del Moscú postrevolucionario previo a la segunda Guerra Mundial. Su escritura me aburre —quiero pensar que se debe a la traducción—, no hay una trama que me enganche y no me deje soltar el libro, ni un manejo de la forma que me sorprenda, pero el ambiente que muestra, el soporte material (los mercados, los espacios, las calles), los personajes, la naturaleza de las discusiones, esbozan una sociedad en disputa donde se estaría instalando una forma de entender el progreso con sus tensiones respectivas. Habla de la complejidad del vínculo perverso entre el mundo del arte y el control político; de la desilusión de un conocido que llegando a Rusia, “como bolchevique (casi) convencido” deja el país con un realismo dramático; del

desarrollo con las consecuencias de una burocracia inoperativa que conlleva el “derroche de tiempo y energías”; de la ilusión de una manera de ver el desarrollo, “por paulatinos que sean, los progresos de la civilización en cuanto a organización colectiva no harán sino complicar aún más al individuo. Uno correrá mejor suerte en una casa con velas que en una con luces eléctricas que no funcionan debido a las constantes fallas del sistema eléctrico”.⁶

En suma, Benjamin sugiere una manera de registrar su paso por Moscú y, sin duda, es un texto que inspira y que estará presente como modelo en mis páginas parisinas.

⁶ *Ibid.*, p. 45.

16 DE JULIO DEL 2018

SIGO CON LA REFLEXIÓN SOBRE UN DIARIO

ESCRIBO DESDE HUITZILAC, en mi casa de campo, rodeado de mis perras, mi jardín inmenso, las ventanas oscuras, de techo a piso, que funcionan como pared, dan al pasto verde y que permiten sentirse en medio del bosque sin salir de casa. Este lugar que ha sido mi mayor apuesta territorial, donde he pasado tantas fiestas, tantos amigos, tantas comidas y tantos alcoholes. Pero también donde el terror me ha invadido y lastimado el alma luego de mi espantoso atraco a unas cuadras de aquí, lo que hizo que decidiera vender la propiedad en algún momento, y ahora partir a Francia en búsqueda de nuevos horizontes —sin que esté claro qué entiendo por “nuevos”, ni cuál sea la magnitud de la palabra.

Y retomo la reflexión sobre el viaje y la escritura. Tal vez mi pregunta sobre la pertinencia de escribir un “diario de viajes” —o lo que eso signifique— me ha llevado a lecturas interesantes. Tengo muy presente mi *Sociólogo vagabundo en Nueva York* como un antecedente fundamental, pero siguen cientos de preguntas. También me atraviesan muchos recuerdos de otros diarios que en su momento me marcaron: el *Diario del Che en Bolivia*, que leí cuando era adolescente de una edición maltrecha que compré en los libros viejos de la Av. Mariscal Santa Cruz; el *Diario* de Néstor Paz en la guerrilla en Teoponte, que siempre me estremeció y estudié página por página, lo que fue el pilar de mi tesis doctoral; o uno más cercano, el libro de Bauman publicado con el título *Esto no es un diario*.

He terminado la lectura del texto de Benjamin en Moscú. Muchas dimensiones se podrían comentar. Quienes son especialistas en su vida, encuentran ahí un episodio importante donde reflexiona su inscripción o no al Partido Comunista, su confrontación con un sistema político en ejercicio con todo lo que ello implica, desde el progreso, la burocracia, el control de la cultura, etcétera. También pueden verse sus inquietudes amorosas o sus pleitos con amistades. Lo que yo saco del texto es más bien su relación con la otredad en el marco de un viaje de un poco más de dos meses. Benjamin escribe rigurosamente, cada día, y cuenta todo lo que cree pertinente. Sus descripciones detalladas con fotografías —que no pude averiguar si son suyas o no, imagino que sí— de espacios, de consumos, de juguetes son notables. Busca en los detalles explicaciones, dedica varias hojas a la arquitectura, a las calles, a la gente, al comercio, a lo que ve. Es lo que yo llamo una “sociología etnográfica”. Además, me gusta cómo transita en un mismo párrafo por su sentimiento personal, su descripción de un lugar con mucho detalle, su opinión sobre una pieza teatral, y su discusión teórica sobre las consecuencias de lo que está observando. No está desordenado, su orden es el tiempo. En vez de organizar su reflexión por temáticas afines y llevar a conclusiones más profundas posteriormente, él opta por verter todo en una misma entrada según el día en que vivió —acaso una “sociología espontánea” en sentido contrario a cómo la entendía negativamente Bourdieu en *El oficio del sociólogo*—. Al final del libro no hay un resumen analítico o algo que organice, más bien continúa con el mismo estilo. Es interesante porque, aunque se “somete” a lo cronológico, no pierde frescura, interés ni profundidad analítica. En algunos puntos, esa es la pauta que estoy siguiendo en este texto. Sé que escribir “en caliente” tiene sus riesgos, que uno reescribiría las

cosas de otra manera tiempo después, pero también tiene el valor de la sorpresa, del azar, de la intuición.

He estado revisando también otros documentos guiado por las mismas preguntas. He visto la serie *Marco Polo* de Netflix —un desastre— es el escandaloso sometimiento de un personaje tan rico a las exigencias comerciales y narrativas de la empresa, pero me ha encantado la experiencia de Polo y hasta he leído directamente en sus escritos cómo plasma la sorpresa del intercambio con una cultura distinta y muy refinada. También me he sumergido en el libro *Urania* de Le Clézio,⁷ que cuenta su inserción al mundo michoacano, los entretelones de la academia y de la sociedad de aquella época. El interés ha sido mayor porque yo también transité por esas tierras, de hecho, ahí nació mi hija Anahí hace más de 10 años, lo que fue una alegría enorme, pero también ahí, vi por primera vez, con cruda y violenta contundencia, la fragilidad de mi cuerpo. Le Clézio habla del mundo conocido, incluso de personajes que hasta ahora sé quiénes son.

Además, he desempolvado el libro *Viajes*⁸ de Beatriz Sarlo, que compré en Buenos Aires hace unos años y precisamente con la idea de entender cómo la autora enfrenta el tema. Ella tiene una entrada diferente, acuña y sigue el concepto de “fuera de programa”, entendido como una irrupción que intensifica la experiencia, “algo que asalta de modo inesperado y original”. El corazón de su libro es precisamente contar los “saltos fuera de programa” de sus viajes. Por eso no se trata de una bitácora de actividades al estilo de Benjamin, sino de un entretejido de disrupciones ocurridas en varios momentos y lugares que son hilvanados en una sola narrativa:

⁷ J. M. G. Le Clézio (2007). *Urania*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

⁸ Beatriz Sarlo (2014). *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas*. Buenos Aires: Seix Barral.

El salto de programa no es obligatoriamente del orden de lo exótico o de lo desconocido. Sucede, como se vio, en la cordillera, en el Village de Nueva York, en la iglesia de Otto Wagner, en un pueblo de Sicilia o en el centro de Berlín. Produce una discontinuidad entre lo que se buscaba y lo que de pronto se encuentra. No hay que interpretarlo como pérdida (el obstáculo que impide un plan) sino como plus misterioso de un sentido que no se muestra directamente, ya que no estaba presupuesto en el sistema que diseñó el viaje.⁹

Mi apuesta en este diario no es la de Sarlo, se acerca más a Benjamin, pero hay algunas tensiones creativas que sí me parecen sugerentes:

—¿En qué poner la atención? No se trata de focalizarse en “todo lo que me pareciera raro, interesante, pintoresco, típico, desusado, inesperado o inaudito”.¹⁰ Si todo es interesante, ¿cuál es el filtro? Registrarlo todo —lo que, por supuesto, es una ilusión— es imposible; como sucede en un episodio de *Black Mirror* (la serie británica), implica no dejar que la razón evalúe, opte y finalmente narre una historia. El resultado de esa “manía del registro” y el detallismo sería infernal para quien escribe y un bodrio para quien lo lee.

—¿Cuándo escribir? El tema del tiempo y, de alguna manera, del espacio. ¿Se debe redactar *a posteriori*, en el momento en algún café, esa noche, unos meses más tarde, de vuelta en casa? La etnografía ha reflexionado mucho sobre el tema y, de hecho, Sarlo acude a Michael Taussig —a quien por cierto conocí y cené en su departamento en Nueva York, invitado por mi amiga Daniela Gandolfo—. Recuerdo que un gran etnólogo decía que las notas del diario de campo elaboradas en el terreno son el

⁹ *Ibid.*, p. 25.

¹⁰ *Ibid.*, p. 215.

insumo para la redacción posterior en el cubículo universitario. Como fuera, escribir ese momento o dejar reposar para una posterior redacción más analítica al termino el viaje tiene sus consecuencias.

—Por último, ¿quién escribe? Sarlo lo ilustra con claridad: “Culturalmente, el hecho mismo de ser viajero y no un migrante o un nómada marca una diferencia insalvable”.¹¹ El desplazamiento territorial y temporal —quién lo hace, en qué condiciones y con qué intención— marca la naturaleza de la experiencia.

Estas tres tensiones, con distintas intensidades, están en el fondo de mi escritura. Tengo claro que mi filtro es inevitablemente: el “ojo sociológico” que he desarrollado estos años, que se alimenta de mi saber, de mis lecturas y de todo lo acumulado. Sé que escribiré “al día” y que intentaré publicar este texto como tal y solo con un retoque editorial. El viaje será con fecha de llegada y fecha de salida y el lugar será París. No seré propiamente turista, tampoco inmigrado, estaré en una situación de tránsito y el tiempo la definirá con mayor precisión. Seré un sociólogo curioso que tiene la necesidad de escribir y que disfruta muchísimo hacerlo en algún café, en algún lugar especial, en algún momento robado a la vida diaria.

Lo último con lo que me quedo de Sarlo es la cita de Lévi-Strauss que había visto en otros lados, pero que ahora adquiere especial pertinencia, donde define el viaje como un “desplazamiento en el espacio, en el tiempo y la jerarquía social”.

Toda esta reflexión —alimentada por Zaira Ruiz, una estudiante de la licenciatura en sociología en la UNAM, a quien le dirijo la tesis y de quien aprendo diariamente—, me ha llevado a discutir la frontera entre sociología y literatura. Lo que estoy

¹¹ *Ibid.*, p. 222.

haciendo es un ejercicio que se sitúa entre mi quehacer y mi saber-hacer de investigador consolidado, y la inquietud narrativa que plasmo en artículos periodísticos, ensayos y algunos libros. He descubierto así —guiado por Zaira— a Ivan Jablonka y varios de sus libros. He leído con avidez *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. He recorrido el texto rayando y anotando a los costados, así devoro algo que me ha sido muy sugerente. La introducción es impecable y tiene otros pedazos que me estimulan mucho. De hecho, ya lo invité a “ser mi amigo” en Facebook (aceptó), más adelante le escribiré y espero poder tener contacto con él en París (ojalá que no sea presumido, es un autor muy premiado y relativamente joven, lo que puede jugar en contra, se verá). De todo lo leído, me quiero quedar con el siguiente párrafo que, de alguna manera, tiene que ver con las razones de mi propia escritura y el porqué de estas páginas:

Lo importante es dejar de avergonzarse. El reto es experimentar colectivamente. Imaginemos una ciencia social que cautiva, una historia que conmueve porque demuestra y que demuestra porque escribe, una indagación en la que se devela la vida de los hombres, una forma híbrida que podemos llamar texto-investigación o *creative history*: una literatura capaz de decir algo verdadero sobre el mundo.¹²

Con esas lecturas y ánimos van fluyendo estas líneas.

¹² Ivan Jablonka (2016). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 23.

20 DE JULIO DEL 2018

LECTURAS PREPARATORIAS

HE CONTINUADO CON MI AGENDA de lecturas pensando en este texto y en la experiencia parisina que se avecina. Retomando las reflexiones de Jablonka sobre los diferentes géneros literarios y su relación con las ciencias sociales, estoy repasando mis propios escritos y evaluando cómo podría clasificarlos. Mis textos científicos se ubican con claridad en lo que se entiende como lenguaje sociológico, pero *Sueño Ligero* (2012), *Hacer sociología sin darse cuenta* (2018), *Mirar, viajar, narrar* (2018) y, sobre todo, *Un sociólogo vagabundo en Nueva York* (2015) entran en otro registro. Tengo la impresión de que transito por el diario de viaje, la crónica, el ensayo y las notas etnográficas sin definirme claramente. Por eso estos nuevos encuentros con autores que, de distintas maneras, inspiran rutas o cruzan caminos con mis recorridos.

Compré el texto *La vida instrucciones de uso*¹³ de Georges Perec. Varias personas me habían referido a este autor por su capacidad descriptiva y su sensibilidad hacia la vida cotidiana. Cierto, este libro narra las distintas vidas que confluyen en un edificio en París transitando de habitación por habitación y profundizando tanto en los detalles del espacio como las historias de sus habitantes, muestra la complejidad y diversidad de un microespacio. Perec saca provecho de todo lo que ve, desde anuncios hasta dibujos u objetos. Se trata, como lo sugiere en la

¹³ George Perec (2016). *La vida instrucciones de uso*. Barcelona-México: Anagrama.

introducción, de tomarse en serio “el arte del puzzle” con el juego constante entre la pieza y el conjunto, entre el creador del rompecabezas y quien se esfuerza en armarlo. Pienso en lo estimulante del ejercicio: describir cada uno de los departamentos del edificio en que viví estos últimos años; estoy seguro de que sería tremendamente divertido —a ver si un día asumo el desafío.

Además, recorro las páginas de *Laëtitia o el fin de los hombres*,¹⁴ del propio Jablonka. Luego de haber descubierto su libro más bien académico al que me referí previamente (*La historia es una literatura contemporánea*), me quedé con la duda del ejercicio práctico que su reflexión conlleva. De hecho, él mismo evoca un documento previo sobre sus abuelos —que está publicado en Argentina, imposible de encontrar en México, lo buscaré en francés cuando esté por allá— que fue donde “practicó” empíricamente su propuesta.

En *Laëtitia* el autor escribe sobre un crimen sucedido en Francia, pero lo interesante es que no se trata de un *thriller* convencional, de una novela o de un reportaje. En las páginas se siente una estructura narrativa buscada que maneja la intriga y el ritmo, y ofrece al lector pedazos de la historia conduciéndolo a una resolución final, pero, a la vez, se siente el saber-hacer del académico que utiliza sus fuentes con cuidado y las saca a la luz en el momento preciso. Además, sin acudir a dispositivo teórico alguno o a una reflexión metodológica —que estaría fuera de lugar—, es claro que quien escribe está retratando una situación sociológicamente importante y analiza las trayectorias sociales, las estructuras económicas y sociales que conducen a situaciones extremas, y los grupos que están en juego.

¹⁴ Ivan Jablonka (2017). *Laëtitia o el fin de los hombres*. Barcelona: Anagrama, Libros del Zorzal.

El desafío estimulante de Jablonka, que resuelve exitosamente, es ofrecer una nueva manera de hacer ciencias sociales; no se trata de un científico social jugando a escribir una novela —como lo hacen muchos y, en algunos casos, con muy buenos resultados—, sino de seguir la intención analítica, comprensiva y explicativa del sociólogo o del historiador, utilizar todas las herramientas que la disciplina le ofrece para su tarea y desarrollar un relato atractivo, fluido, interesante. No es casual que su libro haya ganado varios premios, haya sido traducido a varios idiomas y que llegue a un gran auditorio.

En suma, la ruta que ofrece Jablonka es novedosa. Me invita a pensar en varios libros que tengo pendientes, desde aquel sobre mis abuelos, sobre mi padre, las razones de mi última partida de México. Lo que me queda claro es que, llegando a París, uno de los primeros libros que compraré es aquel en el que habla de sus antecesores.

3 DE AGOSTO DEL 2018

SIGO CON JABLONKA

EL AUTOR ME HA ATRAPADO. Leo sus páginas, ahora no de la novela sino del ensayo *La historia es una literatura contemporánea*. Tiene pedazos que me hubieran encantado escribir a mí y que creo que se aplican fundamentalmente a la sociología. Ahí van algunos. “El ensimismamiento académico autoriza al investigador a no producir otra cosa que artículos de revista o, en su defecto, libros que se leerán por obligación profesional”;¹⁵ qué bien le haría a la academia mexicana sacudirse de las exigencias y formalidades que están aplanando la producción solo en artículos para especialistas que cada vez menos gente lee. Y sigue, “Es posible rehabilitar en las ciencias sociales el placer del lector. No solo su beneficio intelectual, sino también su interés, su curiosidad, su pasión”.¹⁶ Termino con uno que me convoca directamente:

Por eso no hay que vacilar en abordar un tema que nos toca personalmente, emprender una investigación motivada por un hecho personal, una búsqueda identitaria: admiración, amor, deseo, recuerdo de infancia, sentimiento de estar en deuda, pero también abandono, suicidio, pérdida, exilio [...] Investigador, no tengas miedo de tu herida. Escribe el libro de tu vida, el que te ayude a comprender

¹⁵ I. Jablonka (2016). *La historia es una literatura comparada*, p. 290.

¹⁶ *Idem*.

quién eres. El resto se dará por añadidura: rigor, honestidad, excitación, ritmo.¹⁷

Una parte de mi agenda académica tiene que ver precisamente con escarbar en mi memoria familiar, en mis abuelos, mis padres, mi infancia, las partidas y las apuestas. Hace tiempo que estoy recopilando materiales familiares, cartas, fotos, objetos y haciendo entrevistas. Tengo una deuda con todo eso. Me pregunto por qué no lo hago, qué es lo que me bloquea. Me queda claro que escribir sobre mi padre no es fácil por su trágica desaparición, de hecho, cuando viajé a Nueva York tenía como agenda dos libros, el de la vida cotidiana allá y el de la dictadura boliviana. Solo escribí el primero.

El ejercicio de este diario parisino, tiene que ver con esa deuda de escritura de la historia familiar o algunos de sus episodios. Habrá que ver a dónde me lleva, si se concreta o si se queda en el baúl de los proyectos inconclusos. Por lo pronto... me divierto.

¹⁷ *Ibid*, p. 291.

MIÉRCOLES 8 DE AGOSTO DEL 2018

LECTURAS CON UN PIE EN EL ESTRIBO

YA CASI PARTO, EN UNA SEMANA. No sé cuántas entradas más tenga en este espacio antes de tomar el avión, tal vez la próxima sea en el aeropuerto, en el aire o en París, pero quiero concluir esta —sala de espera— nuevamente con el ensayo de Jablonka. Van cinco citas muy estimulantes:

Cuando hablo de una historia más literaria quiero decir: más rigurosa, más transparente, más reflexiva, más honesta consigo misma. Puesto que la historia es tanto más científica cuanto más literaria es.¹⁸

Hablando del historiador... no hay razón alguna que lo obligue a privarse del concurso de las artes visuales y audiovisuales.¹⁹

Las ciencias sociales conquistan esa libertad por medio de reglas que se asignan con pleno conocimiento de causa. Entre ellas está la que autoriza a transgredirlas todas... a veces. En contra de lo que profesa la vulgata romántico-libertaria, podemos emanciparnos obedeciendo a un método.²⁰

¹⁸ *Ibid.*, p. 391.

¹⁹ *Ibid.*, p. 140.

²⁰ *Ibid.*, pp. 319-320.

Las ciencias sociales son una escuela de libertad y el investigador puede, sin renegar de sí mismo, ser un escritor. ¡Ojalá no lo advierta solo al final de su carrera, en edad nevada y cana!²¹

En el marco de unas cuantas reglas, olvidemos lo que hemos aprendido a hacer.²²

A semejanza de la elocuencia antigua, las ciencias sociales podrían asignarse tres misiones: probar, complacer, conmover.²³

Escribir un texto implica tomar en cuenta el interés del lector [...]. Es por placer de la lectura —excitación de la investigación, originalidad del tema, gusto de aprender, emoción estética— como se puede ganar al lector.²⁴

Todo lo anterior me daría para un ensayo largo. De hecho, queda como deuda pendiente, pero, por lo pronto, me quedo con la idea de que la rigurosidad del método científico no nos aprisiona ni se pelea con la seducción de la palabra ni con la imaginación. No se trata de perder lo aprendido y los beneficios de la formalidad metodológica, sino de sacar provecho de ellos, de intensificarlos, liberarlos, hacerlos crecer con la escritura como aliada. Acercarse a la literatura y tender los puentes respectivos; no es abandonar la sociología, es reforzarla, tanto en forma como en epistemología. Finalmente, no tener miedo a ser claro y atractivo, al contrario, atrapar a quien toma tu libro, enredarlo en la narración y el argumento, y más: utilizar para eso la fotografía y lo visual.

²¹ *Ibid.*, p. 320.

²² *Ibid.*, p. 321.

²³ *Ibid.*, p. 322.

²⁴ *Ibid.*, p. 323.

Jablonka habla de beneficio del diálogo entre esa forma de literatura y la “reflexividad de las ciencias sociales”, lo que invita a experimentos híbridos, —texto-investigación, autobiografía-trayectoria, indagación en el pasado, reportaje sociohistórico, escritura audiovisual...—, se trata de “renovar la escritura de las ciencias sociales y proponer una escritura del mundo”.²⁵

Esto me lleva a pensar lo que soy, lo que hago. Danilo Martuccelli me decía que, luego de mis libros de Nueva York o de algunos ensayos, sería interesante reflexionar sobre el tipo de sociología que estoy empujando. Por aquí voy encontrando una respuesta. Jablonka habla de un “investigador escritor” o de un “narrador reflexivo”: “El investigador puede hacerse oír como escritor, y el escritor puede decir algo verdadero como investigador”.²⁶ Por ese rumbo transita mi apuesta y mi aporte, ese parece ser el sello de mi sociología. Asumo el desafío: “nos toca reinventar nuestro oficio”.

Y con este ambiente, esta atmósfera intelectual, parto a París.

²⁵ *Ibid.*, p. 325.

²⁶ *Ibid.*, p. 332.

MIÉRCOLES 15 DE AGOSTO DEL 2018

EN EL AVIÓN

SEGÚN, SON LAS 23:49 DE LA NOCHE. Esperamos dos horas en el avión antes de partir, pues la lluvia de la tarde, que inundó varias colonias de la ciudad, alborotó la salida de los aviones y nos detuvo más de lo debido. Pero ya vamos, en el aire, en algún lugar del norte de México.

En los últimos días, las cosas han estado tensas e intensas. Hemos tenido que resolver muchos temas a la vez, desde los domésticos hasta los profesionales. Me vi obligado a vender mi departamento y mi coche en unos meses, a acompañar a Cathia a su cirugía de la nariz, asistir a reuniones de mi oficina, gestionar papeles migratorios, un traslado y mil cositas más. Quizá la diferencia de esta partida respecto de aquella que hiciera hace cuatro años cuando fui a mi sabático en Nueva York, fue el clima de violencia que acompañó cada movimiento.

No voy a profundizar en todo eso —algún día escribiré un libro sobre ese episodio—, pero sí quiero decir unas palabras. Todo empezó con el asalto en marzo del 2017 que sufrí en Huitzilac; luego, con el terremoto en septiembre y; finalmente, con los eventos de abril de mi calle. Recapitulo: una noche de domingo los vecinos de abajo estaban borrachos y en fiesta en la puerta del edificio, llamamos varias veces a la policía, y cuando llegó, lo hizo con dos funcionarios que fueron atacados por los ebrios, que incluso propiciaron un machetazo en la cabeza a un uniformado, y estos respondieron con balazos al aire. Yo filmé todo y lo subí a redes sociales, lo que se viralizó y se convirtió en noticia

nacional. Al día siguiente, los mismos aguerridos vecinos rompieron computadoras y muebles en las oficinas del Ministerio Público de Coyoacán, lo que fue filmado y provocó una nota completa en el noticiero más visto —misma que usaba, además, los videos que yo había tomado.

La venganza de barrio hacia mí fue directa. Los que cuidan coches en la puerta me retiraron el saludo y todos me empezaron a mirar agresivamente cuando salía o entraba a la casa. Llegaron a mis oídos algunas advertencias: “estamos buscando al autor de las imágenes”, “ya sabemos quién es, que se cuide”. Finalmente, una semana antes de mudarnos, cuando bajé a las ocho de la noche a despedir a una amiga que nos había visitado, un par de borrachos me dijeron “este es el periodista que anda filmando, no vaya a ser que a mí me filme, si lo hace voy a reventarle la cabeza”. Pocos días después, me llegó el chisme de que alguien dijo: “aunque se tarde, la van a pagar por lo que hicieron”. Toda esa violencia de barrio abonó a la decisión de abandonar mi calle sin mayor negociación. Por eso vendimos el departamento a pérdida, aceleramos la mudanza a mi casa de campo y adelantamos la fecha del viaje.

Los últimos episodios me condujeron a la necesidad de escribir —lo que en mi caso es terapéutico— un libro que se titulará *México, salida de emergencia*. El ensayo tendrá cinco apartados. Empezaré por Guanajuato y la llegada en el 2004; la esperanza, la apuesta, la despedida de La Paz, la mezquindad de la academia provincial leonesa. Continuaré con Zamora y El Colegio de Michoacán evocando cómo aquel fue un espacio de libertad y creatividad, la oportunidad de conocer personas extraordinarias como Luis Ramírez —que tristemente murió a los meses de descubrirlo— o de recorrer las letras de Luis González y González y, claro, en medio, mi enfermedad del corazón que contrastó con el nacimiento de mi hija Anahí. Seguiré con mi

traslado al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y la nueva aventura en Ciudad Universitaria; las expectativas, las exigencias, la temida “definitividad”, mi vida en una apacible calle coyoacanense mientras investigaba sobre la cuestión religiosa en un libro que me permitió consolidación profesional. Luego una mención al paréntesis que significó mi viaje a Nueva York; las ideas que fluyeron, los encuentros con mi bolivianidad, con la escritura, con juntar cosas que estaban divorciadas, lo que me condujo al entusiasmo de la vuelta. Después una nueva apuesta que se hizo territorio en mi casa de campo en Huitizlac y en mi departamento en Coyoacán, la fórmula era perfecta: una propiedad enorme y cómoda en lo rural, a menos de una hora de la ciudad, combinado con un departamento muy pequeño, pero funcional y muy bien ubicado en el centro coyoacanense. Todo estaba bien pensado, hasta que llegó el fatídico marzo del 2017, cuando dos tipos armados se subieron a mi coche, me maniataron, me golpearon, me quebraron una costilla, se robaron el auto, mis celulares y me dejaron tirado descalzo en medio del bosque mientras solo esperaba el ruido del balazo en la cabeza que acabara conmigo y dejara tirado mi cuerpo en algún lugar de Morelos. Logré salir, pero, al poco tiempo, vino el temblor que modificó mi mapa de la seguridad urbana y la administración de los miedos, la alerta constante a cualquier movimiento de la tierra, a cualquier alarma que pudiera anticipar un sismo. Y, finalmente, las amenazas de los mafiosos de mi barrio que, con su ruido, sus miradas, sus agresiones, advierten que son capaces de cualquier cosa, que no les temblaría la mano si tuvieran que clavarme una navaja en el estómago.

Todo este contexto es lo que se sintetizará en mi libro, por eso el título *México, salida de emergencia*. Curioso, pero salgo cuando el contexto político empieza a ser más favorable, cuando López Obrador devuelve la esperanza a un país maltrecho,

cuando todo indica que las cosas —ojalá— empiecen a ir mejor. Me debo ese libro, espero tener el tiempo para hacerlo; sé muy bien que yo soy los libros que he escrito y los que quiero escribir, los proyectos que probablemente nunca se materialicen. También somos lo que quisiéramos hacer.

Decía todo esto porque parto a París en este clima especial. Es sin duda un logro profesional, una oportunidad tener la cátedra del IHEAL y la de la UCL en un mismo semestre, y vivir una experiencia especialmente estimulante, pero es también una especie de exilio, una necesidad de tomar distancia con el México tan sufrido y que me ha maltratado con tal brutalidad en los últimos meses. Es un tiempo para mirar desde lo alto, escuchar todas las opciones que la vida te pone al frente, mirar con sabiduría articulando pasado, presente y futuro, y avanzar en la dirección elegida.

Este viaje es un paréntesis vital, una especie de retiro espiritual de mediano plazo —como aquellos ejercicios espirituales ignacianos que solía hacer cuando era universitario—, un momento para la reflexión sobre los fundamentos, sobre el sentido, el horizonte, la nueva apuesta... Y luego, seguir caminando. Es en esa dirección que esta bitácora será el espacio para la reflexión —la personal o la profesional—, para la síntesis, la crónica, la observación del entorno. Un espacio para la sorpresa, para las ideas, para registrar la experiencia de la inserción en otra cultura.

17 DE AGOSTO DEL 2018

PRIMER DÍA: EL DEPARTAMENTO

HABRÍA QUE VER LOS DATOS, pero tengo la impresión de que la vida parisina es fundamentalmente de departamento (si mal no recuerdo, en Manhattan el 97% de la gente vivía en uno de ellos). Se ha construido una vida urbana que radica en la habitación estrecha y en edificios, pero todo muy práctico, útil, estético y seguro. Vivo en el Boulevard Rochechouart, cerca del metro Anvers, a los pies del Sagrado Corazón y a unas cuerdas de Moulin Rouge. Estoy muy bien ubicado. ¡Notable! (Confieso que a menudo me dan ganas de usar la palabra “remarcable”, a la cual se acude tanto en francés, pero que no existe en castellano). El lugar lo conseguí con una suerte inusitada, todo fluyó muy bien gracias a una amiga de una amiga, acudiendo a mi capital social y a mi ángel de la guarda que facilitó las cosas. Aunque no es nada barato, está en el rango de mi actual presupuesto —al menos para este año— y me resolvió problemas operativos. De hecho, cuando llegamos, los caseros nos estaban esperando con todo listo, nos presentaron a unos vecinos, nos dieron las instrucciones, las llaves y los detalles del lugar.

El edificio es antiguo —típico parisino—. Se entra por una puerta alta, pesada, de hierro forjado con ventanas muy delgadas a un primer *hall* cuyo piso tiene figuras formadas con pequeños mosaicos. Luego hay que pasar por un segundo portal para llegar al patio interior que da a la construcción de adentro, donde está el edificio. El ingreso clásico contrasta con la tecnología de las chapas, pues solo debo pasar un botón azul —pegado a

mi llavero— por un lector electrónico para que se abran mágicamente ambos portones. A la izquierda, en el *hall* de paredes de mármol, hay un precioso piano con una silla esperando las manos de algún atrevido, pero, claro, cuando mi hija descargó su entusiasmo en las teclas, estaba tan desafinado que era imposible encontrar cualquier melodía.

Estoy en el cuarto piso, parece poco, pero es relativo. Mientras que en México estamos acostumbrados a que el techo no tenga más de dos metros de alto desde el suelo, aquí cada piso tiene algo más de tres metros (lo calculo con mi propia altura, yo mido 1.90 metros), las 19 gradas entre cada piso —casi ochenta en total— no me dejarán mentir, pero sobre todo el cansancio cuando llegas al tercero y piensas que ya no puedes más. Las gradas son de madera, circulares en forma de caracol y con una alfombra roja que las cubre casi íntegramente y una baranda también de madera bien tratada. Como al interior todo es alto y se aprovecha bien el espacio, hay dos escaleras portátiles, una con tres escalones para sacar vajilla de la cocina o cosas prácticas, y una de ocho, que sirve para alcanzar los espacios más recónditos pegados al techo y guardar maletas.

La chapa de la puerta principal es muy tradicional, sin tecnología añadida, pero práctica, segura y con cierta sofisticación. La distribución es extraña para mí —que estoy acostumbrado a la arquitectura ochentera de clase media urbana mexicana—. La entrada da a un pasillo, a la izquierda un cuarto que funge como *living*, con una chimenea señorial de mármol —tapada, claro, y dicen que ya las prohibieron— y sostiene un espejo grande, todo lleno de libros de teatro —mis caseros son académicos— y al fondo, un alto ventanal que da a una pequeña terraza desde donde se ve, a la derecha y entre edificios, la punta del Sagrado Corazón a unas cinco cuerdas. Tiene una mesita y dos sillas que auguran ricos cafés y pláticas con Cathia después de la comida.

Siguiendo el corredor a la derecha, paso por el retrete —tema aparte, el baño— y luego la cocina muy pequeña. Como extensión del corredor, hay una especie de comedor compuesto por una gran mesa y dos bancas largas paralelas que son las sillas y, al frente, los dos dormitorios, el de mis niñas y el matrimonial.

Sobre el baño. Conozco un poco la historia de la relación con el agua en Europa. Mi entrañable amigo Guy me contaba que cuando él era niño —imagino que luego de la primera Guerra Mundial— en Bélgica el día del baño era el domingo. Se vertía agua caliente en la tina y toda la familia pasaba por ahí utilizando básicamente el mismo líquido. Primero los más pequeños y al final el jefe de familia. La “sala de baño” y la idea de “tomarse un baño” implicó desde entonces una ceremonia clave, colectiva y que tomaba su tiempo. Todo eso ajeno a la idea de la ducha —no tina— que tenemos los latinoamericanos y nuestra obsesión por pasar sistemáticamente por ella diario y, en ocasiones, más de una vez. El caso es que los cuartos de baño que he conocido por aquí son diferentes. Primero, el retrete aparte, lo que es incómodo para lavarse las manos *a posteriori*. Luego, la bañera a menudo solo trae una manguera que termina en una especie de auricular de teléfono antiguo desde donde sale el agua como fuente; es entretenido, pero complejo a la hora de enjuagarse —especialmente la cabeza— pues una mano sostiene la manguera y la otra pasa por el cuerpo, no siempre hay un dispositivo instalado para colgarla y que funja como ducha. Se debe aprender a bañarse así para no dejar todo mojado: bañarse en tina como si fuera regadera es de una complejidad mayor para quien no tiene el hábito, hay que sentarse, jabonarse, intentar no derramar: todo un desafío.

En general, los servicios funcionan perfecto. La luz estable, los enchufes seguros, el calefón rápido y muy caliente si así se lo desea. Lo moderno está a la orden, el internet es rápido con una

clave barroca compuesta por cuarenta caracteres —ignoro por qué tanta seguridad—, hay teléfono y hasta televisión. En la cocina el horno es a la vez microondas, y tradicional, muy práctico, igual que la lavadora, que es, además, secadora, ahorra campo y esfuerzo. Los espacios están muy bien aprovechados, hasta lo más alto del techo. Las lámparas son antiguas y elegantes con ornamentos que combinan con los adornos de todos los techos. El piso es íntegramente de madera que cruje cuando caminas: imposible ocultar los pasos. Las ventanas son modernas y caras, con doble vidrio que se ve que protegen eficientemente del frío; contrastan con las persianas de fierro oxidado o de madera carcomida que están al exterior y que evocan otro tiempo y otra tecnología. La basura no se la divide como en la Ciudad de México (orgánico/inorgánico), sino en botellas, cartones-todo lo demás (más bien parecido a como era en Nueva York). El café, una decepción. Me había prometido no comprar Nespresso por razones ideológicas y sensitivas, nada como un café recién molido (además, dice bien Saskia Sassen que para tomarse un café de extraordinaria calidad no es necesario acudir a una transnacional), pero aquí los caseros nos dejaron una cafetera que solo da cafés con ese procedimiento, tendré que hacer una concesión.

Voy a decir una verdad de Perogrullo para un sociólogo: los estilos de vida son tan distintos y se los ve en los detalles de la vida diaria.

Finalmente, hoy salí a correr temprano. Pasé por varios *sex shop* hasta llegar al Moulin Rouge. Corroboré lo que me dijeron al principio, mi barrio tiene una triple composición: a la izquierda es más popular y peligroso, un poco más deteriorado, comercial —desde ropa hasta droga—; hacia abajo empieza lo *chic*, los restaurantes caros, calles elegantes, departamentos finos; a la derecha y arriba está la zona turística del circuito Moulin

Rouge y Sagrado Corazón, es fácil encontrar pequeños comercios de *souvenirs* con la Torre Eiffel en todos sus perfiles y formas. Nuevamente, un lugar de frontera, ¡ojalá que nos vaya mejor!

18 DE AGOSTO DEL 2018

SOLUCIONES ESPIRITUALES EN LA CALLE

PARTO POR EL LADO MÁS POPULAR DE MI BARRIO. En la esquina, dos personas me entregan unos papelitos blancos con letras negras, muy similares en formato, con mucho texto y pocas imágenes, donde ofrecen sus servicios espirituales: “Éxito en una semana, pago después de los resultados. Profesor Bengali [...] Trabajo eficaz y garantizado, discreción asegurada”. El segundo: “Maître Michel, Gran medium-sanador, éxito asegurado”. Ambos aseguran poder resolver asuntos sentimentales, educativos, de salud: “Su pareja correrá detrás suyo como un perro a su maestro [...], sus problemas que le parecen desesperantes serán resueltos. Protección contra todos los malos espíritus. Éxito en sus exámenes, éxito en todos los ámbitos”. Lo propio, el “maître”: “Amor, fidelidad conyugal, encuentro y matrimonio, impotencia sexual, cambio, trabajo, comercio, atracción de clientes, estudios y éxito en exámenes, permiso de conducir [...]. A cada problema una solución [...], le devolveré la sonrisa, una reputación internacional, trabajo por correspondencia”.

Los que me dieron la publicidad eran de origen africano. La oferta religiosa-curativa está presente por todos lados, el formato es muy similar en París o en La Paz, los problemas que se enfrentan son los mismos, aunque el procedimiento para resolverlos se adecúa a las exigencias culturales locales. Interesante.

19 DE AGOSTO DEL 2018

VENTA INFORMAL EN LA TOUR EIFFEL

AYER TUVE UN DÍA DE TURISTA: visitamos la Torre Eiffel. Nada nuevo. En el camino y especialmente en la puerta una variada oferta de comercio ilegal, vendedores de origen africano o de Europa del Este; hay agua, refrescos y pequeñas torres en distintas versiones. Llegaron dos policías montados a caballo, los vendedores retiraron sus productos en una bolsa especialmente diseñada para poder evacuar con rapidez —todos traían la misma— y se juntaron detrás de un árbol. A todas luces la policía sabía que estaban ahí, pero solo se detuvieron quince minutos y luego se retiraron sin escándalo, razón suficiente para que el mercado se instale nuevamente. Sin embargo, en ese momento se generó una tensión, pues un retratista, de aquellos que te piden sentarte al frente y que en poco tiempo te dibujan el rostro a lápiz, no salió huyendo cuando llegó la autoridad —claramente no tenía conflicto con ella— y batalló por el espacio con los vendedores de torrecitas. Los empujaba para tener un buen lugar en el flujo de la gente, pero a ellos les interesaba un corcho el dibujante y extendieron sus mantas en el lugar más estratégico obligándolo a tener que retirarse (eran más y más fuertes). La disputa —aunque sin violencia— por el espacio estaba perdida ni bien partió la policía (eso en México se hubiera arreglado a plan de “mordidas” o golpes). Me queda claro que aquí no todo está regulado como parece: los márgenes de negociación pueden ser amplios según sea el caso, y no se sabe quiénes pueden ser los perjudicados o beneficiados de los mismos. La simulación está a la orden.

Recordé aquel foto-reportaje que hice a finales de los noventa cuando era estudiante de doctorado, lo titulé simplemente así: *Migrantes en París*. Era una serie de fotos que mostraba la intervención policial en Montmartre, y la estrategia de los vendedores para escapar de la autoridad. Fue mucho más violenta, la policía hacía su trabajo con golpes y tomando presos, los demás huían corriendo —a diferencia de ayer, pues el juego tácito indicaba que no había riesgo alguno.

También vinieron a mi mente las dos fotos que tomé a la famosa Torre Eiffel: una en blanco y negro, donde un joven patinador urbano está en el aire en pleno salto espectacular con el mejor telón de fondo de la ciudad; la otra a color, también desde el Jardín del Trocadero, un mimo vestido de rojo contrasta con la figura dorada tiesa que lo acompaña, la titulé “Movimiento”. Guardo esas dos imágenes porque creo que tienen fuerza, expresan, dicen algo. Ahí soy el fotógrafo que quise ser.

Finalmente, vi una manifestación de personas de un país africano que, con banderas, carteles, mucha música y ritmo, daban vueltas protestando contra el presidente. No retuve de quién se trataba, pero me quedó claro que el escenario era el propicio para manifestarse por algún problema que está lejos de la jurisdicción francesa. Finalmente, esta ciudad, así como Nueva York, es un espacio tan internacional que un llamado político puede resonar mucho más allá de sus fronteras.

20 DE AGOSTO DEL 2018

PASEAR EN BICICLETA

HOY VISITAMOS A CARLOS E INÉS en las afueras de París, camino a Versalles. En la tarde salimos a pasear en bicicleta por el bosque aledaño y logramos tener una vista generosa de la ciudad. Mis niñas disfrutaron de la bicicleta —práctica prohibida en México—. Cuando compré mi casa de campo en Tres Marías (a una hora de la capital), cometí la imprudencia llevar a toda la familia a dar vueltas por los senderos locales, y luego de que fui brutalmente asaltado, me di cuenta de la suerte que tuvimos al no toparnos con algún mafioso. Por otro lado, cuando quise impulsar el uso de la bicicleta en mi casa en la Ciudad de México, los problemas operativos —tales como dónde guardar las bicicletas para que no te las robaran— eran tan complejos que rápidamente desistí de la idea, además del peligro que implica ese transporte en un lugar donde se conduce sin importar quién pasa por la calle.

Mi amigo me comentaba que la tensión que tienen por aquí es entre los ciclistas, los peatones y los que pasean a sus mascotas. Todos quieren usar el bosque, y a menudo se sienten agredidos unos y otros; cuando esto sucede, acuden a sus asociaciones para poner demandas y esperar que las autoridades decidan quién tiene la razón o si alguien merece un castigo. En México eso sería imposible; las cosas se resuelven en la calle con lógicas muy violentas que dejan desamparado al débil. No es caricatura, lo triste es que es cierto.

MARTES 21 DE AGOSTO DEL 2018

LAVAR CON AGUA CALIENTE

FUI POR UNA LICUADORA —indispensable para mí, pues soy el responsable de los licuados matinales de toda la familia, y es una costumbre que adquirí cuando era estudiante—. Luego de mirar varias de sus características, intenté abrirla, es decir separar las cuchillas del vaso, como por ahí pasa desde cebolla hasta leche, tengo la sana costumbre de lavar cada cuerpo por separado. Mi intento fue en vano. Le pregunté al vendedor y me dijo “no se abre, se lava con agua caliente y eso basta”. Recién me di cuenta de lo obvio. Estos días estuve usando el lavaplatos automático como un niño con juguete nuevo, nunca había tenido uno. Cada que sacaba la loza, salía impecable, y si lo hacía poco después de que la máquina hiciera su trabajo, todo estaba aún caliente. El tema de la limpieza de la vajilla está resuelto con una compleja combinación de productos muy eficientes: el agua que está casi hirviendo y el aparato que distribuye todo de manera eficaz. Nadie lava platos a mano, con esponja, agua fría ni guantes, como lo hacemos nosotros. Claro, en esas condiciones, es muy probable que el vaso de la licuadora no necesite intervención pieza por pieza. Cuestión de costumbres, tecnología, disposición de agua caliente y ahorro de tiempo. Pero habrá que ver de dónde sale la energía para calentar, a dónde se va y cuán tóxico es el producto maravilloso que limpia todo.

AGUACATES

Fórmula poco eficaz: cinco aguacates por 2 euros. Tres están duros por fuera, parece que les falta madurar, pero cuando los abro, están secos, negros y podridos, nunca me había pasado eso en México. Del cuarto solo puedo rescatar un 50% y el último todavía no está listo. Lo abro dos días después, ya se pudrió. Algo anda mal.

LECHE A PRECIO JUSTO

Compro la leche más barata sin fijarme en el mensaje político ni en la marca, solo pongo atención al precio, pero ya en casa, sentado en mi sillón con el empaque en mano, no encuentro publicidad, solo una frase que ocupa la mitad de la caja y que dice: “Esta leche remunera un precio justo a sus productores. ¿Quién es el patrón? La marca del consumidor bueno y responsable. Precio aconsejado y votado por los consumidores: 0,99 euros”. Sin duda, me encantó la fórmula, aunque había pasado desapercibida por la manera “natural” de consumo que uno tiene incorporada —buen migrante y clasemediero: veo antes que nada el impacto en mi billetera—. Pero me emociona pensar que un producto puede ser vendido anunciando, en vez de una marca, una idea política y económica, un modelo de relación en el mercado que tome en cuenta al productor y al consumidor, y no principalmente al empresario y al capital. Además, aseguran que el ganado vive en la naturaleza, se alimenta de forraje local y los productores reciben una justa remuneración por su trabajo; la ganancia les permite vivir dignamente y ofrecer productos saludables y de calidad. Decidido: esa será la marca de leche que me acompañará toda esta temporada.

LOS PEQUEÑOS COMERCIOS DIVERSIFICADOS

En el paseo cotidiano, me impresiona la cantidad de comercios y la poca presencia de grandes cadenas. En México estamos acostumbrados al OXXO, el brazo comercial cercano a un conjunto de empresas como la Coca-Cola, que controlan la alimentación con pura comida chatarra, de mala calidad (pan Bimbo, papas fritas Sabritas, gaseosas de todo tipo y cigarros), homogeneizando la comida, generando ganancia solo para sus dueños e impulsando contaminación y tráfico, pues pocas veces tienen sus propios estacionamientos —a menudo se ubican en lugares estratégicos donde se puede dejar el coche en la puerta por unos minutos sin recibir una infracción—. Lo poco que uno puede ver por aquí, es que las centenas de comercios son de pequeños propietarios —sin negar que existen grandes cadenas— que diversifican en formato, tipo de mercancías y personalidad de cada tienda. En una misma calle hay un café muy moderno, una tienda de telas, un restaurante de comida árabe, un *sex shop* —vivo por el Moulin Rouge, es preciso recordarlo— y una papelería. Cada una con un sello distinto. Siento una tendencia a la diversidad en el mercado local.

JUEVES 23 DE AGOSTO DEL 2018

AGUA

SIGO IMPRESIONADO CON EL USO DEL AGUA. Ayer en la mañana, cuando salí a correr muy temprano, el encargado de limpiar las calles lo hacía con una manguera de agua a presión, de esas que usan los sectores altos en América Latina para lavar coches. En la tarde, vi un pequeño flujo de agua al pie de la banqueta y a una persona que se refrescaba los pies, me pregunté si era líquido limpio y, metros después, me encontré con un funcionario que recogía basura y abrió una extraña pileta, al lado del desagüe, para que un chorro fluyera y le facilitara su trabajo, y la cerró cuando se iba. Todo eso sería visto como un desperdicio en México, como un descuido con el medio ambiente.

Llegando a casa me puse a leer un librito de la alcaldía parisina —que lo recogí en alguna oficina hace unos días— donde promovían el consumo de agua “sin moderación” y explicaban su calidad, origen, cuidado por especialistas, y las bondades al beberla como “un placer cotidiano”. Ahí se afirma que 92% de los parisinos confían en el agua del grifo y que 90% la beben a la hora de la comida. Se sostiene que no tiene nitratos que afecten la salud, ni pesticidas peligrosos ni plomo; el consumo diario de un litro al día cubriría de 15 a 25% de las necesidades de calcio. Los parisinos usan diariamente —de distintas maneras— 490 000 m³ de agua, es decir, 1.5 del volumen de la Torre de Montparnasse (la más alta de la ciudad). También se destacan los beneficios en términos de reducción de basura. Finalmente, se subraya que la responsable del tratamiento y administración

del agua es una empresa municipal y se considera “un servicio público”.

Durante los últimos años en México, en mi casa hemos decidido tomar agua de la pila, hirviéndola previamente. Todos nos criticaban convencidos de que no es una buena idea, y, claro, se ha instalado la necesidad de tener agua “purificada” —difundiéndola y destacando la mala calidad de lo público—, lo que representa una incomodidad por tener que comprar regularmente botellones de veinte litros que, además de tenerlos que transportar hasta la puerta del departamento, ocupan un espacio importante. Las grandes empresas han encontrado el negocio perfecto: recolectan agua de poblaciones cercanas —a cualquier costo social y a precios mínimos—, la comercializan mucho más cara en la ciudad y, finalmente, no se ocupan del destino de los envases de plástico, que vaya a saber a dónde van a dar. Un descuido ecológico y social impresionante.

El esquema de la administración del agua es típico de la instalación del neoliberalismo mexicano: crear y destacar una necesidad, no invertir en las empresas públicas y promover una campaña de desprestigio en su contra, hasta instalar en el sentido común que son ineficientes, y apoyar iniciativas privadas con ganancias millonarias que replacen el mal servicio estatal. Esto también aplica para la salud, la educación, las comunicaciones, los servicios.

El agua, tan vital, puede ser tratada de otra manera. Es reconfortante saberlo.

24 DE AGOSTO DEL 2018

OFERTA MÁGICO-RELIGIOSA

UNOS DÍAS ATRÁS, a la salida del metro Barbès-Rochechouart —lugar conocido por popular, peligroso y de venta de droga— mientras que algunos individuos ofrecían “Marlboro, Marlboro” (imagino que es droga), otros, claramente pagados y con evidente desinterés, distribuían frenéticamente pequeños papelititos en papel fino con publicidad de curanderos africanos o árabes (a los que ya me referí). Ayer fui una estación más allá (La Chapelle, en la línea azul número 2, con iguales características sociales del barrio), lo curioso fue que ahora varias mujeres indias me regalaron publicidades espirituales promoviendo curanderos de su país. Impresas en papel bond liviano, tamaño media carta, se promueve a un “gurú astrólogo” o a un “astrólogo indio sanador espiritual”: “El célebre astrólogo de la India en París, lo puede ayudar para todos los tipos de problemas”. La información viene en hindi, francés e inglés. Se ofrecen soluciones a situaciones de familia, amor y matrimonio, sexo, cuestiones legales, educación, empleo, suerte, combate a magia negra, licencia de conducir, lotería, celos, negocios. Se asegura que todo es privado y confidencial, y que es 100% garantizado. Se dan teléfonos, direcciones y contacto por WhatsApp.

GUÍA DEL VOLUNTARIADO

Visito una feria sugerente donde se exponen los afiches ganadores de un concurso de diseño para concientizar sobre el uso de

los deshechos y la ecología. Varios me llaman la atención, uno apunta a evitar las pequeñas basuras que incomodan a todo el mundo —como tirar chicles o colillas a la calle—, otro propone un estante a la salida del metro que permita recoger y dejar el periódico —gratis— luego de haberlo leído en el tránsito cotidiano.

También había una mesa donde se vendía el “libro del voluntariado”. Era una guía de los cientos de iniciativas cívicas con múltiples intenciones: cuidar ancianos, impulsar creatividad de jóvenes marginales, trabajo con población de capacidades diferentes, cuidado de animales, del medio ambiente, de enfermos, etcétera. La oferta era muy variada. La idea básica suponía que “tal vez usted puede ser un benefactor sin saberlo, aquí le ayudamos a encontrar a quién ayudar”. Una pauta para la acción social específica. No había visto algo así antes. Interesante.

28 DE AGOSTO DEL 2018

¿SOCIOLOGÍA GLOBAL O LOCAL?

HE LEÍDO UNA ENTREVISTA a Michael Burawoy realizada por Sébastien Antoine, Céline Piret y François Rinschbergh.²⁷ Es un autor a quien conocía muy poco. Disfruto mucho de las entrevistas sobre las trayectorias; siento que las preguntas que se ponen entre sociólogos, son de otra naturaleza y abren cajas que no salen a la luz si no es gracias a ese momento, a ese intercambio. Una entrevista no es una conferencia donde todo está controlado y preparado, y el único momento de innovación es al final; todo lo contrario, si las preguntas son buenas, no hay libreto al que acudir, se trata de crear, improvisar y pensar “en caliente”. Además, las trayectorias de los investigadores, que muy a menudo se ocultan tras los libros públicos, hablan a veces más que los documentos formales. Conocer la vida de quien escribió es tan útil e interesante como su obra, por eso he escrito mi libro *Tertulia sociológica*²⁸ donde puse la grabadora frente a Guy Bajoit, Danilo Martuccelli, Jean Pierre Hiernaux, Gilberto Giménez, Alejandro Portes, Bernard Lahire, Michel Wieviorka, Christian Lalive, Tomás Moulian —y, por razones de formato, quedaron afuera algunas entrevistas a otros amigos y colegas como Michael Löwy, Francois Houtart, Ivonne Guevara—;

²⁷ Grand entretien avec Michael Burawoy *et al.*, “Itinéraire d’un sociologue global”, *Savoir/Agir*, 2018/1 (N. 43), pp. 75-88.

²⁸ Hugo José Suárez (2009). *Tertulia sociológica*. México, D.F.: IIS-UNAM, Bonilla Artigas Editores.

y también he impulsado un programa de radio que precisamente se llamó *Ideas y trayectorias* (allá por el 2015).

Pero vuelvo a Burawoy y mucho se podría decir; su discusión sobre el marxismo y la etnografía, su relación con la academia americana y sus vínculos con la francesa (gran admirador de Bourdieu), su defensa de la sociología y del pensamiento crítico desde la universidad en contra de la mercantilización del mundo actual. En especial, me llama la atención su idea de la sociología pública, su reflexión sobre la tensión entre la sociología local y la global.

Burawoy fue elegido presidente de la American Sociological Association (2014) y de la International Sociological Association, y cuenta que la discusión, en parte, se concentraba en la tensión entre la dimensión global y la singular de la disciplina:

de un lado están los que dicen que existe solo una sociología, una sociología singular a la que diferentes zonas geográficas pueden contribuir, pero en el fondo existe una sola sociología. El peligro de esta concepción es que esta sociología universal termina finalmente siendo la sociología francesa o americana, por ejemplo. Es el riesgo de universalización de una sociología nacional. Por otro lado, están los que se oponen a esa idea diciendo que no existe una sola sociología y defienden la existencia de sociologías múltiples, que cada país posee su propia sociología nacional [...]. Este me parece un debate interesante: ¿hay una o varias sociologías? ¿cuáles son las características del campo de esta sociología global?, ¿cómo habría que cartografiarla, presentarla, articularla?²⁹

Como un boliviano que estudió en México, Brasil y Bélgica, siempre estuvo presente en mí la misma tensión: el problema

²⁹ M. Burawoy *et al.*, *op. cit.*, p. 81 (Todas las traducciones del francés son mías).

del localismo y del universalismo. Cuando llegué a México, sentía que las referencias teóricas de Bolivia no tenían ninguna importancia; cuando llegué a Lovaina, me sucedió lo mismo con todo lo aprendido en América Latina (México, Brasil y Bolivia); cuando fui a Nueva York al año sabático ninguno de mis autores francófonos de cabecera eran conocidos y, a la vez, cada escuela tenía sus propios aportes, algunos se repetían en las ideas aunque no en los apellidos, y otros de plano eran muy distintos. El caso es que pocos nombres y títulos cruzaban fronteras, salvo, por supuesto, los clásicos como moneda de cambio general.

Sé bien que el tema es complejo, pero estimulante. Una variable que se debe tomar en cuenta es el poder académico y la distribución del prestigio internacional que, como lo sugiere Burawoy, reposa en los *rankings universitarios* la obsesión por publicar en inglés y en revistas científicas de “doble ciego” —bien situadas en el *impact factor*—, y por la participación en conferencias internacionales. Por supuesto que no solo es arbitrario, sino absurdo comparar mundialmente las universidades por la desigual distribución de recursos, la historia, la tradición, la relación con sus culturas, pero claramente no son pocos los que se montan en esa ilusión para sentirse más leídos, prestigiosos y globales. En realidad, lo que se llama sociología internacional suele ser más bien —lo enuncia Burawoy— la “universalización de lo nacional”, la imposición de una manera local de hacer sociología como referencia para las demás.

Curioso, lo “internacional” en Europa es juntar a tres países vecinos y eventualmente invitar a un investigador americano, lo cual es muy fácil, práctico y suficiente para creer que es un encuentro global; en Estados Unidos no requieren ni eso, con que estén presentes dos o tres representantes de las diez universidades mejor ubicadas ya está listo el evento. En América Latina reunir a los

investigadores de un solo país —pensemos en Brasil— o de una región —el Cono Sur, por ejemplo— cuesta muchísimo y se presenta como un encuentro nacional o regional, casi nunca “internacional”. Esas reuniones de las confederaciones globales suelen ser absolutamente excluyentes y, normalmente, permiten la participación —por razones económicas, geográficas o políticas— de quienes provienen de universidades de Europa y Estados Unidos —aunque sean de origen latinoamericano—. En esa dinámica, pierde personalidad el pensamiento local, la historia, la lengua. Imagino qué sería de la sociología sin la sofisticación del uso del alemán en Weber, del francés en Bourdieu o del aymara en Silvia Ribera.

Me da la impresión de que, en realidad, la sociología es, sobre todo, una disciplina que le cuesta desprenderse de su lugar de emisión y que, por tanto, es sobre todo nacional o de “alcance medio”, para retomar una fórmula clásica. Creo que el diálogo con otras escuelas debe hacerse siempre atento a no caer en la moda o en la imposición del paradigma de referencia —que se basa en el estado del campo académico mundial— y, mucho menos, en seguir los parámetros de legitimidad transitoria —*rankings*—, sino en el encuentro puntual y fructífero.

En fin, yo disfruto más de Bourdieu cuando habla de la élite parisina, de Fernando Calderón cuando estudia los trabajadores en Cochabamba o de Berman cuando desmenuza el proceso de urbanización en Brooklyn, que de Sassen refiriéndose a las ciudades globales o de Castells, de la galaxia internet. Tal vez sea cuestión de gustos y acentos.

31 DE AGOSTO DEL 2018

CEMENTERIO PÈRE LACHAISE

TEMPRANO APRENDÍ A VISITAR CEMENTERIOS. No cumplía los once años cuando el destino me condujo a la tragedia tras el asesinato de mi padre en la dictadura (15 de enero de 1981). Desde entonces, he visitado su tumba regularmente, he aprendido a apreciar el silencio, la escucha y el intercambio con la memoria. Luego fue mi abuelo, mis abuelas, mis primos, o mi abuelo materno al que no conocí, pero que quiero tanto de otra manera —él está enterrado en Tarija—. Cada que viajo a Bolivia me reservo un espacio para visitar a mis muertos.

En México solo he acudido al camposanto en el Día de Muertos, por razones más bien culturales. Difícil olvidar las visitas a la cañada de los once pueblos purépechas en Michoacán, ese día, las tumbas se visten de colores vivos.

Ahora estoy en París y la experiencia es completamente diferente, sé que debo ir a los cementerios locales y no solo por turismo. Comienzo con Père-Lachaise. Es raro jugar al *rally* buscando la última morada de personajes célebres. El ambiente es extraño, a pesar de ser un lugar de reposo, el sello del turismo no se quita. Pasamos por el mausoleo de Chopin, sigue sobrio y elegante como su propio recuerdo —flores rojas, rosas y blancas y un sencillo listón colgando de la baranda—, pero al llegar al de Jim Morrison es un espectáculo especial. Turistas de todos lados peleando por el espacio para una selfi, saltando la reja para encontrar la mejor toma, y hay botellas y fotos en la lápida,

retratos, cuadros, velas y afiches —y el árbol de enfrente está forrado por chicles usados pegados sobre la corteza.

Pero yo fui con otro objetivo: Pierre Bourdieu está enterrado ahí. No se lo anuncia en el mapa de la entrada, solo sé que está en la sección 28. Empiezo el recorrido y cuando llego a la zona, encargo a toda mi familia que rastree el nombre. Al final, poco antes de escuchar las campanas que anuncian que hay que dejar el cementerio, doy con la lápida. Es lisa, simple, sin aspavientos ni estridencias —como él—. Solo dice su nombre, el año de su nacimiento y de su partida: 1930-2002. Se fue joven, tenía mucho por dar. Bajando el sendero otoñal hacia la puerta, cuento a mis hijas cómo fue cuando lo conocí, mi intercambio epistolar, mi encuentro y la foto tan especial de nuestra comida al frente de la EHESS, el día que me invitó a exponer en su clase. Guardo esa foto en un recuadro colgado en mi oficina en la UNAM con una nota que me mandó agradeciendo el envío del libro de mi papá *Los cuatro días de mi eternidad*. En la noche pongo la foto en mi muro de Facebook junto a la frase “los maestros nunca mueren”.

No encontré a Comte, Molière, Nadar, Piaf, Proust, Wilde, Vallejo, Méliès.

Tendré que volver.

FRASECITA QUE ABONA A LA PASIÓN POR ESCRIBIR

Me encontré con la siguiente frase de V.S. Naipaul (Nobel de literatura en el 2001): “no escribir es no contemplar; no contemplar, es revelarse incapaz de extraer el sentido real, el valor pleno de su experiencia; es dejar la vida, el tiempo, transcurrir sin significación”.

¿Qué tiene la escritura que atrapa tanto? ¿Que da sentido a la vida más allá del destino de las letras? Bauman decía algo similar, que necesitaba escribir para sentirse vivo —eso en voz de un sociólogo—. Reconfortante. Agradable saber que, en esta pasión de soledades, hay compañías distantes.

CUENTA BANCARIA

Recuerdo que cuando llegué a Nueva York, abrir una cuenta bancaria fue lo más fácil. Acudí con mi pasaporte a la primera sucursal en la esquina de mi casa, deposité unos cuantos dólares y me dieron tarjeta, estado de cuenta y todos los servicios. Ningún problema, mientras se hable de plata, todo fluye con eficacia. Aquí el trámite es engorroso; los funcionarios de la Universidad tuvieron que conectarme con una sucursal de un banco especializado en personas foráneas que no tienen todas las condiciones de un local. Fui a una elegante oficina —no comercial— y me atendieron con mucho protocolo. Me pidieron documentación relativamente sofisticada y, al día siguiente, me mandaron el contrato para que lo firme y lo reenvíe por computadora. En unos días me enviarán la tarjeta por correo postal, el número clave y la demás información. Ha pasado una semana de la “apertura” y todavía no puedo realizar un giro. El sistema es lento, poco eficaz. Estoy atento para poder hacer movimientos financieros básicos, ojalá no tarden demasiado.

EN EL SUPERMERCADO

– Fórmula no convincente: 200 gramos de guacamole por 3.3 euros. No pienso hacer ese gasto.

– “Petites Madeleines” embolsadas se venden con tres mensajes al pie del envase: “fabricado en Francia”, “huevos de gallinas criadas al aire libre”, “sin aceite de palma”. El sistema industrial ha sometido a la naturaleza hasta el extremo de que los animales se han convertido en máquinas de producción de alimento, tanto que surge como reacción urgente y legítima lo que debería ser lo normal: que los animales que comeremos —o sus beneficios— vivan como lo que son y en su entorno.

LA PROTESTA EN EL POPÓ

En México se llama “popó” a la defecación, en París abunda la de perros —como en otras ciudades, claro—, pero lo que no había visto, es que sobre el excremento se incrusten fotos de personas de la farándula o de políticos. Es una manera de protestar, de crear un contra-lenguaje en el paisaje mínimo público, un discurso en sentido contrario. Me dan ganas de abonar con las fotitos de varios que merecen estar en ese sitio.

2 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

OTRA VEZ PEREC

ME ENCONTRÉ UNA JOYA EN la biblioteca de mi casera: *Espèces d'espaces*,³⁰ de Georges Perec. En la solapa dice: “el problema no es inventar el espacio, menos todavía reinventarlo, sino interrogarlo, o más simplemente, leerlo...”. En otro pedazo: “vivir, es pasar de un espacio al otro, intentando lo más posible no golpearse”.

En este pequeño ensayo, Perec ahora transita, con imaginación y elegancia, por las distintas dimensiones del espacio: el cuarto, el departamento, la calle, el inmueble, el barrio, la ciudad, el país. Juguetea con la diagramación de su libro poniendo palabras en horizontal, al borde, al pie de página, dejando blancos. Antes de la era de la diagramación digital, se esfuerza por mostrar que la disposición de los elementos en una página ya es un lenguaje, ya trae consigo una propuesta.

El pequeño extracto donde habla de París es también estimulante, invita a recorrer las calles con la mirada atenta. Por supuesto que esas letras me resuenan ahora que estoy descubriendo estos rincones.

³⁰ Georges Perec (1974). *Espèces d'espaces*. París: Galilée.

3 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

GANESH EN PARÍS

EN ALGUNA DE LAS PEQUEÑAS calles del distrito 18 están colados algunos anuncios impresos en papel bond que invitan a la celebración de Ganesh —uno de los dioses hinduistas—. Se trata del *Temple Sri Manicka*, uno de los primeros en su género instalados en París —1985— donde se dice que, aunque acuden muchos indios, la mayor parte de sus devotos son de Sri Lanka. La invitación parece uno de esos típicos afiches de santos y vírgenes que recorren los barrios populares de la Ciudad de México. Es el domingo, no me perderé la cita.

Llego a la calle en cuestión y una empresa india de telecomunicaciones está repartiendo un jugo extraño de dos sabores: uno rosado que parece de frutilla y el otro blanco con pequeños locotitos, picante, claro. Continúo el recorrido y me encuentro con que la mayoría de los comercios pusieron en la acera altares con incienso, plátanos, flores, afiches y algunos la imagen de la divinidad.

Por la calzada, pequeñas montañas de cocos adornados y cubiertos con un polvo amarillo. Los carros alegóricos van pasando, uno jalado por varones y otro por mujeres; ellas vestidas con atuendos típicos de muchos colores vivos, los hombres descubiertos de la cintura para arriba y abajo traen una túnica blanca. Detrás de la procesión los cantos y rezos femeninos inundan el ambiente, algunas de ellas llevan adornos con coco y flores en la cabeza; otras, bandejas de cerámica con fuego alimentado en el camino.

Al cabo de media hora, buena parte de las montañitas de coco están destrozadas en el piso. Entre tanto, decenas de tiendas de comida india, de cadenas de televisión e internet, videos de tipo pirata —especialmente de producciones de Bollywood—, ropa, abarrotos y especias. Entre el público, muchísima gente de ese lugar del planeta, además de turistas de distintos orígenes y franceses interesados en el evento.

El paisaje indio es contundente, solo los discretos nombres de las calles, algo de la arquitectura, una “boulangerie-pâtisserie” y la presencia policial, nos recuerdan que estamos en París. Los rostros, la música, los atuendos, las imágenes, el tipo de práctica religiosa, los sabores y olores, todo nos transportan a India. No solo es un ambiente cultural envolvente, también la atmósfera mística es penetrante; mi hija de 11 años solo atina a decir “si yo fuera este Dios, les daría todo lo que quisieran”.

Una experiencia fabulosa, una oportunidad de intercambio con aquellos contextos tan diferentes y alejados de nuestro horizonte —y del que sabemos tan poco—. Acaba de entrar en mi agenda la necesidad de conocer India. Ya di el primer paso.

5 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

CEMENTERIO MONTPARNASSE

LA VISITA A LOS CEMENTERIOS EN PARÍS es obligatoria; hay un lado turístico, otro ceremonial y uno lúdico. Ya comenté mi ida al Père-Lachaise, ayer fuimos al de Montparnasse. Hay menos visitantes, gente no tan pública como Jim Morrison, más literatos (me impresiona como los literatos tienen mucha más popularidad que los sociólogos, incluso en Francia). Juego con mis hijas a encontrar tumbas con una lista plastificada que te dan a la entrada que contiene nombres y un mapa para descubrir su ubicación. No es fácil. Empiezo por Durkheim: casi no se lee su apellido, la lápida está descuidada, con piedritas encima que luego me entero de que es una manera de honrarlo. Pienso en lo mucho que lo he leído, en las horas que he pasado frente a sus libros dialogando, discutiendo, aprendiendo. Luego, Baudelaire, con flores frescas y algún libretto extendido en la base; la de Cortázar era solo una lápida blanca, con una escultura en la parte de arriba. Busqué la de Man Ray sin éxito —recordé el poema que mi amigo Fernando de Laire me hizo como un homenaje inspirado en el contenido de una foto mía: “¿X-Ray? No, Man-Ray que en los ojos de Suárez sueña”—. Susan Sontag y todos los libros suyos que leí, lo mucho que aprendí de sus letras, especialmente de la fotografía. Vallejo, maestro que escribía en un juguetón y trágico vaivén entre quechua y castellano; la tumba más colorida, una bandera peruana y mensajes encima, además de una señora limeña que se tomaba foto sentada reclamando por qué la lápida no tiene más visibilidad. Ya era tarde, corrí a

buscar a Raymond Aron, pero no lo encontré. Pensé en todo lo leído, en lo mucho que admiro su cultura sociológica —aunque no su posición política— y en los comentarios que me hizo Fernando Calderón respecto a sus clases, a las que él tuvo el privilegio de asistir; dice que su cultura general era deliciosa y la manera cómo llevaba adelante su curso era sacando provecho de ella a cada instante. También recordé su relación tensa con Bourdieu y con Sartre. Era hora de cerrar, empezaron a sonar campanas, así que no pude ver a Porfirio Díaz —creo que tampoco tenía muchas ganas de hacerlo—; atolondrado corrí a visitar a Sartre y Simon de Beauvoir, el lugar más emotivo: flores, macetas, boletos de metro y besos rojos notoriamente marcados alrededor de ambos nombres.

Me tuve que ir sin visitar a Duras, Man Ray, ni Fuentes —aseguran que está ahí.

Seis comentarios:

– Ya lo decía, los escritores tienen más éxito en la muerte que los sociólogos —y menos que los roqueros (Jim Morison)—.

– Sin darme cuenta, es evidente la influencia que tiene la cultura francesa en mi trayectoria; en muchas de las tumbas tengo una historia personal que contar —con la que aburro a mis hijas—, un libro leído, un momento vivido, una foto que me marcó. En especial, fotógrafos y sociólogos, claro, mis dos amantes. En menor medida, literatos o ensayistas, pero que también jugaron su rol en algún momento.

– La jerarquía de la muerte es clara; me pregunto quiénes pueden ser enterrados ahí, cuánto cuesta, qué méritos hay que tener o cuánto hay que pagar. Dato curioso, la “burguesía mortuoria” —por decirlo de alguna manera— está en el cementerio Père-Lachaise; ahí se enterró a Bourdieu, el “enfant terrible” que más criticó todo tipo de distinciones. Aron, Durkheim y

Sartre reposan en el cementerio de segunda división o, al menos, en uno no tan distinguido.

– Bourdieu decía que Aron y Sartre, más allá de sus diferencias, tenían muchas cosas en común; cierto, comparten el mismo camposanto, aunque el segundo con más flores y visitas.

– Latinoamericanos por aquí: dos escritores (Vallejo y Fuentes), literatos, ciertamente, y un político con poco encanto (Porfirio Díaz).

– Bolivia es el único lugar donde visito cementerios llorando o platicando en cada tumba; ahí están mi padre, mis abuelos, algunos primos —personajes de la historia que quiero y recuerdo—. En México solo he ido a cementerios el Día de Muertos para ver la fuerza cultural de la relación con la muerte en ese país. En Francia es un encuentro con intelectuales y artistas, pocas emociones, más bien una relación con ideas e influencias.

7 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

EN LA BIBLIOTECA DE LA SORBONNE

POCO A POCO LAS COSAS SE VAN INSTALANDO. Hace unos días, me dieron la credencial de profesor invitado. Estoy sentado en la sala de lectura de la biblioteca central de La Sorbonne. Bellísima. Es un *hall* grande, rectangular, de techo alto con molduras, ventanales de madera compuestos por pequeños cuadraditos de vidrio que van hasta el segundo piso; arriba, antes de tocar el techo, el nombre de algún académico con su fecha de nacimiento y de muerte. Hay cerca de quince mesas rectangulares de madera, largas, con lámparas y diez sillas a cada lado, con lámparas equidistantes y tomas de corriente. Murales en ambos fondos y en el techo central, así como adornos en las chapas, los estantes, las ventanas. Sin duda, un lugar fabuloso para trabajar —me hizo recordar la Librería Pública de Nueva York de la 42 Street.

Un detalle: fui al baño, por supuesto, es impecable —aunque el agua del lavamanos no sale temperada como en Nueva York—, incluso había un letrero que pedía limpiar el retrete con un instrumento adecuado que estaba a disposición. La frase de compañía era: “Deja el baño tan limpio como lo encontraste”.

Me queda claro que tengo tres lugares donde voy a escribir: esta biblioteca, la del IHEAL —aunque es menos espectacular y más práctica— y la de Paris Descartes, que tiene internet y un catálogo de libros muy generoso, pues la colección de ciencias sociales del CNRS pasó a su tutela hace unos años. Ahí fueron muy amables conmigo, solo con solicitarlo me dieron acceso a

todo. Todo indica que mi lugar de escritura ya no será el café, donde he producido los últimos buenos años, sino la biblioteca.

Quizás eso habla mucho del sentido de la biblioteca aquí, de cómo estos espacios son cuidados, pensados especialmente para concentrarse, sumergirse en lo que uno está haciendo. Lugares limpios, calmados, cómodos, cálidos, que inspiran y que ponen condiciones para hacer mejor la labor. Estoy fascinado, evidentemente.

TRES CREDENCIALES

Decía que estos fueron los días de las credenciales. La primera, la más importante por ser la oficial, me la entregó un funcionario público de la oficina de migración de la Universidad de La Sorbonne. Para obtenerla tuve que presentar todos los papeles formales que me han acompañado estos meses, especialmente la “Convention d’aceuil”; documento fundamental que salió de París firmado por una gran autoridad universitaria, llegó a mis manos a México, se quedó en la embajada de Francia hasta que me dieran mi visa y volvió a las oficinas de La Sorbonne con los sellos y firmas respectivos. El documento tan manoseado como sacramentado que abre todas las puertas. El caso es que en esas mismas oficinas donde entregué todo lo que me hace legal (pasaporte, contrato de trabajo, número de cuenta bancaria francesa, certificado de domicilio) me dieron, días más tarde, la *Carte d’Identité Professionnelle*, que la otorga y avala el Ministerio de la Enseñanza Superior y de la Investigación. Se trata de una ficha de cartulina que tiene impresas algunas indicaciones básicas (como “Carte d’identité...”, nombre, dirección, función, etcétera), que es llenada —a mano— por el secretario que te atiende. Mi foto está engrampada (mi hija dijo: “ni siquiera la pegaron con *prid*”). Lo que sí, atrás viene clara la fecha de caducidad,

con firma y sello de la directora de Recursos Humanos de la Universidad.

Hace años, cuando vi el diploma de doctorado de un amigo que estudió en la EHESS, me sorprendió la poca simplicidad del documento: un papel con algunas firmas. Contrasta el peso simbólico de un título de esa naturaleza con la cantidad de diplomas impresos a todo color y en cartulina, con firmas y sellos que se dan en México por una ponencia presentada en quince minutos; de hecho, últimamente todo documento sale con la firma del director de la institución que lo otorga, es clasificado y numerado. Impresionante. En cambio, aquí una hoja con la firma correcta es suficiente, igual que esta “carta de identidad”, a mano, con foto sostenida con grapas. Cuando puse esto en mi cuenta de Facebook, mi amigo y colega Adrián Tovar reaccionó así:

Me encantan esos documentos tan sencillos cuando corre 2018. Eso también se le puede llamar austeridad republicana (a la francesa). En México se sigue creyendo que un documento no puede ser verdadero o serio si no trae veinte sellos, papeles sofisticados con hologramas, grandes firmas, etcétera. El documento burocrático como fetiche de los Estados coloniales subalternos. Los pueblos que nunca han podido adueñarse de su Estado y así desmitificarlo necesitan de esos fetiches. Estados casi fallidos con documentos en gala, narcisismo de enanos, megalomanía en el ocaso....

La segunda credencial en la Biblioteca de Paris Descartes fue más sencilla. Danilo Martuccelli me dijo que solo tenía que solicitarla mostrando una identificación académica y así fue. Le escribí a la encargada, fui a la ventanilla, me presenté y, de inmediato, me dieron de alta en el sistema, me facilitaron acceso a internet, me dieron un plástico con mi nombre y código de barras, y me dijeron que podían prestarme hasta veinte libros por

quince días. ¡Una locura! Recuerdo lo difícil que era entrar a las bibliotecas en Nueva York, mi estatuto como “Visiting Scholar” no me permitía sacar un libro ni por diez minutos.

Finalmente, hoy me dieron la credencial de la Biblioteca Interuniversitaria de la Sorbonne, desde donde estoy escribiendo ahora mismo. Aquí me pidieron mi “Carte d’Identité” y todo fluyó, pero me recordaron con especial acento que la credencial será válida solo mientras la primera lo sea. Es elegante, negra con gris —aburrida dirían mis hijas— con un código de barras y un número que es mi “identificante” para solicitar libros. Ya lo intenté y funciona, me los puedo llevar a casa (aunque para mí es el peor lugar de trabajo, ahí soy papá).

Alguna vez Franck Poupeau dijo que en sociología de la educación había que ver los detalles de los diplomas y documentos de esa naturaleza porque hablaban mucho del tipo de Estado y la idea de enseñanza que hay detrás. Es cierto.

ANTROPOLOGÍA Y LITERATURA

Cuando le conté a Christophe Giraud, mi inquietud sobre la discusión entre sociología y letras, y sobre mis referencias de Jablonka, me sugirió el programa *La suite dans les idées* de France Culture. Ni bien caí en él, me metí a la emisión dedicada al último libro de Jean Jamin *Littérature et anthropologie*,³¹ texto que, claro, ya está en mis manos, lo compré ayer. La entrevista sitúa muy bien la discusión entre ciencias sociales y creación —sea literaria, cinematográfica, fotográfica, etcétera—. Ese es uno de los temas que me ocupan hoy, que tocan con el sentido de este diario, pero sobre todo respecto a mi relación con la fotografía, la

³¹ Jean Jamin (2018). *Littérature et anthropologie*. París: CNRS.

imagen, la escritura y mi manera de hacer una *sociología desenfadada*. Creo que se va gestando un libro con ese título, retomando todo lo que voy leyendo esta temporada, pero que, de alguna manera, se hace cuerpo en este diario.

Más adelante me referiré al libro en sí; de hecho, siento que debo cruzar a Jamin desde la antropología, a Jablonka desde la historia y yo desde la sociología —nace una agenda para los próximos años—, por lo pronto, quiero concentrarme en lo dicho en el programa de radio.

Se evoca un personaje de Robert Musil en *L'Homme sans qualités*: “un hombre que busca la verdad se hace sabio; un hombre que quiere dejar florecer su subjetividad se convierte en escritor, pero qué debe hacer un hombre que busca algo situado entre los dos”.³² Aquí se condensa la tensión entre el saber y la emoción, entre el conocimiento y la subjetividad —que fue una premisa que acompañó a la modernidad, y uno de los pilares del razonamiento sociológico—. La discusión se abre preguntando al autor su doble pasión: literatura y antropología.

Empieza citando a varios autores de los años 60, la Guerra de Argelia, los movimientos de liberación y el contexto que lo hizo transitar de la filosofía —disciplina en la que estaba inscrito— y llegar a la etnografía. Un autor de referencia es Michel Leiris, con quien trabajó varios años, él mismo es uno de los que circula entre distintas entradas con sus libros de diferente naturaleza; evoca cómo en Leiris había dos espacios para la literatura y la etnología: uno, el del escritor en el cuarto piso de un edificio a un lado del Sena, donde escribía su autobiografía en su cuarto conyugal; y otro, pasaba el puente y se sentaba en el es-

³² Disponible en internet: <<https://www.franceculture.fr/emissions/la-suite-dans-les-idees/la-suite-dans-idees-du-samedi-23-juin-2018>> (Consultado el 22 de marzo, 2022).

critorio en el subsuelo del Museo del hombre, ahí escribía sus textos etnográficos.

La articulación, en el título, de literatura y antropología; él habla de alianza y distancia entre ambas disciplinas. Dice que no quiso poner el título “Antropología de la literatura” (no existe tal subdisciplina), pero sí que la antropología tiene algo que decir sobre la literatura y, a la vez, quiere reflexionar sobre lo que la literatura puede decir a la antropología. La antropología, dice Jamin, busca “penetrar al interior de la conciencia de la gente que estudiamos, y los novelistas hacen eso de manera extraordinaria”. “La literatura a veces comprende cosas que la antropología no lo hace”.³³ De ahí hay mucho que aprender, pero no se trata solo de la literatura, el autor pretende también mostrar la importancia de otras formas de conocimiento como el cine, la música (por eso hizo su libro sobre el jazz, pues considera que es una crítica radical de la sociedad occidental).

Pero para Jamin eso no implica borrar la diferencia entre antropología y literatura (Émile Zola no es un antropólogo del campo),

si bien ambos utilizamos el lenguaje natural, no formalizado, la pregunta es qué significa utilizar el lenguaje científico y el lenguaje literario [...]. Durante mucho tiempo los antropólogos no tenían derecho a utilizar la palabra ‘yo’, hubo una revolución que hay que agradecer a los colegas norteamericanos que pusieron la pregunta sobre qué es realmente un texto etnográfico [...]. ¿Con qué derecho podemos describir una sociedad de la cual no somos miembros? Eso nos lleva a la pregunta si los etnólogos no somos esnobs —quiere ser lo que no es, hacer como si fueras lo que no eres—, o si no somos como dandi —es decir, el que se declara siempre al margen—. El etnólogo está

³³ *Idem.*

siempre en esa posición entre el dandi y el esnob, entre el sabio y el escritor. A veces es dandi, y en otras ocasiones esnob.³⁴

En el programa, uno de los participantes subraya que en la etnografía se suele subrayar lo “etno” como la necesidad de trabajar pueblos específicos, pero se olvida la “grafía” que conduce a la escritura; es decir, no está en juego solo la relación con lo real, sino la manera de ponerlo por escrito (recuerdo ahora a Sennett y a Fernando del Paso que coincidían en la idea de “el acto de escribir” como un momento y una intención que tiene su propia dinámica).

Se le pregunta a Jamin sobre la influencia de la literatura en su experiencia etnográfica y él trae a colación a sus grandes maestros —como Lévi-Strauss— que eran notables en la pluma, pero también en la idea de que escribir es una manera de pensar. Ahora bien, Jamin cuenta que está en la empresa de elaborar una novela y que diariamente se enfrenta a problemas distintos a los que solía tener que resolver como etnógrafo, asegura que construir un personaje no es lo mismo que describir una situación etnográfica.

El programa de radio concluye con la participación de uno de los invitados que evoca el texto de Roland Barthes “De la ciencia a la literatura” de finales de los sesenta, donde ya se hablaba del tema teniendo claro que, lo que está en juego es, en el fondo, “nuestra relación con el saber y con el conocimiento”.

La discusión es muy sugerente. Creo que voy a abrir una agenda nueva de investigación que piense de manera más detenida la relación entre ciencias sociales —particularmente sociología— y la escritura. Y este mi diario es uno de los experimentos.

³⁴ *Idem.*

CENA DONDE LOS VECINOS

Los vecinos nos invitaron a una cena que no era cena, lo subrayaron en algún momento, si esto fuera una cena, comeríamos otras cosas. En la mesa había cuatro tipos de salchichones recién traídos de un pueblito del centro del país (cuyo vendedor dice que gana todos los premios locales a la calidad y los exhibe como trofeos en su tienda), una botella de vino del mismo lugar, quesos parisinos y uvas de postre. Ni bien llegamos, nos hicieron sentar en el comedor sin pasar previamente por la sala —como normalmente nosotros lo hacemos—. El departamento es una belleza, un sexto piso, con ventanales antiguos y elevados que dan a una pequeña terraza y una vista extraordinaria de la Torre Eiffel y de todo su entorno, el atardecer extraordinario. Es una pareja de jubilados que deben tener alrededor de setenta años; él fue técnico informático y ella profesora de química en un liceo —actualmente él es responsable de la administración del edificio y un activo participante de las asociaciones del barrio.

Llegaron aquí hace cuatro décadas, es decir, a finales de los 70. El edificio fue construido en 1904. No tienen arraigo en otro lado porque sus padres se movieron mucho. Cuando compraron el departamento de casi 50 metros, lo hicieron apoyados en su salario de clase media, sin grandes capitales ni herencias, ambos tienen origen humilde. Luego se compraron los cuartos de empleada que están encima, así que quedó un espacio generoso donde criaron a sus tres hijos que ya partieron. Adquirieron el inmueble porque era barato, la zona era de miedo, mucha gente no quería ni visitarlos porque tenía mala fama —encima cerca del Moulin Rouge—. En las calles abundaban los coches, basura, no había árboles, de noviembre a diciembre se hacía una fiesta con muchísimo ruido, cohetes y desmadres “¡c’était le bordel!”.

Participaron sostenidamente en grupos de mejora del barrio y en la época de J. Chirac como alcalde, intervinieron la región con importantes transformaciones. Los habitantes del edificio han cambiado notoriamente, antes todos eran de origen popular o clase media, ahora cada vez hay gente con más dinero. A finales de los 90 un departamento aquí costaba 80 000 euros, ahora casi medio millón de euros. En sus años de profesora, en su curso de colegio en el corazón de Montmartre, la mitad de sus estudiantes eran hijos de cineastas o de artistas, y la otra mitad, de un medio muy popular, con quienes todavía se encuentra eventualmente ahora trabajando en oficios poco valorizados; en la misma escuela es impensable hoy tener la misma proporción en el origen social.

Su diagnóstico y relato coincide con la tendencia a la gentrificación acelerada parisina que nos comentó Danilo unas semanas atrás. Cada vez París tiene menos gente y es más caro, existen muchísimas personas de dinero que tienen un departamento solo para vacaciones o fines de semana, otro tanto renta su vivienda por días o semanas a través de plataformas informáticas como “Airbnb”, y otros viven solos en espacios muy grandes. Conclusión: la ciudad es cada vez más cara, más de paso, más uniforme en el sector social que la ocupa y tendencialmente al servicio del turismo en desmedro del habitante —peor si es de escasos recursos—. El nuevo brillo de París reposa en la transformación del paisaje social, del aglomerado urbano de diez millones de personas —llamada *L'Île-de-France*—, solo dos millones viven propiamente en París, todos los demás en la *banlieue*.

Con todo esto recordé mi estudio sobre San Miguel en La Paz.³⁵ Guardadas las distancias, la situación es similar, un sector

³⁵ Hugo José Suárez (2018). *La Paz en el torbellino del progreso*. México: IIS-UNAM.

de clase media que, con salarios modestos, adquieren un inmueble en barrios no muy prestigiados, y en dos o tres décadas, sufren una transformación impresionante en todos los sentidos convirtiéndose en predios muy valorados. Sin duda, hubiera sido un mecanismo para hacer grandes fortunas, pero estos son ciudadanos que simplemente adquirieron su casa con mucho esfuerzo y ahora duermen en una cuna de oro con el metro cuadrado por los cielos. Sus hijos no están en condiciones de tener el espacio que ellos ahora poseen, ni de adquirir algo similar con su ingreso propio de su origen de clase, de hecho, sin gran movilidad. La circunstancia urbana —el turismo en París y la comercialización del barrio en San Miguel— hicieron que el precio suba enormemente. No fue el resultado de una estrategia o trabajo de los vecinos, sino de la ola urbana y de la situación externa.

Por otro lado, me recuerda a la ilusión que yo tuve cuando compré el departamento de Mediterráneo. Era similar a lo que mis vecinos dicen del pasado: un lugar peligroso al que nadie quiere ir, que incluso da miedo visitar, lleno de autos, nada de árboles, fiestas. Su trabajo asociativo permitió cambiar el rostro, además de la intervención de las autoridades. Yo tuve el mismo sueño: quise que mi calle deje de ser un baño público, un estacionamiento y lugar de farras de fin de semana, consumo de drogas y alcohol en la puerta. Así me fue.

13 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

JUEVES, A UNOS DÍAS DEL INICIO DE MIS CLASES

Universidad, profesores y medidas de seguridad

ASISTÍ A UNA CONFERENCIA de bienvenida a los nuevos profesores de la Sorbonne Nouvelle. Fue movilizado un impresionante dispositivo de todas las dependencias, los jefes de cada sección estaban presentes frente a un auditorio de más de cien nuevos maestros, cada uno preparó una presentación en “Power Point” de quince minutos explicando su pequeña parcela. Pasó el de informática, el de asuntos logísticos, la de infraestructura, etcétera. La presencia del internet en la vida cotidiana es notable y busca facilitar el trabajo de los profesores; ahí se comparten textos, notificaciones, imágenes y cuanto hay. No se precisa buscar otros soportes, la universidad te ofrece todo. Sin duda que el profesor es una figura clave en este esquema educativo, “estamos aquí para servirles, no duden en preguntarnos o pedirnos ayuda”, era lo que se repetía a cada rato.

También destaca cómo toda la universidad pública está con medidas de seguridad incómodas. Por un lado, en internet, no se puede hacer nada “privado”, todo debe correr por cuentas institucionales para no violar leyes de informática y comunicación; no se puede ni siquiera decir en una lista de correos que no habrá clases, pues ello podría significar una irrupción en la vida privada; a ningún edificio universitario se puede entrar sin mostrar credencial y abrir la mochila (por suerte en el IHEAL no aplica). Los agentes de seguridad están en la puerta cumpliendo su rol, y en

Sciences Po —la escuela más elitista de la zona— hay cámaras muy sofisticadas y guaruras elegantes que parecen guardaespaldas de series televisivas. En las instalaciones hay información de los peligros y qué hacer con ellos; están los “tradicionales” (incendio), pero ahora hay uno que indica los pasos a seguir en caso de un ataque terrorista. En esa misma dirección, de pronto, uno se encuentra en la calle con una célula militar fuertemente armada caminando, como en guerra, no había visto esas imágenes más que en películas.

Vecinos

Ayer, de sorpresa, vino una vecina con sus dos hijos de diez y cuatro años a saludarnos y darnos la bienvenida. Muy amable, se puso a nuestra disposición para cualquier cosa —¡es pediatra!—, dijo que pronto nos invitará un “drink” en su departamento con otros vecinos. La vida de cohabitares en mi edificio es muy estrecha, la bienvenida muy gentil, incluso toma tiempo y brindan su espacio. Son muy abiertos y generosos. Imagino que no en todos lados es así, pero aquí se logró una comunidad relativamente compacta y solidaria.

Café y cigarros

Podría escribir todo un ensayo sobre el café. Solo anoto algunas impresiones.

El café es, en general, de mala calidad en su producción, pero todas las cafeterías —que son “cafeterías-restaurante-bar”— tienen máquinas extraordinarias, lo que disimula el sabor, no muy bien logrado, del grano tostado. Para tomarse un café en serio, hay que ir no a la primera cafetería de la esquina —insisto,

las hay en cada esquina—, sino a alguna donde sí le ponen atención al proceso y, ahí sí, es maravilloso.

El precio varía mucho, en un mismo local tomarse un expreso parado en la barra puede costar 80 centavos y sentado 2.5 euros. Dicen que hay lugares donde puede subir más. Lo que me choca es la fuerza con la que se ha instalado la máquina Nesspreso y los cubitos que venden por todos lados, lo considero un retroceso. Además de pertenecer a una transnacional, la máquina mejora el polvito de Nescafé —que siempre me pareció desabrido— añadiéndole espuma, olor y glamour, pero está lejos de ser un café de verdad. Claro, es muy práctico y rápido, pero está más cerca de las pastillas de cafeína que vendían en Nueva York, que de un local donde el aroma del grano recién molido y pasado por una máquina especial le da una textura, y tomarse una tacita deja de ser una experiencia especial, un regalo. La aplanadora comercial del negocio de Nestlé ha homogeneizado el consumo en desmedro de la sofisticación y la apreciación de un producto de calidad. Lamentable.

Con los cigarros, aunque no fumo, creo que pasa lo mismo. Desde niño yo tenía la imagen francesa de cantantes o personajes fumando cigarros hechos con tabaco en ese momento —no los industriales—, la famosa pipa que pasaba de un personaje a otro, y hasta la frase de texto escolar “papa fume ça pipe”. El tabaco siempre tuvo un glamour especial, un aroma particular —acaso excesivo si recordamos la marca Gitanes...— y un protocolo para su uso. Ahora el cigarro electrónico ya no tiene el humo que molestaba a todos —está bien— ni tanta nicotina que perjudicaba la salud, pero se parece más a medicina para problemas pulmonares que a un acto placentero; ver a la gente fumando da la sensación de que están cubriendo su dosis diaria de medicamento.

El caso es que el café y el tabaco han entrado en las garras de la producción industrial y del consumo mecánico. Curioso, pues esto sucede en el tiempo en el que los productos son obsesivamente “bio”, con la intención de proteger a la naturaleza y beneficiar a la salud y al medio ambiente.

14 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

EL SUEÑO Y LA CIENCIA

EN UNO DE LOS PASILLOS DE LA biblioteca de La Sorbona, descubro un mural precioso que se llama *Le chant des muses éveille l'âme humaine* (*El canto de las musas despierta el alma humana*) de Georges Rochegrosse. Lo flanquean dos pinturas, a la derecha: *Sueño*, a la izquierda: *Ciencia*. No conozco los detalles de la obra, su tiempo, intención, técnica o propuesta, pero a mí me invita a pensar en “el alma humana”, en el sueño y la ciencia como formas de conocimiento, de inspiración, dos maneras de avanzar. En el espíritu que estoy ahora buscando los puentes entre escritura y sociología, ciencia e imaginación, procedimiento y libertad, la pintura me conduce más por los puentes que, por las barreras, en pos del crecimiento intelectual y humano.

JUEVES 20 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

RENTREÉ

EMPECÉ CLASES. FUE UNA SENSACIÓN EXTRAÑA. Si bien hace más de una década que me gano la vida haciéndolo, esta es una experiencia inédita para mí. Estoy ofreciendo dos cursos: Análisis cualitativo de la canción latinoamericana y Sociología de la religión desde América Latina. En el primero, básicamente veremos el método de análisis estructural de contenido, que tanto he aplicado a canciones producidas en el continente. Como lo adelanté, es la oportunidad de saciar una inquietud —caprichosa— que tenía tiempo atrás: ver qué nos dice Café Tacvba si es decodificado desde esa perspectiva metodológica. El segundo curso es sobre la experiencia religiosa, ahí retomo mis lecturas e investigaciones de distintos momentos. Me gusta porque es la oportunidad de hacer una síntesis, un balance de lo que he observado en estos quince años de investigador. Creo que de ambos podría salir un libro bonito. Elucubro con que, del primero, podamos conjuntamente hacer un volumen donde cada uno analice a un cantante. Del segundo, podría hacer un libro mío, donde quede un balance de la sociología de la religión hoy vista desde América Latina. Se verá. El caso es que me ha quitado tiempo a mi regular escritura.

Lo que me encantó de las dos clases es la diversidad y la seriedad. Empecé puntualmente, nadie llegó tarde, todos estuvieron atentos durante las dos horas, sin celulares, ni entrando y saliendo al baño. Además, cada uno viene de un país distinto, hay latinoamericanos, franceses y alguna africana. Gente que

tuvo experiencias previas especiales y que “llegaron” a París como un logro, o a la universidad como una trayectoria que les costó mucho. Hay de diferentes profesiones, edades, culturas y lenguas. Nunca había tenido un curso tan diverso. Ojalá que esa diversidad se traduzca en enriquecimiento de las clases.

LA ESCUELA

He dicho varias veces que, si me hubiera puesto a escribir sobre la experiencia escolar de mis hijas desde el principio, ahora tendría un fabuloso libro crítico. No lo hice, y ya es tarde, pero del ingreso a la escuela de mis niñas (de catorce y once años) me llevo algunas observaciones.

Aunque es paralelo, cuando le pedí a la directora del lugar donde hicieron el examen que me mandara por correo electrónico el resultado, respondió: “aquí en Francia nos gusta el correo postal”. Cierto, *la poste* funciona muy bien, pero, claro, implica no solo la estabilidad y la seriedad de la empresa —pública, por supuesto— sino también el conocimiento fino de cada ciudadano que, para serlo, tiene que enseñar una dirección a través de algún mecanismo serio y legítimo (tarjeta bancaria, factura de servicios, etcétera).

Lo primero que me sorprendió fue la independencia de los chicos. Acompañamos a Canela el primer día y al tercero, quedó claro que se iría sola, nuestra presencia estaba de más. Con Anahí no sucedió lo mismo por ser más pequeña, y nosotros como padres tenemos nervios de dejarla suelta. La otra mañana vimos a un niño de unos siete años salir del edificio con su mochila a su escuela, ¡solo! Los compañeros de curso de Anahí van y vuelven sin compañía. La demanda de independencia es mayor, incluso ayer en la puerta me pidió que me fuera y que ella se iba a ir a

una plaza con sus amiguitas, y de ahí a la casa. No pude acceder, pero esa es la demanda y la dinámica. Estamos empezando a “aflojar” las cuerdas, a deshacer nudos y a crecer en confianza, pero no es fácil para una familia mexicana acostumbrada a tener que estar atento al mínimo movimiento porque todo, todo, representa un riesgo. Por ejemplo, el primer día de clases, Anahí fue a la alberca pública fuera de la escuela —aunque iban todos juntos con su maestro—, tuvo que llevar su malla, cambiarse por ahí, y luego volver. En México ni pensar en un escenario de ese tipo.

Al interior de la escuela, ellas también son muy independientes. Le pregunté a un funcionario si yo tenía que ir al día siguiente cuando me pidió un documento, y me respondió con una sonrisa que por supuesto que no, eso lo hace Canela. El tener que comer en las instalaciones —la “cantina”, vaya nombre— les da otra cotidianidad. Además, los horarios no son estandarizados, un día empiezan a las 8, otro a las 9, luego a las 10, y un día sale a las 12, otro a las 16.

Tuvimos una reunión con los maestros de Canela. Gente muy comprometida con su oficio, seria, organizada, sabe lo que hace, tiene una agenda muy clara para el año. No sé cómo lleven la clase en el día a día, pero me impresionó la claridad pedagógica. Hicieron un comentario bonito: “en París uno puede vivir años sin salir de las bibliotecas”. Se ve que el sistema público francés le ha puesto atención a la responsabilidad educativa.

Uno de los primeros impactos fue que las niñas coman en la escuela. Dejar la alimentación en otras manos es siempre un riesgo, pero lo que ambas nos cuentan es muy bueno, además de que hay un mecanismo de integración. Es gracias a eso que saben el orden de las comidas, qué va primero, cuándo vienen los quesos, qué se considera postre, etcétera. A veces tienen que lidiar con las señoras que sirven malhumoradas, y el sabor varía, pero

queda claro que todo es balanceado. Un tema que no es menor: no hay “tiendita” escolar, solo cantina con el almuerzo y agua de los bebederos. Me impacta porque en México venimos de salir de una dura batalla. Siendo el país con mayor obesidad en el mundo —creo— y donde más Coca-Cola se vende, las “tienditas” escolares tuvieron, hasta hace poco, libertad total de ofrecer cualquier porquería. Así, entre Sabritas, nachos y gaseosas, los niños estaban sometidos a consumir solo cosas poco nutritivas. Hasta el agua había que pagarla. Me contaron mis niñas —lástima no haberlo sabido para protestar— que cuando se implementó la política de no vender gaseosas en las escuelas, luego de una feroz batalla contra los intereses empresariales que movieron todos sus hilos para evitarlo, en la escuela —privada, coyoacanense, de clase media alta y con pretensiones intelectuales, que se jactaba de estar entre las cien mejores de la ciudad— el dueño de la “tiendita” empezó a vender gaseosas en vasos desechables sin publicidad. Así resolvía el problema, pues seguía ofreciendo su producto y teniendo ganancia sin faltar a la ley. Se estableció un código secreto que todos conocieron rápidamente, había que pedir el líquido diciendo “me da agüita con gas”, y todos entendían de qué se trataba. Las enseñanzas a los niños estaban claras: siempre hay maneras de esquivar las normas, el cuidado de la salud importa un comino.

LAS ASOCIACIONES

Me impacta la cantidad de “asociaciones”. No sé muy bien qué entender por eso porque para nosotros tal figura no existe de esa manera, pero poco a poco voy descubriendo que son pequeñas colectividades sin fines de lucro, que se ocupan y preocupan seria y responsablemente de problemas públicos, que van desde

cuestiones más estructurales hasta de asuntos cotidianos. Las asociaciones pueden ser para ayudar a personas con capacidades diferentes o para luchar por la ecología; pueden estar vinculadas a la economía, al desarrollo, a la política o a mejorar la cuadra. La gente participa mucho en ellas, como un servicio. Es gracias a esa manera de involucrarse que muchas cosas funcionan, se dice que mi calle mejoró notablemente por su intervención —impensable en mi departamento de Mediterráneo en México.

Hace unos días tuve que comprar un seguro de inmuebles. Sé bien que los seguros son el mayor engaño, el juego de los actuarios para, con la estadística a su favor, generar jugosas ganancias a los dueños y a sectores empresariales. Pero cuando terminé el trámite en una “aseguradora militante” —así se auto-define—, me pasaron al teléfono a una señorita que me dijo que esa no era una aseguradora común si no una asociación, ella se presentó no como funcionaria asalariada sino como alguien miembro del proyecto que quería explicarme un poco de qué se trata y ponerse a mi servicio. Me explicó que aquí se trata de cuidarnos entre todos y de que ese sea un espacio para intercambio, incluso hay actividades particulares, culturales y sociales que son gratuitas y paralelas. Quedé impresionado. Al final de su página web tienen la explicación de su historia y valores, que consisten en la búsqueda de una sociedad colaborativa —ojo, no dice “competitiva”—, humanista y responsable, militante, comprometida con la cultura, el deporte y la educación.

Lo propio me sucedió cuando Rebeca y Geoffrey me contaron de la asociación La Louve, una cooperativa de compra y venta que funciona de otra manera; todos dan algo, todos consumen cosas sanas, se trabaja ahí como forma de pago en todos los requerimientos, se pagan precios justos a los productores que, a menudo, también son parte de la cooperativa y se dan cosas de calidad. Un sueño.

LA MARGINALIDAD

He visto a muchos marginales por todos lados, algunos que más bien parecen tener origen en la drogadicción y otros, en el deterioro social. El caso es que hay uno en la calle por donde paso regularmente en las mañanas al dejar a Anahí, está al lado de un cajero automático, en la puerta de un banco. Se ve que está instalado hace tiempo. Tiene su espacio montado: cama, frazadas, una sombrilla, una hornilla, mesa de noche, un basurero, una alfombrita. No es agresivo ni pide dinero, claramente no tiene problemas de alcoholismo y su instalación es de larga data. Un misterio conocer su historia, la reacción de las autoridades, la relación con los vecinos —lo vi platicando con una persona con risas e intercambios—. Me pregunto qué pasará con él en invierno, cuando el frío no permita a nadie pasar la noche sin un techo.

21 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

LA COMIDA

CREO HABER TRAÍDO A COLACIÓN el comentario de Pablo Laguna que decía que los franceses invierten en su alimentación. Unos días atrás una amiga, que vive aquí hace mucho, reafirmaba la idea “cómo no vas a gastar en la calidad de lo que te estás comiendo”. Tal vez sea una observación apresurada —y no hay que olvidar la presencia de Monsanto y lo transgénico—, pero tengo la sensación de que el circuito alimenticio, si bien es caro, es controlado y de calidad. En el Carrefour, que es una empresa con fines de lucro, se prohibió la venta de un pescado que varios estudios decían que traía niveles elevados de mercurio —ahora se lo vende en otros mercados—. La panadería de la esquina —a propósito, ¡cuántas panaderías!, no hay cuadra sin una de ellas y abren a las 6 de la mañana— me dieron la baguette en un papel donde explicaban el origen del grano como una muestra de calidad:

Hemos escogido [decían] trabajar con los Molinos Fouché situados en Ferté-Alais, a unos kilómetros de nuestra panadería. El suministro de granos proviene de un radio de 50 kilómetros alrededor de los molinos. Esta proximidad geográfica es una garantía de calidad y de responsabilidad ambiental. Estamos orgullosos de utilizar harina reconocida con el sello “comamos lo local en Île-de-France.

Ese tipo de mensajes los he visto en múltiples productos; parece que se trata de consumir lo del país, evitar las grandes distancias

de traslado y cuidar la calidad de lo que se pone a la venta y, por supuesto, sacar provecho de todo. Imagino que —no sé cómo lo verán los economistas— eso dinamiza a los pequeños productores abriéndoles mercados, favorece la diversidad anclada territorialmente, la economía local y la calidad final del alimento. Cuando veo el espanto del Oxxo en México o de Walmart —con el impacto en lo económico, en contaminación, en salud, en depreciación del trabajador y del campesino, y en mala calidad del producto puesto en el estante— me queda claro que esta ruta es mucho más estimulante.

En otro orden, pero paralelo, es notable cómo en los supermercados urbanos —los que están entre los edificios, no en enormes playas de estacionamiento— el espacio para gaseosas es muy reducido. Aquí se toma agua y vino. Los envases son, máximo, de un litro y medio, sobre todo de Orangina o algunos productos más (puede haber marcas americanas, pero no aturden). En cualquier supermercado en México, además de tener que llegar en auto, dejarlo en el estacionamiento, caminar una cuadra y tomar un “carrito”, hay varios pasillos con refrescos y papas fritas (pura comida chatarra). La Coca-Cola y compañía toman cada centímetro con botellas de todos los tamaños, ¡las más grandes son de tres litros! Enormes y pesadas. Es impresionante la posibilidad de vender basura impunemente. Es de lejos un sistema económico-alimenticio perverso que favorece básicamente al gran empresariado en desmedro de los ciudadanos.

22 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

CABEZA DE VACA

EN EL MARCO DE MI SEMINARIO sobre la religión en América Latina, hemos visto la película *Cabeza de Vaca* (Nicolás Echevarría, 1991). Mucho se puede reflexionar sobre el tema, quizás haga un ensayo más largo, por lo pronto solo decir que es el paradigma de la integración cultural. El conquistador perdido que llega a tierras americanas y que termina convirtiéndose en el chamán del pueblo. Es una experiencia alucinante, difícil, que deviene en dramática cuando vuelven los españoles a destruir su universo y lo devuelven a su “origen” que, en principio, ya no existe. A menudo las narraciones del periodo recuerdan otros aspectos del crudo encuentro, pero aquí se concentra en el difícil proceso de mudar hacia un sistema de creencias y luego tener que abandonarlo para volver a ser quien ya no se es.

SEMINARIO INSTITUCIONAL IHEAL: LO NUMÉRICO Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Ayer empezó el seminario institucional que durará un año con encuentros mensuales. El programa se ve interesante, intentaré asistir regularmente. La primera conferencia la ofreció Stéphane Pouylau, director de HumanHum y la tituló “¿Humanidades numéricas? Un panorama”. Aquí algunas notas.

El desarrollo de la ciencia y la tecnología tiene su propio ritmo y, en un momento dado, se pone a disposición de las

humanidades. Ahí surgen varias preguntas: ¿cómo aprovechar lo “numérico” en las investigaciones en ciencias sociales?, ¿qué exigencias nuevas surgen?, ¿cómo los avances tecnológicos modifican la manera de investigar?, ¿a dónde nos conducen?, ¿cómo el uso por parte de los científicos sociales modifica y, en algunos casos, conduce al propio mundo de la tecnología?

El ponente sugería ampliamente no derivar el uso de los instrumentos a otros técnicos, ingenieros o estudiantes, sino que los investigadores se sumerjan en el manejo de estos al interior de una agenda de investigación, pues podrán sacar mejor provecho y beneficiar a propios y extraños. No pensar en compartimentos estancos —lo técnico *vs* el saber— sino en crear puentes cuya elaboración ya será un resultado de investigación.

La discusión me llevó a pensar al menos en tres elementos. Primero, recuerdo una lectura del antropólogo inglés Evans-Pritchard que decía que, en sus investigaciones de campo en el África con “pueblos primitivos”, le sería imposible y torpe introducir algún instrumento externo para registrar sus observaciones, solo contaba con su memoria, incluso tenía “la regla de nunca llevar consigo una libreta de anotaciones en público”. Claro, en la época de Evans-Pritchard una grabadora era más grande que un maletín y podría entorpecer cualquier tipo de intercambio, pero estamos casi a un siglo de esa época y la realidad tecnológica actual es muy diferente. Hoy el trabajo de campo puede ir acompañado de alta tecnología en un discreto celular —además los propios “observados” tendrán acceso a instrumentos similares con igual o, a veces, mayor soltura— y en vez de ser un impedimento, se convertirán en un aliado para la investigación. En los sesenta, Bourdieu usó la cámara fotográfica en sus trabajos en Argelia sin ningún inconveniente.

Segundo. Cuando estaba investigando en la colonia Ajusco —lo que devino en el libro *Creyentes urbanos*—³⁶ empecé a georeferenciar cada una de las capillas y las iglesias encontradas. Era en el 2008, así que los programas de Google no hacían lo que ahora es un juego de niños. Mi asistente empezó a colar manualmente en un mapa en la pared cada uno de los lugares encontrados, pero, inspirados en el trabajo de mis colegas de Guadalajara, vimos que se podía usar un programa de computación. Ella, junto a su primo que era ingeniero, vació la información y tuvimos todo en una pantalla de computadora donde se podía observar los tránsitos de las peregrinaciones, la ubicación de las capillas y templos, la evolución en el tiempo de algunos espacios. El impacto visual era completamente distinto; nos condujo al concepto de resemantización del territorio y a la relación entre el espacio y lo sagrado. En términos de difusión posterior, el impacto del instrumento fue mayor, pues se pudo compartir en foros y seminarios en distintos lugares retroalimentando y generando nuevas discusiones.

Por último, pienso en la iniciativa de Jean Pierre Hiernaux con el Método de Análisis Estructural de Contenido. Esta perspectiva metodológica fue construida por Hiernaux desde los setenta con especial empeño. Cuando llegó la era de la tecnología acelerada, apoyado en las posibilidades de programación de Word, Hiernaux elaboró el programa *ANALyse de CONtenu Disjonctive et Associative* (Anaconda) con el objetivo de someter los datos empíricos a un tratamiento informático que facilitara el análisis, que permitiera la observación detallada de cada una de las etapas. Anaconda tuvo corta vida, la leyenda urbana dice que alguna gran empresa quiso comprárselo a Hiernaux, pero él no aceptó. Rápidamente Word se actualizó y los parámetros

³⁶ Hugo José Suárez (2015). *Creyentes urbanos*. México: IIS-UNAM.

con los que trabajaba Anaconda ya no servían, se volvió disfuncional en unos años y, al lado, por supuesto, estaban las enormes empresas que sacaron al mercado productos muy similares de análisis de datos cualitativos. Creo que ahí también hay grandes enseñanzas.

El caso es que los científicos sociales tenemos que ponernos la pregunta sobre el tema y buscar salidas imaginativas.

SÁBADO 29 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

KOBO

TENGO UNA RELACIÓN PARTICULAR CON los libros; ya he escrito sobre el tema, pero no está de más recordarlo. Sé bien que soy un “hombre de letras”, con lo que eso signifique. Vivo leyendo —proyectos, entrevistas, novelas, cómics, etcétera— e invierto una parte de mi dinero en libros, y, claro, la pregunta que sigue es dónde colocarlos. Con el paso de los años la biblioteca se ha nutrido más allá de mis condiciones de espacio y, además, me he trasladado muchas veces, así que cargar los libros ha sido siempre un tormento. Tengo un amigo en Bolivia que tiene una casa solo para sus libros, cada cuarto es un rubro, pero no se ha movido de ahí desde que nació. No es mi caso, los tengo regados por todos lados, en un cuarto apilados en cajas en Bolivia, en mi casa de campo en México —peleando contra la humedad— y en la oficina en la UNAM.

Encima —sé que no es una virtud sino una nostalgia y, en el límite, perversa— me encanta la materia de los libros, disfruto tocarlos, olerlos, doblar sus páginas, anotar en los márgenes, rayarlos con distintos colores, guardar en ellos boletos de metro, de tren o algún recorte de lo que en ese momento estoy consumiendo. Me he llevado preciosas sorpresas cuando abro un volumen que tenía guardado hace años y me encuentro con el anuncio de una conferencia, película o seminario que me evoca ese tiempo. Simplemente alborota la memoria como la *madelaine* de Proust.

Cuando estuve en Nueva York tuve que entrar a la era de la lectura más sistemática de documentos en formato digital,

particularmente en formato PDF. No lo hice con entusiasmo, pero sí con eficacia, algo muy práctico, a lo gringo. Leí muchas cosas, tuve que cambiar algunos hábitos, no podía subrayar con tranquilidad, así que tuve que tomar notas en un cuaderno y luego pasarlo a Word, y así en adelante. No mudé mi forma de consumo, volví a México y acabé nuevamente en las librerías.

Sin embargo, ahora que estoy en París y sé que solo tendré una maleta de 23 kilos para volver, he explorado la posibilidad de entrar a la era *ebook*. Días atrás vino a casa un paisano muy dinámico en esos afanes y me habló de Kobo, el mágico aparato de lectura digital. Empecé a indagar, bajé la aplicación en mi celular y en mi computadora; parece que funciona. He empezado a leer en el metro disfrutando de cada página (en México hago al menos una hora al día en coche sin poder leer nada, aquí me muevo unos cuarenta minutos en metro con un libro en las manos). He ido al FNAC a tocar, sentir, hurgar el dispositivo Kobo que tienen a la venta para que los usuarios lo manoseen, y mi paisano, promotor de esta modernización, me ha prestado el suyo para que lo experimente. Estoy en eso.

He comprado dos libros: *Casablanca* de Marc Augé y *En camping-car* de Ivan Jablonka (a quien, por cierto, veré en octubre). Debo confesar que estoy disfrutando poder leer en el pequeño aparato que solo requiere de una mano —en el metro eso es muy práctico—, no importa la mucha o poca cantidad de luz y puedo tomar notas, que luego podré recuperar en mi computadora, incluso puedo rayar el libro con colores distintos. Hasta aquí funciona.

Claro que esto ha implicado cambiar mi idea de biblioteca. Ya no pienso en un estante dónde guardar mis textos, cómo cargarlos en los viajes, dónde acomodarlos cada que me traslado, ahora todo está en una cuenta en la nube (y espero que la nube nunca desaparezca). Mi relación con la lectura va cambiando

—leo más— pero también está cambiando mi percepción del espacio, de lo material, del tiempo. En definitiva, una experiencia distinta.

LIBRERÍA RESISTENCIA

El otro día fuimos a la librería “Resistencia”, me la recomendó Françoise Martínez, y fue un lindo encuentro con esos lugares que honran su nombre. Los libros tratan temas que tienen que ver con las luchas sociales. Al fondo hay una cafetería, un espacio para talleres y un pequeño auditorio para conferencias. Su principal lucha es por la liberación de Palestina, de hecho, se venden productos de ese país. La señora que atiende, una mujer francesa de más de setenta años, nos hizo un recorrido deteniéndose en cada uno de los estantes y nos dio un par de panfletos: uno con crudas fotos que muestran a los lisiados por el ejército israelí, y el otro narra la historia de Georges Abdallah. En cuanto nos daba el papel, empezó a contarnos que se trata de un militante comunista libanés, que está preso hace 34 años y condenado a cadena perpetua. Se le acusa de participar en un evento en el cual fallecieron dos personas, pero su defensa argumentó que no estaba vinculado a ese evento particular, sino a la resistencia en Líbano. Se le considera un preso político, la señora nos contó que, hace algunos años, se había logrado su salida, pero la intervención directa de Estados Unidos ha impedido que lo liberen; incluso los propios jueces que lo condenaron afirman que es un caso de “vergüenza para la justicia francesa”, pues se someten a un mandato norteamericano.

En fin, mientras la señora contaba el relato, se emocionaba y a nosotros también nos transmitía la rabia y la impotencia. Dice que, año tras año, se hace una visita a su cárcel en el sur de Francia en un bus que va a mostrarle su solidaridad.

No tengo más información ni elementos para un juicio más elaborado, pero no dudo de la injerencia norteamericana, de la injusticia de los sistemas legales que condenan a líderes sociales, y de la fuerza de la solidaridad de algunas personas, como la señora que nos devolvió la esperanza en las luchas esa tarde.

DOS SOCIÓLOGOS

Por cuestiones del azar, me tocó encontrarme con dos sociólogos el mismo día, dos personajes que son como un espejo en el cual veo el reflejo de una de mis vidas no cumplidas.

En la mañana, me vi con Luis Martínez. Él es originario de Puebla, donde estudió la licenciatura, luego vino a hacer una maestría en la EHESS bajo la dirección de Michael Löwy, y trabaja cuestiones de ecología y teología de la liberación —me regaló su libro que está buenísimo—. Su historia me recordó la mía, de hecho, ese era un camino que estuve a punto de seguir, pero que no se dio y, si por ahí hubiera caminado, mi sociología seguro que hubiera sido muy similar a la suya.

Cuando tenía 23 años, le escribí a Löwy desde San Pablo porque quería hacer mi doctorado con él. Me aceptó con gusto, me mandó una carta muy generosa, lo visité cuando estuve en Francia, pero las circunstancias de la vida no permitieron que siguiera por aquí. Viendo a Luis, me veía a mí mismo, a uno de mis proyectos no cumplidos.

En la tarde estuve con otro latinoamericano: Amín Pérez. Es dominicano, también se doctoró en la EHESS —es muy cercano al equipo de Bourdieu y ahora muy amigo de Franck Poupeau—, trabaja colonialismo y comparó la trayectoria de Bourdieu con la de Abdelmalek Sayad en un estudio especialmente sugerente. Viendo su trabajo, también me sentí identificado en esa inten-

ción de vincular el mundo argelino que estudió Bourdieu y Sayad con América Latina, esos puentes sobre dos colonialismos distintos que pocas veces se ponen a discutir conjuntamente. Además, me contó la historia de su familia y también fue un encuentro especial: su padre fue guerrillero, luego periodista y, hasta ahora, es asediado por las autoridades. Todo un personaje caribeño.

En fin, ambos sociólogos latinoamericanos me refrescaron tanto las ideas como las trayectorias culturales y políticas, y, ciertamente, los guiños del destino que nos conducen en una u otra dirección.

DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE DEL 2018

HAPPN-ENCUENTROS Y CITAS

APARECIÓ EN MI CUENTA DE FACEBOOK la publicidad de *happn-encuentros y citas*. El relato es encantador: una preciosa mujer de vestido delgado rojo intercambia miradas con un chavo guapo. Metros adelante, después de que sucedió el encuentro, cuando ya cada uno se prepara para seguir su ruta, voltean hacia atrás y se vuelven a enredar con los ojos. El destino parece indicar que el dulce encanto del azar terminará pronto diluyéndose entre los proyectos nunca realizados, pero no, los dos voltean hacia su celular, ella busca en la aplicación quién pudo haber sido el susodicho y, luego de transitar por tres rostros, da con quien acaba de ver. Solo queda apretar el botón mágico para seguir en contacto. La frase es elocuente: “no dejes más pasar la oportunidad, encuentra a quien te cruzaste en *happn*”.

La escena me recordó cientos de cosas. Por ejemplo, un episodio de la película *Una propuesta indecente*, donde un millonario le ofrece a una mujer un millón de dólares por acostarse con ella, y le explica que alguna vez vio a una preciosa chica en el metro con quien no pudo tener contacto, que volvió varias veces al mismo lugar a la misma hora, pero nunca más volvió a verla. Desde ahí aprendió la lección de que no podía dejar pasar una nueva oportunidad sin importar el costo.

Una de las angustias típicas de la vida urbana, propia de la modernidad, es que el intercambio con el otro puede ser irrepetible, azaroso, imposible de controlar o programar. En la ciudad las cosas suceden con alta probabilidad de que no vuelvan a

sucedan en las mismas condiciones. Eso conlleva a cierta angustia de tener que vivir cada momento como si fuera el último, sin la menor certeza de que las cosas volverán a suceder. La contingencia da miedo.

Baudelaire tiene un fabuloso poema *A una que pasa*, donde con conmovedora sensibilidad retrata este sentimiento: “por tu brusca mirada, me siento renacido./¿Volveré acaso a verte? ¿Serás eterno olvido?/¿Jamás, lejos, mañana?, pregunto con tristeza./Nunca estaremos juntos. Ignoro adónde irías./Sé que te hubiera amado. Tú también lo sabías”.

En buena medida lo que la aplicación viene a hacer es tratar de controlar el azar, someterlo, hacerlo jugar a nuestro favor. Busca que el mar de intercambios se convierta en historias, acaso con final feliz (“y vivieron juntos por siempre”). “Basta de vivir la angustia”, “pare de sufrir”, “cumpla sus sueños”, “no dejes pasar la oportunidad”, parece decirnos una profunda voz que desde algún lugar resuena como el paradigma de este tiempo.

Habrà que recordar a Sabina y su militancia por dejar que el azar juegue su papel en la satisfacción del deseo.

MALAKOFF, MUNICIPIO COMUNISTA

Vino a casa Kali Argyriadis —colega y amiga— con su familia, ellos viven en Malakoff, un municipio administrado por comunistas hace un buen tiempo y se trata de una población al lado de París, de 30 000 habitantes en un radio de tres kilómetros cuadrados. Dicen que tienen programas sociales y participativos muy dinámicos, que las escuelas están distribuidas de tal manera para que ricos y pobres se encuentren en ellas y que los impuestos responden al ingreso de cada uno. Los programas sociales buscan la inclusión de todos, tienen talleres, una granja comunitaria,

viajes para niños a la montaña, al mar y al bosque para que conozcan los tres climas. En fin, un enclave interesantísimo. Me dieron muchas ganas de conocer el lugar, iré a visitar. Me impresiona esa Francia asociativa que se conoce tan poco hacia afuera, entre la Torre Eiffel y el fútbol, se aplana todo lo fascinante de este país, toda la tradición de luchas y de logros sociales, que son la base de tanto.

MIÉRCOLES 2 DE OCTUBRE DEL 2018

¿QUÉ ES LO GENÉRICO?

HACE UNAS SEMANAS mi esposa fue a comprar una crema medicinal para mis hijas. Primero averiguó el precio en una farmacia comercial y estaba muy elevado, luego fue a otra farmacia, pero ubicada en un barrio popular, y se encontró con una sorpresa: el producto se lo ofrecía en dos versiones “de marca” y genérico. Hasta ahí todo normal, me pasa regularmente en México, pero lo extraño es que ambas cremas, con la misma fórmula, pertenecían a la misma farmacéutica, solo que una tenía un nombre “comercial” y la otra no. No entendimos nada. Luego nos enteramos de que, considerando que los seguros son tan especiales y que cobran carísimo, la empresa ofrece dos formatos de venta en el mercado, uno sale en los lugares adinerados y el otro en los sectores populares, pero son químicamente idénticos. Compramos el barato, por supuesto.

LA CLASE MEDIA

Sé que es apresurado y hasta irresponsable —o más bien impreciso para no ser tan duro conmigo mismo—, pero tengo la impresión de que en Francia existe una clase media poco pretenciosa y no lo digo de manera negativa, todo lo contrario. En México el grupo al que pertenezco —es una autocrítica— siempre está mirando cuánto más puede subir; la gente no está satisfecha con su lugar social, cree que se merece otro y puede

empeñar todo para poseer algunas migajas de la clase superior. Así, todos quieren el último iPhone, todos tienen un auto lo más elevado para su economía, tratan de estar a la moda y ponen a sus hijos en escuelas que den la impresión de estar un poquito más arriba (aunque sea una ilusión). Claro ejemplo eran los colegios Sócrates y el Téifaros, donde fueron mis hijas durante un tiempo: el primero más modesto, aunque con buen nivel educativo, el segundo con signos de distinción más notorios (clases en inglés, alguna que otra computadora en la sala que funcionaba mal o nunca, seguridad en la entrada). El pequeño excedente siempre será utilizado en emular pertenecer al siguiente escalón.

Me da la impresión de que, en Francia, la clase media está instalada. Tiene todo asegurado; un salario sensato que sabe que no crecerá pero que no se esfumará, un sistema de salud pública que funciona, educación gratuita para sus hijos —que les permitirá otra vez reproducir su posición de clase y, eventualmente, ascender—. Parece que todos se sienten seguros y cómodos en su posición, no necesitan tener el último iPhone, la última camisa de temporada o un costoso auto.

Es cierto que la precariedad de la clase media latinoamericana es terrible, la inseguridad y la latente posibilidad de irse en picada está siempre presente. Quizá por eso la necesidad de demostrar que no se bajó el estilo de vida y que acaso se subió un poco; mientras que, en Francia, pareciera que hay una estabilidad mayor; el proceso de desmantelamiento del Estado social todavía va lento, es posible que por eso haya mayor seguridad.

SÁBADO 6 DE OCTUBRE DEL 2018

DESDE MI “NUEVA OFICINA”

ESCRIBIR ES UN GOZO, TRABAJAR, en cierto sentido, también. De hecho, escribir, para mí, es también trabajar y disfrutar. Como me gusta tanto sentarme a dejar que mis dedos jueguen con las teclas, pongo especial atención al ambiente. Recuerdo que, en mis años de juventud, cuando rezaba en las noches, construía un espacio *ad hoc*. El ambiente tiene que ver con el contenido, con la experiencia. Tenía un lugar consagrado —utilizo a propósito el término—, con un cómodo almohadón para sentarse, incienso, velas, imágenes y luz tenue. Hoy, aunque me he secularizado, sucede algo similar. Me encantan los cafés que permitan que fluya la palabra. No obstante, es cierto que en París estoy pasando más tiempo en bibliotecas que en cafés; por un lado, porque el café es caro como para tomarse varios al día sin que impacte en el presupuesto y, por otro lado, porque las bibliotecas son tan espectaculares que dan ganas de quedarse horas ahí, literal, sin exagerar un minuto.

El caso es que ayer puse en Facebook una foto “Desde mi nueva oficina” y era el Café Le Progrès, en el corazón de Montmartre, entre la Rue des Trois Frères y la Rue Yvonne le Tac. El café es bueno, aunque no espectacular. Sin embargo, el ambiente de Le Progrès es un regalo; es una esquina, con ventanales enormes hasta del techo, el decorado es con dibujos Art Nouveau —aunque un poco más tradicional en la estructura—, techos altos y adornados, lámparas con bombillas de poco voltaje, un reloj viejo detrás de la barra —que tiene una gran cafetera y

una máquina de cerveza de barril—, seis mesas chicas para dos personas pegadas al lado de los ventanales, al centro dos mesas para cuatro comensales y en la pared del fondo cuatro mesas más con un solo asiento largo, continuo, pegado a la pared y con sillas para la compañía.

Estoy sentado al fondo, pegado a la pared, debajo de un espejo decorado, tengo al frente todo el café, la vista fluye, sale por la puerta o por las ventanas perdiéndose en las calles pequeñas y edificios parisinos. En lo profundo, entre los edificios, sobresale la cúpula del Sagrado Corazón. Simplemente fabuloso.

IMÁGENES CRUZADAS: MILITARES

Cuando fui a Bélgica hace un par de años me asombró ver militares en las calles. Esta mañana paseaba por Montmartre disfrutando de cada centímetro y de pronto me encontré con una patrulla de cuatro soldados con armas largas apuntando hacia adelante y caminando por uno de los callejones. Fue impresionante. La última imagen que tengo de ese tipo proviene de alguna película, hoy verlos en un lugar tan acogedor era un sinsentido, una nota disonante. Ojalá que sea un paisaje transitorio, abrigo la esperanza.

VISITA DE VECINOS II: MÉDICOS Y LO PÚBLICO

Ayer, unos vecinos vinieron a tomar un “drink”. Ambos son médicos; ella pediatra y él epidemiólogo. Tienen una hija de la edad de Anahí, por eso provocamos el encuentro. Me dejaron impactado por su convicción respecto de la medicina social. Ambos son “funcionarios públicos” de la salud y para ellos,

la función pública es un compromiso con los demás, con los otros —especialmente con los más desfavorecidos—. No tienen consultorios privados donde cobren lo que les dé la gana y hagan esperar a la gente mostrando su micropoder frente a los pacientes (palabra con mucho contenido: en México y en Bolivia hay que tener mucha paciencia —además de dinero— para ir al doctor y someterse a su dinámica). Más que lucrar, su objetivo es curar; atienden en un par de centros para migrantes recién llegados que no tienen ni papeles ni un euro, pero sí mucha necesidad de la atención de un profesional.

Algún día escribiré sobre la relación con los doctores, su posición, su economía y el tipo de trato frente a los demás —salvando muchas excepciones, claro, a quienes agradezco y quiero mucho—, pero por lo pronto, me concentro en subrayar la grata sorpresa de encontrarme con médicos que atienden a la gente más desfavorecida, que saben que tienen un gran conocimiento muy necesario y que antes de revisar la billetera, se detienen en los problemas del cuerpo que tienen al frente. Ese sentido de la profesión, del sentido público, del rol que tienen con el saber que poseen, no se encuentra muy a menudo.

Lo que más me asombra es la Francia progresista que estoy descubriendo. Tengo la impresión de que lo que está políticamente más a la izquierda de este país se esconde y diluye —a propósito— detrás de la propaganda de las Alianzas Francesas y los Liceos expandidos en todo el mundo (aunque solo conozco el caso de México y Bolivia, me permiten refrendar mi opinión). El país de las asociaciones, del compromiso social, de las iniciativas y de los derechos, de la solidaridad nacional e internacional, del sentido del funcionario público, etcétera, no es tan conocido como la Francia de postal que se encargan de promover por todos lados. Cada vez estoy más convencido de que este es un país adorable, fabuloso, contradictorio, sin duda, con luces y sombras,

con atrocidades y noblezas —como toda nación, de hecho—, pero con aportes que son extraordinarios. Estoy pasando de la admiración turística de la Torre Eiffel a la admiración profunda por quienes construyeron, lucharon y siguen defendiendo la Francia de derechos, la social, la progresista. Creo que me estoy enamorando de esa parte de este país. Suena cursi, casi nacionalista, lo sé, lo asumo.

LAS POSICIONES POLÍTICAS

En los años del neoliberalismo en Bolivia, se repetía hasta el cansancio que la idea de “izquierda vs derecha” no tenía más sentido. He escuchado ese argumento hasta el cansancio y en un contexto diferente. El otro día, al comprar el periódico, pedí el *Libération*. El vendedor me dijo: “usted es de izquierda, eso está muy bien”. Respondí “por supuesto” e intercambiamos un par de sonrisas cómplices.

En todos mis encuentros informales hasta ahora (sea con mis vecinos, en la calle, en la academia, etcétera), el tema de la posición política sale de manera recurrente y la categoría básica es “izquierda vs derecha”. Alrededor de eso se gestan las opiniones que, si bien pueden ser muy diversas en muchos temas, no abandonan un sentido de la colectividad, de los derechos sociales, del rol del Estado en la construcción de lo público y de la laicidad republicana, y esto contra una desconfianza del otro —especialmente si es extranjero—, la defensa del nacionalismo a ultranza, la atracción por los negocios y el esfuerzo personal. Todo me indica que esa distinción tiene aquí una pertinencia notable, aunque en otros lugares perdió pertinencia explicativa (en la Bolivia actual creo que confunde más de lo que aclara).

VIDA SOCIAL Y ACADÉMICA EN PARÍS

Si hago el recuento de estos casi dos meses de estancia parisina, me asombra la vida social que hemos tenido. Hemos recibido en casa una decena de personas y hemos tenido igual número de invitaciones. En términos académicos, ya estoy dando clases, tengo acceso a todas las bibliotecas y puedo llevar libros a casa —no como en Nueva York, que era sujeto de desconfianza o que tenía que implementar algunas estrategias latinas para entrar a la biblioteca de la Universidad de Nueva York sin pagar—, me he visto con muchos académicos fundamentales en la vida científica local, he compartido cafés con ellos, han venido a casa, he platicado en sus cubículos y me han invitado a hacer conferencias. Mi capital social y académico aquí tienen otro valor. Aterrizo en una plataforma conocida, las lecturas, las discusiones, la lengua, los autores, todo me es familiar, y hay algo que puedo aportar. Este aire de familia es contrario de lo vivido en la escuela norteamericana, donde el aire de autosuficiencia de las rimbombantes universidades me orillaba a un rincón y no permitían muchos intercambios. Aquí siento que tengo un lugar desde donde establecer diálogos, una plataforma común, un interés mutuo. Me siento en casa, a gusto. Ha sido muy grato, sin duda.

8 DE OCTUBRE DEL 2018

OTRO LIBRO DE EDGAR MORIN

ESTOY EN UN RUIDOSO CAFÉ de la Biblioteca Nacional de Francia “François Mitterrand”. A las 12:30 tengo que encontrarme con Kali, que generosamente me ha invitado a su laboratorio a exponer parte de mi trabajo expuesto en *Creyentes urbanos*. Antes de la cita, debería estar repasando lo que voy a decir —será en francés, lo que me genera siempre un poco más de inseguridad—, pero saco mi celular y empiezo a leer el adelanto de un libro de Edgar Morin que me bajé en Kobo, en realidad, la muestra. Se trata de *Journal (1962-1987)*³⁷ y no lo conocía. He leído varias cosas de él, incluso lo he conocido en una conferencia en Bolivia —no me gustó por otras razones— y lo he retratado —cosa que para mí implica una relación personal con el personaje—. En el libro hay tres diarios suyos: *Le vif du sujet (1962-1962)*, un texto que acompañó su investigación en Plozévet (del que leí el postfacio por una clase en Lovaina a finales de los noventas —no me impactó tanto, pero luego se fue convirtiendo casi en un manifiesto que he repetido y citado por todos lados, pues, en sus tres páginas, es de una sinceridad y lucidez respecto de los problemas sobre el proceso concreto de investigación que se agradecen enormemente, y nunca tuve el libro en mis manos, salvo hace tres semanas que compré una reimpresión muy barata—, y el *Journal de Californie*, al que me ya me he referido

³⁷ Edgar Morin (2012). *Journal (1962-1987)*. París: Seuil (versión Kobo).

y que, en cierto sentido, inspira el título de este texto —y su espíritu, claro.

En el prefacio firmado en mayo del 2012, Morin cuenta su relación con la escritura. Dice que desde adolescente tenía el hábito de llenar un diario regularmente que registre sus lecturas y reflexiones, pero después esa práctica quedó olvidada durante un periodo. Cuenta que en 1962 estuvo hospitalizado con serios problemas de salud, lo que lo devolvió a repensar las cosas con preguntas profundamente existenciales. Retomó su escritura cotidiana en la investigación de Plozévet. Ese documento paralelo le permitió al sociólogo —que no es antropólogo, para quien aquella práctica no sería ninguna novedad— transitar entre la subjetividad y objetividad de sus observaciones empíricas de otra manera. Se lamenta no haber continuado con esa intención al escribir su libro clásico *El Método* —donde desarrolla parte de su teoría de la complejidad—, de hacerlo “ese hubiera sido un interesante documento sobre un pensamiento en construcción”.

Me encanta esa primera idea. Me he arrepentido muchas veces de no escribir regularmente en distintos momentos de mi vida —por ejemplo, mi estancia en Brasil o en Lovaina—. Particularmente, la última, fue el tiempo de la conversión en el sociólogo que hoy soy. Muchas cosas quedaron en mis documentos oficiales (tesis, artículos, libros), pero hay un gran vacío de experiencias que se relacionan directamente con lo público. Recuerdo que, a menudo, me iba “a dedo” —por falta de recursos— de Lovaina a Bruselas y viceversa. Cada trayecto —de 20 a 25 minutos— era un momento privilegiado para el intercambio obligado en un coche cerrado sin más con quién platicar. Conocí a personas interesantísimas: un médico homeópata que antes fue piloto de guerra, un hippie que vivía en una de las pocas comunidades todavía sobrevivientes por la zona, una oficinista típicamente belga. Cada vez llegaba a casa con alguna historia nueva

que lamentablemente no registré. A la vez, siempre les digo a mis estudiantes que deberían tener un diario doctoral personal, que recoja tanto sus dudas y cuestiones epistemológicas como sus dilemas en la vida diaria. ¿Cómo se transforma un estudiante en doctor en sociología?, ¿cómo te cambia una investigación en tu vida diaria, qué hace en ti más allá de lo institucional y lo público? Esa parte de la vida cotidiana que nadie toma en cuenta se pierde, se diluye y solo queda lo que sí tiene un valor académico, y perdemos demasiado al vaciar esas historias paralelas.

Morin sostiene que uno de sus libros es “un reflejo de los menús detallados y de los grandes problemas de la vida cotidiana, las reflexiones políticas, filosóficas u otras que me golpean”.³⁸ Muestra que el mínimo incidente puede tener una importancia posterior capital en una investigación.

Al final tiene una frase que la hago mía (y que tal vez ponga como epígrafe de este diario): “Evidentemente, mi tipo de diario no tiene nada de un ‘diario literario’, lo que me han reprochado como una carencia; no pretende darme un estatuto de noble posición, sino de mostrarme como persona ordinaria sin ocultar una buena cantidad de carencias y errores”.³⁹

Morin evoca su paso por el hospital de Nueva York, donde estuvo a punto de morir; en mi caso, yo tengo también una relación emotiva y dramática con la escritura, que atraviesa la muerte de mi padre y mis posteriores angustias vitales. Desde muy chico, cuando publicamos en 1982 el libro *Los cuatro días de mi eternidad*, que recopilaba los escritos de mi papá, supe que las letras trascendían o que eran una manera de llevar el duelo, de hacerle el quite al vacío. Otros eventos han ido también impulsando mi camino hacia el diario: mi miocarditis del 2007, mi asalto en 2017

³⁸ *Ibid.*, p. 7.

³⁹ *Idem.*

—tengo tanto redactado al respecto y algún día lo haré público—, y la violencia y las amenazas en mi barrio en el 2018. Razones múltiples para vaciar letras en la pantalla, pero, a la vez, el placer por dejar que el tiempo pase mientras escribo, buscar un lugar, recordar una situación, analizarla, vivir el “acto de escribir” como un acto amoroso, excitante, expectante. Cierta inexplicable necesidad de correr a mi computadora cada que me sucede algo que amerita devenir historia, como si con ese simple acto sellara, eternizara lo vivido. Es en la escritura de estas letras donde queda el pedazo de vida que a menudo no se valoriza, el intermedio entre los reflectores y lo público, la delicia de lo sencillo, de lo cotidiano que, al mismo tiempo, forma parte de lo complejo y sostiene todo proyecto.

SUEÑO: RECUERDO DE UNA REALIDAD-PESADILLA

Anoche soñé con México, con mi calle Mediterráneo. No fue nada extraordinario, escenas muy diarias de lo que ahí viví los últimos meses: borrachos, disparos, amenazas, gritos, miradas agresivas, rumores alarmantes. Me espantó pensar que todo aquello fue mucho más que una fabulación, que más bien se acercaba a rememorar muy fielmente el camino recorrido antes del viaje.

11 DE OCTUBRE DEL 2018

LECTURA: EN CAMPING-CAR

AYER TERMINÉ LA LECTURA DEL ÚLTIMO libro de Jablonka: *En camping-car*. Es el primer libro que leo íntegramente en mi Kobo. Creo que le voy entrando y entiendo al asunto-Kobo, aunque todavía no me funciona del todo bien. Me hace falta el papel, especialmente para rayar y para sentir otro tipo de relación con el objeto, sin tener que abstraerme tanto respecto de los espacios. No obstante, el experimento técnico funciona, es práctico, más barato, muy fácil de llevar a cualquier lado y disfrutar la lectura en muchas circunstancias. Voy a retomar algunos pasajes.

En algún lugar habla de la autobiografía y dice: “La sociedad nos impone paños y máscaras, pero la escritura permite desnudarse”.⁴⁰

Se pregunta cómo trazar un retrato fiel de uno cuando no

es evidente decir cosas ciertas sobre sí mismo. Hay tres maneras de pensar autobiográficamente: la confesión, que consiste en revelar los secretos venciendo la vergüenza o el pudor; la vocación, donde se subraya una lógica interna, una dirección, el sentido de una vida; el balance, que toma toda la existencia en un relato completo y retrospectivo [...]. Yo propongo otra manera de hablar de uno mismo. Encontrar lo que, en nosotros, no es de nosotros. Comprender en qué nuestra unicidad es el producto de un colectivo, de la historia y de lo social. Pensarse *como los otros*. Un

⁴⁰ Ivan Jablonka (2018). *En camping-car*. París: Seuil, p. 42 (versión Kobo).

moi-problema construido bajo la mirada de las ciencias sociales, encarnando en el texto el *moi* que deviene *je* compatible con el método, punto de contacto entre un individuo y el mundo, integración de todos los puntos de vista que adopta, garantía de una gran distancia crítica [...].⁴¹

Este *je*, cristalización de un “nosotros, es el héroe de una autobiografía que me permitirá poco a poco comprender qué soy y qué somos”.

Es sugerente esa mirada porque permite un desplazamiento en la escritura autobiográfica, no como un proceso de reivindicación del sí, de lo extraordinaria de una vida —la propia—, sino más bien de la intención analítica entender que, en el fondo, somos el resultado de una serie de condiciones estructurales que nos hicieron de una u otra manera, que lo colectivo nos habita, y que nuestra vida, a pesar de sus particularidades, se parece demasiado a la de los demás. Recuerdo algún pasaje donde Bourdieu decía que a menudo se le acercaba gente que quería hacer su biografía y él respondía: “vayan a buscar un sujeto más interesante”; de hecho, en el libro donde cuenta su vida (*Esbozo para un autoanálisis*) empieza diciendo “esto no es una autobiografía”. Lo que él pretende también es ver cómo se fue “fabricando” lo que él devino, cómo fue transitando el provinciano hijo de un cartero hacia el referente intelectual y académico de la Francia de fin de siglo XX. El propio Bourdieu decía que se conocía más a sí mismo por sus estudios sobre la sociedad francesa que por un psicoanálisis. Entonces, con eso en mente, retomar la propia vida como lugar de observación se convierte en un desafío apasionante, tanto como tener una fabulosa encuesta o decenas de entrevistas en profundidad. En buena medida este

⁴¹ *Ibid.*, pp. 42-43.

texto —mi diario— y mis escritos que son “paralelos” a mi carrera científica (a ver hasta cuándo... poco a poco se empiezan a juntar los caminos) son, a la vez, de un valor analítico mayor. Bien lo resume Jablonka “Quiero saber aquello que de mi singularidad se debe a los otros, la alquimia de las formas y de los lugares comunes de los cuales yo soy un producto”.⁴² En parte, eso es lo que yo hago.

Va una sencilla frase más adelante “el historiador es alguien que viaja tanto en el espacio como en el tiempo.”⁴³ En cierto sentido el libro se toma en serio esa intención. En cada episodio, no solo narra el viaje de un niño con sus padres en un auto-campamento, sino que también retrata qué significaba eso en una sociedad que se ponía la idea de descanso y vacación como premisa, el contacto con la naturaleza y la aventura como una máxima, pero que, en su caso, va de la mano de una visión política que evita las vacaciones de clase alta en clubes privados —que también empiezan a ponerse de moda— optando más bien por playas y horas de carretera como una apuesta pedagógica para los niños y la política. En su caso se valora lo simple, pero cómodo y seguro, la aventura controlada, en un marco razonable que no ponga nada en riesgo. Algo típico de la clase media parisina en la era postindustrial. A la vez, la idea del camping-car tiene que ver con su propia herencia de judío errante que transita por distintos lugares sin asentarse en ninguno de ellos, pero llevando consigo las comodidades básicas. Claro que saca a la luz las condiciones materiales de la familia que sostenían esos paseos, el salario de los padres, su posición política e intelectual. Reflexiona cuánto esa práctica vacacional le dejó como aprendizajes posteriores para la vida, la relación con la naturaleza, la democratización de poder disfrutar de espacios públicos

⁴² *Ibid.*, p. 43.

⁴³ *Ibid.*, p. 85.

— antes de la era de los hoteles que compran todos los lugares hermosos.

Leer a Jablonka me reforzó la pertinencia de este texto y de otros que he escrito, y me devolvió el impulso para escribir el libro sobre mi padre. Empecé tomando decisiones sobre el índice, la estructura, el tipo de narración, el desenlace. También quedé impresionado —lo digo en “buen plan”— por la simplicidad de la vida de esa generación en Francia. Su infancia no tuvo nada que ver con la de sus padres que vivieron la segunda Guerra o la de sus abuelos que fueron asesinados en el Holocausto; traído a mi experiencia, mientras él estaba viajando en camping-car, yo recibía hijos de perseguidos políticos en casa, aprendía a no hablar de política en la escuela para evitar problemas y conocía el espanto de la dictadura que me robó a mi papá. Otra historia...

Termino con una frase que bien podría ir en el epígrafe de algún libro mío

Se dice a veces que la libertad provoca miedo, suscita angustia. Para mí, la libertad significa el fin de la angustia. Es instinto de protección [...], partir, alejarse. Inscrito en una filiación, pero siempre en un camino. Y, ahora, mis libros son varias cosas a la vez, historia, sociología, antropología, encuesta, relato, diario de viaje, biografía, autobiografía, oración, literatura con cosas que se abren y cosas que se cierran.⁴⁴

ROBERT CASTEL

Tuve la oportunidad de conocer a Denis Merklen, un sociólogo argentino y profesor en el IHEAL que trabaja asuntos de culturas populares. Fue muy grato, se ve que es una gran persona, ojalá

⁴⁴ *Ibid.*, p. 130.

haya más tiempo para compartir. Quiero referir a lo que me contó sobre Robert Castel, que fue su tutor de tesis y amigo hasta su muerte. He leído cosas de Castel, sé que su magnífico libro *La metamorfosis de la cuestión social* es un clásico por el cual todos debemos atravesar, y son varias las personas que me han hablado muy bien del lado humano del académico.

Me cuenta Denis que era una persona extraordinaria, sencilla, amable y que con toda la fama que tenía, no le gustaba construir mandarinatos ni “capillas” como es la tradición francesa —evitaba tener discípulos, prefería colegas en distintos momentos de formación que vayan agarrando rutas propias; no era alguien de red, de poder, de jerarquías—. Se llevaba bien con todos, salvo con Touraine, vaya a saber por qué —su cubículo estaba al lado del de Castel—. Se reunía en pequeños grupos con las muchas amistades que cultivaba, no en grandes eventos donde él ocupara la cabecera. Tardó diez años en escribir su libro, en medio no hizo otra cosa; jamás tuvo un proyecto transnacional ni muchos recursos. Decía que solo requería su grabadora y dónde escribir para hacer buena sociología. Ya mayor, tenía una invitación a Buenos Aires con el ministro de trabajo porque le habían pedido su opinión —en los tiempos de Kirchner—. Venía de atravesar por una operación en el corazón a los ochenta años y tenía dos conferencias más. Su viaje se cruzaba con la defensa de la “habilitación” de Denis, quien le dijo que no había ningún problema si no llegaba. Denis se ofreció para solicitar que le pagaran el viaje en primera —todos los funcionarios lo hacían— considerando su edad y su estado de salud, y Castel prefirió no viajar antes de sentir que gozaba de un privilegio injusto. En fin, un sociólogo a la antigua, de esos que están obsesionados con su problema científico más allá de los recursos, el prestigio o el poder que esté alrededor. Alguien que, a pesar de ser muy dinámico y exitoso, no descuidaba las relaciones afectivas,

las emociones, los amigos, los momentos gratos. Es el tipo de sociólogo que está en retirada, hoy la americanización de la sociología hace que se mida a los profesionales por la cantidad de recursos que pueden traer a la Universidad, por cuánto pueden gestionar —en el CV de profesores gringos se destaca cuántos proyectos llevaron a sus instituciones y de qué montos—. Un académico que podía pasar horas con un estudiante por el placer de discutir, de aprender mutuamente, que no estaba preocupado porque se convierta en una línea más en su currículum en el rubro —formación de recursos científicos—, sino que disfrutaba de conocer y conocerse.

Castel murió a los ochenta años de cáncer al pulmón —fumaba mucho.

Lástima no haber coincidido. Me hubiera encantado conocerlo.

MIÉRCOLES 17 DE OCTUBRE DEL 2018

RICHARD HOGGART SE ME APARECIÓ EN LA BIBLIOTECA

ESTOY DESDE LA BIBLIOTECA NACIONAL de Francia y tengo que escribir muchas cosas, mi visita a Malakof, mi encuentro con Jablonka, el descubrimiento de esta biblioteca y mi inscripción en ella, mi billetera como objeto que condensa mi inserción en la academia y vida diaria francesa, y más, pero tengo poca batería y quiero rápidamente poner una pequeña joya que me acabo de encontrar navegando por los pasillos de este extraordinario lugar (aquí que encontré mi oficina, y no me moveré).

Descubrí el libro fabuloso coordinado por Passeron sobre Richard Hoggart. El prefacio está a cargo de Jacques Revel, y dice que Hoggart —retomando la figura de Passeron— propone una “descripción argumentada”, cita al propio Passeron: “Hoggart escribe como reflexiona; reflexiona contando; cuenta describiendo”.⁴⁵ Y continúa Revel: “[...] la manera descriptiva no está separada de una dimensión cognitiva que es su primera exigencia. Ella tiene el objetivo de tener una coherencia y la significación de una experiencia que, sin ella, quedaría opaca o correría el riesgo de parecer no esencial”.⁴⁶ En otro pasaje dice que el autor “utiliza una técnica mixta, asociando investigación etnográfica, análisis literario, estudio de las costumbres y autobiografía”.⁴⁷ En el capítulo 2, del propio Hoggart titulado “Writing about People

⁴⁵ Jean-Claude Passeron (Coord.) (1999). *Richard Hoggart en France*. París: BPI-Centre Georges Pompidou, p. 12.

⁴⁶ *Idem*.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 17.

and Places. Les mots, les gens, les lieux”, reflexiona sobre el desafío de escribir sobre los otros y sobre los lugares, dando cuenta de la manera peculiar que tiene de llevar adelante su empresa explicativa a través de la escritura con voz propia. Se asume que no es un teórico, que habla siempre de cosas concretas, factuales: “para mí son esas cosas las que determinan el sentido de nuestras vidas, por eso les consagré treinta años de trabajo”. Tal afirmación va de la mano de la pregunta “¿por qué diablos escribo así? Nadie me obliga a escribir así, podría seguir el camino más habitual”.⁴⁸ Y es en ese tono que uno de los capítulos escrito por Passeron habla de “Richard Hoggart, escritor y sociólogo”.

Se me acabó la batería y empezaron a cerrar la biblioteca, tengo que dejar aquí la reflexión, pero buscaré el libro para comprarlo, rayarlo y apropiármelo —lo llevaré en mi maleta donde vaya—. Las preguntas de Hoggart también son mías, el método mixto es el que yo también sigo: pasar por crítica del arte, datos cuantitativos, recuerdos autobiográficos, fotografías, entrevistas y descripciones. De hecho, mi libro *La Paz en el torbellino del progreso* es la síntesis de esa manera de hacer sociología. Me va quedando cada vez más claro que una de las dimensiones de mi agenda científica en el próximo periodo de mi vida tiene que ver con profundizar sobre esa apuesta: reflexionar más detenidamente sobre cómo escribir desde la sociología. También tengo más certeza de que este texto es un ladrillo en esa orientación, espero tener más tiempo para poder labrarlo con mayor empeño. Las últimas semanas he estado tomado por la vida —clases, administración, familia— y no me he podido dar tiempo para dedicarle al diario, confío en hacerlo más adelante; aquí está en juego mi ruta sociológica.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 59-60.

JUEVES 18 DE OCTUBRE DEL 2018

MALAKOFF

FINALMENTE, EL FIN DE SEMANA pasado estuvimos en Malakoff acogidos y guiados por Kali Argyriadis y su familia. Un poco antes estuve estudiando algunos documentos que ella me había regalado. Me encontré con una entrevista en el medio de comunicación del municipio,⁴⁹ a la alcaldesa Jacqueline Belhomme, y quedé encantado por su visión de lo público: “En la historia, cada servicio público ha sido conquistado en una batalla, en una lucha, poniendo en evidencia las necesidades reales de la población. Para preservarlos, para ampliarlos, hay que movilizarse y luchar”.⁵⁰ Afirma que basa su gestión en políticas solidarias pensando en los beneficios para la gente.

Hay muchas cosas que podría hablar de esa visita, solo quiero subrayar algunas rápidamente. Es agradable ir por las calles con nombres que están cargados de contenido y con historia que me es familiar: Salvador Allende, “Presidente de la República de Chile. Mártir de la libertad”; Jean Jaurès; Agustine Variot, “Primera mujer elegida en el consejo municipal de Malakoff en 1925”; “Aquí vivió Rousseau A. de 1939 a 1945, muerto en combate”. No pasamos por otras calles, pero me comentaron que igual van en la misma dirección.

Entramos a algunos eventos. Un *Coworking* que, en principio, cumple la función de todas esas iniciativas que alquilan una gran oficina donde se subalquilan espacios de trabajo temporal,

⁴⁹ *Malakoff infos*, núm. 311, octubre 2018, pp. 16-19.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 19.

pero ellos se diferencian porque, por un lado, no son una empresa sino una cooperativa (“tribu colaborativa”), cuya intención no es el negocio —sin negar la necesidad de ganancia—, lo que importa es la solidaridad en espacios de trabajo y, por otro lado, buscan reflexionar sobre las condiciones del mundo laboral en la sociedad actual con un sentido crítico. Además, tiene un espacio reservado para la siesta. Luego una artista plástica que nos abre sus puertas y nos enseña su obra, su taller, sus instrumentos solo con el afán de compartir su manera de trabajar. Al lado un vecino que en su pequeño jardín hace una instalación artesanal y juguetona de una piedra, que supuestamente estaría a punto de caerse: “Hasta aquí, está bien”. Me detengo en una librería pequeña de ciencias sociales cuyos estantes están organizados por temas que tienen que ver con la política y la colectividad: iniciativas ciudadanas, naturaleza y ciudad, y descubro un discreto letrero que parece ser su lema: “Leer, pensar, resistir”.

En fin, la visita a Malakoff me dejó el sentimiento muy esperanzador, ir mucho más allá del eslogan fácil y vacío de contenido —como pasa en Bolivia, por ejemplo, en los últimos años con el “patria o muerte”, que puede estar en cualquier boca para cualquier situación—, y pensar que en pequeñas comunidades se puede plantear otro sentido de lo público, que atraviesa a la autoridad y al ciudadano, en una visión progresista y colectiva y sabiendo que todos juegan un rol en la construcción de un espacio diverso, incluyente, respetuoso. Abrir las puertas, compartir los saberes, convivir de otro modo, fue, sin duda, un regalo de esta larga estancia.

21 DE OCTUBRE DEL 2018

TRES INTERPRETACIONES DE UN MISMO LUGAR

VOY CAMINANDO SOBRE LA ORILLA del Sena en París y me encuentro con un monumento muy especial: La Flama de la Libertad. Se trata de la reproducción exacta del fuego en la antorcha en la Estatua de la Libertad en Nueva York que Francia regaló a Estados Unidos en 1886. La base es de mármol negro y gris con una columna gruesa en el centro donde reposa la enorme llama dorada de más de tres metros de altura. Una placa recuerda su origen: fue el resultado de una donación colectiva en el centenario del acontecimiento y un “símbolo de la amistad franco-americana”. Hasta aquí, todo oficial.

Al lado de la placa en bronce, está la foto a color de la princesa Diana impresa en un papel bond dentro de un protector corriente de plástico. Se recuerda la fecha de su accidente fatal acompañado con la frase *Forever in our Hearts. We miss you.* El contorno del monumento tiene evocaciones emotivas y homenajes a Diana, flores, mensajes, fotos. Caigo en cuenta que estamos precisamente encima del túnel en el cual *Lady Di* murió en agosto de 1997 en un trágico choque, mientras huía de los *paparazzis* que buscaban una foto para venderla en el mercado. Me queda claro que quienes sintieron la pérdida de Diana, encontraron dónde recordarla.

Sigo bordeando la obra y llego a la parte trasera para terminar con mi asombro. Rodeando la columna hay una enorme manta que la cubre íntegramente con el rostro de Donald Trump. Lo mejor: solo abarca del cuello hasta la frente. Sí, en la cima de

la cabeza, en lugar de mostrar la cabellera del presidente norteamericano, surge la enorme flama dorada. Una perfecta caricatura del jopo rubio chillón de Trump que tanta tela para cortar ha dado a propios y extraños. Es una imagen impecable.

Los espacios públicos son lugares de disputa de significaciones, a veces confrontadas, otras complementarias o, como en este caso, de poco diálogo entre sí. En la Flama de la Libertad confluyen la crítica política al presidente de Estados Unidos, el recuerdo a la carismática princesa trágicamente desaparecida, y el recuerdo oficial de “un gesto de amistad” entre dos países poderosos.

París da para mucho, finalmente, cada quién se identifica con cualquiera de las tres interpretaciones del monumento según sea su conveniencia y posición, o con todas a la vez.

MARTES 23 DE OCTUBRE DEL 2018

BNF Y JABLONKA

AMBOS COINCIDIERON. IVAN JABLONKA, a quien vengo leyendo los últimos meses —y que he evocado varias veces en estas líneas— me citó en la Biblioteca Nacional de Francia (BnF). Al principio me sentí nervioso porque no la conocía, y estos lugares enormes me marean a la hora de tener una cita con alguien. Pero las indicaciones fueron muy precisas: al frente de la librería, la única que hay.

Estuvimos platicando como una hora. Extraña situación, yo había leído tres libros suyos, uno teórico y los otros más bien ensayos testimoniales, es decir, que conocía tanto su posición científica como su trayectoria de vida. Podía hablar de sus abuelos, de sus padres, de sus viajes de infancia y hasta de sus primeros amores que sucedieron en el coche de campaña con el que vacacionaban en los ochenta. En cambio, él no conocía prácticamente nada de mí —de hecho, lee poco en castellano—. Fue una conversación desigual pero amable, él me preguntó muchas cosas y yo le conté como si estuviera platicando con un amigo a quién conozco hace tiempo. En el relativamente corto tiempo del intercambio, le conté lo del asesinato de mi papá, lo de mi atraco en México, mis afanes neoyorkinos, las razones de mi estancia parisina y parte de los proyectos en los que ando metido. Como buen historiador con sensibilidad sociológica, ponía las preguntas correctas y la cosa fluía. Quedamos de volver a encontrarnos por aquí. Se ve una persona sencilla, atenta, abierta a descubrir nuevos mundos. Ojalá que sí.

Luego pasé a la recepción de la BnF a registrarme. Cuando llegó mi turno, me explicaron que había varias opciones; una de ellas, la más cara, era adquirir la tarjeta de investigador (50 euros al año). Dudé, pero finalmente resolví invertir pensando en que este será mi lugar de trabajo todo este tiempo, si no más.

El espacio es hermoso, tiene todas las condiciones para el trabajo intelectual: mesas amplias cómodas, silencio, todos los libros necesarios, la luz adecuada, una alfombra naranja suave por los pasillos, lámparas y ventanales que dan a un enorme jardín central verde muy bien atendido. El procedimiento llama la atención; para ingresar al sector de investigadores, hay que dejar la mochila en un estante y tomar un maletín de plástico transparente, bajar por unas escaleras eléctricas, luego de atravesar por pesadas puertas de metal —parece que uno se dirigiera a un búnker—, hasta llegar al piso donde están los salones especiales, ahí hay que reservar por computadora un lugar —si no se lo ha hecho el día anterior vía internet— y, finalmente, llegar a *tu* espacio. Si previamente se hizo la solicitud de libros específicos, estarán esperándote sobre *tu* escritorio.

Es un procedimiento que tiene sus pasos, pero muy eficaz y permite ordenar el uso de la biblioteca evitando todo conflicto. Definitivamente, desde aquí quiero trabajar. En París estoy cambiando mi práctica escribir en los cafés por la de escribir en las bibliotecas.

Un detalle. Mi amiga dice que aquí las musas de la ciencia aparecen y te iluminan, “buenas páginas de mi carrera las he escrito en esa biblioteca”, me advirtió antes de venir. Tenía razón.

BILLETERA

Mi billetera habla mucho de mí. Obvio. Recuerdo el libro *Le Sac* de Jean-Claude Kaufmann donde estudiaba la cartera de las

mujeres y los múltiples misterios que encierra. En mi caso, si algo me representa es el pequeño cuero con bolsillos que traigo siempre conmigo. Cuando llego a Bolivia desde México, un símbolo de que resurgió mi bolivianidad es cambiar mi identificación mexicana por la boliviana, mis tarjetas de banco y los billetes. Sin embargo, hay objetos que son transnacionales y transhistóricos, que saltan de una a otra billetera. Cuando me inscribí en la BnF me dieron una tarjeta de plástico, al buscarle un espacio, caí en cuenta que ya estaba todo lleno con cosas prácticas para París. Describo: tengo tres tarjetas de banco (dos mexicanas y una francesa), dos credenciales para ingresar a bibliotecas (la de la BnF y la de la Universidad Paris Descartes), mi identificación oficial mexicana, mi póliza de seguro médico y una pequeña impresión de un código de barras para acumular puntos en las compras en el súper. Lo que no se mueve: mis dolarcitos de la fiesta boliviana de Alasitas bendecidos por el Ekeko —divinidad andina—, un poema que me hizo Cathia hace mucho tiempo —al que le pedí no ponerle fecha—, y una tarjetita de mis abuelos paternos que me dieron en mi cumpleaños del 2001, poco antes de su muerte. En el lugar central, una foto en blanco y negro ya maltratada por el tiempo con Cathia, ahí por el 2002, tomada por los fotógrafos antiguos de la Plaza Alonso de Mendoza.

El caso es que, como decía, ya tengo la billetera con todo lo que necesito para la vida parisina.

24 DE OCTUBRE DEL 2018

RUMBO A BARCELONA

ESTOY EN EL AVIÓN RUMBO A BARCELONA; vuelvo luego de veinte años. Creo que fue entre 1996 y 1998, cuando hacía mi tesis doctoral que, por primera vez, viajé allá desde Lovaina la Nueva. En ese momento, iba a entrevistar a Pedro Negre y a José Prats para mi investigación, quería saber más sobre el origen de “Iglesia y Sociedad” en América Latina, el capítulo boliviano, y ellos eran piezas clave. Recuerdo que fue muy emocionante conocerlos, con Pedro Negre charlé mucho, había mucho qué decir. Con Prats, no, de hecho, la entrevista fue un fracaso, como lo comenté en el capítulo respectivo en mi libro *La Paz en el torbellino del progreso*. También fue muy estimulante conocer el lugar de origen de personas que en su momento me marcaron, como Luis Espinal y Xavier Albó. Me pregunto qué será de la vida de Negre, lo más probable es que ya haya fallecido o que esté muy mayor.

Hoy el contexto es muy distinto, voy a un coloquio, voy a presentar algo de mi investigación en México; el evento será en inglés —difícil para mí—, así que privilegiaré la fotografía.

27 DE OCTUBRE DEL 2018

COLOQUIO EN SITGES

PARTICIPÉ TRES DÍAS EN UN COLOQUIO en Sitges, Cataluña, sobre religión y ciudad. El evento padrísimo, el lugar espectacular. Es como un Guanajuato con mar o como la calle Jaén de La Paz convertida en pueblo y playa. Guardaré lindos recuerdos.

El evento era todo en inglés. Mi ponencia fue muy bien recibida, ayudó mucho tener un soporte informacional y fotográfico, porque la lengua jugaba en mi contra. Pero me puse a pensar en dos cosas. Por un lado, las comunidades científicas construidas alrededor de la lengua o los territorios. Tengo la hipótesis —que ya he señalado previamente— de que la sociología tiene una fuerte territorialidad que marca su contenido, ritmo e intercambio. Lo mismo sucede con la lengua. La comunidad europea-norteamericana intercambia mucho en inglés construyendo su propio circuito. En México nos pasa lo mismo, la lengua no marca porque no es una pregunta, pero sí el territorio, y toda gira alrededor de la nación. En el Cono Sur han hecho un esfuerzo por vincularse algunos países como Argentina, Chile, Uruguay y algo de Brasil —estoy pensando, claro, en quienes estudian la religión, que es el campo que conozco—. Francia se empeña en defender la lengua en sociedades y comunidades científicas; Alemania, España, Portugal, Italia, Holanda se montan al inglés con el costo que implica. Hay mucho qué decir sobre todo eso, la tensión es entre el aislamiento étnico —etnocéntrico— y la ilusión de globalidad aplanadora. Yo defiendiendo dos posiciones: por un lado, el derecho de que cada uno pueda

expresarse en su lengua, haciendo el esfuerzo por completar su exposición con recursos pedagógicos para que quienes no entienden bien puedan captar, al menos, las ideas principales y, por su parte, el público receptor debe intentar captar el mensaje principal de quien está expresándose en su lengua de origen.

Por otro lado, el intercambio lingüístico ya es un proceso al que hay que ponerle atención científica, hay que darse el tiempo y analizarlo detenidamente. Me explico. Mi discusión con Denis Merklen unas semanas atrás fue muy fructífera, pues él comentaba que en su investigación sobre la política argentina había palabras que no se podían traducir o que significaban lo contrario (jacobismo, populismo). Parte de su agenda de investigación era estudiar cómo se conceptualiza un proceso en una lengua o en otra, qué término se toma, cómo se lo lee localmente y qué consecuencias analíticas tiene. En la cuestión religiosa, eso sucede mucho con la palabra “laicidad” o “secularización”; si se toma la escuela y experiencia francesa, se llega a un puerto distinto que si se optara por la vía inglesa, por ejemplo. El caso es que antes que aplanar todo en la gran maquinaria de la homogeneidad del inglés —con el empobrecimiento científico que eso conlleva—, es mejor abrir una dimensión más en la complejidad de la investigación que implique —obligue— tomarse en serio aquello de trabajar en distintos registros lingüísticos.

El caso es que mi coloquio fue una maravilla. Hace tiempo que no estaba en un espacio por tres días solo dedicados a compartir, discutir, escuchar, aprender. En un lugar privilegiado y con anfitriones extraordinarios. Ojalá se repita pronto.

No voy a comentar el contenido de lo ahí sucedido, eso va a ir saliendo poco a poco en mis futuros textos científicos, pero quiero referirme a tres encuentros que motivaron la reflexión.

Una investigadora de Alemania del Este me contó que tenía quince años al momento de la caída del Muro de Berlín. Vivió

a unos kilómetros del Muro, pero el día que se vino abajo, ella y su familia estaban en casa un poco asombrados, no excitados, sino con la pregunta sobre qué sería de ellos en el futuro. No recuerda ni expectativas, ni miedo y ni siquiera curiosidad, solo un poco de incertidumbre sobre las consecuencias en su vida ordinaria. Unos días después, fueron “al otro lado”, iban en sus coches toscos del este y, en sentido contrario, les hacían luces amistosas los otros alemanes en autos lujosos. La diferencia económica era evidente. Ellos pasaron a ser, de personas “normales”, a los pobres de la ciudad. En los primeros años hubo muchísimas iniciativas para reconstruir la identidad compartida, pero una década más tarde, empezó el proceso de convertir a Berlín en una de las capitales europeas más caras, gentrificadas, turísticas y que expulsan a su población más popular hacia los extremos. Poco quedó de lo que el Este podía aportar como valores colectivos, menos interés por la acumulación, la vida más modesta y no centrada en el consumo. Así concluyó nuestra conversación.

Me encontré con un judío que, de joven, fue a la milicia en Israel y ahora es muy “progre”. Me contó cómo durante su juventud de soldado creía en las máximas nacionalistas de defensa de su territorio. “Perdí la virginidad y la inocencia —confiesa— cuando vi lo crudo de la guerra”. Decidió pasar a otra división, lo que le costó una condena sostenida. También me dijo que lamentaba no poder hablarme en castellano; yo reaccioné torpemente, “no te preocupes, yo siento mucho no hablar inglés”, pero me interrumpió y me contó en detalle su relación con la lengua: “Mi madre era argentina, me habló en castellano hasta los ocho años, cuando murió y, de ahí en adelante, nunca más he vuelto a retomar la lengua, pero cuando los escucho, luego de un tiempo, empiezo a entender con el corazón”.

Un profesor canadiense, mientras hablábamos de los niveles de violencia y la militarización de las sociedades, y la necesidad de verlos siempre comparativamente para entenderlos, contó que un día estaba en su casa y vio llegar a militares de guerra fuertemente armados, él se asustó y salió a preguntar qué pasaba, ellos le respondieron amablemente “nos han reportado que por aquí hay un gato muerto”. “No es broma”, concluyó el académico.

Por último, un colega holandés ya mayor me hizo una pregunta sencilla, sabia y difícil de responder: “Y a ti qué te gusta hacer, por qué haces esto”. Tardé. Él inquirió “Tal vez es una pregunta embarazosa”. No lo era, pero sí existencial. Luego de dejar pasar unos segundos, le dije que quizás lo que más me gusta es pasear, observar con ojo sociológico —tomar fotografías eventualmente— y escribir mis observaciones. Eso lo hago cotidianamente —en este diario, por ejemplo—. Cuando me pongo como tarea hacerlo institucionalmente, se llama proyecto de investigación, lo adorno con teoría, método, protocolos científicos, pero en el fondo, es lo mismo. Eso es lo mío.

10 DE NOVIEMBRE DEL 2018

CHAIRE JACQUES LECLERCQ

DURANTE TODA LA SEMANA PASADA hemos estado en Lovaina la Nueva (LLN), Bélgica. Los primeros días estuvieron dedicados al turismo con toda la familia. Fuimos por algunos lugares de Bélgica: Brujas, Leuven, LLN y Bruselas. Fue padrísimo recorrer mis lugares de estudio con ellas. Es en LLN donde “me convertí” en sociólogo hecho y derecho, donde descubrí una ruta del conocimiento. Además, viví experiencias muy especiales; volver con mi esposa y mis hijas por esos mis lugares fue resignificarlos, darles un nuevo brillo, compartirles un pedazo de lo que fui, que, en cierta medida, explica parte de lo que ahora soy y, finalmente, de lo que ellas son.

Por otro lado, la cátedra Jacques Leclercq. Al principio tenía un programa que preparé con antelación, pero un correo de Geoffrey Pleyers invitando a los profesores de la UCL a mi curso, me hizo pensar sobre el contenido del seminario. Hice un giro; preparé una conferencia inaugural que bien hubiera podido titular “¿Qué sociología vengo a ofrecer?”. Recuerdo la frase de la canción de Fito: “¿Quién dijo que todo está perdido? Yo vengo a ofrecer mi corazón”. Armé entonces una reflexión explicando y evocando mi libro *La Paz en el torbellino del progreso* y con él en mano, cual pastor evangelista, expliqué la trayectoria de ese texto, su nacimiento, el aprendizaje en el camino y el resultado. El curso era sobre sociología de la religión en América Latina, nada que ver con las transformaciones urbanas, pero el espíritu sociológico que está ahí es el que encarna mi manera de

hacer sociología en la actualidad. La exposición gustó, a ellos y a mí.

La Chaire Jacques Leclercq tiene una especial historia en mi formación. Mientras hacía el doctorado, en esa cátedra tuve como profesores a Barnard Lahire, Bruno Latour, Ives Grafmeyer, Tomás Moulian y otros. Sé, además, que por aquí pasaron sociólogos muy importantes como Maurice Godelier, Antonio Garretón y una larga lista. Tener la cátedra significaba una responsabilidad muy grande, un tenso desafío que me tuvo estos días metido en una oficina preparando minuto a minuto. Sin duda, fue un honor. Me concentré en mis observaciones de las experiencias religiosas que he atendido en los últimos años en México, particularmente enseñé mis fotos, videos, la construcción de mi página web de *Creyentes urbanos*. El resultado fue interesante, motivé a los estudiantes a que participen con exposiciones de sus propias experiencias, lo hicieron muy bien, y algunos, destacadamente bien. Al final, evaluando el contenido me dio la impresión de que debí concentrarme más en mis materiales empíricos y menos en la cuestión histórica que me tomó tiempo innecesario. También pensé que tal vez hubiera podido hacer algo más arriesgado, un curso sobre sociología visual, por ejemplo, probar un tema y una ruta diferente. Pero me mostré más cauto, sin salir de mi “zona de confort”.

La experiencia me dejó pensando sobre el sentido de un curso: ¿qué y cuánto quiero dar?, ¿qué queda fuera?, ¿cuál es el objetivo básico que se debe intentar cumplir? y, por supuesto, ¿cómo hacerlo? Pensé mucho en la pedagogía de la educación, en que nadie nos enseña a enseñar; se supone que somos profesores repitiendo las mejores formas de lo que vimos, pero, al menos yo, no tengo claro cómo incentivar en múltiples circunstancias. Cuán prácticos serían esos cursos sencillos de técnicas básicas de motivación e intercambio. A menudo tengo un esquema

demasiado tradicional basado en la conferencia magistral, prisionero de la “educación bancaria” que criticaba Paulo Freire —donde el brillante expositor sabe todo y el público ignorante toma nota—. Seguramente en el futuro tendré que idear mejores maneras de aprovechar el tiempo de una clase innovando e incorporando otros recursos.

La estancia sirvió para intercambiar más con Olivier, Jean de Munk, Carlos Mendoza; la velada fabulosa en casa de Bernard Duterme y su esposa y, sin duda, la calidez de Abraham, Guy, Namur y Daniel. No pude ver a Jean Pierre Hiernaux, seguro nos encontraremos próximamente en Barcelona.

14 DE NOVIEMBRE DEL 2018

RE-ENCUENTRO CON MICHAEL LÖWY

ESTOY EN UN CAFÉ AL SUR DE LA CIUDAD, cerca de Rue de la Glacière, la calle donde vive Michael, a quien tengo que ver al rato. Se me vienen a la mente muchos recuerdos; aquella primera vez, cuando estudiaba en la Pontificia Universidad Católica de San Pablo, en Brasil (en 1993), y que recibí su carta una tarde luminosa en la cual aceptaba dirigir mi tesis. Fue uno de los momentos más especiales, sentía que iba a trabajar con el autor que tanto quería y admiraba, el tema que me apasionaba y en el lugar más privilegiado. Guardo en algún lugar esa misiva.

También recuerdo aquella vez, en 1996, cuando estaba instalado en Lovaina y Löwy me invitó a su casa. Llegué de Bélgica en un coche viejo, que se acabó rápidamente en mis manos —fui su último dueño—. No era el tiempo de los dispositivos electrónicos y no conocía la ciudad, así que con un mapa tradicional intenté ubicarme. No tuve mucho éxito, obvio. Cuando finalmente llegué a la avenida que me conduciría a su domicilio, el sentido del tráfico era contrario, así que tuve que hacer una vuelta inesperada. Acabé perdido, llegué a la cita dos horas tarde. Por supuesto que solo lo vi 10 minutos para disculparme y despedirme; a pesar de mi retardo, me regaló su libro *War of gods*, en inglés, una versión previa a semanas de que saliera a la venta.

Pero no solo fueron desencuentros con Löwy. Lo pude ver en varias ocasiones, lo entrevisté repetidas veces y leí sus libros con avidez. Aprendí mucho de su trabajo, su concepto de “afinidad electiva” me fue muy útil, su manera de enfocar la trayectoria

de los intelectuales revolucionarios fue estimulante y de su mano conocí mejor a Walter Benjamin, Kafka y a otros. Además, acompañó mi tesis doctoral y estuvo en la defensa pública, creo que fue el primero en decirme al final “Felicidades, Doctor Suárez”.

Lo vi unos meses atrás en la UNAM. Dio una conferencia, siempre brillante, siempre sobre Marx y Weber. Ahora, dos décadas después, lo vuelvo a buscar en su departamento. Esta vez llegaré a tiempo.

DOS HORAS MÁS TARDE...

Me dio gusto hablar con Michael. Entré a su departamento, aquel que visité hace más de dos décadas y todo seguía igual, sencillo y lleno de libros. Él se sentó al frente, de espaldas a la ventana en un cómodo sillón con una almohada especial —imagino que por la edad ya cuida dónde descansar—. Es impresionante cómo parece que no le pasara el tiempo, tiene ochenta años y una lucidez y prestancia envidiables. Hablamos mucho, me contó de sus últimas publicaciones, tres libros que vienen en los próximos meses: uno sobre Rosa Luxemburgo, otro sobre Benjamin, y uno más sobre ecología y socialismo. Hablamos de política y de sociología, me dijo algo como “solo tengo un dolor en el pecho por Brasil” —claro, quién no, todos estamos atónitos con el espanto que se avecina con el gobierno de Bolsonaro—. Le conté de mis proyectos, mis estudios sobre la imagen, sobre la religión de barrio, mis análisis del cambio urbano en La Paz. Concluimos con un cálido abrazo, me regaló su libro que acaba de ser publicado en México, *La jaula de hierro. Max Weber y el marxismo weberiano*. Me conmueve su dedicatoria: “Para Hugo José, fuera de todas las jaulas”.

15 DE NOVIEMBRE DEL 2018

PUNTO COMÚN

AYER TUVE UNA INTERESANTE PLÁTICA con Joshua Lund, otro profesor invitado en el IHEAL este año. Él tiene formación en Estudios Culturales en Estados Unidos y es profesor en una prestigiosa Notre Dame University. Fue muy interesante entender mejor qué son los “estudios culturales” y ver que, al final del día, la sociología que yo propongo tiene una parentela muy grande con esa orientación. Por mi propia ruta, a fuerza de toparme con mis investigaciones y mis inquietudes, he ido descubriendo un camino que he disfrutado mucho y que hace que ahora esté todavía más enamorado de mi oficio; la libertad con la que ahora escribo, la posibilidad de conjuntar el análisis de una película con un dato cuantitativo, un recuerdo de mi infancia y un concepto específico —que es lo que ahora hago—, es una ruta que varios autores han recorrido y reflexionado. Me alegro de no estar tan solo en esta transgresión.

Otro aspecto curioso de nuestra conversación fue que ambos veíamos a Francia como un destino deseado. Él es un profesor con *tenure position*, es decir, tiene la “definitividad” en una de las mejores universidades americanas, y yo, en una de las mejores latinoamericanas; ambos de la misma edad, casados y con el mismo número de hijos, y ambos con el espíritu abierto a pensar en otros horizontes laborales y de vida: yo, movido por la violencia espantosa por la que he atravesado y en la que se encuentra sumergido México; él por el estilo de vida americano y por la

cantidad de armas —en posesión de los ciudadanos— y sus usos imprevisibles. Coincidencias extrañas.

AGENDA DE INVESTIGACIÓN EN PARÍS

Unas semanas atrás un colega que recién conocí me invitó a que me integrara a un equipo que está empezando una investigación sobre el catolicismo en Francia. Acepté con gusto. Mi misión será entender la experiencia religiosa de católicos latinoamericanos, particularmente de México y/o Bolivia. Me encantó la idea, hoy mismo empezaré mi “Diario de campo”. Se abre una agenda en París, empezaré la cacería de fotografías con imágenes sacras, mensajes, eventos. Luego, entrevistas, literatura, búsqueda por internet. Un nuevo capítulo empieza a gestarse: *Creyentes urbanos* —segunda parte y ahora en París.

16 DE NOVIEMBRE DEL 2018

WEBER LEÍDO POR BOURDIEU

AYER FUI A UNA CONFERENCIA sobre el “carisma” en Weber: uno, me cansa la afición por la teoría por aquí, demasiadas reflexiones en ese sentido, tal vez porque la sociología esté prisionera de tener que producir teoría, no pasaría lo mismo en otro contexto; dos, es impresionante la cantidad y sofisticación de la vida académica, cada evento, pequeño, con no más de diez participantes, es de un refinamiento intelectual mayor. La conferencista señalaba que, en los años 70, Bourdieu —de acuerdo con sus propios escritos— había leído solo *Economía y sociedad* de Weber y de ahí el capítulo de religión, y sobre esa base hizo su crítica en un famoso artículo publicado en 1971. La consecuencia de haberse concentrado en un episodio de un autor tan sofisticado, y no acudir a otros pedazos de la obra, hizo que su visión fuera parcial y hasta injusta. Todo eso me llevó a dos reflexiones: por un lado, constatar —es una obviedad, pero bueno— que por muy lúcido que sea un análisis, está prisionero de lo que pudo tener a su alcance, las traducciones de la época, los autores de referencia y, por otro lado, que los grandes autores se concentran en parcelas de otros escritos para lanzar ideas, sin necesariamente haber recorrido una obra en su integridad. Esto, por supuesto, da como resultado que toda lectura sea parcial e incompleta, o incluso equivocada, pero no le quita que finalmente así es como se avanza y se trabaja en ciencias sociales. Nada más equivocado que exigir a un académico que conozca toda la obra de un autor para poder emitir una opinión, siempre avan-

zamos con lecturas parciales; por lo mismo, no es menos cierto que hay que poner sobre la mesa las condiciones concretas de la producción de una idea para entender sus límites y valorar su pertinencia.

RELOJ

Hoy me compré un nuevo reloj. He tenido varios en mi vida, aunque no muchos. Quizás el primero haya sido el que me regaló mi tío Pancho y —de ahí hasta el frente— todos tienen una historia. He procurado que cada uno venga de la mano de un auto-premio, de una celebración. Si no estoy mal, el primero fue en Lovaina cuando acabé la maestría. Luego, cuando tuve la definitividad en la UNAM, adquirí uno de bolsillo, elegante y fino para presumirlo encima de la mesa cuando doy conferencias. El último lo adquirí también en Lovaina y fue un premio porque me otorgaron el nivel III en el Sistema Nacional de Investigadores (creo). Ese tuvo una triste suerte: me lo robaron en el asalto en el que casi me roban la vida. Decidí que poco a poco iría recuperando las cosas más queridas o prácticas perdidas en aquel robo, empecé por el celular y ahora tocó al reloj. Es una bella pieza que, además, es mi trofeo por haber obtenido la Chaire Jacques Leclercq y por la renovación del SNI III. Estoy contento, es una manera de ir recuperando el equilibrio, es parte de un proceso de volver al orden, a la paz, a la estabilidad perdida. Una manera de ir recuperándome.

LOS ENCUENTROS ACADÉMICOS

Esta semana, mi vida académica-social ha sido intensa y de mucho aprendizaje: miércoles Joshua Lund (el profesor invitado

del IHEAL), ayer Yannik Fer (investigador de CNRS, que me está invitando al proyecto sobre religión y migrantes), hoy Jablonka (historiador), mañana Claudio Benzecry (profesor argentino en Estados Unidos). Aquí es mayor mi posibilidad de intercambio y aprendizaje contactándome con académicos interesantes. En Nueva York era difícil tomarme un café con alguien —salvando honrosas excepciones—; en París es como estar en casa, fluye todo, me siento más cercano a México o a Bolivia. Las cosas van, cada día aprendo algo nuevo de mucha gente. Un privilegio.

21 DE NOVIEMBRE DEL 2018

DESDE LA RÉGULIÈRE

ESTOY EN EL CAFÉ LA RÉGULIÈRE. El ambiente inspira. En los años en los que tenía una vida espiritual más intensa y rezaba diario, me esforzaba por que el entorno fuera el adecuado; los sentidos tenían que entrar en sincronía con la mente para conducirme hacia niveles profundos de reflexión espiritual. Con la escritura me sucede lo mismo: necesito cierta atmósfera. Me pasa como con la comida: no soporto estar apurado. Entiendo que hay quienes pueden escribir en el taxi; yo necesito un café, una mesa de madera, música, vista. En lo que va de mi estancia en París, los dos lugares que más he disfrutado para mi encuentro con las letras han sido los cafés de Montmartre y la Biblioteca Nacional de Francia —acaso el lugar más hermoso donde haya trabajado en mi casi medio siglo de vida—. He dicho que escribir para mí es un regalo, es mi regalo de cumpleaños, es lo que hago los días que más quiero mimarme. Cuando tengo miedo, cuando estoy alegre, triste, nostálgico o confundido, es la escritura la que me ayuda. En alguna conferencia, Roger Bartra decía que, aunque había leído a Freud y mucho psicoanálisis, nunca fue a terapia porque escribiendo dejaba salir sus fantasmas. Me pasa algo similar. Las palabras son mi bálsamo, mis musas, mis exorcistas, mis amantes y mis amores.

NOVENTA AÑOS DE HOWARD BECKER

El sábado me tomé un café con Claudio Benzecry. Lo conocí primero por sus textos, luego tuve el gusto de escucharlo en alguna conferencia en la UNAM, y compartir un par de cafés —el último en París—. Me contó que vino a festejar los noventa años de Becker, con quien sostiene una amistad de larga data.

Leí a Becker en los noventa, cuando había sido traducido al francés y muy poco al castellano. Fue una revelación su sencillez y agudeza analítica en su manera de abordar problemas complejos, desde la vida diaria, y su sensibilidad a las artes, particularmente a la fotografía. En suma: su interés por las “sobras” que la gran Sociología —con mayúscula— deja a un lado. Alguna vez dije que Becker es un autor que cuando uno lee se convence de que la sociología sirve para algo.

Conozco poco de la biografía de este autor, sé lo que puso en sus múltiples libros, no más que eso. Entiendo que hace unas décadas se trasladó a París y que ahora pasa cuatro meses aquí y ocho meses en San Francisco. Sé que está casado con una mujer —que creo que es fotógrafa, que tiene casi veinte años menos que él y que hicieron algunos trabajos juntos.

Es interesante la incursión de Becker en Francia; siendo un autor americano, tuvo que ser traducido y crear una pequeña plataforma sin una base universitaria, que es fundamental para crear una escuela en la academia francesa —conocida por las capillas y los mandarines—. Además, su voz fue muy fresca frente a la contundencia de la teoría y la epistemología de Bourdieu, autor enorme y dominante de fin de siglo, que dejaba poco espacio para los demás.

Vuelvo a Claudio que me dijo que, por su aniversario, Becker estaba preparando un evento de homenaje, pero al ver que el tono académico iba imprimiendo su estilo al encuentro y que

era él quien debía decidir quién daba las conferencias principales, los temas, las mesas, etcétera, decidió abortar el plan y más bien disfrutar con los amigos. Entiendo bien, a los noventa años imagino que uno busca más el ambiente afectivo e intelectual que solo los aplausos formales. Recuerdo que, hace algunos años, un profesor que conocí en la Grand Place de Lovaina —no sé ni su nombre— me dijo que con el tiempo uno busca más amigos que colegas.

Pero quizás lo que más me llamó la atención fue que, cuando Claudio —tal vez su mejor discípulo— le contó de su último libro sobre teoría social, Becker se mostró reticente: tanta teoría, ¿para qué? Me da la impresión de que cada vez estoy más cerca de Becker. Ojalá haya ocasión de conocerlo.

VIDA COTIDIANA ELECTORAL

Me enviaron de las escuelas de mis hijas, el mismo día, mensajes pidiendo que votara por un representante de los padres de familia. Las dos escuelas están en barrios distintos y ellas van a diferentes grados, y, sin embargo, funcionaron igual. En una de ellas solo había una fórmula, y en la otra, dos. La primera la tuve más fácil, la segunda tuve que estudiar un poco las ofertas.

Ayer mi correo estuvo nuevamente lleno: dos sobres misteriosos. En cuanto los abrí, me encontré con propaganda de candidatos a dirigir la Université Sorbonne Nouvelle, donde soy profesor. Son muchos papeles, reflexiones, documentos. Como estoy poco enterado de los asuntos internos de la universidad, la simple lectura de la información a mi alcance no me permite tener una opción, no sé por quién votaré.

En las elecciones municipales o nacionales regularmente tengo ese problema, decido con base en la posición ideológica:

siempre voto por la izquierda (aunque en ocasiones es difícil saber cuál es la izquierda verdadera o creer en una izquierda que actúa como la derecha; en fin, es otro tema). El caso es que el sentido electoral de la política, con los protocolos propios de las elecciones, atraviesa tanto el ámbito nacional como las instituciones de barrio. Según entiendo, aquí no es como en Suiza, donde se vota varias veces al mes por decisiones muy cotidianas, pero es interesante que el hábito de elegir y participar esté tan arraigado. Habrá que ver cuáles son las consecuencias en términos de real ejercicio de poder.

FERIA DEL QUESO

Asistí a la feria del queso, organizada por la alcaldía de París en la plaza que está en su atrio. Con apoyo de la Comunidad Europea, se ofrecían productos franceses que tuvieran el sello de Apelación de Origen Protegido (AOP), que es un sello oficial que certifica la calidad del producto con parámetros establecidos y estrictamente controlados por las autoridades a nivel nacional y europeo. Especialmente la AOP busca que el producto esté vinculado a la zona geográfica específica especializada, que conserve la cultura y los gustos tradicionales, que respete el medio ambiente y a los animales, y que dinamice la economía de las regiones de donde proviene.

La organización fue impecable. Cada uno de los once stands con el mapa de su región en el país y charolitas con pequeños pedazos de queso y mondadientes para tomarlos. A la entrada te regalaban una hoja con el nombre de los quesos y una pluma para marcar lo que ibas a llevar y, al final, una caja para proceder con el pago y recoger el producto. Había cincuenta tipos de quesos, a ver cuál más sabroso, original y con personalidad.

Tuve que controlar mi billetera, porque en ese paraíso era fácil caer en todas las tentaciones. Fui sensato. Francia tiene bien ganada su tradición en el mundo del queso (además, es de las pocas cosas relativamente baratas que se puede encontrar en el mercado).

FIESTA DE VECINOS

No sé si es casualidad o algo poco común, pero nos ha tocado un edificio muy dinámico y amistoso. En tres meses nos han invitado tres familias a sus casas, y nosotros a una. El domingo se organizó un *apéro des voisins* en el primer piso del inmueble, en el cual todos tenían que llevar algo para compartir (por cierto, ¿cómo decidir el día?, se hizo una pequeña votación, obvio). El encuentro no duró más de dos horas. Un cuarto chico, una mesa con “piqueos”, quesos y vino. Cada uno se servía y platicaba cuestiones rápidas con los demás.

Pude intercambiar un poco con algunas personas. La diversidad de nacionalidades marcaba los intercambios: un austriaco, una mujer de origen japonés, una africana, un americano, nosotros mexicano-bolivianos y los demás franceses. Lingüísticamente nos movíamos entre el francés y el inglés. Primaba cierta homogeneidad de clase media —a veces alta—, solo una africana que era esposa del americano y solo nosotros latinos. Ni un árabe. Lo interesante es que, saliendo del edificio, a unos metros uno se encuentra con expresiones africanas y árabes muy fuertes, pero que no estaban representadas dentro.

En ningún otro lugar que haya vivido —pienso en Nueva York o en mis múltiples mudanzas en departamentos en México— tuvimos algo así. En México la configuración del vecindario era compleja por la violencia de la calle, y la distancia social entre la vecindad y la clase media de mi edificio, el canal de

comunicación fue más bien el WhatsApp. Las reuniones siempre fueron administrativas, no lúdicas, temerosas del otro, con justa razón.

CAFÉ-PIPI

Los baños son un tema en cualquier ciudad. Siempre he pensado cómo en México nadie le ha puesto atención a la necesidad de los baños públicos, y ni hablar en La Paz. Alguna vez un programa en la radio decía dónde uno puede ir al baño en el centro de la Ciudad de México y eran puros restaurantes en los cuales había que pagar un consumo mínimo. Un amigo me contó —vaya a saber si era cierto— que en California los bancos estaban obligados a tener baño abierto al público.

En París hay unas cabinas que parecen traídas del futuro porque quiebran con el paisaje urbano y son baños públicos. La verdad es que hasta ahora no las utilicé, dicen que son muy prácticas, limpias y gratuitas, escribiré cuando viva la experiencia.

Lo más entretenido que me encontré sobre el tema es un café muy cerca del Sagrado Corazón —una calle especialmente turística— que se llama *Coffee&Me: Coffee, peepee & me*. Sí, tal cual. Se ofrecen desayunos, bebidas frías o calientes, té, cafés —hasta “selección de productos Bio y de calidad”—, pero lo más importante es el baño: “Higiene absoluta, espacio para el bebé”. En realidad, es un baño con su cafetería a la entrada.

LIBRO DE MI PAPÁ

En una conversación con Iván Jablonka le comentaba que tengo una deuda conmigo mismo, con mi historia, que es el libro que debo escribir sobre mi Lucho, mi papá. Al leer sus libros y los

de otros, me recorre siempre la pregunta sobre por qué no me siento a hacerlo. No es fácil la respuesta, se atraviesan las emociones que tendría que administrar, los materiales que quisiera tener o mi falta de experiencia para lanzarme a un texto de esa naturaleza. Le decía a Iván que, si bien puedo decir que considero que escribo bien, mis textos han estado en tres registros: los académicos, con el formato propio, los artículos cortos, los de periódico, y los ensayos de distinta naturaleza. Pero nunca he redactado una novela, no sé cómo plantear una trama, cómo empezar, cómo terminar, cómo mantener el ritmo, la intriga —y menos con una historia en la que estoy tan implicado como con la historia de mi padre, su vida y su muerte—. Él me dio un consejo muy práctico, me dijo que piense qué les voy a contar a mis hijas sobre mi padre y que divida cada capítulo en una parte de esa historia. Ya lo hice, tengo el índice; habrá que ver cuánto tiempo me lleva seguir adelante.

23 DE NOVIEMBRE DEL 2018

CONFERENCIA SOBRE LA VIOLENCIA

FUI A UNA CONFERENCIA sobre las salidas a la violencia, organizada por uno de los académicos más prestigiados en París. No iba a ser en un recinto universitario, sino en una fundación, en el barrio latino. El anuncio decía algo que apenas pude comprender: “Las reglas de funcionamiento serán las de la casa receptora”. Cuando llegué, un grupo de estudiantes estaba protestando en la acera y me dieron una hoja. Toqué la puerta de metal, salió un amable señor que me dijo: “¿tiene invitación?”, le dije que no, que había recibido la información por email. Sin perder la amabilidad me dijo que entonces no podía entrar y me cerró el portón de fierro. Luego me puse a platicar con los estudiantes, me contaron que el conferencista era un exfuncionario que tuvo responsabilidades en un genocidio internacional, y que estaban indignados porque esa era una muestra de la relación entre la academia y el poder, en vez de promover una posición crítica. Todo el escenario me pareció interesante. Fui a una conferencia profesoral y encontré una indignación estudiantil. Aprendí mucho.

27 DE NOVIEMBRE DEL 2018

CARTA A ANTOINE

REPRODUZCO LA CARTA QUE LE ENVIÉ en agosto del 2018 a Sébastien Antoine, joven sociólogo belga, luego de que me mandó su tesis doctoral en sociología y una entrevista que le hizo a Michael Burawoy. Es una pequeña muestra del clima intelectual:

Hola Sébastien.

Disculpa que recién te responda ahora. Te escribo desde París y, como imaginarás, mi salida de la Ciudad de México fue ajetreada, atarantada, intensa; ya habrá ocasión para platicarla. Pero, sobre todo, quería darme tiempo para leer lo que me mandaste.

He disfrutado mucho de la larga introducción a tu tesis; desnudar al investigador en su proceso creo que es clave, yo no me atreví a hacerlo por múltiples razones, y ahora recién estoy pensando de manera más reposada cómo uno mismo se va transformando en el camino, las rutas que te forman y te transforman, te influyen, lo que miras y lo que dejas de mirar. Todo lo que se supone no entra en la tesis, pero que en realidad la esculpen sin decirlo. Creo que ahí hay toda una propuesta epistemológica que me interesa mucho, estoy leyendo algunos autores en esa línea y experimentando algunas escrituras con ese tono.

También he recorrido en detalle la entrevista a Michael Burawoy, no lo conocía y lamento no haber llegado a él antes. Me quedé curioso del método suyo que tú retomas, del “caso extendido”, ojalá un día me puedas contar más de qué se trata y cómo funciona. Me encanta conocer las trayectorias de los sociólogos, hice un libro

de entrevistas (se llamó *Tertulia sociológica* y están Hiernaux, Bajoit, Martuccelli, Lahire y otros), creo que ahí hay mucho por descubrir.

Su discusión sobre el Grounded Theory me atrajo menos que su incorporación de la etnografía a la perspectiva marxista, ahí hay un quiebre, me parece, que abre pistas. Me encantó la tensión que pone sobre la sociología local y la global; yo que vengo de un país marginal y que me muevo normalmente en el extremo de la sociología, veo cómo los etnocentrismos sociológicos actúan disimuladamente, fluyen discretamente y se plasman en reflexiones, publicaciones, revistas, universidades. Me pregunto si es posible una sociología global, o si más bien esa idea necesariamente va a estar sometida a una jerarquía donde los centros de poder científico siempre salgan con mayor legitimidad. Es un gran tema, enorme, pero de una pertinencia fundamental. También ya habrá tiempo para discutir.

En fin, aquí estamos. Ya estoy en París, así que podemos vernos más a menudo y, si me visitas, encantado de platicar. Iré a LLN a la Chaire Leclercq en noviembre, así que seguro nos vemos.

¡Un abrazo grande!

30 DE NOVIEMBRE DEL 2018

HACE ALGUNOS DÍAS QUE NO ESCRIBO. He estado muy ocupado en las clases que pronto terminan, en los afanes de México con la venta del departamento que todavía no se concluye, en lo administrativo con lo que viene para alargar la estancia, en las ociosas chinchas encontradas en casa y, sobre todo —y grato—, en la investigación sobre católicos mexicanos en París. Muchas cosas han quedado en el tintero que no quiero dejar pasar, así sea con referencias rápidas.

CRUZAR EL MEDITERRÁNEO

La compañera de estudios de francés de Cathia comentó en clase algo que a todos asombró: vive hace dos años en París, no conoce la Torre Eiffel ni el Sena, o más bien seguro que los ha visto, pero no sabe a qué se referían cuando hablan de ellos. Su historia es dramática, cuando empezaron a discutir de las fronteras de Francia y vieron el mapa, sabía muy bien dónde estaba el Mar Mediterráneo, pues ella, africana de origen, lo cruzó en un bote inflable que se dio la vuelta. Llegó a París sin tener claro cómo y sin una agenda definida, sin sueño de éxito, huyendo en una escalada de movimientos entre el espanto y el azar. Habla francés por ser su lengua natal, pero es analfabeta. Tiene tres hijos, dos se quedaron allá, el último acaba de nacer. Vidas intensas antes de cumplir las tres décadas.

RAPSODIA BOHEMIA

Cada película, cada canción, cada novela evocan un momento. Cuando veo *Evita*, no puedo evitar los recuerdos de la primera vez que la vi, en Bruselas, hace dos décadas. En Nueva York fue *Gravedad* de Alfonso Cuarón y *Frozen: el reino del hielo*. La canción de esta última todavía me da cierta nostalgia, repaso los momentos en el cine con mi esposa e hijas, nuestra subida al metro desde Union Square rumbo a la 125 St. en Harlem. *Gravedad* me provocó una sensación extraordinaria, rara, un miedo a la ausencia del peso.

En París las dos películas que, por lo pronto, marcan el paso son *Animales extraordinarios* (de la misma autora de Harry Potter: J.K. Rowling) y *Rapsodia Bohemia*. Rowling es entretenida, aunque un poco sobrecargada, un filme fácil de olvidar. Lo más simpático es que sucede en París y al ver los departamentos y las calles, sentí que era un espacio muy familiar. El final de la trama se resuelve en el cementerio Père Lachaise, donde fui hace poco, pero nada más. Con *Rapsodia* es otra cosa; es una película fabulosa, te involucra en la conversión y travesía de Freddy Mercury, el vocalista de Queen: vives con él, cantas con él, sufres con él. Sientes lo que él siente, por eso hace llorar, reír, emocionar. La fotografía, la música y la actuación son una triada armónica y envolvente. No es un documental de una gran banda musical, es una invitación a sumergirse en las tensiones y pasiones de un personaje complejo, en un drama del cual sabes el fin antes de haber comprado los boletos. Salí cantando todo Queen y varias semanas después reproduje hasta el cansancio sus canciones que me acompañaron en distintos momentos de la vida. Esa conexión será difícil de olvidar, será un sello de esta temporada parisina.

MENDIGOS

Desde mi llegada me ha llamado la atención la mendicidad. Creo ya haberlo dicho, aquí es diferente que en México. Allá, la espectacularidad es un sello, el dramatismo, llamar la atención mostrando y demostrando ser miserable como estrategia de convencimiento y autopromoción. Aquí, más bien siento cierta cautela, un relato a menudo formal —incluso— argumentado sin perder el decoro. En la calle me interpeló un hombre que me miró y me dijo: “señor, tengo hambre, deme algo por favor”; en el metro, otro se aventó un relato político explicando lo difícil que es la vida, el no encontrar un trabajo, lo vergonzoso de tener que pedir en la calle y pasar frío en las noches, pero inevitable si se quiere sobrevivir.

He comentado del mendigo de la calle cercana a mi casa, que tiene instalado su “estudio” al lado de un cajero automático, por donde pasamos diariamente con mi hija rumbo a su escuela. Cuando llegaron los días más fríos de invierno —antes de la parte más dura— él se retiró y dejó todo envuelto en un gran plástico. Pero cuando pasamos a la mañana siguiente, vimos que alguien, seguramente otro mendigo, “se metió” a robarle, entró por la parte más pegada a la pared, debajo de su cama y desordenó todo, imagino que buscando algo de valor. Luego, volvieron a aparecer las cosas atadas con otro plástico verde más resistente, un cuadro a punto de caerse, pero todo protegido del tiempo y de la gente. Hoy en la mañana, simplemente se habían llevado todo, fue la primera vez que vi la pared limpia. No sé qué pasó, si las autoridades decidieron recoger o si se buscó otra solución. No entiendo. Habrá que ver qué sigue.

Por último, anoche vi un mendigo que se acercó a una chava —parecía oficinista o estudiante, de clase media, joven, guapa— y estaba en el andén esperando el tren. Se sentó a su lado y

empezó a platicar, fuerte y torpe. Ella le respondió sin problema. Subieron juntos al vagón, fueron cuatro estaciones mientras seguían un intercambio vistoso y en voz alta por parte del mendigo. La formalidad francesa se veía desmarcada con ese diálogo que claramente era desigual, pero amable. Al final, él se bajó primero. Es curioso porque en México eso no hubiera pasado; ella hubiera escapado frente al peligro inminente y él no estaría en una intención solo de platicar con alguien. Cosas extrañas de la ciudad.

8 DE DICIEMBRE DEL 2018

SIGO CON LOS MENDIGOS

TODAVÍA ESTOY EN ESAS OBSERVACIONES de la calle, en el comportamiento de la mendicidad. Sigo comparando, especialmente con Bolivia (esfuerzo por dar lástima, mostrar cuán miserable soy), con Nueva York (el *incontacto* o la locura, el puente desde otro mundo) y con la Ciudad de México (la valentía, la espectacularidad). Aquí el mendigo acude al argumento, es un ciudadano degradado —aunque hay muchas variantes—, pero no es el miserable, ni el que debe provocar lástima y menos quien debe demostrar algo con un actuar extraordinario. Casi siento que su demanda, a menudo, es una exigencia de justicia, como si dijera “me tienes que dar porque es injusto que yo esté así”. En ocasiones, me ha tocado escuchar discursos más que solicitar caridad.

Se me hace que es esa plataforma la que hace que la relación con el público sea de otra naturaleza. Ayer me quedé mirando a uno en el metro mientras elaboraba su argumentación, me miró fijamente y yo fui quien tuve que desviar la mirada para evitar alguna confrontación (incluso creo que se dirigió a mí en algunas de sus palabras que ya no pude decodificar). A diferencia con Nueva York, donde el “espacio personal” es tremendamente respetado —y más por los mendigos—, o en México, donde si alguien se te acerca mucho es porque quiere asaltarte —o acosarte si eres mujer—, aquí la posibilidad de que un mendigo esté muy cerca de ti es real.

Me tocó que en la Gare du Nord, mientras buscaba una tienda, me di la vuelta y tenía a unos centímetros de mi rostro a una

mujer —bastante bien vestida— que empezó a hablarme pidiéndome dinero. Lo propio en Saint Germain: mientras caminaba, una gitana tomó mi mano y quiso leérmela. En ambos casos me asusté muchísimo y todo me recordó la manera cómo fui asaltado en México, cuando al levantar mi vista solo encontré el rostro cubierto de un hombre armado que me insultaba y me apuntaba con un revólver. Lo demás es historia que ya conté en otros textos.

El caso es que la mendicidad es una entrada a conocer esta sociedad. Tal vez algún día haga un ensayo sobre el tema.

9 DE DICIEMBRE DEL 2018

VISITA A SAINT-DENIS

MUCHAS COSAS DE LAS QUE ME ESTÁN PASANDO en este viaje tienen que ver con mi anterior paso por aquí, por una resignificación de lo que hice y viví, de las personas y lugares que visité, los libros que leí, las ideas que discutí, las pasiones que descubrí. Así, ahora tocó el turno de volver a la Universidad Saint-Denis Paris 8. La primera vez fue en 1995, en aquel primer viaje iniciático cuando estuve en Francia, Italia, Bélgica y España. En mis días parisinos, aprovechados más en cuestiones intelectuales que turísticas —suena cliché, hasta esnob, pero es cierto—, visité la Universidad de Saint Denis por razones político-académicas. Michael Löwy me había dicho que era una de las academias más progresistas de la ciudad y que él tenía posibilidad de dirigir mi tesis ahí sin ningún inconveniente ni trámite administrativo engorroso, lo que entraba perfecto en mis búsquedas. Recuerdo que fui con muchísimo interés y aunque no pude ver a nadie, paseé por algunos edificios y respiré el aire emancipador.

A más de dos décadas, volví a Saint-Denis, invitado por Françoise a dar una charla sobre fotografía e investigación social. Saliendo del metro, me encontré con un afiche colado con engrudo en una gruesa columna que anunciaba la manifestación contra el alza del costo de inscripción en la universidad francesa. La convocatoria era para el jueves a las 14:30 horas, y era el comienzo: adentro abundaban las mantas que recuerdan la marcha, carteles informales o con spray negro y rojo aprovechando cualquier pared o soporte. Había también trazos de otros

momentos y movimientos. Uno del boicot del 2017 que dice “nuestra voz no entra en sus urnas”.

La conferencia fluyó sin inconveniente, una veintena de estudiantes de distintos orígenes, africanos, latinos o franceses. Hablé en castellano del archivo fotográfico Julio Cordero, de la relación entre fotografía y sociología, y las maneras cómo se puede utilizar la imagen en la investigación social.

Luego Françoise me paseó por varios lugares, especialmente por la biblioteca. Me recordó la historia de Saint-Denis, universidad que nació luego del movimiento de 1968 en Vincennes como un Centro Experimental, en las afueras de París y con eminencias como Gilles Deleuze, Michel Foucault, Robert Castel, Jean-François Lyotard, que vieron en ese lugar la oportunidad de una reflexión autónoma y crítica. Al ver que ahí se gestaba un polo crítico, en el verano estratégico de 1980, las autoridades demolieron toda construcción y enviaron a la frágil universidad a las afueras de la ciudad, a pasar clases en carpas. El colectivo no se echó para atrás y siguieron trabajando a pesar de las barreras y dificultades. Los tiempos cambiaron y luego lograron mayor reconocimiento y recursos, y con los años ahora son una de las referencias universitarias de París. Su opción y población siguen siendo los estudiantes de origen popular y migrantes. Su compromiso político es tan dinámico como antaño.

La biblioteca merece mención aparte, pues fue construida por Pierre Riboulet, importante arquitecto que la diseñó no como un espacio alejado de resguardo documental, sino que más bien está en un tránsito entre dos lugares concurridos del campus. Todos tienen que pasar por el interior a través de un pasillo que, por su diseño, permite privacidad, concentración, silencio y circulación. Aparte de la enorme riqueza del acervo bibliográfico —me detuve en un libro que tengo que leer: *The sociological eye*, de Everett C. Hugues— hay un especial interés en películas, pues el cine fue

parte de la reflexión y la innovación propia de la universidad. Una de las salas estaba equipada para que se puedan ver películas entre dos, con cómodos sillones, grandes pantallas y audífonos para no incomodar a nadie con el sonido.

En fin, volver a Saint-Denis fue especialmente estimulante. Es uno de los lugares con mística, compromiso e imaginación.

ADOQUINES DEL 68

En la librería de la oficina de turismo de la alcaldía de París se venden adoquines a 9.50 euros, pero no son de cualquier tipo, se trata de aquellos que fueron extraídos en las movilizaciones de 1968 y con los que se construyeron barricadas o que volaron por los cielos en las acaloradas jornadas. No hay que olvidar que este objeto estuvo presente en los distintos episodios de protestas y revueltas en la historia francesa. Se dice que luego del 68 se cubrieron las calles con asfalto y que, ahora cuando se hacen nuevas obras callejeras, se los remueve y vende a otras ciudades, pero la nostalgia sesentera y el sentido comercial han hecho de la histórica piedra rectangular una eficaz pieza en el mercado. Este año que se cumple medio siglo del 68, la alcaldía no se quedó atrás. El *Pavé Parisien* se promueve resaltando la importancia de las fechas 1968-2018 y con la frase que fue muy utilizada en aquel momento “Sous les paves, la plage”, —emblema que jugaba con las imágenes sugiriendo en muchos sentidos que bajo el pavimento había playa, otros mundos y opciones en la relación con la ciudad, la urbanización y el progreso—. Los simpáticos adoquines están envueltos por un pequeño listón azul con bordes rojos que sostiene el coqueto, discreto y elegante cartelito café que solo dice *Ville de Paris*. El mercado no tiene límites (pero el peso en las maletas, sí).

LUNES 10 DE DICIEMBRE DEL 2018

SOBRE LOS GILETS JAUNES

VARIOS AMIGOS Y COLEGAS me han preguntado qué opino sobre el movimiento *gilets jaunes* y yo he hecho lo propio: he estado interrogando a quien puedo sobre su postura frente a lo que está sucediendo en Francia en las últimas semanas. Las posturas son diversas y, a menudo, contradictorias.

Hay que recordar que el movimiento empieza como una reacción al impuesto a los carburantes. Esta medida genera costos para el desplazamiento en vehículos particulares en lugares donde el transporte público es ineficiente. ¿Por qué “chalecos amarillos”? Una de las normas del uso de automóviles obliga a los conductores a portarlos en caso de tener algún incidente. Por eso son tan populares y, sin quererlo, se convirtieron en una bandera.

Si bien las manifestaciones iniciales fueron en contra del alza de la gasolina, no hay que olvidar que hace poco se exentó del pago de impuestos a las grandes fortunas, lo que fue leído con indignación. Luego se unieron decenas de grupos y demandas paralelas —desde jubilados hasta estudiantes— y ahora estamos lejos del punto de partida. Uno de los últimos pliegos petitorios contenía cuarenta puntos, cada vez más armados, articulados y tocando problemas fundamentales de la sociedad francesa que iban desde la economía hasta la política migratoria o educativa. Algunas demandas eran sensatas, otras tal vez exageradas, pero empezaban a mostrar una reflexión que acompaña al movimiento.

Se trata de un movimiento sin liderazgos claros (ni partidarios ni sindicales), que acumula hartazgos de distinto tipo, muy dinámico y activo, con un apoyo popular impresionante, que ha puesto en jaque a las autoridades, pero, en general, al sistema político francés. Por su parte, las reacciones oficiales han sido lentas, torpes y tardías, en un momento en que el presidente y su gobierno atraviesan por la más baja popularidad —Macron tardó un mes en ofrecer una respuesta mediática.

En la actualidad, los *gilets jaunes* se han convertido en un canal de expresión del descontento con una política escandalosa que ha beneficiado a los empresarios y que ha empezado a desmontar el Estado social, los beneficios en salud y en educación —acaban de aprobar el alza de las colegiaturas para estudiantes extranjeros, lo que sería el inicio de la privatización del sistema educativo para todos—. La demanda ahora es por mayor poder adquisitivo, es decir, por una economía incluyente. Hoy está sobre la mesa lo social, lo económico y lo político.

París, la hermosa ciudad que en los últimos años se ha empeñado en mostrarse amable para el turismo como todas las capitales europeas —lo que ha significado una gentrificación brutal—, hoy recuerda su lugar en la historia de las movilizaciones sociales. En el metro, encima de alguna publicidad pegada en la pared, alguien pintó con plumón negro “febrero 1848-diciembre 2018” recordando la insurrección popular que dio origen a la Segunda República. El fantasma de la Francia revolucionaria recorre el país. Habrá que ver hasta dónde llega.

SOBRE LA ESCRITURA, LA TRADUCCIÓN Y LA SOCIOLOGÍA.
A PROPÓSITO DEL LIBRO DE DENIS MERKLEN Y ÉTIENNE TASSIN⁵¹

He recibido el grato regalo del libro en cuestión. El tema me interesa, pero sé poco o nada, así que todo es novedad. Sin embargo, lo que más me ha llamado la atención es lo que podría llamarse un “efecto colateral” de la investigación. Los académicos querían comprender las tensiones, los conflictos, las contradicciones, la politicidad de los actores y sus lógicas de acción en Francia y Argentina. El trabajo involucraba a dos países, dos colectivos de investigadores y dos lenguas. El desafío de “empatar” analíticamente dos realidades distintas dio como resultado una reflexión paralela, que se convirtió en la cuarta parte de la investigación, bien nombrada como “Pequeño vocabulario transatlántico de los tumultos”, al que me voy a referir.

Los autores empiezan subrayando la relación entre lengua y ciencia social:

El investigador en ciencias sociales y en filosofía es también un autor, un escritor que utiliza una lengua para su trabajo, y lo hace en el seno de instituciones que evalúan su trabajo, en un marco del mundo editorial que le permite (o no) publicar. La elección de la lengua de escritura determina el campo donde realiza sus investigaciones, su tradición intelectual en el seno de la cual se comunica y los espacios políticos e intelectuales en los que participa. El lugar del investigador en el mundo le es otorgado, en parte, por la lengua de su escritura.⁵²

⁵¹ Denis Merklen y Étienne Tassin (2018) *La diagonale des conflits. Expériences de la démocratie en Argentine et en France*. Paris: Éditions de l'HEAL.

⁵² *Ibid.*, pp. 18-19.

Por ello, tomarse en serio el soporte de expresión lingüística —y el universo editorial y cultural que conlleva— está en el centro de toda empresa académica.

También advierten sobre la primacía del inglés como un patrón de la publicación en ciencias sociales; tendencia peligrosísima que tiene consecuencias dramáticas, como la “desconexión entre la producción intelectual y el mundo del cual se supone debe hablar”;⁵³ esa dinámica implica automáticamente que el investigador social quede excluido del espacio público local. Así, la reflexión científica deviene en un intercambio con pretensión de globalidad, pero “sin ninguna relación con la esfera democrática”.⁵⁴

Una segunda consecuencia de la “tendencia a la globalización de una lengua franca” es la ilusión de que la lengua local no tuviera un peso ni consecuencia en la investigación, como si diera lo mismo escribir en inglés o en cualquier lengua. Pero esa idea olvida que la política —más en el caso del estudio referido, pero también en la religión, el trabajo, la familia, etcétera—, no sucede de la misma manera en países distintos, por tanto, nombrarla, describirla y analizarla no será igual si se debe traducir a una “lengua universal”.

En ese sentido, los autores advierten las dificultades de la comparación. Si en lo cuantitativo resulta relativamente claro homogenizar un dato estadístico de un país a otro (basta tomar una encuesta nacional, internacional y comparar preguntas), la “homologación puede borrar las diferencias de vida” que implican el término comparado; así, subrayan los autores, “chômeur” no es lo mismo que “desempleado”, ni “conurbano” es sinónimo de “banlieue”, o sectores populares con clases populares, etcétera.

⁵³ *Ibid.*, p. 19.

⁵⁴ *Idem.*

Las clases sociales se distinguen las unas de las otras casi por todas sus prácticas sociales, incluidas sus maneras de hablar. Mientras más la palabra se acerca a la vida, es más rica, compleja, diversa [...]. Existe entonces una relación inversamente proporcional: más la sociología o la filosofía hablan de una lengua desconectada de la vida cotidiana, más deviene una comunicación entre extranjeros, franceses o argentinos, estadounidenses o alemanes. Refugiándose así en el espacio estrecho de su propia disciplina, los extranjeros devienen habitantes del mismo pequeño mundo. Pero se convierten en extranjeros en sus mundos, así como extranjeros para sus pueblos y las democracias a las cuales se supone quieren dirigirse.⁵⁵

La lengua es mucho más activa e importante de lo que afirman los promotores de la investigación global: “determina el campo de los problemas que pensamos, las categorías y conceptos que empuñamos como armas de un discurso”.⁵⁶ La lengua carga una tradición intelectual en la que se inscribe, pero, además, “la escritura oculta los debates y las disputas, los conflictos políticos en el seno de los cuales sociólogos y filósofos intervienen de manera más o menos evidente, explícita o discretamente”.⁵⁷

En suma, una reflexión muy pertinente, útil y necesaria en el contexto tan agresivo en el cual se hace ciencia hoy, donde el principio de la calidad científica se lo evalúa a partir del soporte lingüístico en el que se comunica, que debe ser el inglés. ¡*Oh là là!*, gran texto.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 21.

⁵⁶ *Idem.*

⁵⁷ *Idem.*

MARTES 18 DE DICIEMBRE DEL 2018

SOBRE LITERATURA Y VERDAD

ME ENCONTRÉ CON ESTA CITA en el periódico —en Facebook— que es sugerente. Se habla de la dicotomía entre verdad y arte, y el autor, José Ovejero, como literato, apuesta por la unión y no la separación de ambas. Pongo la cita que en otro momento recuperaré.

ACTO 5. De cómo el escritor se sirve de la confrontación con la realidad donde lo literario vive su mundo y obliga al lector a ver la realidad que lo rodea; y de cómo se hace presente el eco del Mito de la caverna de Platón...

“Está claro que en mi literatura hay una confrontación, no una provocación. Pero lo que hago es sobre todo plantear un conflicto al lector que tiene que situarse y decidir, ya no solo de qué lado está, sino cómo lo entiende, si está dispuesto a adentrarse en ese conflicto.

”Todos representamos no un papel sino numerosos papeles dependiendo de en qué situación nos encontramos. Todos llevamos nuestras máscaras que es un papel fundamental del teatro y esas máscaras son necesarias a veces para sobrevivir. Cuando me acerco con la literatura a la realidad, porque me importa muchísimo, tengo que tener en cuenta que me estoy acercando a una representación; y hay un doble juego porque la literatura tampoco puede mostrar la realidad. Creo, y vengo convenciéndome, de que el objetivo de la literatura no es la belleza sino la verdad. Lo que da una paradoja muy interesante porque el lenguaje no puede reflejar la verdad,

porque es ambiguo, por la polisemia, porque cada uno lo entiende a su manera, etcétera. Entonces intento llegar a la verdad, ¿qué puedo hacer entonces? Únicamente sugerirla. Únicamente decir al lector, de alguna manera: ‘Yo no te voy a mostrar la realidad, yo voy a hacer una representación como la que tú haces y voy a poner en contexto esas dos representaciones’. Toda literatura para mí es una forma de teatro.

”Somos sombras ahí fuera de la realidad, y también sombras en la literatura que acaba siendo un diálogo entre sombras. Eso me lleva a la primera vez que me pidieron que definiese mi trabajo y la literatura y dije: ‘La literatura es la voz de nuestra sombra’. Hoy iría un poquito más lejos y diría que ‘la literatura es un diálogo entre sombras’”.

ACTO 6. De la búsqueda de la belleza y la verdad, del impulso primigenio a la hora de escribir...

“La verdad para mí es un concepto más totalizador porque ¿si es solo la belleza que hacemos con el error? También puede haber cierta belleza con el error, pero cuando hablas de que el objetivo del arte es la belleza creo que estás lanzando a la gente por un camino equivocado. A lo mejor alguien no lo entiende así, pero hay una belleza detrás de cualquier verdad”.⁵⁸

⁵⁸ Wiston Manrique Sabogal (18 de diciembre del 2018). José Ovejero: “El objetivo de la literatura no es la belleza sino la verdad”, *WMagazín*, Recuperado de <<http://wmagazin.com/relatos/jose-ovejero-el-objetivo-de-la-literatura-no-es-la-belleza-sino-la-verdad/?fbclid=IwAR0tKvzUyRx3K80286-qyzwzYOr2u5om8-MYF0wuKtiqj3t6jXYiiRq5Yjw>>

VIERNES 21 DE DICIEMBRE DE 2018

ESTUDIAR CON TENSIÓN
(¿DÓNDE QUEDÓ EL PLACER POR APRENDER?)

PUBLICIDAD EN EL METRO: “Aprobé mi examen oral de francés. Vivamos la escolaridad con serenidad”. Es un anuncio de una institución que promueve el gusto por aprender. En el país del “racismo de la inteligencia” —como decía Bourdieu—, la tensión de los exámenes es tan fuerte que hay instancias especializadas en acompañar a estudiantes para que las pruebas no sean experiencias tan traumáticas.

En el mismo sentido, en una reunión de padres de familia de Anahí —que va en quinto grado (tiene doce años)—, nos dijeron que habían endurecido las normas y sanciones para quienes lleguen tarde; ahora no podrán entrar a la clase y tendrán que pasar dos horas en una sala especial sin amigos solo con libros y tareas. Este castigo era todo lo contrario al sentido pedagógico del placer por el aprender. Un padre de origen alemán protestó y argumentaba que, si llegó tarde un estudiante, seguro que se le atravesó algún imprevisto, no lo hizo por desidia, ni negligencia, y que encima de que la vida le había puesto un tropezón en el camino, llegando a la escuela era doblemente castigado y perdía la clase. La lógica punitiva en su máxima expresión en contra de la lógica del aprendizaje, la responsabilidad y el gusto por saber.

SERVILLETAS

Las servilletas son un problema. No te dan ni cuando te pides un café de tres euros. No es cuestión económica, sino más bien que no se la necesita (no sé cómo le hacen). Imagino que el pedazo de tela fue muy importante, un signo de distinción, por lo que solo se la otorga para una comida especial y formal, es muy fina y hay un protocolo de cómo se la usa. En México manejamos los dos códigos, las servilletas de tela, que son para momentos solemnes, y las de papel que son un poco más que pañuelos desechables. El caso es que yo requiero de una servilletita cada que me tomo un café. ¡Ya no las encuentro ni en el súper!

28 DE DICIEMBRE DEL 2018

TIEMPO QUE NO ESCRIBO, muchas cosas van pasando y no las voy registrando. Estoy en el punto en el que la vida cotidiana se va imponiendo y empieza a ser difícil tener un espacio para escribir regularmente; mis obligaciones familiares, profesionales y vacacionales ocupan el espacio del teclado. Mi pequeña libreta de notas de cosas que debería registrar empieza a llenarse más rápidamente de lo debido, por eso algunos episodios serán más puntuales. Es símbolo de que estoy transitando de la “condición del asombro” a la “naturalización del entorno”, y, por tanto, el momento cuando todo se convierte en “normal”, lo que va de la mano con el escaso tiempo para escribir esto que no necesariamente tiene un objetivo claro. En fin, así avanza este diario...

SOCIOLOGIE DES GILETS JAUNES

La primera vez que vine a Francia me impresionó el lugar de la sociología en la discusión intelectual. Los sociólogos son consultados regularmente para explicar fenómenos complejos y lo hacen con instrumentos propios de la disciplina, con datos frescos y confiables, con interpretaciones que responden a escuelas. Recuerdo alguna entrevista en Radio UNAM a Juan Villoro, autor que leo y disfruto regularmente. Le preguntaron algo como “¿qué está pasando en nuestra sociedad?”, así, general, ambigua, todo y nada, y Villoro, en vez de decir “quién sabe”, respondió hablando de lo que mejor sabía, que era la situación

chiapaneca y el zapatismo. Punto. Eso pasa a menudo, en México las grandes preguntas sobre el estado de la sociedad se las ponen a las autoridades intelectuales —que son los escritores y éstos responden como pueden y quieren—. Aquí, sucede exactamente lo contrario.

Digo lo anterior porque hace unas semanas la portada de *Le Monde* del 12 de diciembre del 2018 anunciaba que su contenido traía una “sociologie des gilets jaunes”. En efecto, en las páginas centrales, se mostraban los resultados de una encuesta rápida sobre el movimiento con datos muy útiles como el origen de los manifestantes, sus edades, sus profesiones u oficios, el porqué de su protesta (aumento del poder adquisitivo, reducción de los impuestos, etc.), sus preferencias en el repertorio de las acciones. Además, tenía apuntes analíticos sobre el uso de las redes, la naturaleza del movimiento, las repercusiones políticas. Lo interesante era que los análisis antes de ser especulativos se alimentaban de datos recientemente recolectados, lo que permitía interpretar de mejor manera y tener hipótesis más sólidas.

En fin, eso me recordó la importancia de transmitir los resultados de investigaciones en canales de comunicación más globales, y que ese sea el insumo para poder analizar con mayor información y, si se quiere llegar a la fantasía, que sea el resultado de la confrontación con la realidad y no de la capacidad de falsearla o evitarla. En suma, para algo sirve la sociología (además de muchas otras cosas más).

30 DE DICIEMBRE DEL 2018

FRASE CHOCOLATE

UNO DE LOS REGALOS NAVIDEÑOS fueron unos chocolates que en su interior traen frases célebres, de esas que reproducen lugares comunes. No soy muy afecto de ellas, claro, pero me quedo con esta frase que me pareció simpática que, en mi traducción libre, dice:

“El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en tener nuevos ojos” Marcel Proust.

9 DE ENERO DEL 2019

CADA VEZ ESTOY ESCRIBIENDO menos este diario. Curioso, en realidad, es un buen síntoma, señal de que estoy más integrado a la cotidianidad francesa —y, por tanto, mi mirada empieza a aplanarse—, y que tengo mi tiempo ocupado en lo laboral (corregir exámenes, evaluaciones y tanto más), pero hoy le robo un tiempito a la comida.

WILLY RONIS

Fui a la exposición de un fotógrafo que no conocía: Willy Ronis. Quisiera escribir un ensayo sobre él, pero me quedo en unas cuantas palabras. Es una mirada fabulosa, alguien que desde el barrio retrata la vida cotidiana. Me guardo varias frases: “Nunca he perseguido lo insólito, nunca lo he visto, lo extraordinario, lo que me ha interesado es lo típico de nuestra vida de todos los días”. Esa idea aplica mucho a mi manera de hacer fotografía y sociología a la vez. Como no soy periodista, constantemente llegué a los eventos tarde, tomé fotos luego de la marcha, mi mirada no estuvo prisionera del ritmo político; mis imágenes —por ejemplo las de las movilizaciones del 2003 en Bolivia cuando se lo expulsó al presidente Gonzalo Sánchez de Lozada— fueron al día siguiente de los hechos. Además, poco me han interesado las autoridades, los hombres del poder, los discursos legítimos; más bien he volteado la atención a lo común, a lo “ordinario”, al creyente de la calle. Toda mi sociología y mi fotografía van en el mismo sentido que Ronis, no es lo explosivo

lo que me atrae, aquello que tiene todos los reflectores, sino más bien mi foco se dirige hacia donde nadie mira, lo que parece insignificante, cotidiano, pero que, al final del día, nos hace más humanos. Bien dice alguien sobre el trabajo de Ronis: “El ser humano y su entorno social y cotidiano está en el corazón de su trabajo”.

En otro pasaje Ronis habla de la técnica, la habilidad y el azar: “jugamos siempre con el azar, que nos hace regalos extraordinarios”; confía más en el azar que en la programación, en el gusto por la búsqueda esperando que el destino recompense, con “un poco de habilidad”. Por último, dice Ronis: “Soy lo contrario de un especialista, soy un polígrafo”.

¡Me encanta, me identifico, lo firmo!

NEW YORK TIMES EN LIBÉRATION

Caminando hacia la puerta de un cine me regalaron un ejemplar de *Libération*. Hasta ahora debo confesar que he comprado pocos periódicos, son muy caros para consumirlos diariamente y exigen demasiado tiempo. He privilegiado el internet y la radio para mantenerme más o menos informado —nada nuevo, soy un producto de los tiempos—, pero, claro, este es un regalo y lo acepto con gusto.

Lo extraño fue que al interior —el periódico de la izquierda francesa, fundado y dirigido por Jean Paul Sartre— traía un bloque del *New York Times* completamente en inglés. Pensé mil cosas. La potencia imperial-intelectual americana penetra en todos los lugares. Creí que eso solo se vería en los periódicos latinoamericanos y que, en Francia, la izquierda cuidaba más las formas. Parece que no. Por supuesto que ese no es un intercambio

de pares, no recuerdo haber visto en ningún periódico neoyorquino un apartado en francés: es unidireccional.

En América Latina vivimos lo mismo, pero por varios frentes. Los periódicos reproducen íntegramente suplementos americanos y, en cualquier esquina de la Ciudad de México, se encuentra, por ejemplo, *El País* de España al mismo precio que una publicación local. Estamos penetrados por los puntos de vista contruidos desde afuera. Claro que no se trata de cerrar filas y aislarse evitando todo contacto exterior —todo lo contrario, hay que ser lo más universal posibles—, pero el consumo local tiene que estar en diálogo con lo que se produce afuera. Por otro lado, quisiera que alguna revistería callejera de Madrid vendiera *Proceso*. Parece un sueño.

RADIO GRUNDIG

Mi mamá me mandó un dinero por regalo de navidad. Ese tipo de obsequios me gusta utilizarlos en algo que marque, que se recuerde. Decidí comprarme una radio. ¿Por qué una radio tradicional en la era de lo digital? Durante mucho tiempo he usado la aplicación TuneIn con relativo éxito, pero la dependencia de la red ya me cansó. Cuando fue el terremoto en México en el 2017, en el barrio, el único con información era yo, puesto que mi celular tenía la función de radioreceptor tradicional para Frecuencia Modulada —así que, aunque no hubiera red, las noticias fluían.

Cuando llegué a París, confiado en que la señal de internet tenía que ser de las mejores del mundo, solo traje un pequeño parlante para conectar a mi celular por *bluetooth*. Iluso, albergaba la esperanza de escuchar todas las radios del mundo, pero me topé con la recurrente y pesada sorpresa de que la red se iba

a cada rato. Imposible. Decidí dar dos pasos atrás en la tecnología y volver a la radio de antaño.

Salí a buscar en el mercado. Me encontré con una preciosa *Grundig* alemana que me costó poco menos de 50 euros. Es una radio que es solo radio. Punto. No es teléfono, ni me dice la temperatura, ni pretende comunicarme con alguien de ultramar, solo capta las ondas FM y AM y las reproduce. Es opcional a batería o a corriente, graba las estaciones y te permite seleccionarlas solo apretando uno de los cinco botones, además tiene la función de “dormir”. Eso es todo. Cabe perfectamente en mi mano y la puedo llevar donde quiera. Dirán que soy anticuado, pero ahora escucho radio sin interrupción y soy feliz.

Entre otras cosas, la marca me trajo el recuerdo de los años de radio de finales de los 70 en Bolivia. Mis padres tenían una poderosa *Grundig* con la que, cuando todos los medios en el país estaban intervenidos por la dictadura, se podía escuchar en ella a las emisoras europeas o latinoamericanas que daban otro tipo de noticias. Recuerdo intensos episodios, toda la familia alrededor de la radio, en silencio tratando de captar una débil señal y sin hacer ruido para evitar sospechas en la calle. Mi nueva radio me removió los recuerdos y me permite volver a los mundos imaginados que construye ese maravilloso invento —sin perecer en el intento y rogando que la red no se vaya.

FILMAR A POLICÍAS

Con la movilización de los *gilets jaunes* en París han salido muchas cosas a la luz. Discusiones de antaño se han vuelto a poner al día. Podría escribir varias de las impresiones de mis amigos; por ejemplo, alguien me dijo que la policía de hoy no es la misma que la de los 70, que ya no representa la misma imagen de la

concentración del poder abusivo, sino que ellos mismos ahora son asalariados mal pagados y también desencantados con su oficio y con el sistema —incluso alguno de esos se suicidó hace unas semanas—. Argumento interesante, discutible, pero hace pensar en el cambio de la condición del policía en los últimos treinta años y del lugar de la concentración del poder de Estado.

Pero no me desví. Con motivo de las movilizaciones, salió en internet una publicación con el eslogan *Filme un flic, ¡sauve une vie!* (que en traducción boliviana sería “Filme un paco, salve una vida”). En el artículo daban argumentos jurídicos del por qué una filmación de ese tipo no era ilegal, es más, era una manera de protegerse, de denunciar, de evitar violencia excesiva y muertes.

Además, explicaban que ninguna autoridad puede decomisarte el aparato, ni obligarte a borrar tus archivos.

Vinieron dos imágenes a la mente. Por un lado, aquella vez que yo empecé a tomar fotos en la estación de tren en Lovaina la Nueva —allá por finales de los noventa— a un grupo de migrantes africanos que estaban siendo abusados por unos policías. Fue curioso porque previamente ellos estaban en una discusión terrible y los policías abusando de su poder, pero cuando yo empecé a tomar fotos, tanto migrantes como oficiales se voltearon hacia mí, olvidaron sus diferencias, y encontraron en el fotógrafo al tercero en cuestión que hacía de los dos una unidad: los migrantes me reclamaban por su imagen, recuerdo bien uno de los jóvenes que me decía “No soy la Torre Eiffel para que me tomes foto”; mientras que los policías me pidieron mis papeles, me obligaron a abrir mi cámara para que se vele el rollo —eran los tiempos de películas analógicas— e incluso me llamaron a Bolivia dos meses después preguntándome si había algo más qué decir con el caso abierto por la historia de las fotos.

Pero la otra experiencia es la que me acaba de pasar en mi edificio en México. Luego de que los borrachos estaban molestando a todo el barrio, llamamos a la policía, vinieron y fueron agredidos por los mismos borrachos —uno le pegó un machetazo en la cabeza, les rompieron los retrovisores del coche y tuvieron que huir corriendo—. Los policías tiraron tres balazos al aire para poder escapar, pero en verdad fueron ellos los agredidos (luego volvieron con toda una columna y se llevaron a una persona). Yo filmé, lo subí a una red social indignado, no con los policías sino con los matones. La historia es larga, pero luego empecé a ser agredido, insultado y amenazado por ellos sin tener a quién acudir. En mi caso, filmar, denunciar, fue una pésima decisión que dio como resultado que tuve que vender mi departamento a pérdida y no volver a pisar esa cuadra. Asuntos de las cámaras.

DOMINGO 20 DE ENERO DEL 2019

ALAIN TOURAINE

LAS ÚLTIMAS SEMANAS HE PARTICIPADO en dos eventos alrededor de Touraine. Es un sociólogo que he leído mucho, admirado en distintas facetas —en otras menos— y lo he conocido personalmente en Cochabamba, gracias a Fernando Calderón, cuando hubo un evento por los cincuenta años de la Revolución boliviana de 1952. Muchas cosas me han llamado la atención de su obra, particularmente he disfrutado la intervención sociológica, aquello de la seria intención de intervenir en la vida social con los instrumentos de la sociología. Sus aportes teóricos no me han estimulado tanto y a su teoría del sujeto no le he seguido la pista —además yo no me ocupo de los movimientos sociales—, pero verlo y escucharlo fue interesante, es el maestro de varios de mis amigos y colegas, como de Fernando Calderón, Geoffrey Pleyers, Guy Bajoit.

El caso es que en estas tres semanas se realizaron dos eventos alrededor suyo. El primero fue la presentación de su libro *Défense de la modernité*⁵⁹ que por supuesto compré sin saber si realmente lo vaya a leer, y me lo hice firmar —aunque no comprendo lo que me escribió por el frágil pulso del nonagenario sociólogo—. En la presentación, en la testera estuvieron mis amigos muy queridos, Fernando y Geoffrey, dos generaciones con miradas complementarias. Luego hubo una discusión con Manuel Castells.

⁵⁹ Alain Touraine (2018). *Défense de la modernité*. París: Seuil.

Por otro lado, el 13 de enero hubo un encuentro entre Touraine y Fernando Henrique Cardoso. Reproduzco algunas notas que merecen pasar a lo escrito —a Cardoso lo presentaron señalando que enseñó en Nanterre, que fue asistente de Roger Bastide y que, a pesar de su incursión en el Estado, nunca dejó de ser académico (además de otras cosas más).

Cardoso se movió entre su lado político y el sociológico. Cabalgando en dos caballos, a veces transitaba de una montura a la otra con finas mediaciones, sin mostrar bruscos movimientos. Normalmente no soporto a los sociólogos que juegan a la política ni a los políticos que juegan a la sociología, pero, en su caso, el desplazamiento era ágil, inteligente. Dijo que cuando exponía no leía su texto porque, como político, “hay que sentir a la gente, no leerle”, pero que ante el público parisino —y con su manejo del francés no tan fluido como su lengua materna— prefería acudir a lo escrito. Mostró su asombro frente al ascenso de Bolsonaro —un hombre sin ningún capital político de larga data que, en poco tiempo, logró quebrar el sistema político e instalarse en la presidencia—, es una muestra de la descomposición de los partidos y del quiebre del vínculo entre los partidos y la gente. La corrupción, recordada diariamente a través de los medios, dio como efecto un profundo desencanto con la política. La gente votó por un signo de orden contra la corrupción y contra la violencia, pero no es una victoria ideológica de la derecha brasileña, no ganó el fascismo, sino el desencanto. Bolsonaro es liberal en la economía y conservador en lo moral, dijo.

Para Cardoso hay un desfase entre el pensamiento del presidente y el pensamiento del pueblo, y él propone que se debe crear una narrativa de la alegría, no del odio, a través de una nueva fuerza; busca construir una nueva forma política más allá de las categorías del pasado.

Touraine comenzó halagando la sociología de Cardoso, particularmente en su libro clásico *Dependencia y desarrollo en América Latina* escrito con Enzo Faletto. Retomó la tesis central tourainiana, que es que la historia depende de la acción, que lo social no está determinado, sino que los actores construyen, se vuelven sujetos, influyen y pueden marcar la historicidad. Incluso habló del libro *La miseria del mundo* de Bourdieu y dijo —algo que me asombró— que él entendió bien el drama del mundo social donde el actor deviene miserable sin condiciones de volver a ser sujeto. Habló de los movimientos que marcarán el siglo y dijo una frase que para mí es fundamental: “El sueño de un sociólogo es comprender la relación entre economía y religión”. Dijo que en América Latina la tensión entre Estado-política y sociedad se da de manera particular, que la sociedad es contundente, dinámica, fuerte, que no se deja someter por el Estado. Aseguró que el peligro constante es que la sociedad se someta al Estado, y el Estado al partido —esa me pareció una idea clave, especialmente para pensar Bolivia, donde el MAS se ha convertido en el aparato de Estado por excelencia y somete a la sociedad en todas sus expresiones.

En fin, es mucho lo que quisiera escribir sobre estas discusiones, poco el tiempo que tengo...

MI LIBRETA ROJA

Luego de mi terrorífico asalto de marzo del 2017, cuando les compartí a mis estudiantes el episodio, una de mis alumnas me regaló una libreta roja Moleskine de formato medio. Yo uso regularmente la pequeña, esta es más pesada, aunque más práctica para algunos escritos. Me dijo: “queremos que siga escribiendo”.

En mi estancia parisina, he ido tomando nota de conferencias o seminarios en esa libreta. Se ha convertido en el lugar para vaciar ideas, retomar frases y momentos. Lamentablemente no he tenido el tiempo de retomar todas esas reflexiones en este diario, solo pedazos y fragmentos. Ahí, en parte, está el reflejo del clima intelectual que estoy viviendo en esta temporada. Me hubiera gustado tener más oportunidad de sentarme a vaciar los apuntes, pero la escritura es exigente, requiere de mucho más que buena voluntad.

En todo caso, me gusta la idea de mi libreta que, de alguna manera, viene a ocupar su lugar en la larga lista de ese tipo de documentos que he ido teniendo desde joven —al principio era un cuaderno de guardar frases, luego reflexiones, a veces recortes y cosas así—. Es una bitácora, un reducto del tránsito por esta ciudad y las ideas que están en el aire y que puedo, en algunos casos, respirar.

SÁBADO 26 DE ENERO DEL 2019

TENGO TANTO QUE ESCRIBIR. ¿Cómo hacer para no dejar que pase un día sin detenerse en las palabras? —se me van acumulando las experiencias, las impresiones—. Estoy en un tiempo —llamémoslo de algún modo— sabático y, sin embargo, los días se me van y a menudo no he abierto mi computadora. Por otro lado, estoy muy metido en mi investigación sobre migrantes en París, esta semana realicé una observación sistemática de Notre Dame y no he redactado nada, solo he tomado fotos y he levantado muchos registros. Pero hoy me doy un tiempito, aquí, en el Café Lomi, al norte, cerca de la escuela de Anahí, en el 18. Es una escuela de café, en el primer cuarto se ofrece la fabulosa bebida y pasteles, pero en las dos salas contiguas, todas mirando a la calle con ventanales de piso a techo, hay máquinas e instrumentos de escuela. Algún día haré un curso de cata de café, está en mi agenda pendiente.

MARC AUGÉ

En el IHEAL se organizó una conferencia comentando el último libro de Augé: *Qui donc est l'autre?* El libro circuló en el auditorio de estudiantes y algunos investigadores. Lo revisé y la decisión está tomada: voy por él. Augé es uno de los escritores que he leído con empeño, de esos que puedo comprar un libro solo por el nombre, sin importar su contenido. No le he seguido la pista en términos teóricos, conozco poco su aporte conceptual a la antropología y no podría decir nada al respecto, pero como

lector, disfruto de dos temas: por un lado, su imaginación y atrevimiento a volcar su instrumental antropológico a la vida cotidiana, acercándonos disciplina y vida social —he disfrutado mucho de sus paseos por Luxemburgo, su ida a Disney, sus escritos sobre los cafés parisinos y, por supuesto, su inigualable “Un etnólogo en el metro”—; por otro lado, su escritura es una invitación, es llevarte de la mano hacia un mundo de observaciones maravillosas —lo último que leí suyo fue *Casablanca*, un texto sobre su relación con el cine, escrito en noches de insomnio, y fue de los primeros documentos digitales que compré en mi Kobo y lo leí íntegramente en ese dispositivo.

Alguna vez alguien me comentó que en mi sociología se veía algo del estilo de Augé; eso fue uno de los mejores halagos que he recibido. Es cierto, Augé me ha inspirado mucho y no en pocos textos lo tengo como lector imaginario, o como maestro virtual que empuja, desafía, ayuda a atreverse a cruzar umbrales.

En la conferencia, Augé, que ya tiene ochenta y tres años, estaba físicamente disminuido, a diferencia de Touraine que, unas semanas atrás, a los noventa, mostraba una envidiable lucidez. Se lo escuchaba mal, tomé unas fotos a lo lejos, muy malas. Filmé un poco y grabé en mi grabadora profesional, pero ninguno de los materiales es de calidad —ojalá que el IHEAL haya registrado el encuentro—. En su participación, habló de su idea de los “no lugares” en oposición a los lugares, que son los espacios donde se encuentran materia, individuo, cultura y relación social.

Tomé la palabra y le compartí mi emoción de estar frente a uno de los maestros virtuales que me han acompañado en este caminar por las ideas. Le pedí que nos compartiera su secreto de brujo o viejo lobo de mar respecto de su relación con la escritura. Le pedí que nos diga cómo llegó ella, cómo la asume, en qué momentos, qué rituales cuando las letras se alinean entre el cerebro, el corazón y los dedos. Dijo poco, creo que no entendí

o no escuchó bien. Luego de cortas y poco comprensibles palabras dijo que no sabía qué decir. Impresionante que el hombre cuyo intelecto fluye sin ninguna dificultad al escribir, ahora, por el peso de los años con una salud frágil, no pueda compartir todo lo que tiene. Volveré a sus libros. El caso es que fue extraordinario ver a uno de los autores que, sin duda, me han marcado. Un regalo de la ciudad.

LEICA Q

Termino con un guiño. En la tarde fui al curso de Florence Weber, una interesantísima antropóloga a la que he leído bastante. Días atrás compré su libro *Guide de l'enquête de terrain*, que en el último capítulo habla de la etnografía sociológica —el sentido contrario de mi sociología etnográfica o, más bien, el punto de encuentro entre ambas—. Para mi grata sorpresa, Weber está haciendo un seminario, “Fotografiar las ciencias del hombre” en la EHESS. El seminario estuvo interesante, vi que hay paralelos sugerentes entre lo que hacen aquí y lo que hacemos nosotros allá, establecí el contacto, ojalá existan posibilidades de seguir adelante intercambiando, hay mucho qué cruzar. Pero lo que quiero comentar es que un fotógrafo presentó su trabajo y dijo que su cámara era una Leica Q. Inmediatamente fui a buscar de qué se trataba y me queda claro que es la cámara de mis sueños. Es de una finura impresionante y de una calidad inigualable. El precio más barato que encontré en internet: 4 200 euros. Algún día tendré esa cámara. Es mi nuevo fetiche.

JUEVES 7 DE ENERO DEL 2019

CONCIERTO DE ANAHÍ

FUIMOS AL CONCIERTO DE flauta dulce de Anahí en una escuela de música. En cuanto empezó, una sorpresa: los estudiantes eran niños y adultos —mayores—. Primero pasó una señora que yo pensé que era la maestra y no, era otra estudiante; luego, una niña y así fueron turnándose. Me dio mucho gusto ver cómo la condición de ser estudiante no es un tema de edad si no de conocimiento. Eso cambia la prenoción que tenemos sobre el tema, además de enriquecer la experiencia cruzando grupos etarios distintos.

SUEÑOS

Tuve una horrible pesadilla. Soñé con uno de los matones de la calle de mi ex departamento en la Ciudad de México. Estaba muy cerca, nos movíamos con miedo, nos sentíamos asediados, controlados, agredidos. Desperté asustado.

Y, al día siguiente, tuve un sueño lindísimo. Apareció mi abuelo materno José María, a quien no conocí, pero admiro y quiero tanto de una extraña manera. Me hablaba, era barbado —no sé por qué barbado, de hecho, no lo era—, generoso, cariñoso. Lindo. Lo que pueden hacer los sueños.

FRANCOIS DE SINGLY

Hoy comí con François de Singly, invitado por Christophe Giraud. Lo había leído un poco, siempre un autor sugerente, interesante, pero conocerlo fue extraordinario. Una persona alegre, entretenida, sencilla, muy observadora, con plática muy agradable. Hablamos un buen rato de cuestiones de religión, le conté de mis estudios, de mis observaciones en Notre Dame de París, quedamos que uno de estos días los llevo allá a él y a Christophe a un paseo sociológico. De esas personas fabulosas que agradezco conocer. Al final me invitó a su cubículo, me dejó trabajar ahí. Generoso. No solo conocí un gran sociólogo, sino que descubrí un noble ser humano: una suerte.

14 DE MARZO DEL 2019

OTRA VEZ ESCRIBIR

HACE YA MÁS DE DOS MESES que no me he sentado a alimentar este diario. Han pasado muchas cosas, pero no he tenido tiempo —aunque sé bien que eso no existe, que es el peor argumento, porque el tiempo uno lo destina a algo, lo ocupa, lo toma—. El caso es que, a pesar de tener mucho qué contar, no lo he hecho. En parte, hay dos reflexiones que acompañan esta ausencia. Por un lado, luego de imprimir todos los diarios míos que tengo a mano, sigo preguntándome para qué todo esto. A menudo me consuelo pensando que este es el tipo de documentos que a mí me gustaría leer, que yo hubiera querido que otros autores hayan escrito, aunque no es argumento suficiente. A ratos pienso también que sería más práctico esmerarme en organizar mi escritura en temas, ensayos, con principio y fin, en lugar de dedicarme a mi diario que tiene un incierto futuro. Sé bien que, al menos como ejercicio, pedagogía y desahogo psicoanalítico, este espacio tiene su importancia —al menos para mí—, pero no es menos cierto que tal vez organizando las cosas en una sola dirección, sería finalmente más productivo (la pregunta es: ¿eso quiero?, ¿volúmenes de mi vida que no sé a ciencia cierta si tienen alguna utilidad?). Por otro lado, me queda claro que mi capacidad de sorpresa frente al mundo que tengo en frente se va disolviendo; lo nuevo, lo extraño, empieza a naturalizarse y todo me parece obvio, poco interesante, no atractivo para venir a ocupar un espacio aquí. Por eso he dicho que mi diario va a terminar en agosto del 2019, un año luego de mi llegada a Francia.

En otro orden, también se me ha ocurrido que podría escribir en mi celular, con el pequeño teclado mientras voy en metro. Entradas cortas, concretas. Puede ser, no me niego automáticamente a la posibilidad de usar la tecnología en esa dirección —de hecho, he empezado a redactar observaciones de terreno en la catedral de Notre Dame de París en pleno templo, en mi celular—, pero tendré que evaluar. Hasta aquí he podido ritualizar mi escritura, buscar un café agradable, un momento especial; no hacerlo por cumplir ni a la rápida. Pero tal vez sea tiempo de dirigirse en otra dirección.

CONFERENCIA EN LA EHES

Hoy, en un par de horas, debo dar una conferencia en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Es una invitación de Yvon Le Bot en el seminario sobre violencias, el título es “Violencia y religión en América Latina” —y es un enorme gusto, aunque he tenido que revisar mis escritos de hace tiempo y meterme en otros temas que no conozco bien.

Esta invitación me recordó aquella vez cuando fui al seminario de Bourdieu a presentar parte de mi tesis. Fue un momento iniciático, asistí con Michael Löwy a hablar —igual que ahora— de la teología de la liberación. Las vueltas que da la vida: dos décadas más tarde vuelvo al mismo lugar, con un tema similar, pero claro, mucha agua ha corrido bajo este puente.

¿PODEMOS TUTEARNOS?

En París el trato es muy ceremonial. Hace un tiempo, el vigilante de un supermercado —de origen magrebí— renegaba contra

unos turistas japoneses que no lo habían saludado formalmente; yo le decía que tal vez en su cultura las cosas pasaban de otro modo, pero él respondió categórico “aquí todos somos educados”. En las clases de francés que toma mi esposa, una de las primeras cosas en las que insisten es que cuando uno se acerca a alguien, más si es una autoridad, debe empezar por “Buenos días, señor, sería tan amable de...”. Es en ese marco que hay dos maneras de dirigirse a los demás: tutearse o ustearse. Normalmente las conversaciones empiezan por “usted” —lo que es, al menos para mí, lingüísticamente más complicado— hasta que, en algún momento, la confianza del intercambio ha llegado a un grado tal que se puede dar el salto. Para hacerlo, una de las dos partes debe decir “¿podemos tutearnos?”, lo que a menudo va acompañado de un argumento como “nos conocemos hace mucho tiempo”, “somos de la misma edad”, “somos colegas”. La respuesta puede ser positiva o negativa, en cuyo caso no se verá como una falta de atención, simplemente como un continuar el intercambio en un tono formal. A partir de que se dio la luz verde para tutearse, la cosa fluye distinto. A menudo, en las relaciones académicas, entre tutor y tutorando se acude al usted y es recién después de la defensa de tesis cuando el aprendiz es considerado como un par —es decir, años más tarde—, que se utiliza el “tú” para el trato. Formalidades de la lengua.

SÁBADO 16 DE MARZO DEL 2019

CAFÉ MIRANDO AL FRENTE

DESDE LAS PRIMERAS VECES que vine a París me llamó la atención que las sillas de los cafés, aquellas que están en la acera, miran hacia la calle. Luego comprendí: cuando uno va a tomarse un café con otra persona, ambos se sientan en la misma orientación. Se habla con el vecino torciendo el cuello, mientras se alterna con la mirada a lo que pasa en la calle. Eso en el café, pero también puede ser en una comida o una cerveza. La ciudad y su inmediato transcurrir forma parte de la mesa, de la discusión, del ambiente del encuentro. Contrario a la idea de una cueva donde solo tengo al susodicho en frente y paseo los ojos de su rostro a la taza. Aquí, o al menos en ese ejercicio —porque hay muchos más—, se trata de crear un espacio para la tertulia y compuesto por los conversadores y la ciudad. Si uno está solo, mayor razón para transitar la vista del café hacia la lectura y a la calle. Comprendo más aquel poema de Baudelaire *A una que pasa*; seguramente lo escribió desde un café y con los ojos puestos en la primera maravilla que la urbe le regalaba a su paso.

INTENTOS DE ROBO

Curiosamente, intentaron robarme en tres ocasiones y siempre en el metro. No fue asalto y no hubo nada de violencia, puro trabajo de carteristas. Lo que me sorprendió fue mi respuesta, en vez de tirar la billetera, huir y no parar hasta estar en un lugar

seguro —que es lo que haría en México—, en los tres casos me di la vuelta, tomé de la chaqueta a ladrón, lo encaré gritándole que me quería robar — en castellano—, revisé que no se haya llevado nada y lo dejé partir. Ese acto —que pareciera muy valiente— es un absurdo en México, sería la peor estupidez que uno pudiera hacer. Claro, aquí las condiciones del robo son clarísimas; los carteristas son personas entrenadas y bien aleccionadas, saben que no pueden ejercer ningún grado de violencia a su víctima —ni hablar del uso de un arma blanca— porque el costo de una acción de esa magnitud sería dramático para ellos. Intentar —sin éxito— quitar la billetera a alguien es cualitativamente distinto a lastimarlo. Las implicaciones jurídicas son de otra magnitud y lo tienen clarísimo, por eso ninguno de mis asaltantes fue rudo, todos negaron su robo, me decían “loco, loco” o cosas así que caían en el chiste.

La otra cara de la moneda es, ¿por qué yo —que soy un tipo tranquilo, jamás un justiciero callejero— me enfrenté con los ladrones irracionalmente? Pensando sociológicamente, salió mi *habitus* que en otro campo no actuaría así y que aquí funcionó; las condiciones estructurales hicieron que parte de mis disposiciones de defensa y reacción —que están domesticadas en un espacio como el mexicano y sus grados de violencia— se activen y fluyan sin pensar en las consecuencias.

Para el caso, por suerte todo estuvo bien, espero no volver a tener ese tipo de exabruptos.

18 DE MARZO DEL 2019

VIOLENCIA MEDIÁTICA EN *EL PAÍS* (17/3/2019)

TITULAR: “CAOS EN LA HUIDA DESDE EL INFIERNO DE BAGUZ”. Foto de mujeres con el rostro cubierto. En la otra mitad de la página, una enorme publicidad: “El paraíso en exclusiva para ti”. Foto de una playa hermosa de Punta Cana. El juego de los lugares, de las culturas, del sentido del dolor y de la diversión y el placer, atraviesa por la dicotomía católica infierno/paraíso, con todas las implicaciones ideológicas que eso conlleva.

UN ENCUENTRO CON SERGE GRUZINSKI

Inspirado por aquella lejana experiencia de escribir a grandes académicos franceses y obtener una respuesta directa, la semana pasada repetí la operación con Serge Gruzinski —es un autor que he leído y aprendido mucho de sus textos—. Creo que encarna el ideal del académico con profunda imaginación —en mi gremio diríamos “imaginación sociológica”—, libertad, soltura. Es un historiador de la época colonial, especialista en México, pero ese título podría parecer razón suficiente para encasillarlo en un periodo, en un archivo, en un país y no dejarlo salir de esa trinchera. Todo lo contrario: Gruzinski es un libertario de las ideas, rompe todos los barrotes. Su escritura es fabulosa, te introduce con igual pasión y seducción a un episodio en Veracruz en el siglo XVII como al comercio en China. Sus fuentes son siempre abiertas, atraviesa por todos los archivos necesarios como buen

historiador, pero también acude a las observaciones empíricas, a sus recuerdos, a las entrevistas. Ayer me contó, por ejemplo, que su libro sobre la historia de la Ciudad de México fue el resultado de una solicitud de la editorial Fayard, que no lo había pensado de otra manera, pero que la invitación lo obligó a organizar las cosas y, siendo que no trabaja “el tiempo presente”, la última parte la hizo acudiendo a otras fuentes poco convencionales. Así, en ese texto se puede ver al historiador que mira desde un departamento en La Condesa, que va por la ciudad sintiendo los olores, disfrutando los colores y que plasma todo en las páginas de su obra. También me comentó que está por salir la obra en inglés y que tuvo que actualizarla, pero como ya no vive en México, decidió hacerlo con base en películas. La idea me encantó y me hizo eco con el capítulo que escribí hace algunos años que titulo *La desidia: reflejos del malestar en el cine mexicano actual*, o con el uso de las películas en mi último libro *La Paz en el torbellino del progreso*.

El autor, que me ha acompañado durante mucho tiempo, me respondió con rapidez y formalidad. Le dije que ojalá pudiéramos tomar un café o ir a almorzar, —no quería verlo en su cubículo para evitar esa relación de poder y profesoral que siempre impone el espacio burocrático de la academia—. Muy amable me envió un mensaje citándome en el Café Pierrot, salida del metro La Motte-Picquet, domingo a las tres de la tarde. Hora y día difícil para un padre de familia cuya agenda era ir al Museo de Rodin —una maravilla, por cierto, que requiere otras letras más—, pero era una invitación ineludible. Así que combiné museo con café, Rodin con Gruzinski en una sola tarde, generosidades de una ciudad maravillosa como París.

Descubrí otra faceta del autor, persona sencilla, abierta, sensible, aguda. Muy agradable. Me contó sus nuevos proyectos, entre otros, enseñar a los profesores de liceos la historia de

Francia no a partir de la relación con sus colonias, que te conduce a una confrontación que aplana todo, sino a través de otras experiencias coloniales, como España y América Latina, que permiten, sin negar la brutalidad, la violencia y la dominación, pensar procesos complejos e interesantes del intercambio, como el mestizaje, lo cultural, el sincretismo, etc.

También me comentó de su azarosa llegada a México en los setenta, el país al cual era más barato transportarse y con menos correspondencias, y a partir de ahí quedó fascinado con México. Vivió allá de 1975 al 1985, el periodo en el cual “todo funcionaba”, desde el autoritarismo priísta —que era muy eficaz—, hasta la economía, el lugar de los intelectuales, la academia, el juego internacional con un aura de progresismo cercano a Cuba, una fuerte amistad con Fidel Castro, etcétera.

Actualmente Gruzinski ya está jubilado —tiene como setenta años—, pero da un curso en el Museo du Quai Branly Jacques Chirac siempre pensando las cosas de otro lado. Ahora está estudiando dos autores, uno mexicano y uno brasilero, pero cuya característica es que ambos cruzaron mundos dialogando con otras partes del planeta, una especie de “globalización intelectual” que permitía que las ideas fluyesen en distintos contextos. Intentaré asistir a alguno de sus seminarios.

Para terminar, recuerdo que, en una de sus conferencias en Nueva York, que fue la primera vez que lo vi, Gruzinski dijo que el encanto de la historia era poder mezclar cosas que pasaron en un lugar y en otro, y crear a partir de ahí puentes explicativos. Me quedé con esa idea que, de alguna manera, se complementaba con lo de Marshal Berman, que en su libro sobre Times Square aseguraba que su intención era mezclar lo político, lo lúdico, la estética y su propia historia. Construir haciendo jugar todo lo que está a nuestro alcance, esa es una de las enseñanzas —entre tantas otras— del autor. Ojalá lo vuelva a ver.

FASE OCULTA

Un bello y sencillo pasaje de Saramago en *Todos los nombres*: “El espíritu humano, sin embargo, cuántas veces será necesario decirlo, es el lugar predilecto de las contradicciones...”. Toda la vida gira alrededor de ese cúmulo de errores, vaivenes, tensiones, incoherencias, comportamientos incomprensibles. Al final del día somos eso: el refugio de la disonancia. Ya lo decía Jaime Sáenz en *Piedra imán*:

Solo la mitad de las cosas se me aparece, y la otra mitad desaparece. Un espacio se cierra, y otro se abre, un mundo se enciende y otro se apaga. Recuerdo y no recuerdo; siento y no siento; miro y no miro. Pero, ello, no obstante, todo está. Yo estoy allá, mirando una mirada. Y también estoy aquí, mirando no sé qué. Mirándome a mí, en realidad.⁶⁰

⁶⁰ Jaime Sáenz (2008). “Solamente la mitad de las cosas”, *Piedra imán*, La Paz: Plural Editores, p. 9.

31 DE MARZO DEL 2019

LA NOCHE DE 12 AÑOS (URUGUAY, BRECHNER, 2018)

AYER FUI A VER LA PELÍCULA que en Francia fue estrenada como *Compañeros*. Me la sugirió Denis Merklen y me comentó que iría con sus hijas —que tienen la edad de las mías, así que hice lo propio con Canela y Anahí—. Dudé mucho, sabía que había escenas de tortura, de locura, de violencia desbordada, pero finalmente pensé que era importante que conozcan esta parte de la historia, y, que, de hecho, la conocen bien por la familia en la cual nacieron. Antes y después del filme, les expliqué el contexto boliviano, la crudeza de la dictadura, la importancia de la memoria. Les volví a hablar de su abuelo Lucho y de la matanza del 15 de enero que les privó de conocerlo. Salimos Anahí y yo llorando, pero creo que valió la pena.

AV. BUSCH 686

Son innumerables las historias que guarda esa casa, la de mis abuelos, ubicada en Miraflores, en La Paz. Es uno de los principales referentes de mi infancia. Todos los sábados los pasábamos ahí; mientras los padres jugaban y charlaban en el dormitorio principal, nosotros corríamos por cada uno de sus rincones. Conocíamos la terraza, el jardín, el solarío, el comedor, la cocina, pero había tres lugares prohibidos y dos de acceso accidentado: el escritorio de mi abuelo, que era fielmente cuidado por él mismo y con una llave que guardaba en su bolsillo; el “cuarto de pandora”

de mi abuela, que era la habitación de mi padre cuando era joven, pero reapropiada y reacondicionada por ella según sus usos y necesidades; el dormitorio de Plácida, la empleada doméstica, que siempre fue un misterio. Los dos territorios difíciles de llegar eran el garaje, que también tenía llave y albergaba la ropa antigua de la época de gloria de la familia, además de centenas de objetos; y el pequeño patio donde reinaban los dos perros pastor alemán que en la noche salían a cuidar el jardín.

Según contaba mi abuelo, en su pequeño escritorio se definieron algunas políticas de la nación cuando junto con Barrientos y Ovando, los tres generales, ocupaban la vida pública del país a mediados de los sesenta. Cuando fue ministro y luego alcalde de La Paz, su oficina también fue intensamente utilizada, y recuerda mi madre que, en Navidad los canastones de regalo llegaban hasta la puerta de la entrada. Luego, en ese mismo lugar, en diferentes momentos se reunió con políticos y periodistas. Ahí guardaba su biblioteca y los documentos de sus gestiones públicas —que ignoro dónde fueron a parar, creo que quedaron en manos del más mezquino de mis primos.

El nacimiento de Jesucristo, que mi abuela armaba con empeño cada Navidad, ocupaba media sala, tenía niños dios de varios tamaños, además de animalitos de diversas colecciones. Las comidas eran formidables, las guitarreadas largas y no había miembro de la familia que no compartiera alguna canción, desde los más grandes hasta los pequeños. La primera chimenea que vi encendida fue en alguna de esas cálidas veladas.

En la dictadura de 1980, hubo temporadas cortas en que nos refugiábamos donde mis abuelos buscando protección. Recuerdo una noche que estábamos con mis padres y abuelos en su cuarto, se escuchaban tiros, todos nos agachamos, pasaron tanquetas por la avenida con potentes reflectores apuntando al interior de

los domicilios. Pasó la luz por nuestro interior, nosotros agachados. La televisión encendida y sin sonido para ver noticias.

Cuando mataron a mi padre el 15 de enero de 1981, su cuerpo fue velado en el living. ¡Cómo olvidar aquel día! Cuando llegué, la puerta de entrada estaba abierta, había mucha gente de negro. Me recibió una tía que, entre palabras de consuelo, me condujo hacia el ataúd. Ahí vi el rostro de Lucho, destrozado, hinchado, entre llantos y flores. En esa sala conocí la muerte. Pasaron dos décadas y el turno le tocó a mi abuelo. También fue velado en el mismo lugar y el féretro apuntaba a la misma dirección.

Tras la partida de mi abuelo, la casa tomó un nuevo rumbo. No recuerdo cuándo fue la última vez que entré. El caso es que, desde aquellos años, cada que voy a Bolivia de vacación, paso por la Av. Busch 686 y miro por fuera con nostalgia todo lo vivido. A veces sueño con alguno de los episodios del pasado.

La semana anterior me enviaron una foto devastadora tomada desde el nuevo teleférico, en la que se muestra que la casa de mi infancia, aquella donde vivió y murió mi padre, aquella cuyo cada rincón ocultaba alguna travesura, está siendo demolida. Desde lo alto, entre escombros, techos caídos, muros a medias, recorrí visualmente lo que queda de cada una de las habitaciones avivando las entrañas de mi memoria. El dormitorio de mis abuelos desde donde veíamos pasar tanquetas, la terraza de dónde tirábamos globos en carnaval, el escritorio que guardaba miles de cositas ahora perdidas, el jardín que tenía un bello cactus y un árbol de cereza.

Todo se fue, vaya a saber qué se construirá en su lugar. Cuánta razón tenía Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (menos el recuerdo).

PAPÁ HUGO

Son caprichosos los designios del tiempo. Hoy, escribiendo sobre la casa de mi abuelo, me encontré en internet con un par de referencias a él en documentos en línea del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia.⁶¹ Se trata de un informe oficial del 17 de febrero de 1966 donde se habla de la situación de Bolivia y, específicamente, de las relaciones franco-bolivianas. Se dice que las relaciones entre ambos países ya eran buenas cuando viajó el presidente francés general de Gaulle a Bolivia el 28 de septiembre de 1964, y que continuaron en “una atmósfera de gran cordialidad que se traducen recientemente en las ceremonias organizadas para el regreso de los restos del mariscal Andrés de Santa Cruz y por la visita privada del General Barrientos”. En la misma nota, hay datos del mariscal, amigo de Louis-Philippe y de Napoleón III, que murió el 25 de septiembre de 1895 y cuyos restos quedaron desde entonces en el cementerio de Versalles. “Una ceremonia religiosa tuvo lugar en Versalles el 5 de noviembre de 1965. La delegación boliviana, que estuvo conducida por el general Hugo Suárez Guzmán, Ministro” y es encargada de las gestiones del 31 de octubre al 9 de noviembre de 1965. El traslado de los restos a La Paz se llevó a cabo el 5 de diciembre del mismo año.

Recuerdo tanto ese episodio que Papá Hugo tantas veces narró, y con mucho orgullo, en varias ocasiones, mostré su nombre en la placa pegada en el mausoleo donde están los restos del mariscal en la Plaza Murillo en La Paz.

⁶¹ *Documents Diplomatiques Français*: (1966). Tome I – 1er Janvier-31 Mai.

3 DE ABRIL DEL 2019

EN EL TREN RUMBO A BREST
Y PENSANDO EN REGIS DEBRAY

UN COLEGA ME COMENTÓ QUE UN tiempo atrás tuvo la ocasión de conocer a Regis Debray. Fue un encuentro azaroso, compartieron una mesa analizando algún tema, él le regaló su libro con su número de teléfono al interior y, unas semanas después, recibió una llamada contactándolo. Parte de la discusión giró en torno a la escritura y la publicación. Debray le reclamó a mi amigo que, si no hubiera sido por aquel fortuito encuentro, jamás hubiera podido tener acceso a su reflexión —que le había sido muy sugerente—. Le reclamó escribir en formato académico para un público universitario encerrado en sí mismo con poca difusión y capacidad de interacción con otros mundos. Le pidió que le mandara un escrito de ochenta páginas, tipo ensayo, sobre el mismo tema para que lo presentara a alguna editorial de amplia distribución.

Lamentablemente, mi colega no siguió el consejo de Debray y todavía tiene pendiente enviarle lo solicitado, pero me quedé pensando en la sabia sugerencia. Cada vez siento más frustrantes y castrantes los protocolos de publicación académica; los universitarios estamos escribiendo con el fantasma del dictaminador al lado, de la comisión evaluadora, del ascenso en la carrera, no pensando en un lector ávido de conocimiento. Los formatos académicos de publicación —además de que demoran años la salida de un texto— hacen que se estandarice todo el saber, que pierda personalidad la escritura, que deje de ser seductora y

que, más bien, se convierta en un requisito burocrático para garantizar el trabajo, el salario, el ascenso y el prestigio. Hay estadísticas brutales que muestran que los artículos académicos, y muchos libros, solo son leídos por un puñado de personas. Es cierto que no defiendo la fácil promoción de la popularidad de autores e ideas, que en el camino pierden fuerza e importancia y se banalizan con demasiada facilidad —sería atroz llegar a una sociología Paulo Coelho—, pero siento que el discurso de las ciencias sociales —al menos en México— se dirige hacia el camino del aislamiento; es un soliloquio perverso que nos conducirá al empobrecimiento de las ideas y de las formas de comunicarlas. Terminaremos nosotros solos y nuestro saber, como el profesor que se funde y confunde con su pizarrón y da la espalda a sus estudiantes.

Por eso milito por una escritura distinta, por vincular autores con lectores, por hacer de la sociología una disciplina atractiva, que encante, y de sociólogos escritores, que con su pluma sean capaces de plantear problemas complejos susceptibles de ser entendidos y disfrutados por muchos. A mis estudiantes les digo que, cuando están empezando a llenar la página de su computadora, no tengan en mente al profesor o la evaluación, sino que se esfuercen para que el lector se quede atrapado en sus letras y que luego del primer párrafo no pueda soltar el escrito. La reflexión de Debray refuerza mi batalla.

Además, tengo otros episodios con el gran autor que tienen que ver con Bolivia. Mi esposa me contó que su padre, el periodista Daniel Rodríguez, fue uno de los que entrevistó a Debray cuando estaba preso en Santa Cruz en los sesenta. La tarea fue difícil, tuvieron que sobornar a un guardia, dejar que se fuera al baño para tomarle una foto y grabarlo muy rápidamente, pero esos pocos y accidentados minutos fueron suficientes para dar a conocer al mundo que estaba vivo y, por tanto, que la diplomacia

internacional actuara para su liberación. Luego vi un video de Alfonso Gumucio donde el intelectual francés era entrevistado y explicaba su situación de encarcelamiento, todo en aquella época.

Mucha agua ha corrido bajo este puente: ahora Debray es uno de los intelectuales más reconocidos en Francia y de muy difícil acceso. Espero algún día poder conocerlo, tengo muchas preguntas que hacerle.

5 DE ABRIL DE 2019

VUELTA DE BREST

HE PASADO TRES DÍAS FABULOSOS EN BREST. Habitualmente, los coloquios en los que participo son de especialistas en la cuestión religiosa —a menudo latinoamericanos o mexicanos—, sociólogos o antropólogos que miran el mundo contemporáneo. En este encuentro tuve la oportunidad de escuchar a dos arquitectos que hablaron sobre la ciudad, dos medievalistas que contaron los pormenores de los monasterios y las guerras, un lingüista que interpretó la iconografía náhuatl, y cosas así. Fue la ocasión para salir de mi trinchera, de mi zona de confort, y aprender de otros contextos, otras miradas y experiencias que, en principio, poco tienen que ver con lo que yo hago, pero de las que, al detenerme un poco en ellas, tengo mucho que aprender. Los académicos deberíamos —como un ejercicio de imaginación científica— tener periódicamente intercambios de este tipo.

EL TREN

Hace tiempo que me sorprende la falta de intercambio humano que uno tiene cuando viaja en tren. Me explico. Voy a la estación, reviso mi boleto varias veces para estar seguro de que no me estoy equivocando y, en cuanto llego a la zona donde empiezan los andenes, no encuentro a nadie a quien preguntar nada. Con mi tradición latinoamericana, busco un funcionario para que me diga de dónde saldrá mi tren, que me dé alguna indica-

ción, pero no hay quién me dé razón —solo una veintena de viajeros que miran atentos una pantalla colgada del techo—. Ahí está anunciado el número de mi tren, la hora y el destino, pero aún no la vía de la que saldrá. Empiezo a estresarme al no tener certeza de mi lugar de embarque y pasan los minutos. Cuando mágicamente aparece el diminuto numerito indicando por dónde saldré, a unos minutos de que sea la hora de mi partida, todos nos movemos ordenadamente en la misma dirección, yo sigo a la gente. Busco mi vagón, subo y encuentro mi asiento, por supuesto, vacío. Todo el viaje espero que en algún rato venga un empleado de la compañía a pedirme mi boleto —que imprimí la noche anterior con empeño— y nada. Pasan tres horas, llego a Brest y no he cruzado palabra con nadie.

Cierto, todo funcionó a la perfección, la coordinación de los maquinistas, los que anunciaban el andén de salida, los que emitieron el boleto. En algún lugar se ordenó la operación y yo solo tuve que seguir los protocolos establecidos sin salirme del libreto. Pero la verdad, mi nostalgia boliviana y mis veleidades del pasado, me hicieron extrañar a alguien que verbalmente me indique el camino.

ANDRÉ

Vi el nombre de André Rousseau hace muchos años en un libro sobre iglesia y revolución escrito con François Houtart en los 60. De ahí, alguna vez lo leí en algún artículo, pero no más que eso y luego le perdí la pista. En este viaje tuve un sorprendente encuentro con aquel nombre. La organizadora del evento lo invitó a que presente sus reflexiones para poder establecer un diálogo conmigo, pues ambos nos ocupamos de lo religioso. El intercambio fue fructífero, me regaló su última publicación y varias de sus ideas me hicieron pensar que, sin duda, alimentarán mi agenda próxima.

André no tuvo una trayectoria común. Nacido en 1941, estudió el doctorado en sociología en Lovaina en la época de mis maestros, es su contemporáneo. Hizo algunos libros, artículos y dio algunas clases entre Francia y Bélgica, pero luego entró a trabajar a un banco. Sí, tal cual. Hizo carrera como funcionario de la banca, dando cursos, talleres, asesorías y encuestas. Se jubiló hace unos ocho años, se incorporó a un laboratorio en la Universidad, y acaba de publicar un texto fabuloso titulado *Por una sociología de la crisis católica*. Ahí recupera varios de sus escritos, pero también aporta nuevas interpretaciones.

Lo refrescante de la trayectoria de André es que cumplió lo que siempre les he dicho a mis estudiantes. Un sociólogo no tiene por qué dejar de hacer sociología, incluso aunque no trabaje en un ámbito cercano a la disciplina. No se deja de ser sociólogo; la sociología es una mirada, una curiosidad insaciable, una manera de poner preguntas e intentar responderlas. Se pueden formalizar las observaciones y comunicar los resultados en formatos más o menos estandarizados —libros o artículos científicos—, pero no es eso lo que hace la mirada sociológica, sino el contenido de cómo se está mirando, cómo se explican las cosas, cómo se vinculan unas y otras razones, datos y argumentos, para dar cuenta de algo que está pasando en algún lugar de la sociedad. Entonces, un banco, por ejemplo, es un fabuloso laboratorio.

Así lo entendió André y durante toda su vida no dejó de observar, pensar y escribir, aunque oficialmente no sea profesor universitario o investigador. Publicó algunos artículos sobre gestión empresarial, el sentido del dinero, el *habitus* de los hombres de negocios y, paralelamente, no dejó de acumular reflexiones sobre religión, que era el tema que le atraía desde el principio de su carrera.

Así, a la vuelta de los años, cuando la vida le dio otra vez la oportunidad de sistematizar sus escritos, retomó sus cosas, y ahí

lo tienes compartiendo sus saberes. Me encanta esa pasión por ser sociólogo contra viento y marea.

SOY DE AQUÍ, NO DE ALLÁ

Me encontré con un colega que me contó que su familia —al menos su apellido— está en la historia de Brest desde 1200. Existen registros históricos que dan cuenta de ello. Él nació aquí, estudió desde el colegio hasta el doctorado y ahora es profesor de la Universidad. Ha viajado mucho, pero nunca se ha trasladado de su ciudad natal. Su esposa es lugareña, sus tres hijos viven a una hora de distancia en coche, ya son grandes, pero los visitan con regularidad. Por supuesto que no tiene la menor intención de moverse, conoce su ciudad al detalle, su región con pasión, su historia con empeño universitario. Es el ejemplo del arraigo.

Es todo lo contrario de la vida de gitano. Pienso en aquella canción de Alberto Cortez que cantaba mi papá “No soy de aquí, ni soy de allá”, en cierto placer por no tener ataduras, amarres en el largo plazo. De alguna manera, en algún punto, mi colega encarna lo que yo hubiera querido para mi propia trayectoria. Luego de mis viajes y vaivenes, de mis desplazamientos tan sostenidos, a menudo me pregunto si no hubiera preferido construir todo en La Paz. A veces volteo hacia la vida de mis abuelos José María y Hugo, ambos se empeñaron en consolidar una estructura de residencia estable —familiar, social, profesional, económica— anclada a un territorio y a una cultura (la casa de Miraflores de Av. Busch, o Santa Rosa en Tupiza), y a veces siento que es lo que hubiera querido, no sé si estoy todavía a tiempo para hacerlo.

MARTES 10 DE ABRIL DEL 2019

OTRA VEZ MORIN

PASÉ POR LA LIBRERÍA DEL FNAC en Les Halles y me encontré con el libro *Sociologie*, de Edgar Morin.⁶² No tenía intención de gastar, ando más bien en plan de economizar todo, pero un rápido repaso por la introducción fue suficiente para que el libro no se despegara de mis manos. Sus reflexiones van exactamente en el sentido de las cosas que ando pensando ahora —particularmente sobre mi propuesta de sociología vagabunda.

El autor hace un diagnóstico de las dificultades de la disciplina, sus tensiones con la ilusión de cientificidad y su relación con las ciencias físicas, su tensa herencia con la filosofía, y concluye que “se impone una reforma del pensamiento sociológico” que comprende seis frentes.⁶³ Primero una reflexión epistemológica que supere las duplas “determinismo/mecanicismo”, “orden/desorden”, “reduccionismo/holismo”; a la vez, “integrar al observador/conceptualizador (el sociólogo) en su observación y su concepción.” Segundo, emprender el renombramiento sistemático de los objetos que han sido “arbitrariamente recortados del tejido de lo real” para construir un “sistema complejo” que atienda varias dimensiones a la vez; se trata de construir el objeto articulando los conocimientos de otras disciplinas y otras ciencias sociales”. Tercero, “el objeto de la sociología no se puede encerrar, es importante establecer o reestablecer la comunicación/

⁶² Edgar Morin (1994). *Sociologie*. París: Fayard.

⁶³ Estos seis frentes están expuestos de la p. 9 a la 11 del libro citado.

articulación con otras ciencias humanas”. Cuarto, hay que “reconocer la dimensión vivida en el mundo de vida donde la vida cotidiana y la vida simplemente son inseparables”; eso significa que se debe “reconocer que la subjetividad humana necesita un conocimiento que mezcle explicación y comprensión”. Quinto, se debe “abrir el pensamiento sociológico a la literatura, y especialmente a la novela”. Los escritores

nos dan un conocimiento de la vida social que no se encuentra en las investigaciones y trabajos sociológicos [...]. La novela es un modo de conocimiento que, en lugar de disolver lo concreto y lo singular, deja ver el conjunto y lo global a partir de lo singular concreto. Precisemos que no se trata de leer una novela con lentes *a priori* de sociólogo que va a encontrar la confirmación de su teoría determinista y reductora: se trata de descubrir las riquezas que la sociología no puede producir, pero que puede integrar o asimilar. La novela no es solamente un objeto menor para la sociología. Es portadora de sociología.⁶⁴

Hay que buscar integrar “otros modos cognitivos”. Por último, restaurar un pensamiento sociológico que no pierda de vista “lo concreto, los acontecimientos, los fenómenos de la vida cotidiana, del presente y, al mismo tiempo, que atienda los grandes problemas antro-po-sociales”.⁶⁵

Estas premisas conllevan varios desafíos. Morin recuerda la tensión del sociólogo como autor: “todo sociólogo es parcialmente un científico, parcialmente un ensayista. Todo sociólogo es en realidad un autor que firma y que se implica personalmente en sus artículos y en sus libros”.⁶⁶ Para él, Weber, Aron, Touraine,

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 12.

⁶⁶ *Idem.*

Boudon, Crozier fueron, además de sociólogos, autores y ensayistas. Así, se debe tomar el riesgo intelectual que implica ser a la vez autor: “comprometerse personalmente en sus interrogaciones sobre fenómenos y acontecimientos; aventurarse en los diagnósticos y pronósticos; problematizar de manera crítica lo que parece evidente y natural, movilizar su conciencia y su reflexión humana y de ciudadano, elucidar sus apuestas intelectuales”.⁶⁷ Y remata con un llamado contundente: el sociólogo “tanto debe buscar y utilizar los datos fieles y verificables, como debe desarrollar un pensamiento personal. En lugar de refugiarse en una jerga anónima que cree científica, debe comprometerse en su escritura singular y así afirmarse plenamente como autor”.⁶⁸ Concluye el autor que se debe transitar de una sociología mecánica “determinista, compartimentada, reduccionista, cuantitativista, que ha desencantado el mundo social”, hacia “una sociología refundada y que descubre la complejidad, la riqueza, la belleza, la poesía, el misterio, la crueldad, el horror: la vida, la humanidad”.⁶⁹

De lo tanto dicho por Morin me quedo al menos con cuatro aspectos que abonan a mi manera de hacer sociología hoy. Primero aquello de indagar múltiples y otros “modos cognitivos” que están en la literatura, pero también en el cine, en la Bande Dessinée, en el grafiti, en la fotografía. En América Latina esa división entre conocimiento social y otras artes o prácticas —la política, el periodismo, etcétera— nunca ha estado tan marcada, y ahora con la nueva ola academizante —con la especialización de las obras y creación de barreras irreconciliables entre los saberes— se han reforzado las trincheras. Aquí la propuesta es, por un lado, asumir lo que la sociología tiene por aprender de las

⁶⁷ *Ibid.*, p. 13.

⁶⁸ *Idem.*

⁶⁹ *Ibid.*, p. 14.

otras formas de conocimiento y, por otro lado, incurrir en ellas con el atrevimiento que se requiere para producir otro tipo de conocimiento. Así, ¿por qué un sociólogo no puede escribir un ensayo visual?, ¿por qué una exposición fotográfica de un sociólogo no puede ser un producto científico?, ¿por qué no se puede escribir una novela, como incluso hay muchos que lo han hecho? Un segundo aspecto es aquello de tener la sensibilidad a la vida cotidiana, ser sensibles a que ahí suceden cosas tan importantes como en los “grandes temas nacionales” que ocupan la palestra pública. Parecería que los sociólogos solo tienen que hablar de las problemáticas legítimas y olvidarse del día a día, como si ese no fuera un asunto capital para la vida colectiva. Tercero, la invitación —que es una obligación epistemológica— de posesionarse, de ser autor, de no ocultarse en “la jerga científica” sino tener una personalidad en la escritura, que se reconozca una pluma y un análisis. En México estamos tan cegados con la idea del “dictamen ciego” como condición de que una obra sea científica, incluso todos los comités editoriales de revistas o centros universitarios te piden entregar una versión anónima donde no se deje ver quién es el autor del documento —como si eso fuera posible, y garantizara la calidad científica—. Aquí se trata de lo contrario, construir una forma de escritura con sello, con personalidad, convertir al sociólogo en un autor.

Aunque sé que Morin es un sociólogo muy conocido en Francia, pero no tan legítimo, con más fama que escuela, los pasajes con los que me encuentro de su obra me son siempre estimulantes.

JUEVES 11 DE ABRIL DEL 2019

EN EL CAFÉ LOMI

ESTOY EN EL CAFÉ LOMI, cerca de la escuela de Anahí, son las 8 de la mañana. Es de los mejores lugares para tomarse un café de verdad. Ya lo he dicho: en París, globalmente el café es mediocre, lo sirven en todas las esquinas, lo preparan con máquinas de excelente calidad; con frecuencia, incluso, lo muelen en ese instante y el grano está preparado para consumir un expreso. Por eso, generalmente en cualquier restaurante, se puede tomar un café relativamente decente, pero solo en algunos lugares cuidan todo el proceso y te presentan una tacita exquisita sacando provecho a todo lo que la mágica planta puede ofrecer. Este es uno de esos lugares.

Pero decía que llegué temprano y me instalé en una mesa de trabajo. Era el primero. Abrí mi computadora y poco a poco fueron llegando mis compañeros de mesa. Ahora somos ocho, nadie ha pedido más que un café y, si acaso, un pastelillo, y ya estamos más de dos horas, así que no me siento presionado a tener que consumir. La mesa es oval, una chica tiene un libro sobre la cultura rusa; otra, unas hojas blancas que pasa con empuño; mi vecina, solo un estuche —típico de los estudiantes franceses— que contiene todo (múltiples lápices, goma, marcadores, plumas de colores, hasta un Labello —para cuidar los labios—). Aquello de trabajar en el café es una práctica común y aquí lo estoy corroborando.

En un rato voy a levantar mi computadora, la desenchufaré y estoy seguro de que, minutos más tarde, si no en el mismo mo-

mento que empiece mi proceso de alzar vuelo, alguien ocupará mi lugar. Hay como tres computadoras más regadas por otros lados de la sala.

21 DE ABRIL DEL 2019

DOMINGO

ME HAN PEDIDO UNA ENTREVISTA para que cuente algo sobre París —por lo del incendio de Notre Dame—. Me he puesto a pensar. Dos grandes peligros me han venido a la mente: por un lado, jugar al guía de turistas ilustrado diciendo cosas más elaboradas que uno de los cientos de manuales que hay sobre la ciudad y; por otro lado, jugar al sociólogo ingenuo que dice obviedades para un especialista de una realidad muy compleja dejándose llevar por sus primeras impresiones. Las dos opciones me chocan, no quiero ni escribir una guía de turismo, ni repetir lo que todos los que estudian mínimamente la ciudad ya lo saben —y claro, tampoco quiero hacer un estudio sobre París—. Quizás esa es una tensión que siempre acompaña a los sociólogos cuando intervenimos en lo público. Tema para pensar.

MIÉRCOLES 1 DE MAYO DEL 2019

LUEGO DEL VIAJE A SUIZA

EMPIEZO ESCRIBIENDO A MANO en una libreta. Años que no lo hago, que no utilizo la palma y el lápiz para redactar cosas más largas. Con el teclado voy rápido, las ideas no se detienen en el ritmo pausado de la pluma —aunque a veces se atropellan—. Sé de algunos académicos que solo escriben a mano, yo no, pero hoy la circunstancia me obliga: se acabó la pila de mi teclado. Así que ahí voy, en la noche transcribo mi texto en la computadora.

Quería ponerle especial atención a esta “entrada” —como se dice en el lenguaje cibernético— porque quiero cerrar el fabuloso viaje que hemos hecho a Suiza con la familia. Fuimos los cuatro, disfrutamos mucho.

Son demasiadas cosas, no sé cómo ordenarlas. Vamos por los museos, y ahí se irá montando lo demás. Fueron una muestra variada de distintos niveles, formas y culturas en la región.

En Ferney-Voltaire, donde nos alojaron Bernard y Solange, visitamos la casa de Voltaire. El pueblo entero fue promovido por el pensador de la Ilustración que se refugió en el lugar y se dice que, cuando tenía problemas con la justicia —a menudo— escapaba a Suiza por el sendero que hoy lleva su nombre. En él están inscritas con letras de metal frases célebres —unas resuenan más que otras en esta temporada—. Las transcribo.

–Si dios no existiera, habría que inventarlo

–Hay que cultivar nuestro jardín

—La patria es donde se vive feliz

—Los bellos espíritus se encuentran

Me quedo con las dos últimas, aunque ya forman parte de la “filosofía chocolate” —que viene en frasecitas sencillas y para amplio público impresas en pequeños papeles que acompañan golosinas y navegan sobre un extendido y simplón sentido común—, en estos momentos me dicen mucho.

La idea del jardín, del cuidado de lo íntimo, de lo personal, de lo que nos pertenece, depende de nuestras manos. Quizás una posición egoísta, menos colectiva, pero, a menudo, necesaria para tener el nido en reposo, el sosiego en el entorno más próximo.

¿Qué es la patria? ¿Cuál es mi patria? Cuando me preguntan de dónde vengo, digo de México; de dónde soy, de Bolivia y de México; dónde vivo, en Francia; dónde nací, en España. Mis hijas responden, sin dudar, que son mexicanas. Si la pregunta es familiar, saco mi frase hecha: “somos bolivianos de origen, nacionalizados mexicanos, vivimos en México hace quince años y ahora estamos una temporada en Francia”. Y así lo resuelvo. Me queda claro que mi trabajo está en México, mi infancia en La Paz —así como los cementerios que visito, mi madre, mi hermana, mi barrio y buena parte de mi historia.

El caso es que este es un tiempo de búsqueda, de búsqueda de bienestar. ¿Cuál es mi patria? ¿Dónde está? No lo sé, ahí donde encuentre la paz. Espero en unos años poder responder con mayor claridad la misma pregunta.

Los bellos espíritus. Estos días me he encontrado con gente hermosa, que hace tiempo que no veía. Christian, Carmen, Matías. Tan queridos, tanto afecto, tantas emociones. Hay quienes son regalos, hay “espíritus” que uno no puede sino agradecer al firmamento haberlos encontrado en tiempo y espacio. Gente de

bien, bellas compañías. Estos días he podido ver y llenarme de alegrías con esos entrañables amigos que el destino me puso en la vereda.

Y vuelvo a Voltaire y los museos, los lugares...

La vida de Ferney es exactamente como sospechaba que eran los pequeños pueblos franceses —aunque está a veinte minutos de Ginebra—: apacibles, con una focalizada, pero relativamente dinámica, vida cultural, parques enormes y verdes, mucha paz, productos de alta calidad para el consumo cotidiano, escuelas interesantes para las niñas, vinculación regular con centros urbanos no alejados, intenso intercambio con lugareños. En suma, aunque no sé bien qué quiera decir o qué quiero decir cuando lo digo: “extraordinaria calidad de vida”.

Con frecuencia, vuelvo a los relatos de mi madre, luego de que pasó unos meses en el sur de Francia en 1983, y los enlazo con la imagen que tengo de Jean Ferrat —que se dice que vivió sus últimos años y murió en una región de la provincia francesa—. Esa imagen de la vida de pueblo —modesto, tranquilo, pero enriquecedor— es lo que encontré, en parte, en Ferney.

En Ginebra fuimos al museo de la Cruz Roja. La museografía fue impecable, el desafío era complejo, pues se trataba de mostrar valores, explicarlos y defenderlos para un público muy amplio. ¿Cómo hacer un museo con el lema “defender la dignidad humana”?, ¿cómo mostrar y denunciar los estragos de la guerra, ofrecer testimonios y muestras del horror, pero también la solidaridad, sin caer ni en el morbo ni en el panfleto? El museo lo logra con contundencia, mis hijas de quince y doce años se entretuvieron, se impactaron, se emocionaron y aprendieron tanto como yo.

Luego fuimos a casa de Christian Lalive d’Epinay en la montaña cerca de Martigny. La cabaña es exactamente lo que se conoce como “chalet suizo”: construcción de madera, todas las

comodidades internas (calefacción, internet, agua caliente, etcétera), una vista impresionante a través de ventanales de pie a techo, que permiten disfrutar de la montaña, los árboles y la nieve. El paisaje me recordó a varias vistas de La Paz, a menudo me sentía en la cumbre camino a Yungas o en río Abajo, o en algún rincón del lago Titicaca desde dónde se contempla la cordillera.

La generosidad y acogida de Christian y Michelle, su esposa, fue notable. Tiempo que no me sentía tan bienvenido. Las pláticas fueron largas saltando entre sus recuerdos de los años que vivió en América Latina, la sociología, la historia de Suiza. Entendí mejor este país complejo, sin caudillos, con cantones que gobiernan y equilibrios políticos regulares, con bases territoriales como rectoras de la planificación de lo público, sentidos más locales de pertenencia subordinando lo nacional a lo local, la patria dependiente de la “matria” —para recordar al historiador mexicano Luis González y González—, con un presidente distinto cada año, con las tres dimensiones de diferenciación que no se empalman y que, según algunos autores, es la razón de la estabilidad del país (lingüística, política, económica). En fin, contrario a la Francia republicana, al nacionalismo latinoamericano, al típico centralismo de nuestros países.

Paseamos por la zona, fuimos a un pequeño caserío donde había una casa vieja que en su puerta decía “Casa de nacimiento de Maurice Tornay, Mártir en el Tibet” (1910-1949), un cura católico que fue canonizado. Subimos hasta el dormitorio, no había nadie, todo sencillo, pobre, una estructura muy básica de ventanas pequeñas que no permiten vista, pero detienen el frío, donde dice que vivían familias compuestas por una decena de personas. Salimos sin ver pasar ni un alma. Luego la capilla en una de las calles, con exvotos e imágenes religiosas preciosas. Todo en un clima cerrado de montaña. Contaba Christian que

los primeros migrantes llegaban hasta aquí y, si los atrapaba el invierno, no podían continuar su ruta hasta que llegara la primavera. Imposible desplazarse; durante meses había que tener todo lo necesario para la sobrevivencia y rogar por no estar obligado a salir.

La fuerza de la naturaleza crea personajes como el propio Christian, amante de los cerros, las caminatas, los senderos. Un lugar para sentirse acogido, cobijado.

En Lausanne estuvimos dos días. La razón del viaje era mi conferencia en la Universidad. Quedé encantado con la catedral que había visto hace como veinticinco años. Un sello encima de una mesa me sirvió para dejar grabado el signo de los vitrales en mi cuaderno de viajes. Tomé de un estante la revista *Reforma*, que es el *Journal des Eglises réformées romandes*, que tiene un puño izquierdo en alto en su portada y el lema: “Política: la crisis de lo colectivo”. Claramente el ecumenismo progresista está a la orden. Fuimos al Museo de Arte Contemporáneo a ver —en realidad, a oler— una exposición sobre perfumes. Nuevamente la sofisticación de la museografía era impecable ante el desafío de llevar al público al universo de las pupilas olfativas. En cada sala, autores y sus obras con distintos formatos para percibir los aromas respectivos. Un paseo por el aire que envuelve a la nariz y guía a recuerdos despertando sensaciones.

Entre tantas, tomé dos fotos. Una donde un gallo está sobre zancos alcanzando el tamaño —no la elegancia— de un flamenco. El texto: “Estar a la altura”. Pensé en Silvio cuando dice: “Yo digo que no hay quien crezca, más allá de lo que vale, y el tonto que no lo sabe, es el que en zancos se arresta”. Otra publicidad de mochilas: una pareja vestida íntegramente de blanco, ambos con una mochila azul en la espalda, vistos desde atrás, cada uno tiene puesta su mano en la nalga del otro. No me gusta esa intención de homogeneizar el deseo masculino y el femenino, como

si la misma acción produjera el mismo placer, como si los dispositivos del erotismo no estuvieran repartidos —y contruidos, claro— de manera distinta.

En la noche, una deliciosa cena, preparada por Carmen y Mathías, recordando los viejos encuentros, las visitas a Yungas, los proyectos y los momentos. Me voy con el libro de Mathías en las manos, lo comentaré próximamente.

En fin, ya se me hizo larga la “entrada”, pero corta para reflejar lo fabuloso de estos días tan plenos. Habrá tiempo para seguir escribiendo.

4 DE MAYO DEL 2019

GASTAR SIN PENSAR

ESTOY TOMANDO FOTOS DE LOS AFICHES publicitarios del metro, reinterpretados por la gente que, a su paso, imprime algo nuevo, un mensaje que a menudo puede dar un giro al sentido original. En una pared, que está a la espera del próximo cartel, una frase escrita con plumón dice: *La publicité oblige a dé-penser*. El juego es fino, pues la publicidad obliga a gastar, pero también a no-pensar.

PASEOS SOCIOLÓGICOS

He comprado el libro *París, 15 paseos sociológicos* (Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot). Los escritos sobre esta ciudad se cuentan por centenas, desde guías de turismo rápido hasta tratados poéticos, novelas o estudios sociológicos.

¿Pero qué con la idea de “paseo sociológico”? Los autores dicen que han escrito otros documentos con análisis más puntuales y “académicos”, pero que en este la intención es conducir al lector que, en este caso, es otro paseante, por lugares que dicen algo en términos sociológicos. No se trata de una explicación histórica ni de un guía de turismo altamente calificado, sino de una mirada distinta que sabe poner la atención en otras cosas que se destacan gracias al ejercicio de la disciplina en la vida diaria. Lindo trabajo. Algo similar hice cuando unos colegas me pidieron que mostrara la experiencia religiosa en las calles de la colonia Ajusco, en la Ciudad de México, unos años atrás. Se

trataba de mirar las calles de otro modo —algo que tiene que ver con mi sociología vagabunda.

BAR PARA LA SIESTA

Intuía su existencia, pero nunca lo había visto. En una de las calles céntricas de París, me encuentro con un local chico, del tamaño de cualquier café, que se llama *Zen, bar à sieste*. Hay varias opciones, la simple siesta de la tarde u otros cuidados y masajes más sofisticados. Se ofrece desde un pequeño espacio para la siesta “compacta” (25 minutos, 12 euros), “relax” (35 minutos, 17 euros), “real” (45 minutos, 22 euros), hasta un sillón de alta tecnología que promete una posición biomecánica con la inclinación perfecta y masaje para un descanso inolvidable.

Ah, también hay una siesta en realidad virtual, que no tengo idea en qué puede consistir.

SÁBADO 11 DE MAYO DEL 2019

DIDIER ERIBON

EN EL ÚLTIMO VIAJE A MÉXICO en febrero pasado, antes de volver a París, Zaira —que siempre abre mi curiosidad con lecturas e ideas nuevas—, me regaló el libro de Didier Eribon, *Regreso a Reims*,⁷⁰ una novela autobiográfica donde el autor, sociólogo y filósofo, cuenta el retorno a su ciudad de origen luego de la muerte de su padre. Es un libro crudo, nada romántico, donde enseña sin complacencia la dureza de su relación familiar, sus redes sociales provinciales y la ruptura — territorial y social— con su entorno original. Todo esto atravesado por su homosexualidad, que es uno de los motivos de la mutua expulsión. La historia no tiene nada de particular, ha sido contada cientos de veces, lo importante es el sello sociológico. Apegado a la estructura novelada y contando como base su experiencia —que no es lo mismo que la “inspiración”—, pone en obra sus referentes sociológicos. No se trata de una obra de sociología disfrazada ni de una novela pura —propia de los escritores—. El autor no tiene problema en desnudar su historia personal con sello literario, pero tampoco teme introducir conceptos en acción, no los explica, no hay un apartado teórico, ni anexos, ni largos pies de páginas, pero ahí están como soporte oculto de todo el argumento que, al final del día, es una problemática propia de la sociología. En suma, una obra que merece ocupar el lugar que ya ganó (en premios, lecturas y difusión).

⁷⁰ Didier Eribon (2015). *Regreso a Reims*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Ahora me encuentro con otro libro del mismo autor, este sí un ensayo académico que titula *Principes d'une pensée critique*.⁷¹ Se trata de la organización sistemática de su propuesta teórica y epistemológica, que se construye como respuesta a las condiciones y los principios de un pensamiento crítico. Subrayo arbitrariamente algunos puntos que aportan a la reflexión en la que estoy actualmente.

Primero, me atrae la idea general de la propuesta de Eribon: desde un marco teórico claro y definido, se puede sacar provecho sociológico de la experiencia personal como una fuente de creación de conocimiento en ciencias sociales. La autobiografía no es un capricho narcisista.

De hecho, en estas lecturas, recordé la ponencia de un investigador en el seminario sobre ciudad y religión en Barcelona, que, en octubre del año pasado, exponía los *Autoportraits of the self* y argumentaba que una cosa era la idea de la “selfie” —como el autorretrato espontáneo, prisionero de lo que se quiere comunicar, de la tecnología que lo soporta o difunde, de la ideología del yo exitoso que está detrás—, y otra cosa es un retrato del “self” —que más bien introduce en la narrativa del yo, lo colectivo, un “yo social” que se pregunta cómo lo social hizo, en interacción con el sí, lo que soy ahora con todas las implicaciones—. Esa perspectiva, aseguraba el colega, trae consigo necesariamente el problema de la escritura personalizada, de los pasajes absolutamente personales que entran en el argumento: no se puede separar el trabajo analítico de la escritura en primera persona y de las experiencias personales vividas por el sujeto (en cierto sentido, la escritura “científica” y fría no existe —sobre todo en ciencias sociales).

⁷¹ Didier Eribon (2016). *Principes d'une pensée critique*. París: Fayard.

Vuelvo a mi libre lectura de Eribon, que habla del “proyecto de escritura del sí o de escritura sobre el sí”,⁷² es decir, que el sí y su historia es un insumo para la sociología —necesariamente inscrito en una postura teórica, una idea del sujeto y la sociedad con implicaciones conceptuales—, pero subraya la distinción entre el autoanálisis, que se basa en datos “verdaderos” —con todas las comillas necesarias— como fuente principal y los marcos sociales que definen la realidad en la que se inscribe mi historia, *versus* la autoficción que, inspirándose de la experiencia del yo, se permite construir una narración más allá de lo realmente ocurrido dejando que la elucubración —y no la imaginación— sea lo que guíe sin límite alguno. Por supuesto que esto no niega la certera máxima de que “la historia no es como fue sino como la recordamos”, que conlleva la implicación del responsable de la escritura, pero precisamente el enfoque del autoanálisis debe tomar en cuenta las condiciones de la reconstrucción del recuerdo y su puesta en narrativa. “Lo real es siempre lo que conviene reconstruir”,⁷³ dice el autor invitando a tomar en cuenta constantemente las situaciones de la enunciación que conducen a “las estructuras históricas y sociales en las que estas tienen sentido y significación”.⁷⁴

Es importante la consideración anterior porque esta perspectiva debe alejarse sistemáticamente del peligro de la “sociología espontánea”, de la que hablaba Bourdieu en el *Oficio del sociólogo* y de la idea de “sinceridad” de la palabra que critica Dubar en *Analyser les entretiens biographiques*. No se trata de recolectar y reproducir “la palabra de los actores” ingenuamente creyendo que son neutras y transparentes, se debe tener en cuenta que en sí mismas no tienen “un principio de coherencia”

⁷² *Ibid.*, p. 17.

⁷³ *Ibid.*, p. 75.

⁷⁴ *Idem.*

natural, y que es el investigador, a través de su filtro teórico y su re-escritura —como sugiere Bourdieu en la *Miseria del Mundo*—, quien hace de los relatos naturales un producto sociológico; crea conocimiento en una nueva narrativa.

El principio epistemológico que estaría en el centro es: “entender y comprender la implicación del sujeto que habla y que escribe en todo lo que dice o escribe, y, consecuentemente, trazar la genealogía histórica de esta implicación”.⁷⁵ Eso conduce a preguntarse en el relato del sí, “quién escribe la autobiografía y de quién habla [...], cuáles son las categorías de percepción del mundo social que ponemos en obra para reconstruir el pasado vivido y dibujar así el retrato del niño que fuimos”.⁷⁶ Dicho de otro modo, cómo se construyó al sujeto de nuestra infancia, cómo se formó o transformó a lo largo de su historia, habida cuenta que ningún individuo es un ser aislado: está siempre atado a sus “pertenencias de clase, género, raza, étnica”. Cada uno, subraya el autor, lleva el sello de su lugar social, que va marcando sus experiencias y está explícito en un trabajo. En su caso, es la idea de ser tráfuga territorial y sexual lo que lo llevó a París dejando atrás las prisiones de su lugar de origen (para mí las tres instituciones que marcaron mi adolescencia fueron la escuela —católica y de varones—, el barrio —católico de clase media alta—, la familia —de izquierda y con fuerte herencia católica, por parte de mis abuelas—; y mi huida es a México).

En una opción intelectual de esta naturaleza, el problema de la escritura —y por tanto de la literatura— está siempre presente de distintas maneras. Las preguntas sobre cómo escribir, por “dónde comenzar, hasta dónde llegar” están siempre presentes y se abre la certeza de que la empresa del trabajo sobre uno mismo es, aunque no pareciera, interminable, inagotable y más com-

⁷⁵ *Ibid.*, p. 19.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 20.

pleja de lo que pareciera. ¿Qué camino seguir?, ¿un ensayo?, ¿una novela?, “recordemos que Martuccelli decía que todo sociólogo es un escritor frustrado”, ¿un estudio científico?, ¿una etnografía de uno mismo? La respuesta de Eribon, en su *Retorno a Reims*, es no asumir

ni un gesto literario ni un estudio sociológico, sino que, combinando ambos registros (con el riesgo de desconcertar, ofuscar cada lado, las consideraciones de delimitación rigurosa de los territorios y las disciplinas, poder encontrarse en caminos ya conocidos de la literatura sin sociología o sin teoría y de la sociología sin escritura), movilizándolos en conjunto y multiplicando sus fuerzas respectivas.⁷⁷

El autor no niega la existencia de grandes obras literarias auto-suficientes y de grandes textos sociológicos que reposan en una forma literaria, pero su apuesta es “combinando ambas, encontrar un medio de llevar a delante y restituir la exploración de mí mismo que emprendí sin lo que iba a devenir”.⁷⁸

Son muchas las enseñanzas de Eribon. Me quedo con una tarea pendiente, la tipología resultado del cruce de dos ejes: obras con o sin sentido literario (novela, historietas, fotografías, teatro, pintura, etcétera.); y obras con o sin intención sociológica (teoría, metodología). En el primer cuadrante, cruce de obras con sentido narrativo y sociológico, estarían Jablonka, Fuentes, Sennett, Salgado, Chambi, Carlos Martínez Assad, Diego Rivera, Oesterheald, Peters y Schiuten. Hay que construir el cruce de literatura sin sociología, y el cuadrante de la intención sociológica y teórica sin narrativa (el grueso de la sociología dominante). El último cuadrante estaría vacío.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 58-59.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 59.

LUNES 20 DE MAYO DEL 2019

UN CIENTÍFICO NARRADOR DE HISTORIAS

ME HE ENCONTRADO CON LA entrevista a Paul Stoller,⁷⁹ un antropólogo muy interesante que ha sostenido ideas muy parecidas a las que yo estoy pensando en este tiempo.

Cuenta que un colega suyo alguna vez, tras ver que a sus textos les faltaba algo, le dijo “si quieres hacer bien tu trabajo, tienes que contar una historia, y tienes que contarla de tal manera que mis nietos y tus nietos puedan leerla y discutirla”.⁸⁰ Se tomó en serio el comentario y ahora escribe pensando que sus obras puedan ser leídas en el futuro: “las teorías irán y vendrán, pero los relatos que vivimos y contamos pueden pasar la prueba del tiempo. Así que ese ha sido mi reto, escribir lo que yo llamo relatos teóricos (*theoretical stories*). Relatos que, indirectamente, hablan de temas y teorías antropológicas”.⁸¹

Evoca que, en un delicioso diálogo con Jean Rouch, al intentar responder sobre el sentido de su trabajo, el para qué del antropólogo, Rouch le dijo:

cuando estás haciendo tu trabajo, hay tres públicos. El primer público eres tú mismo; tiene que satisfacerte al pensar: “¿esta obra

⁷⁹ Cristina Moreno Lozano y Juan Antonio Flores Martos. “Los desafíos de contar historias en la actualidad. Entrevista con Paul Stoller”, *Revista de Antropología Iberoamericana*, volumen 14, número 2, Mayo-Agosto 2019, pp. 191-203.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 195.

⁸¹ *Ibid.*, p. 196.

satisface mis propias condiciones estéticas?” El segundo público son las personas que están siendo representadas o filmadas. ¿Pensarían que es una representación fiel de su sociedad? Y el tercer público es el público en general, ¿no? Pero los tres están interconectados. Mi trabajo siempre ha sido antropología pública. Todos mis escritos, excepto algunos de mis artículos en revistas científicas; todos mis escritos están estructurados por la narrativa. Y lo maravilloso de la narrativa es que puede crear un ambiente en el que la complejidad puede ser descrita y explicada. Pero no de manera directa, sino indirecta. Hay algo en la narrativa que conecta a la gente, conecta al escritor y al lector.⁸²

El autor confiesa que estamos viviendo un momento de rigidez institucional que no permite la creatividad y más bien castiga las propuestas fuera de la corriente principal —incluso su libro fue rechazado por diez editoriales antes de encontrar salida en una editorial de prestigio—, pero llama a la insistencia y la perseverancia. “Me veo a mí mismo como un narrador de historias”, dice Stoller y sus palabras resuenan contundentemente en mi espíritu.

DISTRIBUIDOR DE HISTORIAS CORTAS

En la Gare du Nord, me encontré con un curioso aparatito de la empresa nacional de trenes. Es una máquina que “regala un pequeño placer para leer”. Tiene tres botones: 1 minuto, 3 minutos, 5 minutos. De acuerdo con cuál aprietes, sale un rollo con la impresión de una historia pequeña que requiere del tiempo escogido para su lectura. Te llevas el papel en el bolsillo y luego lo desechas, pero te quedas con el recuerdo de lo leído. Como soy

⁸² *Ibid.*, p. 197.

curioso, apreté los tres botones, y tuve diez minutos de agradable distracción mientras hacía mi recorrido. Al final del pequeño papel, está inscrita la siguiente frase: “La Gare du Nord le acompaña en sus trayectos cotidianos y está feliz de ofrecerle esta nueva historia”. Preciosa e imaginativa iniciativa. Me recordó a aquellos poetas que en el metro en México leen sus letras y a veces las regalan en fotocopias. Qué mejor que una buena historia para acompañar los viajes —largos o pequeños.

6 Y 7 DE JUNIO DEL 2019

COLOQUIO *BOURDIEU ET LES AMÉRIQUES*.
UNE INTERNATIONALE SCIENTIFIQUE

HE PARTICIPADO EN EL COLOQUIO sobre Bourdieu recordando muchas cosas de aquellos dinámicos años. En mi cuenta de Facebook puse la foto de aquel encuentro en París —que tengo colgada en mi oficina en México— acompañada del siguiente texto:

Mañana en el evento *Bourdieu et les Amériques*, participaré con la ponencia “Entre los Andes y México. Múltiples facetas de la sociología de Bourdieu”.

Recordaré aquel Bourdieu de finales de los noventa, cuando impulsamos las maravillosas jornadas de discusión de su obra en Bolivia con implicaciones políticas fundamentales, en tiempos del neoliberalismo internacional. Luego, comentaré las etapas del sociólogo en la sociología mexicana, que pasó de ser recibido como epistemólogo en los 70, a ampliar su campo en múltiples vertientes en los 90 y a estallar en distintas agendas en nuestros días (comentaré el libro que coordinamos con Roberto Castro). Curioso, mientras que en Bolivia se recupera Bourdieu en su dimensión de intervención en lo público; en México no sale del ámbito académico, aunque ahí es muy fructífero. En fin, mucho de qué hablar sobre ese fabuloso autor y su relación con América Latina.

Les dejo una memorable foto de 1998; luego de haber compartido los avances de mi tesis en su seminario, nos fuimos a comer al restaurante del frente de la EHESS. Está Michael Löwy, Pierre

Bourdieu, y yo. La foto la tomó mi entrañable amigo Franck Poupeau, responsable no solo de la toma, sino de muchas cosas más.

Ojalá que más adelante pueda escribir un texto, tengo ya los materiales y la organización, habrá que encontrar el tiempo... He tomado notas en mi cuaderno azul.

(He empezado a tomar notas a mano siguiendo el comentario de mi amigo Joshua, que decía que cada vez hay más estudios que muestran que el uso de dispositivos en las clases van en contra del conocimiento y no a favor. Es cierto que no se puede ir tan rápido como en el teclado, pero lo que queda escrito, diagramado, dibujado, con flechas y rayones, es mucho más eficaz como “notas” para luego pensarlas y darles una salida en otra estructura. Es la diferencia entre dactilografía y escritura: el dispositivo nos hace más rápidos y eficaces para la toma de datos, pero no para la producción de ideas que atraviesen por el cerebro y que vinculen otras cosas provocando otros resultados).

Muchas ponencias me han despertado ideas, pero voy a referirme a la discusión Loïc Wacquant y Sergio Miceli, ambos muy cercanos a Bourdieu; uno, brasilero y el otro, americano-francés. Todo surgió de la exposición de Wacquant, que expuso sus tres roles en la promoción Bourdieu en Estados Unidos, y contó detalles de tres grandes viajes: Chicago, Nueva York y Berkeley. Dijo cosas muy simpáticas, desde los entretelones institucionales de la invitación de un gran autor y la tarea de gestionar con las autoridades locales, hasta los miedos y angustias personales de Pierre Bourdieu antes de dar una conferencia en inglés, y sus estrategias para no cometer tantos errores lingüísticos y aplacar sus temores. Por supuesto que todo esto entre anécdotas y consecuencias epistemológicas de su encuentro con otra academia. Algunas frases: “podemos hacer una revolución científica”, “si en algo soy original, es que no hago teoría” (Wacquant estaba

muy entusiasta porque se iban a publicar sus libros teóricos en Estados Unidos). Alguna vez cargó una maleta pesadísima, ¿por qué?, indagó Wacquant: “por si me preguntan algo que no pueda responder, cargo conmigo mis libros”. Contó algunos detalles jocosos, como las ofertas de trabajo con salarios locos —si entendí bien, en un mes ganaría lo que ganaba en un año en el Colegio de Francia—; nunca tuvo cenas personales, siempre de trabajo, solo alguna vez lo hizo con Geertz y no resultó bien; no quiso recibir premios *honoris causa*, solo el premio Goffman de Berkeley, que creó Wacquant para él. Wacquant dijo que él era un *éclateur*, *ramoneur*, *impressario* de Bourdieu en Estados Unidos. *Éclateur* en el sentido de que lo hace explotar, que lo provoca a estallar; *ramoneur* el deshollinador, el que limpia chimeneas para que fluyan bien, una especie de compañía psicológica que lo tranquilice para que todo salga como lo planeado; *impressario*, en el sentido de representante que tienen los artistas, que los llevan de un lado a otro, que negocian sus conciertos, etcétera. Curiosa combinación. Un promotor, empresario y coach —lo diríamos así en código mercantil de moda.

Al final de la exposición, alguien en el auditorio preguntó por qué Pierre Bourdieu discutía con autores americanos y viajaba tanto a Estados Unidos y, por el contrario, nunca citó un autor brasileño y no quiso viajar al país del sur siendo que tenía un equipo enorme y un impacto mayor en Brasil. Sergio hizo un comentario interesante porque se mostró sorprendido —en el límite de lo molesto— por el relato guerrero de Wacquant sobre la conquista de Pierre Bourdieu en Estados Unidos. En el aperitivo, le pregunté a Wacquant por qué el entusiasmo por Estados Unidos y no por Argelia, el mundo árabe que conocía bien o por América Latina; por qué el empeño, como cruzado medieval, hacia el corazón del imperio de la dominación mundial y

esforzarse por ser legítimo ahí, en vez de crear una red de resistencia internacional entre los países periféricos, lo que hubiera implicado volcar la mira hacia los distintos *sures* del planeta. Me dijo que, en realidad, su intención era introducir las ideas en el lugar del poder central como una estrategia crítica, y en parte, también, dijo, estaba prisionero de las formas de dominación del país dominante.

La discusión es tremendamente interesante. Se puede hacer una lectura crítica de Pierre Bourdieu y pensar que, en su relación con el mundo, reproduce los patrones de jerarquía y con ello, en el fondo, consolida la distribución desigual del poder científico en el ámbito internacional. Se podría decir que, de alguna manera, sigue un patrón del colonialismo intelectual, que reproduce la dominación internacional del saber, en vez de fortalecer las redes de otros centros periféricos. Como si su propuesta de “intelectual colectivo”, que funciona bien en Francia, se diluiría en su esfuerzo frenético por colonizar Estados Unidos y construir el “intelectual fuerte” de referencia. Queda como agenda la pregunta sobre cómo se relacionaba Pierre Bourdieu con los países y cómo eso en el transcurso de su vida fue cambiando. Entre el joven aprendiz Pierre Bourdieu de Argelia y el misionero en cruzada intelectual de legitimación en Estados Unidos hay cuatro décadas; al medio está Brasil, Bolivia, Argentina y —algo— México. Es claro que sus intereses no son los mismos, sus estrategias varían y no hay muchos textos que cuenten comparativamente esos entretelones que podrían muy bien conducirnos a hacer con Pierre Bourdieu la sociología que él nos enseñó.

Ah y algo más para cerrar: Franck habló al día siguiente de la diferencia que hay entre pensar o retomar un Bourdieu para “ser aplicado” en múltiples lugares lo que lleva la idea de dogma, de los aprendices y reproductores muy al estilo de Martha Har-

necker con el marxismo en los setenta, eso lo digo yo—, *versus* tomar al autor como un “modelo operativo”, un “modo de acercamiento y construcción de objetos”, siempre vinculado a problemas concretos, que se reedita, recrea, redescubre cada vez frente a los nuevos problemas que enfrenta, en un clima de flexibilidad e imaginación. Por eso en vez de crear escuelas con discípulos, se trata de impulsar pensamientos e investigaciones que se inspiren y que vayan más allá de lo que se ofrece como dispositivo científico. Una bonita manera de tomar a un autor, contrario a tantos eventos que giran alrededor de la idea de “la actualidad de tal autor”. La propuesta de Franck es otra manera de tomar la herencia de un autor y de hacerlo trabajar a nuestro lado.

SÁBADO 22 DE JUNIO DEL 2019

FIESTA DE LA MÚSICA

DESDE QUE EMPECÉ A ESCRIBIR este texto, he intentado evitar “el lugar común”, el comentario turístico —en el límite colonial del deslumbramiento por las ciudades correctas, en este caso, París—, pero a veces no puedo negar que me quedo pasmado, encantado, seducido por algunas maravillas que veo. Anoche fue la Fiesta de la música.

Tres momentos. Primero fuimos al museo de Delacroix, que está en una plaza interna, chica, con cuatro árboles alrededor, del corazón del Quartier Latin. En el jardín del precioso inmueble que alberga parte de la obra del pintor, tocaba un grupo de Senegal; eran tres músicos, vestidos con trajes típicos y acompañados de dos instrumentos, un balafón y una kora. Otra persona bailaba escenificando las piezas sobre el pasto. Todo en un espacio pequeño. Sublime. Solo fueron tres canciones, suficiente para entrar en el mundo senegalés, con una cadencia inigualable, un regalo.

Salimos deambulando por las calles y pequeñas galerías de autor que abundan, guiados por el oído. Llegamos a un gentío que prácticamente había tomado todo el espacio de una acera a la otra —casi imposible pasar al otro lado—. En la “entrada”, mientras nos acercábamos al semicírculo saturado de gente, una mujer nos ofreció un libreto que no acepté por ignorar de qué se trataba, luego entendí que nos estaban prestando un cancionero fotocopiado para poder cantar con todos. Al centro un señor mayor encima de dos escalones chicos, con un micrófono en mano.

A sus espaldas se reproducía —de manera muy artesanal— la melodía de lo que se conoce como la *Chanson française*. Él con su micrófono cantaba una pieza típica y todos los que estaban alrededor, leyendo el librito recibido previamente, acompañaban. No había un sentido de espectáculo, sino la voluntad de compartir. Cuando terminaba una canción, se bajaba, consultaba con los demás y, conjuntamente, se decía qué se iba a cantar. Ponía la música en el reproductor casero, se subía a los escalones y empezaba. No lo hacía mal, pero claramente no era un profesional, era un vecino que quería compartir con quienes fueran, las melodías que son suyas y de todos. Antes de irnos, cantamos una de las clásicas piezas de Edith Piaf. En código boliviano, era como una gran verbena, todos coreando lo mismo. Una comunión cultural preciosa, sencilla, formidable.

Pasamos por uno de los puentes del Sena también escuchando a todos los que querían compartir alguna melodía. Nos introdujimos en las calles alrededor de Châtelet y quedamos en un pequeño local africano. En la puerta pusieron una bocina y alguien se encargaba de poner música. No era grande, pero la treintena de personas que ahí estaban, entre que comiendo y tomando, familias, jóvenes, viejos, niños, se paraban a bailar con esa inconfundible gracia africana que fusiona danza con armonía. La luz era tenue, hacía un poco de calor mientras los cuerpos se movían al ritmo negro.

En fin, una delicia. Llegamos a casa —la entrada de la línea 4 del metro estaba a unas cuadras— y me sentí satisfecho por haber vivido una experiencia tan especial. Una noche difícil de olvidar.

28 DE JUNIO DEL 2019

UNA HISTORIA EXTRA-ORDINARIA

AUDREY TENÍA NUEVE AÑOS cuando alguien entró a la pequeña empresa de sus padres en Bretaña y les ofreció comprársela. Sin pensarlo mucho, aceptaron y empezó a volar el nuevo proyecto: viajar. Vendieron todo, casa, coches, bienes. Compraron una autocaravana, la adecuaron completamente, y decidieron partir al sur, hacia África. La familia, dos niños y los padres; empezó una travesía apasionante que duraría diez años. En Bretaña solo se quedó un pequeño inmueble que fue rentado y que, en parte, ayudaba a sostener el desplazamiento, además, claro, la gran familia, abuelos, tíos, primos y amigos.

Durante una década viajaron por todos lados, desde India hasta Paraguay. A veces subían a un barco con todo y coche y, según la condición del país, en términos de visa y acogida oficial, se quedaban un día o nueve meses. Todo podía variar, no había nada programado. Como la brújula no indicaba una ruta específica, en el camino iban conociendo a otros viajeros con quienes compartían información sobre qué lugares eran peligrosos, cuáles los más seguros y cuáles los más recomendables.

¿Y la escuela? Diariamente, estén donde estén, los padres asumieron el rol de la enseñanza de los niños. Pasaban clases siguiendo las guías francesas. Así, cuando volvieron a Francia, Audrey con diecinueve años y su hermano con diecisiete, pasaron el examen del “bac” sin problema, empezaron a estudiar en la universidad, ahora ella está por terminar un doctorado en geografía y su hermano empieza uno en matemáticas.

A la vuelta, la carga más difícil fue para los padres. Luego de diez años de estar fuera, tuvieron que volver a acostumbrarse a vivir en Bretaña. Ella partió a Lyon a continuar su carrera. Audrey cuenta, con mucha emoción, aquellos años de desplazamientos, el conocimiento de las culturas, el sentido de moverse de tantos contextos. Sus ojos brillan cuando recuerda los episodios, los atardeceres, los aprendizajes.

Quedé fascinado por su historia, no por ser una ruta que hubiera querido tomar, sino por el testimonio de que no hay modelos qué seguir. Por la contundencia de transgredir con lo que se supone que tiene que ser y hacer una “familia moderna” —tener una casa, un trabajo estable, mandar a los hijos a la escuela, contratar decenas de seguros, pagar sus tarjetas de crédito, y un largo etcétera—. Me encanta la sensación de libertad, de abrir otras sendas para enfrentar la vida de otra forma.

Alguna vez conocí a una chava belga que me contó que sus padres, al calor de los años sesenta, decidieron comprar colectivamente un terreno y, en lugar de endeudarse y construir cada uno una familia, hicieron una gran comunidad donde los niños compartían las cosas como hermanos, todos se cuidaban y la responsabilidad de atender el espacio era compartida. Su comunidad utópica funcionó y ahora ella terminaba un doctorado en antropología. Era, igual que Audrey, otra manera de vivir, de entender el proyecto de la vida.

En fin, Audrey me devolvió las ganas de cuestionar mis propias “definitividades”, mi propia manera de construir los pilares de una “vida correcta”.

VIVIR EN BOLIVIA

Hace algunos años le pregunté a un amigo europeo —radicado en La Paz hace treinta años, casado con boliviana, con hijos e

inmuebles consolidados— sobre su relación con el país. Me contestó que, por supuesto, adoraba Bolivia, aunque lo único de lo que tenía miedo y en la única ocasión en la que sacaría a relucir su pasaporte extranjero, sería si tuviera algún conflicto con la justicia y quedara atrapado en un laberinto insalvable de juzgados y abogados.

Ayer le pregunté a otra persona que me haga una evaluación sobre su vida en Bolivia. Me dijo que apreciaba muchísimo el país, la cultura, la comida, los servicios baratos y fáciles, la posibilidad de encontrarse a todos en Sopocachi y vivir en una escala administrable, pero que le asustaba, por un lado, tener un problema de salud y caer en manos de un médico poco profesional que le causara más problemas de los que ya tuviera y, por otro lado, quedar atrapada en alguna telaraña de algún extraño juicio entre sentencias y burocracia interminable.

No es casual el lema “Cuídate de la justicia boliviana” —parece que todos lo han comprendido bien.

MARTES 2 DE JULIO DEL 2019

CAMBIO DE CASA. EL NUEVO CICLO

ESTOY EN UN CAFÉ EN LA AV. FRANCIA, cerca de la estación de bus Émile Durkheim y a una cuadra de la Biblioteca Nacional de Francia (BnF). Suelo venir en las mañanas, es un local demasiado comercial, simplón y de café mediocre, pero está a la mano, a unos pasos antes de la biblioteca. Ya he establecido una rutina con la que me siento cómodo: salgo temprano de casa, vengo en bicicleta, la estaciono al frente de Decathlon que, además de ser una tienda de asuntos deportivos —que me encanta, hay todo para mi bici—, tiene seguridad en la puerta, pues las bicis son dulces para los ladrones; luego paso a la BnF y me vuelvo antes de comer —otra media hora de ruta y ejercicio.

El caso es que hoy es un día especial porque temprano le avisé a la dueña de casa que, a partir del 1 de septiembre —en dos meses—, dejaremos su departamento. Es una decisión arriesgada, no tenemos nada a la vista y rentar en París es complejo, más por mi extranjería y por mi situación laboral *sui generis* (ser pagado por una instancia extranjera no es lo común). En ese departamento hemos vivido momentos muy especiales; la llegada, cada una de las barreras superadas, los primeros meses, los vinos frescos tomados en verano, las fiestas, las visitas, el balcón y la vista al Sagrado Corazón. Mucho. El barrio ha sido adorable, lo que inicialmente parecía como peligroso se convirtió en nuestro hogar y, si tuviera la ocasión, no dudaría en comprar un inmueble en la zona, llena de extranjeros africanos, con otros

colores y culturas, con una lógica de calle distinta —con sus bemoles, sí, pues cinco veces quisieron robarme—. Y al lado, Montmartre que, a pesar del turismo, guarda un encanto de antaño y una vista privilegiada. Bueno, todo eso está por acabarse.

La próxima etapa parece más incierta y, por lo pronto, arriesgada por el cambio y todo lo que implica. Habrá que ver cómo resolvemos eso. No queda más que confiar en el destino, en mi “ángel de la guarda”. Como los pasos al vacío de Indiana Jones...

Y escribo esto porque también creo que este diario empieza a llegar a su fin. Me había puesto como parámetro escribir durante un año. He pasado la fecha de inicio porque las primeras letras fueron en marzo del 2018, pero la llegada a París en agosto. Las últimas semanas he escrito muy poco, en parte porque estoy con demasiada carga de trabajo entre conferencias, ponencias, escritos y estudiantes (y he dejado pasar episodios que hubieran dado para páginas enteras), pero, por otro lado, porque mis impresiones “frescas”, iniciales empiezan a aplanarse, he naturalizado muchas cosas y ahora para escribir sobre algo me exijo más, quiero salir de mi primera impresión, busco otros argumentos, lo que me lleva a tener que redactar ensayos sobre cada tema —lo que antes fluía con más facilidad—. Estoy en el típico registro del viajero, la sorpresa ya no juega tanto y mi autoexigencia intelectual se instala con más fuerza, lo que, en realidad, bloquea mi escritura cotidiana.

Ya habrá el momento de hacer un balance de este diario, cuando le ponga punto final, seguramente en unas semanas. Pero ahora me queda claro que ha sido un espacio distinto a lo que hice en *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*. Aquí, además de que he estado mucho más involucrado en la vida universitaria, he intentado reflejar el ambiente intelectual, las conferencias, mis lecturas, mis encuentros y, a la vez, las impre-

siones más ordinarias. Tal vez por eso es más rico en unos temas y más pobre en otros.

Decía, empieza un nuevo paso en el vacío. Se asoma por la ventana, otra vez, la mudanza.

13 DE JULIO DEL 2019

SÁBADO, VOLVIENDO A PARÍS

EL COLOQUIO DE LA Sociedad Internacional de Sociología de las Religiones, al que asistí toda la semana en Barcelona, no fue extraordinario. Más bien plano. Temáticamente pobre, salvo algunas mesas. Un panel central fue estimulante, con interpretaciones que abren pistas, pero, en general, pocas luces. La conferencia central la dio el presidente de la SISR sobre la secularización. Hizo una revisión del concepto, mostrando sus momentos más lúcidos y su actual estancamiento, y su propuesta de renovación fue, a mi parecer, una razón más para entender la pobreza analítica. De hecho, presentó la secularización como un camino —un proceso teleológico con diferentes velocidades— mostrando cuadros cuantitativos sofisticados elaborados con datos de Europa y Estados Unidos, y pretendía probar que todos vamos hacia allá.

Lo que más me molestó fue el tema lingüístico. Primero, hubo una rica discusión en la revista *Social Compass* sobre el proyecto “Multilingüa”, que consiste en enviar el texto en francés o inglés, pero poner en línea la versión original con la misma señalización de páginas. Inteligente propuesta de Jean Pierre Hiernaux. Un modelo para otras revistas, pero el tema abre la compleja discusión de la lengua, en un contexto de predominancia del inglés que aplana todo. La orientación de la dirección de la SISR es ir con más entusiasmo hacia el unilingüismo, la americanización total. Alguien contaba que la discusión es antigua en la SISR. Hace cincuenta años empezó con el francés como

lengua, luego hubo un bilingüismo pactado como una salida poco resuelta, de hecho, el nombre de la asociación en francés no es exactamente el mismo que en inglés. Y ahora es el mejor momento del inglés, casi todas las plenarias fueron en esa lengua, incluso hubo personas que se salieron de las mesas mostrando su enojo cuando se llevaban a cabo en otro idioma. En mi caso, en el curso que di al final, había cinco personas que no hablaban español y si cambiaba al francés no iba a funcionar; así que no tuve otra opción, no salió tan mal, aunque mi nivel de inglés no es muy bueno.

Lo indignante fue que me enteré de que hay un premio a los mejores artículos y libros publicados en los últimos dos años por miembros de la SISR, pero tienen que haber sido publicados en inglés o francés. En el grupo lingüístico, que, entre otras cosas, somos la mayoría, pedimos como reivindicación que podamos presentar textos en español y portugués, y que un miembro del consejo pueda leer estas lenguas. Fue rechazada nuestra propuesta, nadie la apoyó, ni siquiera quienes pensábamos que podrían ser aliados.

Me quedó claro que el colonialismo de la lengua es brutal y opera de manera directa y violenta en este tipo de instituciones. Es impresionante. Esta discusión ya estuvo en la SISR desde hace décadas, incluso recuerdo haber participado en ella un tiempo atrás sin ningún avance ni logro. No lo considero una decepción porque nunca tuve muchas esperanzas de que algo ahí se cambie, pero es una confirmación de que esta asociación no dará nada en ese punto. Ya recuerdo por qué dejé de participar en sus reuniones — tenía buenas razones.

15 DE JULIO DEL 2019

VIAJE A BARCELONA (SEGUNDA PARTE)

ALGUNAS IMÁGENES QUE RECOJO DE BARCELONA.

Libro 1. *Humor cristiano*, de Alberto González Vázquez. Es una portada provocadora, Cristo en calzoncillos en la cruz. Al lado, una serie de vestidos de distintos tipos: playeras, camisa y corbata, guayabera, traje de torero, falda, bermudas. La imagen recuerda aquel entretenimiento de infancia de mi generación: una imagen con su ropa alrededor, todo en una hoja para recortar y cambiar las prendas a la figura de papel emulando distintas situaciones. Puse la foto en mi muro de Facebook y hubo dos reacciones polares: unos indignados hablaron de “escarnio”, “oligofrenia en su máxima expresión”, y otros encontraron gracioso el guiño al símbolo máximo del cristianismo.

Libro 2. *Putita golosa. Por un feminismo del goce*, de Luciana Peker. La evocación más sensual: una mujer sostiene una paleta de helado que lo lleva entre los labios, solo se ve la mano y parte del rostro. Tengo la sensación de que una de las orientaciones del feminismo —la dominante en este tiempo— es escandalosamente conservadora y que, en el fondo, en su búsqueda de paridad e hipersensibilidad frente a los masculino, aplana y destruye la sexualidad. Eso ha conducido a una cacería de brujas confundiendo la denuncia legítima con el derecho libre de acusación sin prueba, que conduce al fusilamiento mediático. Pero, sobre todo, ha eliminado la sutileza de la seducción —que implica grados de transgresión y osadía— normalizando el juego más antiguo, entretenido y barato de la humanidad. Me daría la

impresión de que ese título devuelve al feminismo uno de sus mejores rostros: la sexualidad libre y gozosa de la mujer con los límites que ella decida poner rompiendo toda categoría y estigma. Ojalá que, en los próximos años, el feminismo gozoso se imponga al feminismo punitivo, y volvamos todos al sexo libre sin ataduras, ni roles, ni culpas. Que volvamos a los cuerpos. Así todos ganamos. Eso me evoca ese libro (habrá que leer el contenido).

Libro 3. *Libro de la serpiente*, de Alan Moore. Juguetón inicio que da sentido a toda la propuesta:

Página 1: La magia no existe

Página 2: magia no existe

Página 3: no existe

Página 4: existe

Libro 4. *La vía del creativo*. Guillaume Lamarre. Aunque se ve que es un libro hecho para caerle bien al mercado y generar réditos a la editora —o eventualmente al autor—, hay detalles, frases como máximas, que me encantan —aunque ya sé, algunos las encontrarán un poco cursis y obvias.

“Escribe el libro que quieres leer”

“Si cavas un hoyo en el lugar equivocado, cavar más hondo no te va a servir de nada”. Seymour Chwast

“Durante toda su vida mantuvo el gusto por lo sublime y puso todo su empeño en fabricar grandes circunstancias con pequeños hechos”. Jean Paul Sartre.

Toma 1. En el comedor del lugar donde me alojo, hay un letrero simpático: es la imagen de un niño con un vestido rosa, corona y zapatillas blancas. La pregunta ¿qué es un niño vestido de

princesa? Y hay tres opciones: Un niño gay, un niño que quiere ser niña, un niño vestido de princesa. La última tiene una palomita. Me encanta la intención de romper los roles, liberarse de convenciones y dar libertad a las elecciones.

Toma 2. En el baño de varones de un restaurante, en el muro donde hay dos urinarios, la imagen de dos guapas mujeres con escotes generosos miran asombradas hacia abajo. Solo una frase: *This is incredible!*

Toma 3. La maravillosa catedral de la Sagrada Familia —obra espectacular de Gaudí— convive con un letrero de organización urbana que atrás tiene decenas de pequeñas pegatinas simplonas con mensajes sin importancia y, arriba, en la cima de las torres, una grúa moderna que se ocupa de reparar la construcción.

El viaje a Barcelona ha reforzado mi intuición de que es un espacio maravilloso. Es un lugar donde me gustaría vivir, no lo dudo. No tiene la arrogancia y grandeza que se esfuerzan en mostrar ciudades como México, Nueva York o París, sino la finura y discreción como Guanajuato o Oaxaca. Es una pequeña joya, chica, sutil, seductora. Muestra lo que debe mostrar, no más, pero lo que enseña es delicado, impecable. Sientes culturas, comida, arquitectura, tonos de piel, chorizo y mar. De fondo lo político, heredera de luchas y resistencias que todo el turismo y la renovación urbana para recibirlo no ha logrado esconder. Ciudad de acumulación, de Gaudí y modernismo, de clase obrera y migrantes. Ciudad puerto y arena, callejones y ventanas. Y ropa, mucha ropa secando en las ventanas. Ciudad para regocijar el paladar y la vista, ciudad para no partir —o hacerlo para volver más temprano que tarde.

Lo mejor: conocer a Roger Canals y dar juntos el taller sobre cultura visual. Roger hizo una parte de la agenda que yo hubiera querido desarrollar: es cineasta y antropólogo. Ojalá se abran rutas para proyectos juntos, hay mucho qué compartir y descubrir.

22 DE JULIO DEL 2019

UNA CITA EN EL PERIÓDICO

HACE AÑOS LEÍ ALGUNA NOVELA de Andrea Camilleri, ahora me encuentro con una entrevista preciosa y recojo algunos pasajes. Le escribe a su bisnieta, a los 93 años, una carta larga sabiendo que el desfase etario es insalvable. “Tengo la plena conciencia, debido a mi propecta edad, de que no se me concederá el placer de verte madurar día a día, de escuchar tus primeros razonamientos, de asistir al crecimiento de tu cerebro... estas líneas mías pretenden ser un pobre reemplazo de ese diálogo que nunca existirá entre nosotros”.⁸³ Pienso tanto en mi abuelo José María, que murió cuando mi mamá, Beatriz, era una niña. Sabía que estaba enfermo y que iba a partir pronto, y las últimas semanas las dedicó a transmitirle enseñanzas básicas, sencillas, pedagógicas, con todo el cariño de quien sabe que tiene el tiempo en contra. En ese mismo sentido, dice Camilleri: “No me da miedo morir, simplemente me molesta sobremanera tener que dejar a las personas que más quiero”.⁸⁴

En otro tema, quien fue militante del nazismo y, luego, del comunismo hasta sus últimos días, advierte que “derrotada o victoriosa, no hay bandera que no destiña al sol”. Sabio legado sobre la política.

⁸³ Tereixa Constenla (20 de julio del 2019). Las batallas del bisabuelo Camilleri. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/cultura/2019/07/20/actualidad/1563641040_061417.html>

⁸⁴ *Ibid.*

JUEVES 25 DE JULIO DEL 2019

LA DUDA

EN UNA DE LAS SALAS DEL Centro Pompidou me encontré con una frase en una instalación: es un hombre parado con camisa blanca y bermudas mirando de frente a la cámara, que en el pecho se le inscribió *Je doute de tout*. Aunque no soy amigo de las selfis me tomé una, subí la foto a mis redes sociales reproduciendo el mensaje: “Dudo de todo. El principio del sociólogo”. Sí, siento que mi disciplina se construye sobre la duda, más que sobre la certeza. La desconfianza en el límite de lo enfermizo es lo que nos debe caracterizar a quienes pretendemos ejercer ese oficio. No creer las verdades impuestas, develar lo que hay detrás de ellas, los intereses ocultos.

En cierto sentido la instalación me trajo a la mente la lectura de la historieta que acabo de comprar, *Suero*,⁸⁵ donde la trama gira alrededor de un líquido que se inserta en las personas para que solo puedan decir la verdad. Debo un comentario más extenso sobre ese texto, por ahora solo ese guiño entre la duda y la verdad. Complejas condiciones de lo humano.

⁸⁵ Cyril Pedrosa y Nicolas Gaignard (2019). *Suero*. Barcelona: Norma.

29 DE JULIO DEL 2019

CITACIÓN LEGAL

RECIBÍ UN ODIOSO CORREO DONDE me informan que me abrirán un juicio por no haber pagado cincuenta euros del restaurante de mi hija. Efectivamente, entre tanta cosa, se me pasó hacerlo. Ya lo hice, pero me pregunto por qué esta agresividad amenazante de Estado. Cuestiones de la burocracia francesa...

CASA DE MONET

Visité la casa de Claude Monet, que se encuentra a un par de horas de París. Mucho qué decir, pero diré poco. Una de las vertientes de la obra de Monet se hizo desde ese recinto o en situaciones y paisajes similares. Por eso la visita al lugar es una experiencia en todo el sentido de la palabra. No se trata de acudir al hogar donde vivió un pintor —como sucede con la Casa Azul de Frida, por ejemplo—, sino de transitar por los lugares que dibujó. Es mucho más que conocer las curiosidades cotidianas de una época, es como meterse a los cuadros, a las imágenes que nos son familiares porque las hemos visto varias veces en los lienzos. La sensación es extraña, diría única. Es como entrar al cuadro o al universo creado por Monet, pero ahora en la realidad. Difícil explicarlo. Imagino que ha de ser como leer Harry Potter y luego visitar el parque recreado con todos sus personajes.

MIÉRCOLES 7 DE AGOSTO DEL 2019

VIDA DE BARRIO

ENTRE LAS COSAS QUE ME ENCANTAN de París es la vida de barrio. En una ciudad donde uno imaginaría que solo hay avenidas y casas dormitorio, hay una vida de barrio intensa. El comercio juega un rol clave, la ausencia de grandes cadenas que homogeneicen el consumo (sea estilo Walmart a lo grande o el Oxxo en pequeñas tiendas), permite que los comercios pequeños jueguen su juego. Así, el bar, cuyo dueño es un señor y no un consorcio, da desde comidas hasta cervezas o café; la *boulangerie* (panadería), *fromagerie* (quesería) o *boucherie* (carnicería) son pequeños negocios que se vinculan con otros comerciantes específicos de alguna región puntual y que venden productos artesanales, únicos. Así, se jactan de, por ejemplo, tener un pan distinto al de la tienda del frente, lo que responde a que el artesano es otro y el grano proviene de otro lugar. En una misma manzana puede haber tres panaderías que hacen el pan ahí mismo y se nutren de harina de campos diferentes. Contrario al monopolio de las grandes marcas y enormes cadenas.

En ese sentido, hemos descubierto una vinatería extraordinaria, ir es una auténtica experiencia parisina. El pequeño local está dividido en tres partes: la pequeña terraza, que no son más que mesas en la acera y, adentro, a la izquierda un estante lleno de vinos, separado a un metro y medio, mediado por un pequeño muro, ocho sillas para no más de quince personas. Entrando se trata de ir hacia la izquierda, al estand de los vinos, donde te recibe un joven con quien platicas tu compra. Lo primero es expli-

carle lo que necesitas, para qué tipo de ocasión quieres el vino (puede ser para tomarlo ahí, lo que tiene un costo extra, o para llevar) y, por supuesto, el precio que quieres pagar. Con esa información, él te sugiere posibilidades explicándote las características de cada botella. Es un lugar formidable, una parada obligada para todos los amigos que me visitan. Alguna vez le di un desafío al vendedor, le dije: “tengo una cena con unos amigos argentinos que trajeron carne desde Buenos Aires; es gente que sabe de vino, quiero algo que acompañe la buena carne, algo muy francés que maride con la carne y esté a su altura (y a precio razonable)”. “Me la pones difícil”, respondió, pero me ofreció un trago que cumplió con mis requerimientos. La visita a la vinería es quizás de lo más estimulante de una noche de fin de semana. Es, lo decía, una auténtica experiencia parisina.

PIAGET Y SUS HIJOS

Encontré el libro Jean Piaget, *Six études de psychologie*. Sabía que el famoso psicólogo hizo una buena parte de sus observaciones poniendo atención a sus propios hijos; por ejemplo, dice “la primera forma del juego simbólico que he observado en uno de mis hijos consiste en hacer como si estuviera durmiendo”,⁸⁶ y continúa con la explicación sobre los objetos y lo que evocan. Lo que a mí me interesa de Piaget —en el contexto de mis reflexiones sobre este diario y sobre la vida personal, la escritura y la sociología— es el uso de la cotidianidad del investigador como parte de las fuentes a las cuales puede uno acudir para explicar muchas cosas. ¿Por qué dejar de lado lo que mejor conocemos —nuestra propia vida— cuando está impregnada de

⁸⁶ Jean Piaget (1964). *Six études de psychologie*. Ginebra: Ed. Gonthier, p. 121.

contenido analítico? ¿Por qué no sacar provecho de ese repositorio de vida social acumulada en nuestra memoria? ¿Son los riesgos de la subjetividad y las “prenociones” durkheimianas tan importantes como para enterrar la trayectoria del investigador? Me parece que no. Lo noble de mi oficio es que todo es analizable, todo es susceptible de sacar provecho. Diríamos, no hay vida que no contenga sociología, no hay vida aburrida, no hay experiencia humana que no contenga la fuerza de lo social.

La sociología que yo hago es una invitación a mirar la vida diaria. Una invitación a explorar nuestro pasado, a entrevistar a nuestros abuelos, a nuestros padres, a remover las cartas de hace décadas, a concentrarse en los adornos de una mesa. Es, como lo hacía Piaget con sus hijos, una apuesta por mirar el entorno más cercano, pero con otros ojos.

11 DE AGOSTO DEL 2019

DESDE LA CDMX

Sobre el diario

VI EN LA LIBRERÍA UN TEXTO titulado *Diario de Londres. Apuntes de un embajador mexicano en Reino Unido*,⁸⁷ de Diego Gómez Pickering. No lo compré, solo revisé algunas partes parado en el estante. Son entradas cortas, como artículos periodísticos, fechados en orden cronológico, en los que aborda desde eventos históricos hasta cotidianidades como un apartado titulado “Fútbol o rugby”. Enrique Krauze, que hace el prólogo, dice: “Compuesto por casi treinta textos breves, todos enfocados en la vida de un diplomático en Londres, el libro es una bitácora de lugares, personajes, hechos significativos o sencillamente curiosos, detrás de los cuales transcurre la peculiar vida londinense”.

Por un lado, me atrae la idea de saber el transitar de un diplomático culto en Londres y, por otro lado, me refuerza la pertinencia de este ejercicio. Si un embajador escribe sobre lo que ve en su misión, cuánto más —y esperemos mejor— un sociólogo puede hacerlo en sus estancias académicas foráneas, como la mía en París. Me gusta el prólogo de Krauze, que califica al autor como “perceptivo, curioso, empático, inteligente, informado”, y la idea de “bitácora” donde caben muchas cosas. Me da la impresión de que, en la sociología, el género del diario podría

⁸⁷ Diego Gómez Pickering (2019). *Diario de Londres. Apuntes de un embajador mexicano en Reino Unido*. México: Taurus.

ser mucho más utilizado y daría estimulantes resultados. Lo mío, desde Nueva York, pero va más allá y apunta en esa dirección.

FAMILIARIDAD INSOPORTABLE
DE LOS MENSAJES COMERCIALES

Acabo de recibir un amistoso y casual mensaje: “Hugo —me llama por mi nombre— te quedo (*sic*, sin acento) lanita de la quincena y solo (*sic*, sin acento) la vas a guardar? (*sic*, no abre el signo de interrogación) Que se ponga a trabajar y que te de (*sic*, sin acento) un extra. Conoce como aqui (doble *sic* por los acentos)”. Es el banco —mexicano, claro— que me envía con particular cercanía y en un lenguaje coloquial con un récord de seis errores ortográficos en quince palabras. Me choca que me hablen con cercanía forzada —como los baristas de Starbucks— y encima sin un cuidado básico en el lenguaje.

ANTONIETA RIVAS MERCADO

Como parte de mi investigación sobre la Virgen de Guadalupe en París, he empezado a sumergirme en la tormentosa vida de Antonieta Rivas, mujer que se suicida en Notre Dame de París en 1930 marcando un hito en la relación de México con la famosa catedral. Eso va a dar para largo, de hecho, ya tengo dos biografías que deberé leer en el avión y otros documentos. Todo aquello va a ir a mi libro sobre el tema, pero, sin duda, también va a alimentar este documento. Me quedo, para empezar, con el libro de la autora *Diario de Burdeos*, que recoge las últimas letras en aquella ciudad antes de su muerte en París.

El libro es una edición cuidada y crítica que trae al final la reproducción del manuscrito original y múltiples pies de página,

que explican los tachones, los reemplazos o sobre escrituras y correcciones de la propia autora. Muestran que es un texto en construcción, inacabado, revisado constantemente tomando rutas distintas a través de cambio de palabras o sustitución de sentidos. La inestabilidad creativa del texto, que es una de sus características, es reflexionado por la propia Antonieta que dice: “Intentar escribir un diario borrado equivale a confesarse y para ello la contrición es necesaria”.⁸⁸ Efectivamente, el diario que jugará con la verdad, lo vivido puesto en relato ordenado de manera cronológica, implica un trabajo cotidiano de filtraje —consciente, intencionado, regular y riguroso— para saber qué se hará público de tu vida. El “borrado” es inevitable y lo que termina siendo publicado —que en el caso de Antonieta no aplica porque la atraviesa su desaparición—, es el fruto de pensar lo pertinente, lo que sí quiero enseñar, el “personaje” que quiero representar en mis letras. Me gusta que Rivas utilice la palabra “contrición”, que es un término religioso que evoca la ofensa a la divinidad, y —ya en un ámbito más bien secular— el “arrepentimiento de una culpa cometida”.⁸⁹ Tendré que hablar en mi otro libro sobre esta compleja relación de Antonieta con lo sagrado, por qué considero su acto como un “martirio profano” y por qué aparece en un libro sobre guadalupanos en París.

Por otro lado, me quedo con un último párrafo donde la autora cita a Nietzsche que apela a no hablar de “dones naturales” ni del “talento innato” de los “grandes hombres” y más bien a fijarse en la —conciencia del artesano— que va conformando un saber hacer en empeñosas prácticas diarias. Dice:

⁸⁸ Antonieta Rivas Mercado (2019). *Diario de Burdeos*. México: UAEM-Siglo XXI Editores, p. 39.

⁸⁹ Real Academia Española.

La receta, por ejemplo, para que un hombre llegue a ser buen novelista, es fácil de dar, pero la ejecución supone cualidades que se tiene costumbre de perder de vista cuando se dice: “no tengo talento”. Que se haga más de un centenar de cuentecillos, de los cuales ninguno cubra más de dos páginas, pero de tal nitidez que toda palabra sea necesaria; que diariamente se escriban anécdotas, hasta que se aprenda a encontrar la forma más plena, la más eficaz; que se sea infatigable recogiendo, describiendo tipos y caracteres humanos; que se relate ante todo con la mayor frecuencia posible y que se escuche narrar con ojo y oído agudo para recibir el efecto producido sobre los demás oyentes; que se viaje como un paisajista o dibujante de costumbres; que para su propio uso se haga derivar de cada ciencia lo que, bien expuesto, produzca efectos artísticos; que por fin se reflexione sobre los motivos de las acciones humanas; que no se desdén indicación alguna que pueda instruir y que se haga uno coleccionador de semejantes cosas de día y de noche. Que en ese ejercicio múltiple se dejen transcurrir diez años; pero lo que a continuación sea creado en el taller podrá también salir a la luz de la calle.⁹⁰

Y concluye Antonieta: “Me atengo a esa receta y voy a comenzar a escribir las anécdotas, una por día, las tengo apuntadas en la memoria, pero se trata de buscar la forma plena y nítida”.⁹¹

Me encanta el manifiesto por la escritura de lo cotidiano, la invitación a narrar con entusiasmo compulsivo de paisajista, a reflexionar sobre “los motivos de las acciones humanas”, la necesidad de ser coleccionador de observaciones, de experiencias y que se aprenda a contarlas analíticamente. Bella agenda. Curioso que Antonieta concluya sus letras y su vida con lo que parecería ser más bien una apertura, una ruta a seguir en sus años venideros.

⁹⁰ Antonieta Rivas Mercado, *op. cit.*, pp. 83-84.

⁹¹ *Ibid.*, p. 84.

JUEVES 15 DE AGOSTO DEL 2019

UN AÑO FUERA DE MÉXICO,
HOY ESCRIBIENDO DESDE MÉXICO

ESTOY EN EL CAFÉ KATSINA, en el centro de Tlalpan, con un café doble cortado, con aroma inigualable, color oscuro en los bordes que rodean a la isla de espuma de leche que se estrecha en el centro. Lo acompaña un vaso de agua encima de un posavasos azul de tejido tradicional. En suma, todo igual, como tantas veces lo he hecho. Son las diez de la mañana.

Hoy se cumple un año de la salida de México, salida con sabor a exilio, a huida. He vuelto por unos días a la Ciudad de México para arreglar papeles en la UNAM, verificar el coche, ir al dentista y asuntos domésticos de distinta naturaleza. Falta poco para volver a París. He visitado a mis amigos, he disfrutado de su calor y cariño. Ayer fui a Huitzilac a dejar comida a mis perras, no quise ir a la casa a acariciar y hacerme ver con mis animalitos para no alborotarlas ni yo mismo jugar con mis emociones. Tengo suficiente con las múltiples despedidas que inevitablemente tengo que enfrentar desde hace tantos años, siempre desgarradoras —unas más que otras—. El cuidador de la casa tiene dos nuevas perras, en la zona ya no hay robo de gasolina, se acabó el huachicol luego de que cortaron el suministro en el ducto, pero algunos comuneros invadieron el enorme terreno del vecino y no se quieren mover de ahí. Los problemas de violencia siguen igual, pero ahora hay más: ocupación ilegal de domicilios. Ojalá no nos llegue, todo indica que hay que acelerar algunos procesos, tenerlos más claros.

En suma, todo más o menos igual. Nada mejoró, y nada empeoró más de lo previsible.

El tiempo transcurrido me invita a una reflexión sobre la decisión de dejar México, el haber extendido un año más la estancia, lo aprendido, lo sufrido, el futuro tan incierto. Tengo pocas cosas claras, ahora sí que me siento —aunque suene cursi decirlo— un barco a la deriva, un papalote expuesto a los caprichos del viento, guiado por un cúmulo de confusas intenciones y por mi ángel de la guarda —que toma las decisiones más fundamentales.

Entre otras cosas, empieza el fin del proyecto *París a diario*. Tenía la intención de poner un punto final luego del año de estancia, pues era el tiempo sensato para una escritura de las características de un diario. El sentido de un documento como este es el viaje, el tiempo, que viene pegado a la sorpresa, al descubrimiento, a dejarse llevar por lo nuevo. Ahora me surge la pregunta de cómo terminar este escrito, no lo puedo alargar otro periodo porque la naturaleza de la experiencia —un año después— es completamente distinta, y no lo puedo dar por concluido por un desplazamiento territorial de retorno que no va a ocurrir en lo inmediato. Tal vez el final abierto, abrupto, no resolutivo, sea una solución. Dejar que el lector, quien llegó hasta el final de estas letras, se pregunte por el siguiente episodio y, más bien, lo pueda inventar, imaginar, elucubrar. Se verá.

MIÉRCOLES 21 DE AGOSTO DEL 2019

OTRA VEZ EN PARÍS

VUELVO A ESTE LUGAR QUE, ahora sí, ya me ha acogido por más de un año. Hay cosas que me sorprenden de estos dos mundos, París y México. Allá soy uno, acá otro y, sin embargo, hay continuidad. Allá no se puede estar sin coche, todos los desplazamientos son imposibles, fastidiosos. No se puede comprar ni plátanos, si no vas a un súper enorme, en auto. Aquí llego directo al metro con mi *carte navigo*, que me permite desplazarme por todo lado. Y hoy, luego de haber dormido y enfrentando el desfase horario, salgo en bicicleta a la BnF.

Mi corta estancia ha servido para reencontrarme con la potencia cultural mexicana. El domingo en el Zócalo participé de la Feria de las Culturas Populares organizado por el gobierno capitalino. Formidable. Una pequeñísima muestra de todo lo que hay en el país de las expresiones culturales. En un puesto, comida con decenas de variaciones; un poco más allá, música e instrumentos; tres metros adelante, vestidos y tejidos; al frente, cusiones de barro; diagonal, vidrio; al lado, vidrios soplados. Y así por toda la enorme plancha. Pocos países tienen esa concentración y riqueza. Impresionante. Sin duda es un privilegio tener tanto al alcance de la mano.

Mi viaje a México ha estado marcado por la lectura de la vida de Antonieta Rivas; llego a ella por interés de mi investigación, pues se suicida en Notre Dame —lo que causa una enorme conmoción en México—. Tengo varias tesis al respecto, por eso estoy leyendo su biografía. También me quedó claro cuál es mi

agenda intelectual en el mediano plazo, el tipo de sociología que quiero hacer, que, en buena medida, se inscribe en las reflexiones que lleva adelante Ivan Jablonka, en México, Gilda Waldman con literatura y sociología y Manuel Ortiz, con la sociología visual. Hay varias cosas que ya he trabajado en esa dirección, de hecho, mi obra en los últimos cinco años se inscribe exactamente en esa tendencia, pero queda sistematizar un poco más y armar una plataforma para continuar hacia futuro. Pienso en el Seminario Institucional Escrituras Sociológicas, que podría impulsar desde el IIS, con mi equipo pequeño y algún seminario de posgrado. El asunto podría funcionar muy bien, ahí hay una pista fuerte.

El próximo año voy a concentrarme en mi investigación. La quiero pasar bien en Francia, salir mucho en bici, pasear, ir a cafés. Leer e ir a clases que me gusten. Voy a enfocarme mucho en la imagen y la narración. Escribir en *El Deber* con mayor regularidad y placer. Dedicar los sábados en la mañana solo a la escritura de mis columnas. Aceitar la pluma más, dejarla fluir.

EVALUACIÓN DE CANELA. UN AÑO EN PARÍS

Me robo esta preciosa carta de mi hijita que puso en Facebook.

Hoy se cumple un año de mi llegada a Francia. Un año que, sin duda, es el que más rápido ha pasado en mi vida.

Llegué acá sin haber estado antes en Europa, sin conocer el país y con una ligera base en el idioma.

Al principio, la idea de venir me aterraba. El hecho de dejar amistades y a mis mascotas atrás me rompía el corazón, pero tenía un consuelo: regresaríamos en un año.

Sería un año de aprendizaje y conocimiento. Luego retomaría mi “vida normal”.

Empezadas las clases, fui asignada en un salón especial donde ponían a los jóvenes que no tenían un dominio de la lengua francesa. Entonces me rodeaba personas, aproximadamente de mi edad, que habían llegado a Francia hace un año, dos años, ocho meses, etcétera. Yo llevaba un mes.

Todos venían de diferentes países, diferentes culturas. Tenían una manera diferente de ver las cosas. Cada uno hablaba un idioma distinto. Mi clase contaba con 18 nacionalidades, 14 idiomas, y yo era la única que estaba en Francia temporalmente. Todos habían dejado definitivamente su país para venir a estudiar acá. Esto me llevó a pensar cosas como “y si nos quedáramos por más tiempo, ¿cómo sería?”. La verdad, la idea me agradaba bastante.

Fue tan solo seis meses más tarde que surgió la posibilidad de alargar nuestra estancia. Y pasó.

Este año me ha enseñado mucho más de lo que creí posible. Convivir con personas de diferentes países todos los días, hablar tres idiomas dependiendo de dónde me encontrara, descubrir la existencia de tradiciones, culturas y religiones, se volvió parte de mi día a día.

Tuve la oportunidad de escuchar historias impactantes, fuertes y valientes. De encontrar palabras similares entre idiomas que no comparten el mismo alfabeto. Y de, entre risas, adquirir una nueva lengua que no termino por dominar, pero ahí voy. Conocí a personas que no me arrepiento de que hayan llegado a mi vida y me hicieron sentir bien acogida, en casa, en familia.

Estoy muy emocionada por empezar el siguiente año escolar y continuar aprendiendo todos los días. Espero seguir conociendo a más gente maravillosa.

Muchas gracias a mis amig@s de México por siempre haber sido optimistas con la idea de mi partida.

Gracias a las personas que conocí acá, que me ayudaron a sentirme cómoda e integrarme mejor.

A mis nuev@s amig@s que me permitieron expandir mi círculo social y me enseñaron tanto.

Y gracias a mi familia, que hizo todo esto posible.

23 DE AGOSTO DEL 2019

LA BICICLETA

HACE UNOS MESES QUE DECIDÍ COMPRAR una bici. De lejos, fue una de las mejores decisiones de mi estancia parisina. El que sembró la semilla del interés fue un amigo de mi tío, un señor de unos setenta años que me dijo que no hacía ejercicio en la mañana ni estaba inscrito en el gimnasio porque pasaba diez horas a la semana en bicicleta en sus transportes cotidianos. Vivía montado en una de ellas y había escrito varios libros sobre viajes y paseos tanto urbanos como inter-regionales. Pasaron pocas semanas y decidí ir a Decathlon —la tienda de artículos deportivos—, a comprar lo que fue mi juguete más divertido de la infancia. Desde ahí, cada semana le compro algo nuevo a mi bici, la trato como una novia exigente, la cuido con cariño y hago todo para que no me la roben, pues eso sucede mucho en París.

El caso es que, además de las buenas consecuencias en términos de salud, he recorrido lugares extraordinarios. Cuesta creer que, en una ciudad tan compleja como esta, las cosas se hayan organizado de tal manera que desplazarse en bicicleta sea un placer y no un riesgo. Algunos amigos me decían que había que tener mucho cuidado con los automóviles, llevar chalecos fosforescentes para que los conductores te vean con facilidad. Yo, ahora con experiencia, reviro: aquí el peligro es que se te atraviese un peatón y lo atropelles; el problema es ser el agresor, no el agredido.

La política pública ha estado encaminada a fomentar la bici como medio de transporte cotidiano, lo que se resiente en la vía

pública. Varias calles se han convertido en ciclovías, hay mapas que cubren toda la ciudad, por lo que uno puede recorrer kilómetros rodando sin correr mucho riesgo. Me pregunto — aunque sea muy naïf— ¿por qué en otros lugares no se ha logrado tal maravilla? Berman advirtió la triste tendencia hacia la dictadura de la autopista como principio de vinculación urbana y el automóvil como medio dominante de transporte, y estamos viendo las consecuencias. Si algo se puede destacar de la vida urbana en París es la opción por las bicicletas.

DOMINGO 25 DE AGOSTO DEL 2019

LA PANADERÍA DE LA ESQUINA

HE DICHO QUE CERCA DE MI CASA hay como cuatro panaderías, ¿cuál más rica? Cada una tiene su propia personalidad evitando la homogeneización industrial. Una de ellas, Artisan Boulanger & Banette se promueve así:

El buen pan es como el buen vino. Todo está en el arte de la fermentación.

En el vino como en el pan, la riqueza de los aromas se desarrolla en la etapa de la fermentación, por eso privilegio un método en base a la triple fermentación dejando tiempos espaciados para permitir que los aromas se expandan. Gracias a esta técnica objeto Banette aromáticos, ricos y delicados.

En otro papel para llevar la baguette dice:

Cada baguette es única, como las manos que la hicieron. Cada pan nace de múltiples factores. La pasta es una materia viva que no reacciona de la misma manera según la estación del año, el clima o la temperatura. Es necesario un saber hacer para lograr esa fluctuación. Cada artesano tiene su propia mano fruto de su talento y su experiencia. Por eso el gusto puede variar ligeramente de un día al otro, de una panadería a otra. Eso en vez de ser un defecto, es una muestra de autenticidad. Lejos de los panes industriales sin alma, cada baguette es diferente, prueba de su calidad.

Me encanta la idea, reforzar la identidad artesanal “lejos de los panes industriales sin alma”; cuando comemos un pan Bimbo (en México) sabemos bien de qué están hablando.

La dimensión artesanal, local, barrial del consumo —especialmente en esos productos básicos como el pan, el vino, el queso—, está en el corazón de la vida parisina. Y uno de sus mayores encantos. Habrá que ver si el turismo y la gran industria no lo aplana en unos años.

26 DE AGOSTO DEL 2019

PATITOS AMARILLOS

HE ESCUCHADO MUCHAS VECES que el mercado responde a la mercadotecnia, pero pensé que había límites. En una de las tiendas más céntricas de Montmartre, a unas cuadras del Sagrado Corazón, al lado de boutiques, perfumerías y restaurantes elegantes, se ofrecen patitos amarillos. Sí, así de simple. No sé cuánto costará el metro cuadrado de ese pequeño local, pero el único producto en venta es el simpático pato que le da nombre al lugar: Duck Store Paris.

Dentro, uno se encuentra con las combinaciones más locas. Hay patitos simplones y sin personalidad, pero algunos tienen el rostro de Einstein, Harry Potter, Elvis Presley, Jimy Hendrix o Madona. También están políticos, desde los más simpáticos hasta Donald Trump. Toda celebridad, sea de la ciencia o del espectáculo, es sensible de terminar desfigurado en el pato amarillo. Los oficios no personificados también están a la orden, hay patos bomberos, policías, disk jokey, profesores, marineros o simplemente turistas en múltiples situaciones. Los precios son variables, desde 8.95 hasta 18 euros.

Aunque casi todas las aves están hechas en China, también hay algunas más caras y finas que vienen de Alemania. La mayoría solo producen un chillido cuando se aprietan sus bordes, pero algunas tienen otro uso —como portador de cepillo de dientes—. Mi curiosidad sociológica no provocó que me quedara mucho tiempo en la tienda para ver cuál es el perfil de quien

compra esa mercancía y, lo más interesante, qué hace con ella cuando llega a casa. Ya habrá quien se ocupe de eso.

Pensé que, a través del patito, la excentricidad francesa actual se había materializado en un nuevo ícono —en el barrio heredero del glamour artístico parisino—, pero en mi última visita a la Ciudad de México me encontré también con el mismísimo animal de plástico en un restaurante, a unas cuadras del Zócalo. Muy a la mexicana, alguien le puso un sombrero de charro y una guitarra al lado. El afiche anunciaba que B. Duck había llegado a México luego de “su viaje alrededor del mundo” e invitaba a un concurso de fotografía y diseño mostrando el recorrido del animal de plástico en diferentes lugares.

El cartel que promocionaba el pato tenía un personaje disfrazado —estilo las farmacias del Dr. Simi— que bailaba frente a una pared tan amarilla como él y que permitía tomarse fotos y selfis. Los niños hacían fila por recibir un dulce del pato y llevarse una imagen. También había una vitrina con todos los accesorios posibles con el personaje: llaveros, billeteras, mochilas, biberones.

En fin, el mercado no deja de sorprenderme. Todo se puede vender a todo precio y en los lugares más exclusivos, siempre que canalice nuestras emociones, nuestras historias y expectativas. Hoy le toca al simpático pato amarillo. Habrá que ver qué viene después.

MIÉRCOLES 28 DE AGOSTO DEL 2019

PARÍS Y SUS PAREDES

CUANDO FUI A LA ESCUELA DE MI HIJA de once años en uno de los barrios populares de París —de los pocos que han resistido a la gentrificación—, quedé conmovido con una placa colada en una de las paredes de la entrada principal. En ella, sobre un fondo oscuro, estaban grabados los nombres de 21 niños judíos que fueron tomados presos por la policía cómplice de la ocupación nazi en Francia entre 1942 y 1944, y luego asesinados en Auschwitz. A cada nombre le acompañaba su edad; el mayor, de diecisiete, el más pequeño, de siete años. El texto introductorio recordaba los más de 11 400 niños deportados en ese oscuro periodo, de los cuales 700 fueron del distrito donde está la escuela. Al final un lema: “No los olvidamos jamás”. Puedo imaginar aquel momento dramático. Los gritos, las ausencias, los llantos. El vacío en las aulas, los pupitres sobrantes.

Luego en los tantos tránsitos urbanos me encontré con anuncios por toda la ciudad que recordaban lo sucedido en distintas circunstancias: los fusilamientos en tiempos de guerra, las deportaciones, la resistencia de la Comuna de París y más. Parece que las autoridades entendieron que la memoria de una nación no solo debe llenar libros y museos, sino estar en contacto directo con la gente, con el ciudadano, con quien atraviesa por una calle décadas después de algún acontecimiento. Se trata de no olvidar, de dejar el sello de la historia en nuestras ciudades. Así, cualquier paseo es educativo, solo basta detenerse a leer los múltiples recordatorios para dar cuenta de lo que antecedió.

El paisaje urbano parisino también se nutre de otras imágenes no oficiales. Abundan grafitis, inscripciones, dibujos más o menos sofisticados —también publicidades, claro, pero no son asfixiantes—. Una de las expresiones que más me gusta es la interacción de transeúntes con las publicidades del metro. Mientras que la propaganda pretende convencernos de tal o cual producto destacando sus virtudes y llevándonos a un mundo de fantasía, la gente reacciona anárquicamente inscribiendo, con plumón, alguna marca que reinterpreta discute o interpela el contenido. Así, si un afiche destaca las características físicas de la modelo, no falta quien pone la palabra “sexista” o, si algún animal es utilizado, alguien denuncia el maltrato a la naturaleza, y así adelante.

En suma, caminar y mirar, es una oportunidad para apreciar la densidad de la historia en la vida urbana.

2 DE SEPTIEMBRE DEL 2019

¿CÓMO CONCLUIR UN DIARIO?

ESTE DIARIO ESTÁ A PUNTO DE TERMINAR, y estoy pensando en cómo concluirlo. Una novela sabemos que termina con un final sorprendente que puede hacer un giro conclusivo y dar sentido a toda la obra. Los diarios más famosos que he leído terminan con el drama de la muerte del personaje, el final del viaje o el fin de un ciclo. Estas líneas tienen que acabar no porque se haya acabado el destino París, sino porque mi mirada se ha aplanado. Un año más tarde, ya no soy el mismo, ya no miro igual, hasta algunas ganas de escribir cotidianidades se han evaporado poniendo la emoción en otras cosas. Todo indica que es tiempo de acabar estas letras. Quedará un trabajo todavía, y empezaré un nuevo diario, pero ahora el de la vida de un “inmigrado”, como me calificaban las autoridades mexicanas, cuando ya no estaba de paso.

Precisamente he estado pensando en el rol que han jugado los diarios en mi vida. De muy chico, uno de los primeros libros que leí fue *El diario del Che en Bolivia*. Era una edición muy maltratada, vieja, que compré en el mercado de libros de varias manos en La Paz. Leí con pasión aquel texto que me interpelaba de muchas maneras. Habré tenido unos quince años. Luego, repasé letra a letra el diario de Néstor Paz en Teoponte. Ese texto lo desmenucé, recé con él, lo analicé sociológicamente, escribí páginas sobre lo que ahí se dijo y muchas veces cité extractos en conferencias y cursos. En ambos casos eran vidas con un fin próximo, épico, en el monte. Yo sabía el final desde el

inicio, pero no era conocer la historia, el desenlace, ni buscar la sorpresa lo que me ataba a las letras, sino la pasión y la sinceridad que transmitían. Y así he pasado por muchos diarios, el de Bauman, el de Antonieta Rivas.

Aunque sea un género “patito feo” de las letras, o al menos no tan legítimo en este tiempo, a mí los diarios me encantan porque develan lo que generalmente se oculta. Es estar en la cocina, en la banalidad, en la duda, en la sinrazón, en la sinceridad, la contradicción, en la vida misma. No es el relato glorioso, la narrativa pensada, la flecha que busca y encuentra el blanco correcto. Es el misterio de la vida diaria, lo que sale en el día a día, un diario.

Estas letras han estado marcadas, entre otras, por las lecturas de los diarios de Edgar Morin. Unos días atrás me encontré con dos voluminosos tomos donde se editan como seis diarios suyos, el de California, el de su investigación en la comuna francesa y otros más. Me estimula pensar que hay, así sea incipiente, una intención en algunos sociólogos por escribir diarios paralelos de sus vidas. Cuánto hubiera apreciado leer un diario de Bourdieu, de Touraine o de Zavaleta. Tal vez si el género se hubiera instalado más temprano en la disciplina, hoy podríamos contar con libros muy ricos donde veamos a los maestros de cuerpo entero, en todas sus etapas. Quizá hubiéramos crecido más.

CERVEZA PROGRE

Cerca de mi casa, en el barrio magrebí, está un bar donde fabrican cerveza artesanal. El chiste es que lo hacen con nombres de calles y personajes del lugar. Cada una tiene un diseño con algún mensaje. La botella tiene la siguiente leyenda:

Con nuestras cervezas, defendemos la visión de un mundo abierto y creativo. Defendemos la idea de una cultura transmitida por los gustos, los sabores, el mestizaje en el 18 —se refieren al distrito— del cual somos parte. Con nuestros vecinos, con la fabricación participamos de un mundo cosmopolita del cual nos sentimos orgullosos”.

Las cervezas, además, son deliciosas.

RECYCLERIE

Estoy en un café al que me encanta venir: La Recyclerie. Se trata de un local muy alternativo, lo mejor que hay por aquí. Parece que durante un tiempo el lugar donde está, que es al final de la línea 4, metro Porte de Clignancourt, la pequeña plaza se había convertido en un centro de distribución de droga, con los peligros que conlleva. Llegó esta iniciativa político cultural que trajo un programa —en forma de comercio— que se sustenta en cuatro “etapas para cambiar de era”: repensar, reducir, reparar, reciclar. En efecto. En uno de los ambientes, se pueden traer electrodomésticos antiguos que, por alguna razón, no funcionan e intentar repararlos antes de desecharlos y comprar uno nuevo. En la parte de abajo, donde hay rieles viejos en desuso pues el café está encima de lo que fue una vieja estación de trenes, hay pequeños huertos con animales que se los alimenta con las sobras de restaurante. Todo lo que se ofrece es orgánico respetando la naturaleza, el proceso de producción en un intercambio justo con los proveedores y cuidando que los desechos sean tratados correctamente. Se sirve café en el día, comida a la una de la tarde y, en la noche, botaneo y tragos. Algunos fines de semana hay conferencias o ciclos de videos y películas que evocan el tema

de la ecología y política. Es una sugerente manera de aprovechar un comercio, intervenir en un barrio, generar circuitos de consumo y reflexión alternativos. ¡Me gusta!

EL PARISINO Y EL NEOYORQUINO

Con mis observaciones, me queda claro que algún día podría hacer un ensayo comparativo de París-Nueva York. Queda como agenda, pero el otro día alguien me preguntó sobre la diferencia entre la gente de ambos lugares. Me quedé pensando.

Nueva York se caracteriza por tener una población de paso. La primera pregunta es cuánto tiempo estás ahí y la segunda, cuándo te quedarás. Una amiga judía, que vivía en Manhattan desde sus estudios universitarios, decía que su marido —hijo y nieto de los primeros migrantes irlandeses llegados a la pequeña isla— era también un migrante y un extraño más. Es una comunidad de extraños, de transitorios. Siempre pensé que neoyorkino es el que vive en Nueva York, el tiempo previo y el posterior es variable, pero es una identidad concentrada en el presente, en el “ahora aquí estoy” y eso me hace del lugar. La verdad que luego de vivir un año allá, ya me sentía lugareño, nativo y hablaba con soltura y naturalidad como cualquiera. No sucede lo mismo en París. Aquí, luego de este año viviendo en Montmartre, dando clases, manejando la lengua y completamente integrado en la dinámica local, hay algo que me recuerda constantemente que no soy de aquí. Dudo que haya un lugar para mí. Julia Kristeva hablaba de la *extranjería*. El parisino es más que el que vive en esta ciudad un tiempo, no está necesariamente de paso, puede ser originario de un lugar de provincia, pero se adecuó de tal manera a la vida local que le cuesta pensarse fuera de París; quiere su ciudad y no se proyecta en otro lado. Los gru-

pos de nacionalidades se mueven aparte y no conozco lo suficiente para tener una opinión (lamentablemente no conocí africanos, árabes o asiáticos de larga data en la ciudad). Sí encuentro una identidad más definida en el parisino, mediada por un estilo de vida, una relación con lo público, con la cultura diaria.

Tengo en mi casa en México un libro de diseño gráfico que compara estas dos ciudades, algún día haré mi propia comparación sociológica. Tarea pendiente.

ANUNCIOS DEL METRO REINTERPRETADOS

Hace algunos meses que he empezado a registrar anuncios en el metro con intervención de transeúntes que, plumón en mano, dan la vuelta al sentido de la publicidad. Es otro libro pendiente, con fotos, que algún rato sacaré. Por lo pronto, me quedo con una imagen de una agencia que ofrece ayuda para la limpieza del hogar, pero utiliza la palabra en femenino, y alguien puso la pregunta: “¿por qué una mujer?” Desnudaba así, simple e inteligentemente, la fuerte prenoción machista sobre un oficio.

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

La famosa novela de Alexandre Dumas inmortalizó en sus letras a Marie Duplessis, pero el poder de la pluma fue más allá. Resulta que Duplessis está enterrada en el cementerio de Montmartre de París con Dumas, y su tumba es anunciada en el circuito de celebridades y visitada por quienes amaron la obra.

BORGES. LA FELICIDAD DE LEER

Encontré un maravilloso episodio de Borges donde critica la idea de la “lectura obligatoria” que, dice, es un contrasentido. La lectura no puede ser obligatoria, tiene que ser un placer; el placer no puede ser obligatorio, la lectura tiene que ser la búsqueda de la felicidad. Dice que, en sus veinte años de clases que dio en la Universidad de Buenos Aires sobre literatura inglesa, siempre aconsejó a sus estudiantes que, si un libro los aburre, que lo dejen, “no lo lean porque es famoso, no lean un libro porque es moderno, no lo lean porque es antiguo. Si un libro es tedioso para ustedes, déjenlo [...]. Si un libro es tedioso para ustedes, no lo lean, ese libro no ha sido escrito para ustedes. La lectura debe ser una de las formas de la felicidad”.⁹² Más adelante, en un abierto manifiesto promotor de lectores aconseja que todos lean mucho, que no se dejen

asustar por la reputación de los autores, que leyeran buscando una felicidad personal, un goce personal [...]. Si no, caemos en la tristeza de las bibliografías de las citas de fulano y luego un paréntesis, luego dos fechas separadas por un guion, y luego, por ejemplo, una lista de libros críticos que se han escrito sobre ese autor [...]. Y todo eso es una desdicha. Yo nunca les di bibliografía a mis alumnos.⁹³

Me conmueven muchas cosas de ese pasaje. Primero la búsqueda del placer intelectual, la lectura como placer, no como moda, obligación, tarea, sino como felicidad, como buscar un espacio, un momento para ser más feliz, para disfrutar. Por otro lado, la gozosa irreverencia con los autores, “no es para tí”, si no te gusta,

⁹² Visto en: <https://www.youtube.com/watch?v=JV_1WoBTJY4>

⁹³ *Ibid.*

atreverse a decir que el gran autor no te gustó, no te dijo nada, no te atrapó. Finalmente, no necesitar llenar las citas y más citas, y el academicismo sobre lo dicho para dar valor a lo que uno dice. Atreverse a leer directamente al autor y opinar sobre él, sin tener que atravesar por decenas de citas, pies de páginas, bibliografías.

Aplica para la sociología: buscar el gozo de investigar, de descubrir, de explicar, de escribir, y hacerlo no por el grado, por la carrera, por las evaluaciones, por el salario o el prestigio, sino como una manera de pasarla bien, un regalo a uno mismo, un tiempo de placer inigualable. No detenerse en las formalidades académicas, en las citas, en los formatos acartonados. Atreverse a dejar autores, a criticarlos, a leer otros más, a escribir sin camisas de fuerzas, diferente, atrapando a los lectores, pensando juntos. Atreverse a hacer otra sociología, atreverse a ser feliz con las letras y las ideas. Esa es la sociología que propongo, por la que milito.

MIÉRCOLES 4 DE SEPTIEMBRE DEL 2019

MI SOCIOLOGÍA (VAGABUNDA)

HE VISTO UN VIDEO INSPIRADOR en YouTube, titulado *How to do social research through walking*, de un profesor en Londres. Sale el personaje en un paseo por la ciudad dirigiendo la mirada en múltiples direcciones, enseñando cómo la sociología se trata de saber mirar los detalles y buscarles explicaciones. En el video de menos de tres minutos el profesor se desplaza por distintos puntos explicando cómo las calles guardan historias, cómo las clases sociales y las culturas se expresan en el tipo de adoquines, cómo las normas se plasman en las señalizaciones de tráfico. Me encantó. Empata con lo que vengo proponiendo hace unos años.

En buena medida mi sociología vagabunda es precisamente eso, es aprender a mirar las cosas de otra manera, a disfrutar de un “paseo sociológico” por la cantidad de elementos con los que uno se puede encontrar en múltiples situaciones cotidianas. Sueño con un curso de sociología urbana en Coyoacán, por ejemplo, donde en una clase lleve a mis estudiantes al centro comercial Oasis, en la otra, a la fuente de los coyotes, la siguiente, al monumento a la piedra, una más al mercado del metro de Ciudad Universitaria, y al final, un pequeño coloquio donde se lea o se exponga con fotos lo observado. Sería una de las clases que disfrutaría tanto dar.

Cada vez me queda más claro que mi agenda intelectual futura (a mediano plazo) está en la sistematización de mi manera de construir conocimiento en ciencias sociales, mi estra-

tegia para acercarme al saber, para compartirlo, para edificarlo paso a paso, esa sociología desenfadada de la que escribí en mi libro *La Paz en el torbellino del progreso*, texto que es una suerte de manifiesto, una bisagra, un punto de llegada y uno de partida.

12 DE SEPTIEMBRE DEL 2019

ABRIR LA SOCIOLOGÍA

UNAS SEMANAS ATRÁS CONOCÍ A Sari Hanafi, profesor de sociología en Beirut y presidente de la Asociación Internacional de Sociología. Compartimos un par de cosas, fue interesante descubrir varios puntos comunes, su trayectoria como palestino, su llegada a París al doctorado y su visión actual de la sociología.

En una conferencia suya expuso, lo que luego se reproduce en un artículo de *Libération* firmado junto con Stéphane Dufoix, y retoman la idea de Wallerstein de “abrir las ciencias sociales”. En la actualidad, sugieren los autores, la apertura nueva debe tener tres direcciones: ir más allá de los sociólogos occidentales, cruzar otras fronteras y penetrar en países que tienen pensamientos sociológicos dinámicos y autónomos; hubo una “imposición de la división internacional del trabajo epistémico”,⁹⁴ europeo y norteamericano, que ha llevado a considerar a algunos autores como clásicos en desmedro de otros que son muy importantes y quedaron al margen; se debe buscar una universalización de la “historia de la sociología”, sin montar la sociología ni en las “ciencias de la naturaleza, ni en el eurocentrismo de teóricos clásicos”,⁹⁵ que dio como resultado una búsqueda positivista de “conceptos ampliamente transhistóricos y transespa-

⁹⁴ Stéphane Dufoix y Sari Hanafi (5 de septiembre del 2019). “Ouvrir la sociologie au monde et à l’universalité”, *Libération*. Recuperado de <https://www.liberation.fr/debats/2019/09/05/ouvrir-la-sociologie-au-monde-et-a-l-universalite_1749489>

⁹⁵ *Idem*.

ciales, y una ciencia de lo social para la cual la producción de conocimiento está desconectado de las disposiciones culturales y sociales de los productores del conocimiento”.⁹⁶

Es muy estimulante la idea de abrir la sociología y las tres pistas son interesantes. Sin embargo, hace falta una cuarta, la apertura hacia las artes o las otras formas de conocimiento. Considero que la construcción de conocimiento sociológico debe atravesar por un diálogo profundo con la literatura, la plástica, la fotografía, etcétera. Es parte de la tarea en la que yo estoy metido y que marca mi agenda a futuro, la apertura no solo debe ir en las tres direcciones señaladas, sino, a la vez, en la sensibilidad hacia construir saber desde otros soportes, y eso es especialmente importante desde América Latina.

MOVILIZACIÓN ESTUDIANTIL

Mi hija que va al penúltimo curso antes de obtener el bachillerato —tiene dieciséis años— vivió activamente la movilización estudiantil en contra de las reformas en el sistema educativo francés. En un clima nacional de protestas y marchas, los alumnos de su escuela focalizaron parte de sus demandas en la crítica a un examen intermedio que fue evitado a capa y espada: bloquearon la puerta de la entrada de la escuela, pusieron aceite y grasa a una reja por donde se trepaban quienes querían entrar a como de lugar al inmueble, fueron a todos los cursos a convencer de lo desafortunado de las reformas, removieron las bancas en las aulas de tal manera que fuera imposible llevar adelante la prueba.

Las iniciativas, insisto, formaban parte de un malestar contra la política del gobierno de Macron que sacó a la calle a miles de

⁹⁶ *Idem.*

marchistas con distintos frentes, desde quienes luchaban por la jubilación digna, hasta el famoso movimiento de los chalecos amarillos. Los sectores de la educación y la ciencia estuvieron especialmente involucrados defendiendo derechos y formas de trabajo no sometidas al mercado. Los estudiantes eran un eslabón en esa cadena de protestas.

Luego de varias semanas, el examen en cuestión se llevó a cabo cual lo establecido. Quienes no pudieron hacerlo tenían que solicitar por escrito una nueva fecha. La carta modelo, redactada por ellos mismos, decía lo siguiente:

Considerando, que las últimas semanas he aprendido el sentido de la solidaridad, de la organización colectiva, de la desobediencia civil. Considerando que he descubierto el coraje político, el sentido del deber de mis profesores por su oficio, su pasión por acompañarnos mejor. Considerando que todos hemos aprendido sobre la cobardía, la inexperiencia de los que nos dirigen y los que les obedecen por ideología o interés personal. Me parece que puedo participar en esta prueba de historia y geografía. Perder una batalla es también aprender a ganar una guerra.

La carta cumple con el requisito formal para poder hacer la prueba, pero no expresa arrepentimiento por sus acciones y mucho menos culpa. Valora el sentido pedagógico de la movilización como una oportunidad para construir una cultura política atenta al quehacer colectivo y responsable con el devenir de lo público. Critica a las autoridades, el sentido común que sustentan e intentan imponer, y contraponen la solidaridad y la lucha.

Inevitablemente la misiva me hizo pensar en mi propia historia escolar. ¿Cómo hubiera sido una experiencia así en la escuela católica donde yo hice mis estudios? Primero que los estudiantes movilizados hubieran sido estigmatizados como flojos, revoltos-

sos, que buscan alboroto para no cumplir con su responsabilidad de estudio. Para darles la oportunidad de otra prueba, se les hubiera obligado a un arrepentimiento público, al reconocimiento de sus faltas, a mostrar sus acciones como agresión contra los demás y una falta de respeto tanto a autoridades como a los demás alumnos. Hubieran cargado la condena por meses, y en los pasillos se los hubiera identificado como los que buscan caos y están en contra del conocimiento, el aprendizaje y el orden.

Una de las enseñanzas de este episodio es la importancia de la movilización como una pedagogía de la solidaridad, el análisis y la conciencia política, que por supuesto está presente y debe ser cultivada desde temprana edad.

25 DE SEPTIEMBRE DEL 2019

FIN DEL DIARIO

HOY TERMINO *PARÍS A DIARIO*. Las últimas semanas estuve pensando cómo terminarlo y, finalmente, quise volver a uno de los lugares donde escribí por primera vez estas páginas; aquel café sencillo de la avenida Jean Jaurès, en el que estuve durante mi visita a París para buscar departamento antes del traslado de toda la familia. Ese era mi plan matinal, pero comenzó a llover y estaba desprovisto de un paraguas, así que quedé a unas buenas cuadras del lugar inicial. Estoy en un café poco glamuroso, tres mesitas chicas al lado de una barra donde se venden alcoholes, cerveza de barril y donde hay, como en todos lados, una imponente cafetera. Lo peor: al fondo una televisión con el volumen más elevado de lo que debiera y Trump en la pantalla (con la noticia de su probable destitución). Claramente no es el mejor lugar, pero sí el momento correcto.

Empiezo a escribir luego de una mañana muy cotidiana. Son las diez. Salí temprano rumbo al doctor, tomé el metro y entré utilizando mi *Carte Navigo*, que es el abono mensual. Estuve unos minutos en la sala de espera de mi cardiólogo, un fabuloso médico de origen argelino —guardo una profunda distancia con los doctores por razones que en otro momento expondré, pero él es extraordinario—. Al irme le dije algo inusual en el contexto de diálogo paciente-doctor: “es un gusto venir a verlo”. Pagué en efectivo —mucho más barato de lo que cobran en México— y una buena parte de mi pago fue con la *Carte Vitale*, que es la tarjeta del seguro médico público francés.

Hago un paréntesis sobre la medicina aquí. Es impresionante cómo el juego de los símbolos es diferente, incluso los precios, la relación con el paciente, los espacios, etcétera. En México estaba cansado de la parafernalia de clase alta sobre la que se monta la medicina —la lógica de hotel, de empresarios de la salud frente a clientes—. El médico de hoy me hizo esperar muy poco, su consultorio es muy sencillo, él no está vestido de blanco ni con grandes títulos colgados en sus paredes, su aparato para la ecografía es muy moderno y el análisis impecable. En fin, otra medicina, o más bien otra relación paciente-doctor, razón de más para refrendar mi frase de despedida.

Tenía pensado venir en bicicleta, pero la lluvia cambió mis planes —aunque adoro la bici, combinada con lluvia es atroz—. El caso es que mi cotidianidad ya es de un ciudadano completamente inserto en la sociedad francesa. A estas alturas, me muevo en París con naturalidad, sea en metro, en bici o a pie. Conozco mi barrio de memoria. Sé distinguir el pan de las diferentes panaderías, los horarios en que hay que comprarlo para que llegue fresco, crujiente y aromático a casa. He ido a las vinaterías de la zona y a las tiendas donde venden cerveza artesanal.

Ayer paseé a unos alojados en casa mostrándoles la zona, las particularidades de cada café, de cada calle, la historia de algunos espacios; dirigía su atención a las tiendas de telas africanas y sus innovadores diseños, o hacia las múltiples peluquerías con sofisticados —y no baratos— peinados, tanto para varones como para mujeres. Les decía que estén atentos al olor de los elotes que venden en la calle, los hay de dos tipos: los hervidos, que salen de una bolsa de plástico, calientes, y que los venden africanos; y los cocidos al carbón por indios que, en un carrito viejo de supermercado, adaptan una parrilla, encienden las brasas y encima esperan que los elotes adquieran ese color amarillo oscuro con algunos granos ennegrecidos, el olor que despiden

es agradable, inconfundible y se lo siente varios metros a la redonda. También les contaba cómo la escuela de mi hija tenía un letrero con el nombre de los niños judíos que pertenecían a esa institución y que murieron en algún campo de concentración. Les compartía mis impresiones sobre la manera cómo ocupan el espacio público los magrebíes, a diferencia de los de países del África negra; les recordaba la historia de la iglesia, que fue la que cobijó a migrantes un tiempo atrás y que terminó siendo intervenida por la policía.

Entretanto, estoy armando mi dossier para la renovación de mi visa —ya sé que Francia es el país de los trámites y el papeleo—, también estoy dando mi clase a distancia en la UNAM y preparando mi conferencia para Toulouse la próxima semana.

Todo esto me llevó a pensar que ya no podía seguir escribiendo este texto, que la naturaleza de mi mirada ha cambiado y, por tanto, mis observaciones son de otro orden. En suma, aquí estoy y no de paso: vivo aquí. Se cierra el ciclo de la sorpresa parisina, empieza algo nuevo y ya vendrán libros que lo reflejen.

SEGUNDA PARTE
COVID-19

HACE UNOS MESES DECIDÍ CONCLUIR este diario. Había terminado el asombro y el sentido de esa escritura. Volqué mi atención a una autobiografía preparando el festejo de mis cincuenta años el 2 de febrero del 2020 —“Lo mejor está por venir”, me dijo un amigo querido en esa ocasión— y alimenté mi “Cuaderno de notas 3”, que es una cajita de recuerdos sin un fin claro. Pero el destino es una fuente inagotable de sorpresas, en ocasiones agradables, a menudo caprichosas.

A principios del 2020 apareció la noticia de un virus extraño con un nombre juguetón: coronavirus. Nada nuevo, pensé. Meses más tarde el planeta estaba arrinconado, en pánico. Decido entonces retomar mi diario. No tengo otra manera de controlar mi desasosiego y domesticar mis fantasmas. Me refugio en el teclado, siguen las letras.

Cathia ha viajado a Bolivia para acompañar a su mamá, y la mía ha venido a París. En unos días el enroque tenía que terminar, pero el mundo estalla, se cierran fronteras, ni Cathia puede venir a París ni mi mamá ir a Bolivia. Todo se está moviendo de prisa, no sabemos hacia dónde.

12 DE MARZO DEL 2020

CORONAVIRUS

HOY MACRON HABLÓ EN LA TV. Estoy cada día más asustado con lo del virus. Pensé que la iba a llevar mejor, pero la verdad no sé si puedo con el peso. Tengo miedo, más del que debiera. Estoy pasmado, no me gusta esta situación, me siento vulnerable, yo y las mías. No me gusta. No he querido escribir porque ante el miedo no podía poner por escrito mis emociones, tampoco ahora lo puedo hacer, sigo asustado. Espero no quedar inmóvil, no deprimirme. Espero dar mínimamente la talla.

14 DE MARZO DEL 2020

SIGUE EL MIEDO. Luego de las declaraciones de Macron, todo indica que las próximas dos semanas se llenarán los hospitales de gente con coronavirus. Me asusta mucho, casi no puedo ni escribir, no puedo vaciar mis temores en las letras, casi no puedo nombrarlos, aunque los pienso, los siento, se apoderan de mí.

Tendría que hacer de esta temporada una oportunidad para la lectura, el cine, la música, los juegos en casa; de paseos solitarios, y tomarlo con relativa calma. Pero el miedo me paraliza, me estresa, me pone de mal humor. Me duele la cabeza, no duermo bien. No sé cómo distraerme ni distraer a mis hijas. Salgo a pasear y me hace bien, quizá lo mejor, como siempre, es la bicicleta. No he podido redactar nada, solo quiero que pasen las semanas rápido, que estemos ya en mayo viendo cómo va bajando la tensión, retomando clases y vida cotidiana.

Y pensar que hace tres años estaba en México frente a un tipo con una pistola en mi cabeza golpeándome para llevarse el coche. Pensé que saliendo de ese momento espantoso todo iba a estar mejor.

15 DE MARZO DEL 2020

A TRES DÍAS DEL ANUNCIO DE MACRON

UNA AMIGA ME DICE que haga una crónica de lo que pasó en estos días, o de lo que está pasando, en París. No he escrito nada por miedo, por estupor. A menudo las letras suelen ser para mí una terapia para sacar mis fantasmas, no para someterlos, pero al menos para tener mayor claridad a qué me enfrento. Pero ahora me cuesta más, acaso porque encuentro esta crisis sanitaria en otras condiciones, con responsabilidad sobre los demás.

Estoy con mi madre que tiene 78 años, mis hijas de 16 y 13, en mi departamento de París. Sé que los datos clínicos no deberían asustarme tanto, que estoy sobredimensionando; sé que estoy en una ciudad con una estructura clínica envidiable y lista a reaccionar a todo lo que pudiera suceder, pero todo aquello no me calma el alma. Sigo inquieto, pendiente, asustado.

El miércoles pasado, mientras volvíamos de la clase de música de mi hija, veíamos los bares repletos de jóvenes, cerveza al frente, siguiendo el campeonato de fútbol.

Poco antes, me llegó un conmovedor video de Roma vacía, cantando desde las ventanas para no tener contacto personal. Qué contraste.

Al día siguiente, el jueves, Macron daba su discurso televisado. Estuve al frente y atento siguiendo cada una de sus palabras los veintiséis minutos que duró. Sin duda me impresionó su elocuencia, sus juegos de palabras, su mensaje —dijo algo como “no es tiempo para la soledad, sino para la solidaridad”—. Me sorprendió la defensa de la salud pública como un patrimonio

francés, todo lo contrario a su política y a las marchas en su contra que han caracterizado las semanas pasadas las calles parisinas. De hecho hay un artículo de un investigador del CNRS que se queja porque hace tiempo que le cortaron recursos; su tema de investigación: coronavirus. Macron da información clara, certera e inquietante. “Lo peor está por venir”, no oculta que la cantidad de contagios será espantosa, y que tendrán que hacer campo en los hospitales para atender a todos. Tomarán muchas medidas, desde económicas hasta políticas. Apela a la unidad y a la responsabilidad, y termina con un “Saldremos reforzados, viva la República, viva Francia”. Me siento conmovido, y extrañamente, como extranjero pasajero de esta tierra, identificado con el miedo, el coraje y la responsabilidad de todos los franceses, casi repito “Viva”. Me sentí parte de una comunidad, de una misma preocupación. Nunca me había sentido así en mis casi dos años en Francia.

Al día siguiente las chicas fueron a la escuela, su último día de clases antes de que se cierren. Voy por Anahí, recojo sus libros. Hay gente en las calles, en los cafés, en todo lado. Prácticamente normal. El sábado vamos al súper de la esquina con la Betinita, en la calle muchos locales llenos, la gente tranquila. Algunos estantes de la tienda están vacíos, no hay pan, fideos, huevos. De plano ni alcohol ni gel, llega el martes, escucho.

Los problemas operativos se ponen a la orden. Hay que sacar un nuevo pasaje para la Betinita porque la presidenta de Bolivia Jeanine Añez prohibió los vuelos de Europa, entrada y salida. Significa que la Cathia se queda allá hasta nuevo aviso, y la Betinita por aquí. Cathia logra un pasaje de venida para el 7 de abril, mi mamá de ida para el 16 de abril (habrá que ver si se cumple). Salgo a la farmacia a conseguir las medicinas de mi madre, que solo tiene para unos días, la señorita que atiende es muy razonable, me las vende sin receta luego de que le

explico la situación. Queda pendiente la visa. El viernes se vence la estancia legal de Betina, me pregunto si debo renovarla en este contexto tan complicado. En todo caso no quiero moverla de la casa, preferiría que no salga.

LUNES 16 DE MARZO DEL 2020

HOY MACRON HABLÓ EN LA TELE. En la mañana fui a dar vueltas en bicicleta, luego, antes de las diez, pasé al súper. Una locura: estantes vacíos, un estrés creciente, una mezcla de la formalidad francesa teñida con cierta desesperación. Todos guardando el metro de distancia, algunos con guantes de plástico, y varios con mascarillas. La fila de caja inmensa, delante de mí había unas veinte personas, todas las cajas atendiendo, tardé como veinte minutos antes de pagar. En la tarde vi que las filas en otros supermercados son de cuadras. Tuve suerte.

A medio día me habló mi sobrina, Lucía, y me advirtió que en la noche habría otra intervención del presidente, esta vez anunciando el cierre total de todo y la prohibición explícita de reunirse en espacios públicos. En más de veinte minutos, Macron regañó a los franceses porque no hicieron su parte; cierto, ayer domingo fue un día hermoso, el primer día soleado de primavera, y muchos aprovecharon para tomar las plazas y parques, todo lo contrario a lo dicho por la autoridad. Repitió varias veces “estamos en guerra”, lo que resuena en este país que ha atravesado por ellas con drama. A partir de mañana y por quince días, estará prohibida y penada la reunión social pública.

En casa no desesperamos, la pasamos bien, aunque falta ejercicio. Mi mamá y las niñas subieron las gradas varias veces para tener movimiento. Mi sentimiento de desasosiego crece, no puedo pensar en el futuro medio, en qué será de mi vida en julio, a dónde iremos, solo llena mi cabeza los próximos días. Quiero atravesarlos, cada hora pasa lenta. No veo la luz al final del túnel, solo quiero que este mes se acabe, que pasen los días sin

novedad médica, que logremos salir de aquí. Me desespera la incertidumbre.

En Bolivia también se radicalizaron las medidas. No sé si mi madre pueda viajar en un mes, y no sé si Cathia pueda volver. Estas situaciones siempre las hemos enfrentado juntos, es desesperante la soledad. Cuando duermo, deseo despertar tres semanas más tarde, cuando todo haya pasado. Abro los ojos y me encuentro con lo mismo, con el tiempo que no pasa.

Uno de los últimos libros que leí fue *La maleta mexicana* de Guillermo Chao que narra el accidentado tránsito de los negativos del fotógrafo Robert Capa. El primer capítulo es la partida de su colega desde París hacia el sur huyendo de los nazis que estaban en la puerta con el equipaje cargado de imágenes. Salió en bicicleta porque no había tren, tomó alguna bici que estaba tirada en la estación y que ya no tenía dueño. Ese drama de la guerra es a menudo difícil entenderlo; ahora me siento en un escenario similar. A veces me deprimó y empujo mi imaginación a los escenarios más dramáticos; a veces lo tomo como un momento privilegiado para compartir con las mías, leer y escribir.

En otro orden, la economía empieza a ponerme en alerta, el dólar subió, hace unos meses estaba en un poco más de veinte pesos mexicanos por dólar, hoy en 22.7. No sé cuánto podría aguantar en una situación así, si sube más, tal vez tenga que partir antes de lo previsto.

No sé dónde va a parar toda esta historia. Solo quiero que se acelere el reloj.

19 DE MARZO DEL 2020

DÍA DEL PADRE...

LA COSA SE VA PONIENDO desesperantemente dramática. En Île-de-France se espera la tragedia, como cuando va a llegar un huracán y no sabes cuánto resistirán las ventanas de tu casa. Se acerca, es como un fantasma aterrador que no sabes sus consecuencias. Se dice que en unos días va a llegar la catástrofe, que se saturarán los hospitales, que los contagios serán impresionantes. Hoy salió en los medios una discusión apocalíptica, infernal: tendrán que elegir a quién dar asistencia, priorizar a quienes tienen mejor estado de salud para que puedan usar las camas de respiración artificial. Un articulista radial decía que las cosas se han invertido, que la ciencia ficción hoy es la realidad, y que el mundo como lo conocíamos —normal— hoy es la imaginación. Salir a la calle, saludar, subir al metro, comprar cosas, ir a tomarse una cerveza, son prácticas prohibidas, temidas, mientras que vivir encerrado es lo que todos hacen.

Son tiempos muy difíciles. Quiero hacer sociología, reflexionar sobre cómo un Estado tiene el poder de controlar lo más personal del comportamiento humano —no saludarse con la mano—, del miedo que nos invade, de las nuevas formas de relación colectiva, de los comportamientos que observo en la calle. Me repito a mí mismo que estoy en un periodo histórico, una crisis sanitaria que va a dar que hablar los próximos treinta años, y estoy en el ojo del huracán. Me insisto que tengo que anotar todo, registrar todo, la vida cotidiana, mi familia, la ida al súper, la salida a la ventana, el cruzarme con un vecino y saludarnos

amablemente pero prácticamente sin mirarnos. Me digo que tengo que aplicar todo lo que sé a la observación, escribir, describir, analizar. Pero no puedo.

Y entre tanta cosa, anoche una linda iniciativa: salimos a las 20:00 h al balcón, todos aplaudiendo, pensando en los enfermos, en los médicos, en las enfermeras, en el personal de servicio. Aplaudir por un minuto, aplaudirnos a todos los que estamos en esto, con miedo, pero juntos.

20 DE MARZO DEL 2020

AYER LA NUMERARIA PERVERSA tomó la radio. Todos los noticieros repiten cifras, cuántos muertos, cuántos nuevos infectados, alguno que otro dice el tiempo que durará. Los más morbosos —en red— muestran imágenes terroríficas, los ataúdes en las iglesias italianas sin que haya quién los recoja, los rostros de pacientes con respirador y mirada cansada, casi agonizante. Es el terror expuesto en los medios. Anoche ya no pude, retomé parte de mi espiritualidad de antaño, agarré la “mala” o “japa mala”, que es el collar con cuentas de madera con el que rezan los budistas, que compré en un mercado de pulgas meses atrás, e hice oración. Pedí fuerza a mis mayores que partieron (mis abuelos, mi padre) y me encomendé, a mí y a las mías. En México, luego del terremoto, recomendaban desconectarse de las imágenes más trágicas, dejar de ver cómo se derrumban los edificios con gente adentro, videos que recorren con impresionante atracción por redes. Desconectarse en el sentido más literal de la palabra, dejar de estar conectado, llenar la cabeza con otras cosas, dejar que la atención fluya en otras direcciones. Eso hice, hoy intentaré escuchar más jazz, cocinar, hacer un pastel y ver una película familiar en la noche.

21 DE MARZO DEL 2020

LA VIDA COTIDIANA EMPIEZA a tener otro ritmo. Somos cuatro en casa: mi mamá, mis hijas de 16 y 13 años y yo. El departamento tiene 55 metros cuadrados. Hay dos cuartos y una computadora. Los espacios han empezado a estar saturados. No salimos en absoluto, salvo al balcón. Como no quiero que nadie toque ni la chapa de salida del edificio, para hacer ejercicio hemos implementado la modalidad de subir gradas. Vivo en el cuarto piso, hay seis en total. Cada uno de los miembros de la casa salen a distintos tiempos a subir y bajar gradas, sin llegar ni al patio interno. Yo me coloco los audífonos con música alegre y subo y bajo contando cada ciclo, lo hago en la mañana temprano, como cuando iba a correr en tiempos normales antes del desayuno y volvía con una baguete bajo el brazo.

La distribución de los espacios empieza a ser complicada. Mi mamá lee en la sala que se ha convertido en su cuarto de alojada. Mis hijas siguen clases en sus camas, leen, dibujan, juegan. Yo he convertido mi cama, aprovechando la ausencia de mi esposa, en un escritorio. Me acomodo la almohada, alrededor despliego mis libros, cuadernos, notas, fotocopias. En el centro la computadora. Escribo cuando encuentro inspiración. A ratos rezo desempolvando mis antiguas prácticas de estudiante, cuando además de sociólogo quería estudiar teología, en aquellos años en los que la opción de seguir una vida sacerdotal con los jesuitas era un horizonte posible.

También la mesa de comedor ha cambiado su naturaleza. A veces, en lugar de la cama, me instalo en ella. Es una mesa de madera gruesa, rústica, sin sillas, solo dos bancas largas latera-

les, una de ellas pegada a la pared. Me instalo en un rincón, abro la computadora y pongo mis papeles a los lados. Otra vez mis audífonos para aislarme en el aislamiento. Como la banca es incómoda si estás en ella tres horas sentado, puse un par de almohadones que mitigan el dolor de espalda.

Cuando llega la hora de comer, repliego mis cuadernos y libros y los apilo en una esquina. El escritorio deviene en comedor. Empieza la hora de cocinar. He desempolvado mis recuerdos no solo espirituales sino culinarios. En condiciones normales cocino poco, pero ahora es cosa de todos los días. Lo hago en compañía de mis hijas, que me han pedido aprender los saberes de la cocina. Me he revelado como un chef imaginativo y con capacidad de resolver problemas, o más bien ausencias de productos indispensables. Si no hay aceite, uso mantequilla; *cous cous* en lugar de arroz, etc.

Estoy intentando mantener las rutinas, las horas, los protocolos de estabilidad de la vida familiar. Despertamos temprano, desayunamos y almorzamos a la misma hora salvo los fines de semana que nos atrasamos un poco. A las ocho de la noche es infaltable la cita con los aplausos del balcón, nuestro minuto de colectividad, y luego la película. En alguna conferencia escuché que incluso personas que tenían enfermedades psíquicas severas necesitaban de rutinas estables. A mí, y creo que a mi familia, tener horarios y actividades establecidas nos da un sentido de estabilidad.

Nada es fácil. Hace más de diez años escribí sobre la epidemia de la influenza en México que nos mantuvo dos semanas encerrados. Lo viví como drama, con desesperación. Nunca imaginé que las cosas podían ser peor.

22 DE MARZO DEL 2020

SON MUCHAS LAS PREGUNTAS que recorren este tiempo. La más angustiante ¿es cuánto va a durar? ¿Y cómo vamos a salir de todo esto? No tengo claro, todavía no hay luz al final del túnel, pero tengo la certeza de que nada será igual. Me he puesto como desafío pensar en qué provecho se puede sacar de esta situación. No puedo. Aun así, tengo claro que algo tiene que salir de los días de encierro; aunque parezca obvio, hasta cursi, hay que salir fortalecidos, con más recursos para nuevas cosas. He empezado a hacer meditación más sostenida, a recordar los “Ejercicios espirituales” de San Ignacio que alguna vez hice hace décadas. Cuál es el “principio y fundamento”, decía Ignacio, y dedicaba horas a darle vueltas.

Este tiempo será de meditación, de ponerme en el espejo para mirar hacia el frente. Evaluar, para avanzar, y acaso corregir la dirección.

En casa hemos tomado una bella determinación: veremos todas las noches una película, luego de la merienda. Vamos por algunos clásicos, otros filmes nuevos, unos bolivianos, otros mexicanos y de varios países.

A las 20:00 h es la salida al balcón para los aplausos alentando a los médicos, el personal de salud y los enfermos. He visto y cruzado sonrisas con gente que jamás lo hacía, ahí nos encontramos todos durante un minuto haciendo ruido, silbando compartiendo el miedo y la esperanza con desconocidos, cada quien desde su ventana pero sabiéndonos parte de una colectividad.

En Bolivia ayer empezó la cuarentena radical. No quiero pensar las consecuencias, la implementación, el resultado inmediato y en el largo plazo. Todo se mueve, no sabemos hacia dónde.

23 DE MARZO

HOY FUI AL SÚPER. Primero pasé por el cajero automático a sacar plata, el dólar ha subido de 20 a casi 25 pesos mexicanos en unos días, eso significa que mi capacidad adquisitiva se ha devaluado. Los próximos meses espero no tener penurias económicas, pero claramente mi economía se verá afectada. Podré hacer frente a los meses que vienen, pero no a largo plazo, por suerte esta estancia va terminando, ya no podría sostenerla. Por lo pronto intentaré ir tomando dinero para tenerlo en euros antes de que pierda más plata. Decía que fui al súper...

En el camino había varios policías, no me pidieron mi *attestation*, solo me vieron pasar. En la farmacia pegaron unos papeles amarillos en el suelo cada metro y medio, y quienes atendían estaban fuertemente protegidos con mascarillas, guantes y alcohol con el que limpiaban el estante luego de atender a cada cliente. Todo a distancia. Compré el alcohol más caro de mi vida —o más que alcohol una fórmula casera—: 30 euros el litro. Cuando llegué a la tienda, la fila daba la vuelta a la esquina, pensé en irme, pero ya que estaba afuera decidí continuar con mi tarea. No había mucha gente, unas diez personas, pero separadas por dos metros.

Me puse al final, cuando estaba por entrar, se me acercó una mujer, imagino que para pedirme dinero. Empezó con la señora de avanzada edad que estaba delante mío y que la rechazó violentamente diciéndole “No se puede acercar tanto”. Se puso frente de mí, a un metro, me miró y me quiso decir algo con las manos atrás, yo le hice un gesto señalando que no le daría dinero, luego pensé que hice mal, pero los nervios están a la orden.

Había pocas personas dentro del súper, de hecho controlaron la entrada para evitar aglomeración. Compré todo lo que pude, pero nervioso, apurado. Olvidé muchas cosas (cereal, yogur, postres), solo atiné a lo que me pareció más estratégico y que podía llevar en la espalda y los brazos. Los estantes no estaban del todo vacíos, pero algunos productos ya habían partido, como los huevos o el pan fresco. Definitivamente tengo que volver, al menos una vez por semana. Creo haber nutrido la despensa, y espero aguantar antes de volver.

Las calles completamente vacías, mucha gente con barbijo, otros con un pañuelo en la boca. Extraño este París desértico, solo lo habita el miedo.

24 DE MARZO DEL 2020

AYER ESCRIBÍ EN MI COLUMNA de *El Deber* la siguiente nota:

Nada será igual

Podría escribir sobre el miedo que tengo, el desasosiego, la incertidumbre. Sobre el monstruo invisible que amenaza y que veo que todos juegan a golpearle como a la gallinita ciega; pocos aciertos, muchos yerros. Pero voy a intentar controlar, o al menos contener, mis angustias para contar cómo se viven las cosas por aquí.

Me tocó vivir la crisis del coronavirus en París. Cierito: el mejor lugar en el peor momento. Al principio se escuchó como algo lejano, un problema de una ciudad en China. Solo después nos enteramos que Wuhan es una urbe que tiene la población de toda Bolivia y un dinamismo económico impresionante. Luego se supo del primer caso en París, un turista chino.

De ahí, poco a poco los noticieros fueron informando la expansión del virus.

Empezamos a saber detalles del tema, cuántos casos más, cómo protegerse, qué hacer. Un día fui a una farmacia y el gel antibacteriano costaba el doble, quedó claro que ya todos necesitaban tener uno en el bolsillo y en su mente. Sin embargo, la vida continuaba, mis hijas en la escuela intentando, solamente, mantener cierta distancia y no saludarse con los dos besos a los que están acostumbrados los franceses.

El asunto se puso mucho más denso cuando explotó Italia y luego España, por lo que el presidente Macron tomó la pantalla de la tele por veinticinco minutos. Lo escuché atento con toda mi familia.

Dio la señal de alarma, se suspendían clases, pedía evitar los desplazamientos y las reuniones. Fue solemne, pero cálido.

Días después la gente siguió saliendo a la calle como si nada hubiera pasado; fue una de las primeras jornadas primaverales, por lo que muchos se volcaron a parques y plazas a jugar, a comer y compartir, que es lo que hacen los parisinos cuando hay sol y buen clima. Macron volvió a la tele por otros veinte minutos. “Estamos en guerra” dijo el presidente varias veces en tono de regaño y de combate. La palabra “guerra” está cargada de contenido para esta nación, todos saben de qué se está hablando. Las medidas fueron todavía más restrictivas, ahora con multas severas para quien no las cumpla.

Inmediatamente fui al supermercado a aprovisionarme y hasta ahora he intentado no salir, pero ya las cosas se acaban y debo volver a las compras.

Desde ahí hasta hoy, hemos permanecido en mi departamento. Mi esposa se quedó varada en La Paz y mi madre en París, ambas imposibilitadas de moverse. En casa hemos establecido horarios de trabajo escolar, rutinas. Mi departamento es chico, muy parisino, así que debemos organizar los espacios y los ritmos. Se trata de aprovechar el tiempo. La escuela ha reaccionado relativamente rápido y se está adaptando a la nueva situación enviando a los estudiantes tareas y asesorías por internet. A las ocho de la noche, quedó instalada nuestra salida al balcón a aplaudir, como lo hacen todos, apoyando al personal de hospitales y a los enfermos. Luego vemos una película escogida por uno de los miembros del hogar.

He intentado casi no ver noticieros salvo lo indispensable, solo dan datos que asustan más, las cifras de los fallecidos, el horror apocalíptico. Es claro: hoy París no es una fiesta.

Decía Vargas Llosa que para un escritor no hay experiencia negativa. Como sociólogo de lo cotidiano que me precio, todo lo que miro tiene interés, pero la verdad que en estas circunstancias me

cuesta analizar, describir, pensar más allá. “Quiero escribir, pero me sale espuma”, repito con Vallejo.

Sé que hay mucho qué decir: el sentido del miedo, la vulnerabilidad de la especie, el lado perverso de la globalización, la necesidad de la autoridad y la regla, la oportunidad para el autoritarismo, la importancia del aparato de salud pública y de lo público, lo común de los problemas humanos más allá de pasaportes, la tecnología, la economía, las consecuencias políticas, el nacionalismo, la solidaridad, etc. No tengo el espíritu reposado para mirar con detenimiento —ojalá un poco más adelante—. Solo una certeza: ya nada será igual.¹

¹ Hugo José Suárez, “Nada será igual”, *El Deber*, 25 de marzo, 2020. <https://el-deber.com.bo/mundo/nada-sera-igual_170830>

25 DE MARZO DEL 2020

ANOCHE SE ENDURECIERON LAS REGLAS para salir a la calle. Ahora la *Attestation de Déplacement dérogatoire* oficial, ese documento que uno descarga de la página web oficial del gobierno, debe tener: nombre, fecha de nacimiento, dirección, motivo de la salida, hora, fecha y firma. Solo se puede estar fuera de casa por una hora máximo y no más de un kilómetro a la redonda. Si la multa era de 135 euros, ahora puede subir a 375 o hasta 1 500 si se reincide.

Las noticias son insoportables. He decidido escuchar solamente un informativo al día, o algunas muy puntuales. Anclé mi radio en la estación de jazz, que muy eventualmente da algo de actualidad. La “actualidad” es repetitiva, solo repiten la tragedia ascendente. Escuché que se está planeando abrir un teléfono de atención psicológica, pues muchas personas empiezan a mostrar síntomas psíquicos generados por el aislamiento, el drama cotidiano, el miedo, la soledad. Otro factor más que habrá que evaluar en el futuro: la salud mental de quienes atravesamos por este calvario. Vi un meme: una persona que en la puerta de su casa esperaba a los Testigos de Jehová, pues hace días que no tenía con quien charlar.

28 DE MARZO DEL 2020

CUMPLIMOS PRÁCTICAMENTE dos semanas de encierro. Creo que pasamos por dos etapas, la primera es la inmovilizante, la más dura, las preguntas fatales rondan la cabeza y el espíritu. Hablé con un amigo en Bolivia, su experiencia muy similar en términos emotivos a la mía. Miedo, desasosiego, pasmo. El futuro corto, la fecha de vencimiento cerca. Recuerdo mi amiga que luego del terremoto en México en septiembre del 2017 no quería participar en nuestro evento sobre escritura, unos días después, porque todavía estaba espantada. Ahora la entiendo más. Pero hay que intentar salir de ese primer tiempo para adentrarse a otro universo. Dejar que la imaginación, que la observación, la descripción, las otras posibilidades llenen nuestra cabeza e intención. Acabo de ver un video de tres *roomies* en Barcelona que empezaron a hacer música (Stay Homas), una canción cada dos o tres días, siempre con el tema del encierro, desde su pequeña terraza; el encierro no paraliza la creatividad. Empiezo por algunas reflexiones.

Es impresionante lo que está sucediendo en muchos niveles. Las preguntas son enormes, y sin duda que marcarán una época, el mundo será otro. Primero, esta es una experiencia planetaria. Un tercio de la humanidad está confinada, ese tercio está viviendo una situación similar —con millones de variantes, claro—: la autoridad que decreta una orden de inmovilidad, el miedo a algo biológico desconocido y eventualmente mortal, la incertidumbre, la necesidad de encerrarse y volver a lo íntimo, a lo más personal y cotidiano en un radio de no más de cincuenta metros. De pronto, el encierro es algo de lo que todos, en verdad todos,

tenemos algo que contar. Eso nos ha puesto en la situación de acercar nuestros lazos con los más nuestros, con los seres con quienes compartimos horas de horas en casa. Es una oportunidad privilegiada para “mirarse para adentro”, para que el hogar se convierta en el laboratorio de observación de la vida social. Cómo nos comportamos con los demás, cómo organizamos el espacio, el tiempo, las rutinas, las tareas. Ahora sí que podemos —obligados por la circunstancia— mirarnos en detalle. Hace años recuerdo que en uno de los museos de Nueva York había un libro que se llamaba algo como *El universo en una gota de agua*, texto que estaba al lado de un microscopio que permitía a los niños observar todo lo que había ahí adentro. Pues ahora estamos frente a esa gota de agua que es nuestro entorno inmediato. Es un momento para mirar mucho, pero en distancia corta.

Por mi parte, he empezado con una nueva iniciativa. Soy un fotógrafo de calle, pero voy a hacer una serie de fotos al interior del hogar, o desde el interior al exterior. Qué miro hacia adentro y qué desde aquí hacia afuera. Se trata de ver el entorno de otro modo, las formas al interior de la casa, las tasas, las ollas, los rincones. Ver las bellas formas que podemos encontrar en el salero colocado de una manera con los platos, los libros, los adornos, los sillones, las toallas, la luz que entra por la ventana. Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz, decía José Martí. Vamos a descubrir y plasmar esa belleza.

* * *

Se informa que la clausura se va a extender al menos hasta el 15 de abril. Curiosa contradicción, la primavera ya llegó, el clima está precioso, el cielo azul y con sol desde temprano hasta tarde. Los pájaros vuelan la ciudad y se dejan ver tras el silencio de un París sin movimiento. Resaltan sus revoloteos, se pasean por el

callejón de mi departamento. Las abejas visitan la única planta que tengo en mi balcón. Primavera en París, quién lo creyera.

* * *

Observo la crisis en tres lugares distintos. Bolivia, México y Francia. La primera división analítica es la reacción oficial y la de la población. En Bolivia y Francia las autoridades han implementado medidas muy duras de cuarentena, con multas, militares, controles y poder acumulado en la presidencia. México se la ha tomado más relajada, hasta hace unos días López Obrador aparecía entre las masas besando a la gente. En contra partida, en México la gente se ha aislado más allá de la instrucción de la autoridad, las instituciones que pueden han bajado su ritmo y los empleados se han confinado. En Bolivia se ha acatado la norma a media máquina, algunos sectores de plano se han confrontado, incluso violentamente, con autoridades. En Francia, al principio nadie hizo mucho caso hasta que Macron endureció su mensaje apelando a la guerra.

Lo operativo del funcionamiento estatal tiene sus particularidades. En Bolivia, con un Estado frágil, el mensaje de la presidenta se va diluyendo o transformando mientras desciende el rango. El policía de la esquina actúa más de acuerdo a su criterio e interés que conforme al mandato oficial. Así, a un marido que llevaba a su mujer al médico, se lo multó por no tener ninguna orden de circulación que, obvio, no tenía. De esos casos hay decenas. Mi cuñado pidió permiso oficial por internet para llevar a mi suegra a una radiografía de urgencia y este nunca llegó, tuvo que salir violando la ley. En París te descargas una *attestation* en internet, la llenas con todos los datos formales (nombre, dirección, fecha de nacimiento, etc.) y cuestiones muy precisas (hora de salida, intención). Si te pide la autoridad ese documento,

debes mostrarlo inmediatamente, y no habrá problema, si no lo tienes, la multa mínima es de 135 euros. Se acata con mucha rigurosidad el protocolo que es para todos. El Estado entró en la regulación de lo íntimo —la circulación básica, la manera cómo hay que saludarse— con una fuerza inusual, y está teniendo éxito en su empresa.

En medio, Bolivia y México tienen un comercio informal muy importante, imposible de detener porque miles de familias dependen de ese flujo económico. La contención solo puede ser parcial —eso parece haber entendido México— y temporal. Después, quedan poco claras las consecuencias en una u otra dirección, sea con una política dura que traiga más consecuencias económicas en la gente y menos en la salud (Bolivia), o una laxa que más bien tenga eco en la salud y menos en la economía (México). Difícil de evaluar, solo más adelante se podrá decir algo.

Leía un artículo interesante de México, de un periodista que entró al metro en la Ciudad de México y solo al constatar que es utópico pensar en un metro y medio de distancia en el principal transporte de esa urbe, comprendió que AMLO no quería dar un mensaje de distancia social cuando en los hechos es imposible cumplirla. Justificaba así su cercanía a las masas. Discutible, pero interesante.

* * *

Puse esto en mi Face:

Estamos confinados, pero ningún encierro encierra la mirada, ninguna cuarentena detiene la imaginación. Los invito a que miremos de otro modo, hacia lo íntimo. Empezaré a subir fotos de los interiores de mi departamento en París, buscando formas, diálogos, lugares. Buscando mirarme para adentro. ¿Alguien más le entra?

4 DE ABRIL DEL 2020

DESDE MI VENTANA

UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS de los edificios *haussmanianos* en París, construidos en el siglo XIX, es que los departamentos tienen generosos balcones. Por muy chicos que sean los espacios internos, alguna ventana suele tener una coqueta vista a la calle y la posibilidad de respirar afuera. A menudo se trata de ambientes chicos, con dificultad caben tres personas, pero conducen al exterior y dan otra sensación de la ciudad.

Con la crisis sanitaria, la ciudad se ha puesto como ritual aplaudir durante un minuto a las ocho de la noche en los balcones, alentando al personal médico y a los enfermos. En casa lo hacemos religiosamente, dejamos las actividades ordinarias, sea que estemos viendo una película o cenando, y nos aglomeramos los cinco (mi madre, mi esposa, mis dos hijas y yo) haciendo bulla con manos y latas.

Es emocionante ver a varios vecinos que hacen lo mismo, y aunque mi departamento da a un callejón, se siente la presencia de aquellos que no podemos ver pero que hacen lo mismo desde otro punto de la ciudad. He descubierto cosas nuevas: que mi vecina tiene el cabello largo y dos gatos, que la del frente es una señora mayor, que abajo vive una pareja que —según platican mientras aplauden— van al súper los martes, que el de la calle del frente tiene una trompeta que toca con entusiasmo.

Por mi parte, como somos cinco en mi pequeño espacio de no más de 55 metros, he empezado a usar el balcón como una extensión del hogar. Como estamos en abril y el clima es más

primaveral, he salido algunas tardes a tocar guitarra y cantar con mi hija. También, emulando la práctica que tenía de ir a pasear con cámara en mano, he cargado mis aparatos fotográficos, mi Canon con teleobjetivo y mi Leica, para disparar desde ahí, capturando otras tomas que nunca había visto.

En suma, el balcón se ha convertido en mi contacto con el mundo, una nueva socialidad.

¿QUÉ FALLÓ?

Me he preguntado centenas de veces por qué estamos viviendo esta pandemia. Con la ingenuidad de un ciudadano que sabe de virus cuando le toca atravesar por una gripe o cuando se va a vacunar una vez al año, no termino de entender dónde está el error. El aislamiento que estamos viviendo se asemeja tanto a esas imágenes que tenemos de la edad media, cuando los castillos-ciudadelas subían sus puentes para aislarse del mundo y protegerse de las enfermedades externas. Era un tiempo en el que la única manera de quedar al margen era no cruzarse físicamente con la enfermedad, un tiempo en el que la solución venía de la explicación religiosa y el manejo básico de algunas nociones de la salud. Pero la medicina moderna se supone que había avanzado muchísimo, al menos eso creímos. Resulta que hoy la humanidad puede decodificar el ADN de muchas materias, pero cuando nos vemos amenazados por un virus nuevo, acudimos al aislamiento medieval. Nuestra mayor defensa el plástico y el jabón; los “gestos simples” que llama el gobierno francés son eso, demasiado simples: mantener distancia, toser en el codo, usar guantes, un cubrebocas y lavarse las manos. Lo mismo hubiera podido decir cualquier autoridad hace diez siglos. ¿Y la ciencia?

Estoy convencido de que la salida a la crisis no será solamente uso masivo del jabón sino el descubrimiento de la cura por parte de los científicos. Pero la pregunta es ¿por qué los centros de investigación tardan tanto en responder? Sé bien que los procesos científicos no se hacen de un día al otro, pero ¿no será que las autoridades no invirtieron lo suficiente en investigaciones que permitan tener resultados más rápidos? ¿No estaremos pagando la factura de dejar a un lado a la ciencia y privilegiar al mercado rentable de la salud? Algún investigador del CNRS, especialista en coronavirus, decía que durante los últimos años le redujeron drásticamente su presupuesto. Me da la impresión que no se dio el lugar que debe tener la ciencia, con lo que económicamente significa, para, en cualquier caso, poder tener reacciones más eficientes. Los recortes en algunos países fueron sistemáticos, dejando la responsabilidad de la investigación a farmacéuticas comerciales, y por tanto a las exigencias del mercado, no de la vida de los ciudadanos.

Si hace siglos el saber médico era elemental, parece que hoy el problema es que, a pesar de haber avanzado de manera sorprendente en el último siglo, la medicina y sobre todo la investigación científica en ese rubro, está a merced de las decisiones de los gobernantes que consideran más pertinente invertir en otras cosas. Y aquí las consecuencias: volver a subir los puentes cuando hay un riesgo sanitario, volver a las máscaras de plástico, al agua y al jabón como única defensa. Es lamentable.

NUESTRO UNIVERSO ÍNTIMO

Leí en algún lugar —creo que en *Libération*— que el encierro estaba convirtiendo el espacio íntimo como nuestro principal universo. Las condiciones son siempre distintas, y no hay que

olvidar que, aunque la mitad de la población mundial esté en aislamiento, cada contexto cultural será diferente. Pero en mi caso, y en buena parte de quienes vivimos en urbes occidentales, la situación tiene paralelos notables.

El espacio para el desplazamiento se ha reducido al mínimo. Mi madre hace su ejercicio caminando entre la sala y el comedor decenas de veces contando los pasos, mis hijas y yo subimos las gradas del edificio una y otra vez. Ya lo he dicho: mi cama se ha convertido en mi escritorio luego de que la tiendo temprano. Ahí despliego mis cuadernos, me tomo el café que solía hacerlo en algún local cercano, y empiezo a trabajar. He acudido a mis audífonos que premonitoriamente me regalaron en mi cumpleaños pasado para aislarme totalmente. Cubriendo los oídos, solo dejando que penetre la música que yo selecciono, y clavando mi mirada en la pantalla y mis libros, logro trabajar muchas horas como si estuviera en una biblioteca.

El mundo de mis relaciones también se ha reducido al núcleo familiar, salvo los aplausos en los que me siento miembro de una colectividad urbana. Aquí soy papá, esposo e hijo, mis tres roles se han intensificado, y lo soy de tiempo completo, no hay dónde ocultarse. A la vez, mi vida social y profesional fluye en las redes; sé en detalle lo que pasa en México y en Bolivia, en la UNAM y en La Paz, tengo mis grupos de WhatsApp donde me informan tanto del acontecer nacional como familiar, y hablo regularmente con amigos. Además, por supuesto, estoy trabajando y en contacto regular con mis estudiantes. Curiosa combinación, es un encierro medieval con la tecnología del siglo XXI en el celular.

10 DE ABRIL DEL 2020

LO SOCIAL DEL ENCIERRO

EN PARÍS HAY TRES MANERAS de enfrentar la cuarentena. Por un lado, están quienes tienen alguna casa de campo donde buscan refugio. Parten, lo que genera preocupación en quienes reciben porque a menudo son pueblos con gente mayor más vulnerable y que al recibir a los ciudadanos corren nuevos riesgos.

Por otro lado, la clase media parisina que no puede salir de la ciudad pero que vive el encierro en sus departamentos. Es un sector que cómodamente enfrenta el encierro conectado a internet, paseando cada rincón de su pequeño espacio, sale una vez por semana a hacer sus compras, se instala en el “teletrabajo” y recibe su salario a fin de mes. Es muy privilegiado porque no tiene riesgos sanitarios, su estabilidad económica continúa, se modifica su cotidianidad sin alterar los pilares de su vida.

Por último, los sectores populares que viven en las afueras de la ciudad. Su trabajo los obliga a salir, son los cajeros, los transportistas, los barrenderos, el personal de limpieza. Son quienes permiten que una buena parte de Francia pueda continuar su vida, que el médico llegue a trabajar al hospital habiendo desayunado, que el funcionario indispensable pueda hacer su trabajo sin inconvenientes. Ellos son los más desprotegidos de todo el sistema, nadie pensó en su cuidado, las mascarillas llegaron tarde, el gel se quedó en los del primer frente que son los médicos. Se los estigmatiza como quienes no cumplen la norma, como los que salen a la calle y se juntan, y son, como en Saint Denis, los más afectados por el virus. Sin ellos Francia no podría enfrentar

la crisis, pero nadie los reconoce. En las noches, a las 8, todos salimos a los balcones a aplaudir al —personal médico y a los enfermos—, pero nadie se acuerda del trabajo oculto —y ocultado— de quienes permiten que todo lo demás funcione.

En la crisis sanitaria, la autoridad ha privilegiado la figura del médico como el que está en el primer frente de batalla. Se refuerza así aquella imagen del funcionario público, con un saber científico fruto del sistema educativo y con un sentido patriótico y heroico (todo con lo que estoy de acuerdo, claro). Pero queda fuera el otro lado, aquellos que desde lo oscuro de la reproducción de la vida colectiva están en la base. La cadena alimentaria, el agua, los servicios, la recolección de basura, la venta de enseres básicos, etc. No tienen ningún valor.

EL TRATAMIENTO FRANCÉS DE LA CRISIS

Hay algunos desfases curiosos respecto de cómo Francia ha tratado la crisis. Si lo comparamos con Alemania, con una estructura similar en términos de salud pública y con el mismo número de contagios de coronavirus, los datos son incomprensibles. Francia tiene como 12 000 muertos y Alemania como 2 000.

¿Qué pasó? Se preguntan muchos con pocas respuestas claras. Algunos dicen que puede ser por el número de pruebas (los alemanes hicieron muchísimas más). Es una pista.

En términos del discurso, Macron ha sido muy elocuente. Ha hecho gala de su manejo de escenario, salió a la pantalla con la palabra precisa, correcta, convincente. Pero no ha sido muy eficaz. Ni siquiera le han hecho caso, y ha tenido que subir el tono, hablar de guerra y elevar las multas para que los franceses se queden en casa. Parece más preocupado en que se cumplan las normas, hay centenas de policías y militares en las calles que te

piden la *attestation* para dar una vuelta. En los últimos días se modernizó el permiso que ahora se lo gestiona por internet y crea un código de barras que puede ser leído por el primer policía de la esquina, en él viene inscrita la hora de salida —solo se puede estar una hora afuera—, la dirección para ver si no se está alterando el kilómetro permitido. Todo sin que haya contacto entre la autoridad y el ciudadano, así todos mantienen el metro reglamentario de distancia. Ahora se puede salir a correr antes de las diez de la mañana y después de las siete de la noche. Siempre munidos del documento respectivo.

Parte de la discusión actual está en una nueva y delicada iniciativa que todavía no la han implementado. Se quiere identificar a quienes estuvieron enfermos, a los potenciales portadores del virus para enviarlos a cuarentena solo a ellos y no a toda la población. Eso implica tener control de qué relaciones, contactos y lugares han frecuentado. La nueva aplicación implicaría tener constantemente activado el *bluetooth* de los celulares, de manera que se pueda identificar con quién se ha interactuado y así mapear la expansión del virus y, por tanto, poder controlarlo. Por supuesto que se genera polémica porque implica que la vida privada pasaría al conocimiento público, lo que es muy arriesgado, especialmente si se piensa que la pandemia terminará pero el aparato de control seguirá en pie. La autoridad revira diciendo que ningún dato quedará registrado. En todo caso, se abre el debate.

También queda sobre el tapete las medidas eficaces para controlar el virus. Al principio se dijo que las mascarillas no servían para nada, ahora se dice que es una buena manera de evitar la propagación. Una barrera más, un ladrillo en la “distanciación social”. Pero claro, no hay dónde comprarlos, están agotados. Lo del test es otro problema no resuelto. Un amigo tuvo coronavirus en París, tuvo fiebre tremenda y fue saliendo;

en ningún momento pudo ir a hacerse la prueba para saber el diagnóstico certero. Ya se sanó, pero queda la duda si realmente fue Covid-19 lo que atacó su cuerpo.

El lunes Macron tomará nuevamente la pantalla. Lo hará a las ocho de la noche, pasada la hora de los aplausos. Habrá que ver qué dice. Se habla del desconfinamiento progresivo, algunos periódicos ya lo anunciaron luego de las declaraciones de un ministro. Se verá.

SALIDA DE PASEO

Varias veces he ido a comprar. El protocolo ha sido muy estricto: llevo guantes de goma, barbijo y gel. Cuando vuelvo, me quito los zapatos y los dejo en la puerta, pongo todos los productos sobre un tapete en la mesa, me quito los guantes, desinfectamos con Cathia cada uno de los productos o los lavamos con agua, metemos a la lavadora las bolsas y mi sudadera con la que estaba vestido y nos refregamos las manos como se indica oficialmente. Como cada salida es un afán, han sido más esporádicas, por tanto vuelvo más cargado con todo lo que consumiremos una familia de cinco miembros en unos tres o cuatro días. No hemos bajado la guardia, el día de compras ha seguido el mismo estricto protocolo.

Paréntesis: dos días atrás luego de que había terminado todo el ciclo de la compra, encendí la cafetera para tomar mi café mientras descansaba de la ardua mañana pues primero fui al súper cercano y volví con leches y líquidos pesados —subí los cuatro pisos de mi edificio— y después salí nuevamente a adquirir los productos más livianos. El caso es que estaba a punto de tomarme mi cafecito cuando me di cuenta de que ¡faltaban los plátanos que ya había pagado, los olvidé en el cajero! Eso es

trágico porque diariamente consumimos unos cuatro plátanos en licuado matinal. Nuevamente armé la batería, saqué otros guantes de plástico, otro barbijo, más gel y fui al rescate. Volví con ellos en la bolsa, pero de contrabando compré un vino y cerveza, productos relegados en esta contingencia.

Esta semana empezamos con otra dinámica. Decidimos salir a caminar en el marco de las restricciones. Los cinco, mi mamá, mi esposa, mis dos hijas y yo, bajamos la *attestation* y la llenamos tiqueando la casilla que da permiso para salir a caminar por una hora, todos los miembros de un mismo hogar, no más lejos de un kilómetro a la redonda. Munidos de nuestros celulares, bajamos las gradas, abrimos la puerta con mucho cuidado, solo yo la tocaba con un kleenex y luego me desinfectaba la mano. Caminamos por el boulevard Rochechouart, unos policías nos pidieron nuestra identificación que mostramos desde el celular guardando siempre el metro de distancia. Cuando llegamos al kilómetro y había pasado la media hora, emprendimos la vuelta. Dos días después repetimos la operación, ahora por Montmartre. Había bastante gente en las calles, algunos niños con sus padres, uno que otro perro con su dueño, y, a partir de las siete de la noche, muchos corredores. Al cruzarnos con la gente, todos nos repelíamos como cuando los imanes se acercan con el mismo polo. Fue una experiencia grata. Volvimos sin tocar nada, igual pasamos directamente a lavarnos las manos con esmero. Hay algo raro en este encierro, se va moviendo la manera de usar la ciudad, de relacionarnos con el otro en la calle. Los miedos afloran, las distancias se marcan.

DOMINGO 12 DE ABRIL DEL 2020

EMPEZAR A SALIR. PETIT À PETIT

NUESTRAS SALIDAS HAN EMPEZADO a ser más estables, parte de la cotidianidad antes de terminar el día. He vuelto a ver los entornos de mi barrio, de los tres barrios que rodean. En el distrito 9, las tiendas de frutas tienen una pequeña barda que marca el metro de distancia afuera para que, desde ahí, los clientes hagan sus compras. Las filas en los supermercados, siempre respetando el metro. La gente con bolsas de plástico duro y relativamente chicas para las compras fácilmente transportables en el hombro. En la parte de Montmartre del distrito 18, los comercios más pequeños, pocos supermercados, más bien tiendas de barrio y varias panaderías abiertas. En la parte de Barbès del distrito 18, la zona más negra y árabe, las tiendas cerradas porque abundan los celulares y servicios informáticos, pocos comercios de comida y no vi ninguna panadería. Muchos mendigos por varios lados.

Hay algunos signos contundentes de la ausencia de cuidado urbano: los autos, las calles y las aceras —especialmente debajo de los árboles— alfombradas de caca de paloma. Paisaje inusual, aquí en vez de ver la pintoresca invasión de animales en la ciudad que se sucede en otros lugares, más bien se observa su desagradable rastro escatológico.

Los balcones son claramente un nuevo lugar de relación con el exterior. Alguien cuelga un cartel diciendo que ofrece clases de guitarra en línea, otro manifiesta su apoyo al personal de salud. Con el clima amable, muchos aprovechan para tomarse un vino

y observar a los vecinos y los transeúntes con total seguridad. No falta quien instaló su sala de lectura exterior, o la pareja que enamora con la brisa de la tarde.

La gente, globalmente muy respetuosa del espacio personal. Cuando alguien se acerca, cada quien toma el lado opuesto de la acera para evitar cualquier intercambio. Los únicos que se atreven a quebrar el código son los pocos que piden limosna. Entre otras cosas, ese sector se ha visibilizado más, son acaso los únicos ciudadanos que no han cambiado su comportamiento, su tenida ni sus costumbres. Siguen ahí, acostados en algún rincón, con su pequeño vaso para depositarles una moneda. Algunos acuden a las fuentes de agua, otros tienen su cerveza al lado, y uno más habla fuerte con sus colegas o con quien tenga al frente. Es como si no hubiera pasado nada en París; la diferencia es que todo su alrededor ya no es el mismo, por lo que destaca su presencia. Son los dueños del espacio público, los que no tienen *attestation* para salir —¿salir de dónde?—, ni un kilómetro de distancia de su domicilio —¿cuál?— y mucho menos 135 euros para pagar una multa. El coronavirus no es su principal preocupación, hace tiempo que deben lidiar con una situación de vulnerabilidad en la salud, de alguna manera viven con la amenaza de muchos virus constantemente, la Covid-19 es uno más.

Hoy en la mañana salí a correr a las ocho. Hace meses que había abandonado esa práctica desde que instalé la bicicleta en mi vida como medio de transporte. Resentí la falta de práctica, me costaba mover el cuerpo. Fui por la ruta de siempre, el contorno del Montmartre que es un poco menos de tres kilómetros. Me crucé con decenas de trotadores como yo. Todos vestidos con atuendos deportivos, algunos con guantes de plástico. A la vez mucha gente en las panaderías, haciendo fila con mucha distancia. A la mayoría de ellas solo entraba un cliente a la vez

mientras que afuera esperaban cinco personas más distribuidos en una larga fila. A esas horas, y por la ruta que tomé, no encontré ninguna persona en situación de calle.

SÁBADO 18 DE ABRIL DEL 2020

CUATRO ETAPAS DE LA COVID19

ENCONTRÉ EN INTERNET —tomado del periódico *El País*— una imagen que explicaba las etapas de la recepción del coronavirus. El cuadro titula “Impacto emocional de la pandemia”. Resumen: la llamada, “Hay un nuevo virus en China”; negación, “Esto no va a ocurrir aquí”; rabia, “¿Por qué no se han tomado medidas antes?”; miedo, “¿Qué va a pasar?, ¿Y si me enfermo y no hay medios?”; aceptación, “Estoy triste, me siento vulnerable”; nuevos hábitos y confianza, “Me cuido, veo la oportunidad de aprender, ayudo a los otros”; la pandemia pasa, “He aprendido soy más fuerte”.

Traigo la reflexión porque es en parte lo que he vivido, y como siempre lo que uno cree que es personal es, en el fondo, intensamente social. No recuerdo dónde, creo que W. Mills contaba que un trabajador va al bar de la esquina de su casa y empieza a contar su historia que considera original. En el intercambio con los otros clientes, no tarda en darse cuenta que todos han vivido algo parecido. Me pasó cuando hace un par de semanas un amigo en Bolivia me contó que estaba en depresión, inmovilizado, pero que poco a poco empezaba a salir y poder trabajar.

Ese ha sido también mi propio tránsito. A ver si puedo escribirlo, porque el asunto fue dramático.

La primera etapa la viví muy distante, un poco curioso. Me parecía imposible que un virus tenga magnitudes mayores, era cosa de unas semanas. Precavidamente en marzo una colega

que estaba en una estancia por unos meses en París me dijo que se volvía a México porque si aquí se enfermaba no tenía quién la cuida. Me pareció una exageración, ¿para qué tanto problema? Esto va a pasar pronto, decía con certeza. Al poco tiempo, otro colega me dijo si compraba el pasaje de Estados Unidos a México para un evento que yo coordinaba en mayo. Le dije que por supuesto, yo había comprado el mío en enero. Otra vez, pensé que esto iba a durar unas semanas más y se iba a controlar sin mayores consecuencias. Además, siempre pensaba que era un problema de otros, sea por el origen del virus o por la edad promedio de los más afectados. Así fui pasando los días, mientras iba subiendo la tensión por todo lado.

Pasé a la segunda etapa cuando Macron decretó el encierro total. Todo cambió. Desde mi departamento sentí miedo, mucho miedo. Vi el apocalipsis, vi mi propio fin. Empecé las narrativas dramáticas y perversas de mi propia desaparición. Pensé en escenarios, en formas, en consecuencias. Me preguntaba si tendría el virus, y cómo se desarrollaría; obvio, no dormía bien, trataba de ocultar mi desazón con mi familia, intentando mantener la calma. Entre tanto me tomaba la temperatura varias veces al día, cualquier tos la sentía como síntoma. Pensé en lo bueno que me había pasado últimamente, en lo difícil que sería todo después para mis hijas. Construía fantasías crueles y escenarios desesperantes. En fin, me consumían las emociones negativas, una espantosa espiral que me jalaba hacia el vacío. Ni hablar de trabajar, leer o “aprovechar” el encierro.

Corrieron los días y fui transitando al reposo en una tercera etapa. No la paz, pero al menos a no ver todo como un drama. Empecé a trabajar, leer, tomar fotos. Mirar, reflexionar, escribir. Tomé conciencia de la gravedad del tema a nivel mundial y personal, pero ya no estaba pasmado, desasosegado. Empecé a actuar, salir a las compras con muchísimas precauciones, tener

información precisa pero no saturarme con los datos del número de muertos. Leí con detalle los “gestos” para evitar el riesgo de contagio, la sana distancia, el uso del gel, guantes y barbijo. Y empecé a tomar conciencia de que el coronavirus llegó para quedarse, y que hay que aprender a vivir con él, de esquivarlo, de saber cómo funciona todo.

En Francia Macron anunció que el 11 de mayo se quitan las restricciones paulatinamente. Las cosas cambiarán —pasaré a una cuarta etapa—. El último mes estuvimos completamente confinados, solo yo salía para compras puntuales o paseábamos una hora en la tarde sin el menor contacto. Eso se acabará pronto, las chicas irán a la escuela diariamente, nosotros deberemos ir a compras y actividades de manera más regular. Y un poco más adelante tendremos que preparar el viaje a México, luego a Bolivia, los desplazamientos, los vaivenes, los intercambios. Tendremos que retomar la vida diaria, con muchas precauciones, con nuevos protocolos de intercambio y cuidados exagerados, pero necesariamente deberemos acercarnos a lo “normal”. En términos emocionales habrá que estar estables, atentos y agarrar el timón hasta que todo pase.

Vuelvo al principio. Las etapas del “impacto emocional” del cuadro de *El País* aplican a mi propia vida. Soy parte de una colectividad que se está enfrentando de manera similar en términos psíquicos a la pandemia. Mi experiencia se parece tanto, demasiado, a la de tantos otros.

22 DE ABRIL DEL 2020

ESCRIBÍ ESTE TEXTO EN *EL DEBER*

El balcón

CUANDO RENTÉ MI DEPARTAMENTO EN PARÍS, en el distrito 18 cerca de Montmartre hace año y medio, miré con agrado la ventana que daba al pequeño balcón. Desde ahí, a la derecha, lucía el Sagrado Corazón, además de que podía fisgonear a los vecinos.

Cada estación aproveché el balcón de distintas maneras. En verano para refrescarse, en otoño disfrutar de los atardeceres, en primavera respirar el aire nuevo, y hasta en invierno, aunque solo por unos minutos, para sentir el contraste y eventualmente tocar algún copo de nieve o una bolita de granizo.

La crisis de la Covid-19, luego de la instrucción de quedarse en casa, cambió la relación con mi espacio inmediato. Mi universo de reposo y de trabajo, devino en uno solo: se fusionó mi vida personal y profesional. Normalmente cada rol social tiene un espacio: soy papá y marido en el hogar, profesor en la universidad, investigador en las entrevistas y bibliotecas, escritor en los cafés, fotógrafo en las calles. Repentinamente, en mi departamento de 55 metros cuadrados típicamente parisino, con cinco habitantes, concentro la densidad de mis funciones. Ahora en un cuarto juego el rol de padre, en otro de esposo, en el siguiente de hijo, en el próximo de sociólogo-investigador-escritor.

Lo que creo haber logrado mejor fue mi desafío de fotografiar al interior del hogar. Soy un fotógrafo-narrador-sociólogo, normalmente vivo prendido de mi Leica y no vuelvo a casa sin alguna

toma nueva. ¿Cómo hacer si no salgo más? Decidí esforzarme en “mirarse para adentro” —retomando al gran Silvio— y me di un tiempo, cámara en mano, para recorrer los espacios íntimos de mi hábitat primario. Busqué formas en la cocina, en el baño, en las ventanas, en los objetos cotidianos que a menudo no les damos importancia. Encontré sombras, fierros, diálogos, profundidades, tonos de gris y con todo eso armé una serie de imágenes que titulé “Postales del encierro”. Fue otra manera de mirar, caminar y descubrir otros rostros del entorno inmediato.

En ese mi tránsito-búsqueda por los rincones que habito, re-descubrí el balcón. El encierro coincidió con la primavera en París, así que he podido salir a disfrutar de otro modo. A las ocho de la noche, una buena parte de quienes vivimos en esta ciudad aplaudimos desde las ventanas para enviar un mensaje de solidaridad a quienes batallan contra el virus en todos los frentes.

He descubierto nuevas cosas. La chica que vive al lado, a quien no crucé nunca, sale con un poco de retraso y sin mucho interés; su mirada es triste, me contaron que perdió al novio en un accidente hace unos años, tiene dos gatos, por eso la curiosa red de su terraza. En los dos pisos de abajo hay dos parejas que aplauden con esmero, se quedan luego a platicar, con un vino en la mano, sobre sus actividades del día. En el edificio del frente hay una señora sola, es mayor, llega al balcón con puntualidad y aplaude sin una sonrisa, en cuanto pasa el minuto establecido, cierra su ventana. Lo propio la chica de abajo, solo que es más joven. Cruzando la avenida hay una agradable mujer de entrada edad que palmea sola y saluda en la distancia con los dos brazos abiertos. Mientras todos aplaudimos, por algún lugar que no puedo ver, alguien toca trompeta, otros meten bulla con latas y cacerolas, unos más gritan y silban. Es un pequeño gesto colectivo cargado de emotividad.

El balcón se ha convertido en mi puerta al mundo, una manera de sentirme parte de una comunidad amenazada y en resistencia,

una oportunidad para saludar a aquellos con quienes convivo y que no conozco. Uno de los saldos de esta pandemia es descubrir otras formas de la vida social, y revalorizar los pequeños espacios. José Martí nos recordó que toda la gloria cabe en un grano de maíz. Hoy sabemos que el balcón es un universo inexplorado, infinito, prometedor; una fuente para la nueva sociabilidad y la creatividad.²

² Hugo José Suárez, “El balcón”, *El Deber*, 22 de abril, 2020. <https://eldeber.com.bo/opinion/el-balcon_175763>

23 DE ABRIL DEL 2020

SALÍ A CORRER. Las calles están siendo limpiadas por los funcionarios municipales en la madrugada, como antes. Las “barreras” con mangueras de agua a presión, todos muy protegidos con mascarillas y enterizos blancos especiales. Y antenoche vimos en familia “El barrendero”, de Cantinflas. Contrastes en tiempo, espacio y situación.

* * *

En la radio internacional de Francia, el programa de esta mañana estuvo dedicado a los perros y la pandemia. Una de las preguntas: ¿qué harán los perros cuando estén solos, luego de que el desconfinamiento haya comenzado? Ya se habrán acostumbrado a la compañía de su dueño. Dilema.

* * *

También en Radio Internacional de Francia escuché otro programa sobre cómo quienes estamos trabajando en casa hemos tenido que adecuar nuestros espacios a las condiciones de trabajo. Algunas personas se quejaban por nuevos dolores de columna o de músculos, pues se sientan en el comedor, en la cama o en lugares que no están diseñados para un tiempo largo de trabajo. En mi caso es clarísimo: a veces mi cama se ha convertido en mi escritorio, pongo un par de almohadas y expando mis papeles encima. También ese es mi lugar predilecto para la meditación. En otras ocasiones, trabajo en la mesa donde comemos, es incó-

moda, debo traer un almohadón de la sala porque la banca de madera es dura. Mi mejor aislamiento han sido los audífonos que me aíslan de mi pequeño mundo. Veo pasar a mis hijas y no las escucho, y al verme, queda claro que estoy trabajando y que requiero silencio.

* * *

El lunes 13 Macron dio un nuevo discurso de media hora. Otra vez estuvimos todos juntos escuchándolo minuto a minuto. Más allá de su notable elocuencia, dio datos, se mostró dolido por las muertes, pero a la vez dio un mensaje de esperanza. Concentró el mensaje en que el 11 de mayo empezará el desconfinamiento. Es una fecha clave, es una certeza en el mundo de la incertidumbre. ¿Acaso se puso la soga al cuello?, ¿podrá cumplir ese plazo fatal?, ¿estamos preparados para salir? El miedo al otro y a la calle que se ha instalado es muy grande, no sé cómo se hará para que los niños puedan ir a la escuela y vuelvan a casa sin que todos estemos más nerviosos. Cómo retomar una vida social luego de tener claro que la única protección es el aislamiento. No es fácil, en estos momentos, desde mi comodidad estructural, me da más seguridad estar encerrados en casa saliendo solo a las compras que mandar a mis hijas a la escuela. Habrá que ver y evaluar.

Por otro lado, Macron habló de la importancia de la vuelta a la escuela y de que ningún niño se atrase. Buen punto, mientras que para Trump lo importante es que la economía vuelva a funcionar, aquí se trata de que la educación —con todo lo que gira alrededor— no pare.

Por último, toda la apuesta de Macron es sorprendente. Al escucharlo, sin tomar en cuenta sus antecedentes y su gestión, daría la impresión de estar frente a un presidente progresista, defensor del estado social, de la salud pública, promotor de la

solidaridad, de los derechos, de la vida. Y sin embargo, su política pública se ha empeñado en desmontar todos los beneficios sociales que tienen larga historia de lucha en Francia. Atacó el sistema de salud, el de pensiones, el educativo, el transporte y así para el frente. En estos días Denis Merklen escribió un lúcido texto criticando la idea de “solidaridad” que está en cada línea de lo que Macron dice, siendo que los últimos meses se ha enfrentado y reprimido a movimientos sociales que, precisamente, han enarbolado la solidaridad de verdad.

25 DE ABRIL DEL 2020

PARÍS NO ES UNA FIESTA

PUSE ESTO EN MI MURO DEL FACE:

Postales del encierro 21 (y última por ahora)

En esta serie he buscado explorar la vida interna de mi departamento en el marco de la cuarentena. Por eso he apuntado mi lente hacia los rincones y las formas de mis espacios. Ahora que poco a poco se puede salir —bajo estrictas medidas de control—, estoy paseando las calles de mi entorno una hora al día, acompañado de mis cámaras, claro.

Vivo en el Distrito 18 de París, justo donde confluyen tres dinámicas urbanas distintas: la herencia bohemia devenida en centro turístico de las calles de Montmartre y Pigalle; el distrito 9 que desemboca en el centro de la ciudad con un estilo de vida del París estereotípico; el sector de Barbés, Château Rouge y Goutte d'Or cuya cultura africana y árabe es dominante.

Mis paseos no van más allá del kilómetro alrededor permitido por las autoridades, en una ciudad vacía y con gente con barbijos. En adelante, empezaré una nueva serie: París no es una fiesta (perdón Hemingway).

ENCUENTRO CON LA POLICÍA

Salí a mi vuelta regular de la tarde. Lo vengo haciendo las últimas semanas. Es un momento muy padre, con todo un protocolo familiar. Normalmente el paseo es entre cinco y seis, y vamos

todos quienes no tengan mejor cosa que hacer en el departamento. Seguimos estrictamente las ordenanzas, así que sacamos nuestra *attestation* y tenemos una hora y un kilómetro para movernos. Antes de cerrar la puerta, yo tomo mi Leica y mi Canon que trae el teleobjetivo más potente.

La última vez fuimos solo Anahí y yo. La ruta fue la Château Rouge y Goutte d'Or, la zona magrebí del 18. Primero al café precioso La Regulière al que acudo en condiciones normales —cerrado, por supuesto—, luego la puerta de la iglesia de La Chapelle y terminamos en la parte de debajo de la línea del metro 2, en Barbés-Rochechouart. Poca gente, alguna vigilancia, pequeños grupos de varones reunidos en distintos puntos. Todo normal.

Fui tomando fotos en el camino, pero cuando llegamos al camellón central, poco antes de la puerta del metro, me impresionó apreciar el vacío de ese lugar que los miércoles, en condiciones normales es el mercado árabe donde infaltablemente compro, entre otras cosas, aceitunas frescas de distintos sabores. No había un alma, salvo algún paseante esporádico. El piso tenía colores, las gruesas columnas que sostienen el paso del tren formaban una perspectiva inusual. Me tomé unos minutos, paramos, saqué mis cámaras y empecé a disparar. Los policías que había visto unas cuadras atrás que amonestaban a quien podían, se acercaron amenazantes:

—Su *attestation* por favor.

Les mostramos el documento en el celular y comenzó un curioso intercambio. Eran tres, uno más agresivo, el segundo era el bueno, y el tercero mudo. Nos preguntaron qué hacíamos ahí, cuál el motivo de nuestra salida, mientras que uno de ellos insinuaba irónicamente si ya habíamos hecho nuestras compras —obvio que no, no teníamos ni una bolsa, solo dos vistosas cámaras—. Yo respondí con la formalidad repitiendo lo que dice la atestación: es un “desplazamiento breve, durante una hora en

un radio de un kilómetro alrededor del domicilio, para actividad física”. Nos dijeron que no era el mejor lugar para salir a tomar fotos, que podía venir cualquier persona y quitarnos la cámara —acabábamos de pasar por un grupo de diez varones, árabes claro, sin ningún problema—. Preguntaron si vivíamos por ahí y si conocíamos el barrio. Les dije que hace año y medio rentamos un departamento a unas cuadras, y que Anahí iba a la escuela que está en el centro del barrio y que yo soy profesor universitario. Nos dejaron, no sin antes recomendarnos que vayamos a casa y que nos cuidemos.

Fue curioso el incidente porque lo que los policías querían era mostrar que sirven para algo, que están cumpliendo su función de cuidar a los demás y advertirnos, a un padre ingenuo con dos cámaras y su hija de 13 años, que estamos en una zona de peligro. En el fondo querían dar un lugar al sentido de la seguridad, encontrar una razón de ser, de estar ahí. Minutos antes estaban requisando a un par de jóvenes magrebís, y ni bien nos dejaron, corrieron tras otro que venía de saltarse la valla de entrada al metro.

Me sentí innecesariamente controlado, no fue violento ni corrupto —como sin duda hubiera sido en México—, simplemente un sentido de autoridad que marca un territorio y te considera a priori sospechoso. Llegando a casa conté el incidente a la familia. Canela, mi hija de 16 años que tiene varios amigos árabes, me mostró un meme de un estudiante de su escuela: “La gente desconfía de ustedes en los lugares públicos, la policía los controla todos los días... Calma, son solo dos semanas que son tratados como árabes”. Comprendí cientos de cosas.

No cabe duda: de cada encuentro con un policía, se sacará una nueva lección.

5 DE MAYO DEL 2020

ESCRIBÍ ESTE TEXTO EN MI COLUMNA DE *EL DEBER*

Cubre bocas

Es posible que uno de los símbolos más globales y que queden en la historia de esta pandemia sea el uso generalizado del barbijo. Lo que era ajeno, reservado al cuerpo médico o al mundo oriental, ahora es cosa de todos los días. Hemos escuchado información muy precisa, sabemos al menos que existen tapabocas N95 —dicen que son los mejores—, los quirúrgicos y los caseros. Nos enteramos sobre cómo hay que usarlos, cada cuánto cambiarlos e incluso cómo los podemos fabricar.

En mi casa, una de las actividades terapéuticas para distraer el encierro, fue ponernos a construir mascarillas. La dinámica estuvo entretenida, alguien se informó en internet sobre el procedimiento y la forma correcta de su uso, otra persona escogió las telas, una más las cortó y por último las cosió. Salimos en una expedición de prueba a ver si funcionaban como lo planificado. Todo perfecto.

En las calles de París muchos andan con un cubrebocas. Los más sofisticados los compraron por internet y se ve que son muy eficaces. Unos cuantos usan los quirúrgicos que seguramente los consiguieron en otro momento, pues por lo pronto las farmacias tienen pegado un cartel que informa que se encuentran prohibidas de venderlos hasta nuevo aviso (están reservados para el personal hospitalario). Y no faltan aquellos, como yo, que salen con uno hecho por ellos mismos.

Las tiendas, a tono con el sentido comercial del momento, han puesto en sus vitrinas todavía cerradas por instrucción oficial, barbijos caros y glamorosos. Pueden costar de tres a veinte euros, con modelos elegantes y firma de diseñador. Los modelos son diversos, algunos con preciosas telas africanas, otros de algodón de colores, o con figuras llamativas.

El caso es que el barbijo nos está dando la oportunidad de mirar diferente y de mostrarnos de otro modo. Con el rostro cubierto, solo vemos los ojos y la frente. ¿Cómo expresar la sonrisa, el cariño, el asombro, la rabia o la simpatía si tenemos la mitad del rostro cubierto? ¿Cómo seducir sin mirar los labios? ¿Cómo decodificar el mensaje del otro? Tendremos que aprender a relacionarnos y expresarnos de otra manera. Como actores profesionales, habrá que afinar los ojos y la parte superior de la cara como el principal medio de comunicarnos.

Muchas cosas se están moviendo en estos tiempos. Hay que aprender a ver diferente, detrás de las telas, a desmenuzar las máscaras, a refugiarse en otros detalles, a transmitir desde la profundidad de la mirada. El desafío es enorme, pero puede ser muy entretenido.³

³ Hugo José Suárez, “Cubrebocas”, *El Deber*, Bolivia, 5 de mayo, 2020.

6 DE MAYO DEL 2020

¿TRABAJO EN CASA?

ALGUIEN PUSO EN FACEBOOK una frase que me pareció brillante: “No. No estoy trabajando en casa, estoy intentando trabajar en tiempos de crisis”. Resulta que estamos en una curiosa angustia, pues pareciera que tenemos las mejores condiciones de trabajo —no hay presiones, tenemos todo el tiempo de nuestro lado, no hay que desplazarse, ninguna visita nos perturba—, pero en realidad cuesta mucho sentarse a escribir una página. La ilusión de tener todo el tiempo y estar desperdiciándolo, dejando pasar la oportunidad para producir algo, genera angustia de la cual es difícil salir. La realidad es otra, frente a un momento de tensión por todo lado, emocionalmente muy difícil, con los espacios invadidos y superpuestos, con las funciones concentradas en un solo hogar, tenemos que hacer un espacio —físico y emocional— para resolver algo laboral. La fórmula es perversa, no funciona. Eso no es trabajo en casa, es tiranía de las condiciones laborales extremas.

ES COMO SALIR A MANEJAR

En la radio alguien hacía una analogía sencilla e inteligente. Tenemos que aprender a convivir con el coronavirus. Tenemos que ampliar nuestro horizonte de los riesgos, esa es la enseñanza de esta pandemia. Hoy, salir es como cuando nos subimos a un coche, sabemos que hay que llevar cinturón de seguridad —un barbijo—, que hay que respetar el límite de velocidad —la dis-

tancia física de un metro—, que hay que toser en el codo, etc. Es decir que hay nuevas reglas de tránsito. La Covid-19 nos da nuevas reglas de circulación para enfrentarse a nuevos peligros. El riesgo es nuevo y sigue ahí, el tema es que hay que convivir con ella y minimizar su impacto.

EL APOCALIPSIS

No entiendo bien los miedos que ha movilizado la Covid-19, pero sospecho que una de las principales fibras tocadas es el pavor al fin de la civilización. No es solo el temor a la muerte personal que siempre ha irritado a la humanidad. Lo que ahora parece estar en juego, o al menos ese es el fantasma, es el fin de una época, de un mundo, de toda posibilidad de futuro colectivo. Uno de los mejores libros que evoca ese miedo —aunque hay otras lecturas que más bien lo señalan como una escritura de esperanza— es el apocalipsis bíblico. No se trata del fin triste de un individuo, sino el agotamiento de todo lo que nos rodea, un auténtico drama societal. Alguna vez vi una película donde se contaba que un meteorito iba a golpear la tierra y destruirla irremediablemente. La gente entraba en pánico, renacía la religión, los suicidios, los desenfrenos. No son muchos los relatos que muestran esa situación extrema, tal vez así lo vieron las múltiples comunidades indígenas en Latinoamérica que, ante la conquista española y el derrumbe de su universo, prefirieron la desaparición colectiva. Se me hace que en esta temporada se ha revivido aquella sensación del acabose. Por eso se despierta el sentimiento de sobrevivencia como especie, y todas las medidas son evaluadas como posibles y necesarias. Por eso se acepta el aislamiento, la regulación de las libertades mínimas por parte de

la autoridad, el control del cuerpo, el ocultamiento del rostro, el exilio de los besos. Por sobrevivir, porque nuestro mundo no se acabe, somos capaces de todo.

10 DE MAYO DEL 2020

DÍA DE LA MADRE EN MÉXICO

LA SEMANA PASADA hubo una conferencia del primer ministro francés Édouard Philippe. Fue muy formal, pasaron a continuación varios ministros, el de salud, el de educación, el de economía, y otros más. El estilo protocolar impresionante: todos vestidos prácticamente igual, casi uniformados, con terno azul, camisa blanca y corbata celeste. Las mujeres con traje sastre combinando colores, pero el mismo formato. Todos leyeron, nada de improvisación. Por supuesto que el corazón del mensaje estuvo en el desconfinamiento que empieza mañana. Cuando Macron impuso el 11 de mayo como fecha clave, se ponía la soga al cuello. Algún plan tenía que dar para ese momento, más allá de cómo esté la situación del país. Y así lo entendieron los ministros, dieron todos los detalles para los próximos días.

Tengo la impresión que Francia todavía no está preparada para volver a la vida del cara a cara. Por algo las autoridades tuvieron que dividir el país en zonas verdes y rojas, las primeras con menor circulación del virus y las segundas con mayor precaución. París, por tanto nosotros, estamos en la zona roja. En vez de un regreso a clase colectivo, de apertura de bares, remarcaron la necesidad de hacer algo paulatino y estratégico, por sectores, por zonas. Así, a partir de mañana ya no necesitaremos gestionar en internet la *attestation*, podremos circular libremente manteniendo los “gestos de barrera”. Las escuelas esperarán un buen rato todavía, lo propio las actividades de confluencia de personas (cines, teatros, eventos). Al terminar la conferencia, me

dio la sensación de que estaban abriendo las puertas sin mucha convicción, quedé todavía con miedo. El mensaje era que nos quedemos en casa, que no salgamos innecesariamente, es decir que siga el confinamiento, ahora como una responsabilidad civil.

Salimos estos días a nuestros paseos ordinarios, los de una hora un kilómetro. La gente más relajada, bastante expandido el uso del barbijo e insistencia en el marcaje de la distancia social. Como lo he señalado, el comportamiento es distinto dependiendo del barrio hacia donde me dirijo, los árabes siguen en grupos de varones mientras que en Montmartre muchos niños jugando entre ellos —sin respetar distancia alguna— y los padres muy cerca platicando —ahí sí a metro y medio—. La hora del día también marca la calle de distinta manera. Tempranito, cuando salgo a trotar, solo hay deportistas y algunos madrugadores en la puerta de las panaderías. En la tarde es la salida familiar con muchos niños. Y en la noche, como lo hicimos la semana pasada, prácticamente nada, un desierto.

Por el desconfinamiento, a partir de mañana cambiará un poco nuestra dinámica. Mantendremos la guardia alta, seguiremos haciendo un mercado semanal muy cargado y con mucha precaución en la llegada de los productos a la casa. Pero yo podré dar vueltas en bicicleta, volveré a mis largos paseos haciendo lo que más me gusta en París, que es montarme en ella y transitar por las calles y el borde del Sena. En casa ya cada uno podrá salir a dar vueltas solo, no en grupo como hasta ahora. Eventualmente algunos encuentros de mis hijas con sus amigas, habrá que ver. La escuela tendrá que esperar, también mis cafés (que son mi lugar favorito para leer y escribir). Algo se va a relajar la vida, cambia un poco la relación con el espacio, con el afuera, pero estamos lejos de lo normal, si lo normal existe, o si más bien lo que entendíamos como “normal” hay que acostumbrarse a asociarlo con el pasado.

Macron dedicó una larga jornada a impulsar la cultura en tiempo de pandemia. Se reunió con artistas y la radio nos inundó de información. Lo cierto es que la vida cultural en este país está en el centro de la importancia social. La inversión y cuidado son enormes. En cada pueblo, en cada barrio hay teatros, artistas, salas de arte, grafitis y tanto más. No solo se trata de la “alta cultura” de los museos, reconocidos teatros y óperas, periódicos y libros con autores de renombre. La vida cultural se la juega en el barrio, en los cafés con personalidad enorme, en los semanarios de barrio, en las pequeñas librerías, en los estantes para intercambiar libros usados. Si algo impresiona de Francia es el dinamismo cultural que penetra hasta todos los rincones. La pandemia ha tocado duro a este sector, pero también se lo ha puesto en el corazón del debate. En estos días se ha traído a colación a Churchill y su insistencia en no recortar presupuesto a la cultura incluso en tiempo de guerra: “Si no, ¿para qué peleamos?”.

En el tema de la educación, pasa algo similar. Es difícil entender este país sin mirar el rol de la educación, para bien y para mal (entiendo por qué el sociólogo más teórico y lúcido de finales del siglo XX, Bourdieu claro, le dedicó tantas páginas al tema y no, por ejemplo, a los movimientos sociales; desde ahí explicó la desigualdad, la miseria, la jerarquía, la dominación). Macron lo dijo y se repitió hasta el cansancio, el ministro reafirmó la idea: sería más fácil cerrar las escuelas, pero esa sería una solución injusta e irresponsable. Todo el esfuerzo está en que la educación pública siga en pie como la columna vertebral de lo demás.

16 DE MAYO DEL 2020

DESCONFINAMIENTO DE PARÍS

EL LUNES 11 EMPEZÓ EL FIN DEL ENCIERRO luego de 55 días. Cautó, tímido, temeroso. No era una victoria, tampoco una derrota. Una situación ambigua. Ya no necesitábamos el certificado de desplazamiento para ir a la esquina, ya no estábamos obligados a movernos solamente un kilómetro a la redonda y durante una hora. Pero el mensaje del primer ministro Édouard Phillippe tenía un dejo ambiguo, convocaba más a la prudencia que al festejo. Así lo entendimos nosotros, que desde entonces hemos seguido con la vida más hacia adentro, aunque nos hemos permitido paseos más largos y sin restricciones territoriales y sin subir al metro, comprar pan o ir a las tiendas con barbijo sin esperar el lunes de mercado. Paréntesis: hace varias semanas que solo hacíamos un mercado, enorme, cansado, repleto de cosas para evitar contactos; los lunes yo, y luego Cathia, íbamos a las compras y volvíamos con la bicicleta llena y las mochilas a reventar.

Los parisinos parece que entendieron el mensaje de otra manera. El atardecer del lunes se volcaron al precioso Canal Saint Martin a tomar un trago y compartir. La instrucción oficial era seguir manteniendo las medidas de distancia física, diez personas eran el máximo número que se podía reunir. La policía intervino pidiendo a la gente que se fuera a su casa, y prohibió el consumo de alcohol en vía pública. Desde ahí, toda la semana ha sucedido algo curioso. Como los bares están cerrados, pero pueden vender productos para llevar, en muchos lugares la gente

pide un trago y se queda en la puerta del bar, eventualmente se sientan en algunas sillitas improvisadas. El caso es que pequeños grupitos disfrutan de la calle y la charla.

Es impresionante el rol que juegan los cafés, restaurantes y bares en la vida social parisina. Hace años, la primera vez que visité a un amigo aquí, me impresionó lo chico de su departamento. En realidad había que entender que su espacio de vida cotidiana no era solo los pocos metros de su inmueble sino el local que tenía en la esquina de su casa. Buena parte de sus reuniones, trabajo, conquistas, intercambios, sucedían ahí. Si eso es para los jóvenes solteros, para las parejas con hijos ese lugar lo ocupa el parque. A pocas cuerdas del domicilio se cuenta con parques públicos muy bien montados, incluso algunos privilegiados tienen acceso a los bosques. Es decir que la vida social sucede adentro y fuera de casa, la noción de lo público y lo privado es distinta, la barrera no es tan marcada como en otros ámbitos urbanos. El café o el parque, es una extensión del hogar.

No he podido en estas páginas reflexionar con mayor detenimiento sobre el café. Sé que Marc Augé hizo un ensayo sobre el tema, y hay mucho qué decir. Lo dejo para otro momento, por ahora solo la certeza de que la barra del bar está en el corazón de la cultura urbana parisina —incluso mis vecinos instalaron una en su sala, creo haberlo comentado.

De los primeros comercios que se han autorizado abrir son las peluquerías. Otro tema enorme. En mis dos barrios cercanos, el tratamiento del pelo, las uñas, la barba, es fundamental. En el distrito 9 —de clase media alta— las peluquerías son finas, con mucho espacio y muy protocolares. En La Goutte d'Or, poblada por africanos y árabes, el cuidado del cabello es riguroso, casi exagerado. A la salida del metro hay personas que ofrecen publicidad para ir a uno u otro lugar. Hay una calle en la que están lado al lado, con muchos productos en la vitrina y fotos de las

múltiples posibilidades de recortar y peinar el cabello. El prolijo trabajo no es ni fácil ni barato, una estudiante originaria del Congo me comentaba que iba donde una peluquera amiga que tenía buena charla, lo suficiente para poder compartir con ella durante seis horas, que era el tiempo de su peinado sofisticado. Ahora que les dieron mano libre a los maestros de las tijeras, todas las peluquerías que he visto están llenas. Digo, es un decir. La noción del espacio ha cambiado: llena significa dos clientes sentados a más de un metro de distancia y todos con barbijos.

También se abrió el fabuloso mercado árabe al aire libre a la salida del metro Barbès, debajo de los rieles —los vagones van por el aire en ese tramo—, ahí donde fui a tomar fotos y me interceptó la policía días atrás. Pero está a media máquina, solo uno de los costados. Todo con rejas, fila para entrar, marcha en una sola dirección, respetando el metro de distancia y todos con barbijos. Policías en todo lado controlando el cumplimiento de las normas establecidas. Espero el próximo miércoles poder ir, extraño las maravillosas aceitunas, la fruta fresca y el salmón, en un clima de gritos e intercambios personales.

Finalmente, en esta semana he retomado mis paseos en bicicleta. En mi estancia parisina las dos compras más importantes han sido mi pequeña radio Grundig y mi bicicleta. Es gracias a la bici que he conocido lugares fabulosos, y ni hablar de la salud (dejé de correr en las mañanas). Alguna vez escuché que Einstein había dicho que sus mejores ideas se le ocurrieron en algún paseo en bicicleta. Sé que la anécdota, además de que probablemente sea falsa, es naíf y solo sirve para conversaciones banales, pero la verdad en mi caso varias veces me he detenido mientras estaba en pleno pedaleo para anotar en mi celular —lo único que tenía a mano— la idea que surgió por alguna misteriosa razón en un momento poco convencional.

En estos días de desconfinamiento, Anne Hidalgo, la alcaldesa de la ciudad, ha impulsado todavía más la bici para evitar el metro, considerando que ahí se mantiene la distancia con el otro. Hay clases de manejo gratuitas, reparación y promociones. Además de nuevas rutas que se han acondicionado rápidamente. Y me sale mi militancia por el magnífico vehículo: ¡hasta en estas circunstancias, la bici es la mejor solución!

24 DE MAYO DEL 2020

PUBLIQUÉ ESTE ARTÍCULO EN *EL DEBER*

París empieza a caminar por otro sendero

LUEGO DE 55 DÍAS DE ENCIERRO, el pasado lunes 11 de mayo, empezó el desconfinamiento en Francia. Cuando el primer ministro Édouard Philippe anunció el plan respectivo, hubo una sensación extraña, una victoria a medias, una alegría controlada. A pesar de que hay una tendencial mejoría en las cifras (número de contagios y decesos), es desigual en todo el territorio nacional. La autoridad presentó un mapa con las zonas verdes y rojas, en las primeras el virus circula muy poco, mientras que en las segundas está todavía activo.

París, donde yo vivo, está en la zona roja, así que una buena parte de las medidas de distancia social siguen en pie. El gran alivio fue no estar obligados a sacar permiso electrónico de salida y no tener límite de tiempo ni de espacio. Antes mis salidas cotidianas estaban restringidas a una hora y un kilómetro.

La algarabía parisina se sintió la misma noche del lunes 11 en el pintoresco canal Saint Martin. No pocos se instalaron en el borde del canal con una copa de vino y el barbijo en la mano o el cuello, respetando, algunos, el metro de distancia y en grupos menores a diez personas. Pero diez, más diez, más otros diez y así por varias cuadras, son una multitud. La policía intervino y esa misma noche prohibieron el consumo de alcohol en vía pública.

Las tiendas pequeñas han levantado sus cortinas de metal y dejan entrar clientes, siempre con barbijo, y manteniendo la distancia.

Las peluquerías han sido de los primeros espacios en abrir, hay filas de personas en las puertas esperando su corte. En el metro se han señalado las direcciones, clausurado asientos para evitar cercanía, y obligado a portar cubrebocas. Se está impulsando, todavía más, el uso de la bicicleta como medio de transporte alternativo. Las escuelas todavía están cerradas, las universidades recién retomarán actividades en septiembre, y falta ver en qué condiciones.

Muchas cosas están cambiando. El sentido del espacio ya no es el mismo. La obligación de mantener un metro respecto del otro lo cambia todo. Recordemos que los franceses se saludan —o se saludaban— con dos besos en ambas mejillas (sin importar el sexo). Eso se acabó, ahora lo hacen con una sonrisa debajo del cubrebocas y tocando los codos. Toda la estructura de la vida urbana pensada para la aglomeración —parques, buses, banquetas, restaurantes, mercados y cuanto hay—, ahora debe ser ajustada, pues solo puede acoger a la mitad de la población. Habrá que ver qué consecuencias económicas tendrá ese desperdicio de espacio.

En suma, empieza la nueva vida en un contexto completamente diferente. Las discusiones públicas han estado a la orden, a estas alturas todavía un 80% de los noticieros están dedicados a la pandemia. Uno de los debates más interesantes en esta semana fue la torpe intervención de un empresario farmacéutico que dijo que, en cuanto haya una vacuna para la Covid-19, el primer país en recibirla será Estados Unidos, pues fueron los que más invirtieron. Obviamente todos reaccionaron frente a semejante afirmación. El punto común —y el tema de fondo— es que no se puede someter la salud pública a las exigencias del mercado. Parece obvio, pero tuvimos que atravesar por una crisis brutal de salud para volver al principio básico: la salud es un derecho humano, su atención debe ser responsabilidad pública y lo más alejada del circuito comercial.

Decía que París poco a poco asume otro ritmo. No vuelve a lo “normal” porque lo “normal” ya no existe. El miedo, tanto como el virus, todavía circulan. Habrá que acostumbrarse a las exigencias de la vida cotidiana en esta nueva era.⁴

DIARIO DESDE PARÍS

(SOLICITADO POR MI AMIGO EDUARDO PARA UN BLOG)

“Ojalá vivas tiempos interesantes”, decía Susan Sontag evocando un proverbio chino. Va. Firmé y repetí esa sentencia como un anhelo, como un programa o una máxima de cabecera. Pero el destino es juguetero. Los últimos tres años los “tiempos interesantes” han sido más bien inquietantes. Y rematamos el inicio del cabalístico 2020 con una pandemia inesperada que movió todo el tablero. Sí, este año, cuando mi cumpleaños de medio siglo caía en una secuencia que no se repetirá en mucho tiempo —que se lee idéntico al revés: 02022020—, y esperaba empezar con otro aire, las cosas están tocando extremos delirantes.

Y cierto, ¿qué mejor que escribir todo esto?, ¿qué más terapéutico que descargar en el teclado —cual si fuera un saco de boxeo— nuestra rabia, nuestro miedo, nuestra angustia, y hasta nuestra tímida esperanza? Por eso acepto esta invitación a dejar correr tinta sobre este cotidiano.

Me tocó este tiempo insólito en París. Es casi una paradoja perversa. Vivir en esta ciudad, automáticamente genera una ingenua admiración. Como si fuera un paraíso privado de problemas, de vida cotidiana con sus vaivenes. Pocos conciben que en París se puede sentir soledad, angustia, desazón o simple-

⁴ Hugo José Suárez, “París empieza a caminar por otro sendero”, *El Deber*, 19 de mayo, 2020.

mente que el internet puede ser más inestable que en un pueblo rural mexicano. Es la ciudad luz, nada puede salir mal.

Y sin embargo, la ciudad vive. Hay partes hermosas, otras miserables. Gente extraordinaria y solidaria y otros mezquinos y egoístas; personas brillantes y creativas y otros aburridos y mediocres. En suma, es una ciudad.

En el año y medio que estoy aquí, desde agosto del 2018, me tocó vivir sucesos especiales. La movilización de los *Gilets Jaunes*, la larga huelga de transporte que obligó a mis hijas por varios meses a desplazarse a pie a su escuela, el incendio de Notre Dame, y ahora el coronavirus. Me decía mi vecina angustiada por que no me lleve esa impresión de su ciudad: “París no es siempre así”. Lo claro es que París es mucho más que la imagen que se vende desde sus embajadas y colegios; vivir aquí poco tiene que ver con la postal turística que llega a cualquier lugar.

La pandemia entró a la ciudad por donde tenía que hacerlo: el turismo. El paciente número uno fue un visitante chino, con quien no sería nada raro que me haya cruzado por Montmartre, cerca de mi casa. Todo era lejano, un virus más de aquellos que todos los años causan un poco de turbulencia, no más. Norbert Elías decía en otro contexto “...nadie podía imaginar que alguna vez el mundo pudiera ser distinto”. En pocas semanas todos estábamos confinados, sin salir de nuestros departamentos, escuchando diariamente el perverso conteo de los nuevos muertos.

Los medios se llenaron de voces oficiales, por primera vez seguí uno, dos, tres discursos íntegros de Macron. Supe el nombre de cada ministro, los vi, los escuché con atención, atendí cada una de sus indicaciones. Desde ahí que cada uno de los miembros de mi familia tenga un barbijo hecho en casa, una botellita de gel con alcohol, que nos lavemos las manos regularmente y no tengamos vida social.

Empezó el anhelado “desconfinamiento”. Se supone que las cosas irán cambiando poco a poco. Tengo la certeza de que lo normal ya no existe. Iré contando en las siguientes entregas lo que va pasando por mi vereda, en esta ciudad que ahora camina con una sonrisa bajo el barbijo.

28 DE MAYO DEL 2020

CAFÉ EN BANCO DE LA PLAZA

SI ALGO ME HA FALTADO TODO ESTE TIEMPO, ha sido la posibilidad de ir a un café. Van 55 días de encierro y tres semanas de desconfinamiento. Demasiado sin el aroma maravilloso, el ambiente, la música, la gente que me rodea cuando estoy con mi taza al frente. Y no solo es por el placer físico, sino porque durante muchos años me he acostumbrado a escribir en esos espacios. Difícil poner porcentajes, pero una gran parte de las letras que he escrito han sido ahí.

Paréntesis: alguna vez le pregunté a mi vecina francesa, es escritora de relativo éxito, dónde escribía. Esperaba una respuesta glamurosa, propia de una mujer de letras de París. Su respuesta fue mundana: “en la cama antes de bañarme, puedo estar todo el día escribiendo”. Se me cayó el mito del escritor de calle y bar pintoresco. Cierro paréntesis.

Cuento esto porque parte de mi angustia de esta temporada ha sido la dificultad de trabajar. Ya lo he dicho: el encierro tiene una fórmula perversa, la ilusión de que tenemos mucho tiempo libre —más si somos intelectuales que solo necesitamos de una computadora y un libro para seguir con nuestro oficio—, y estamos desmotivados hasta el extremo, simplemente no podemos trabajar. Algo pasa, pero escribir media cuartilla sin tener nada qué hacer en casa cuesta más que cuando estás en tu oficina con decenas de pendientes.

En París los restaurantes y bares están vendiendo en ventanillas. No abren sus puertas, pero se puede comprar y partir. Fue

lo que hice el otro día. Desesperado en mi departamento dando vueltas como hámster en su rueda de plástico, salí con un libro y un cuaderno a un café cercano. Primero, en la puerta antes de que me den mi café, tuve una conversación interesante con un señor que estaba haciendo lo mismo. Me preguntó si vivía por la zona, le dije que un poco más lejos, y él me comentó que tenía décadas en el barrio. Es el distrito nueve, a un par de cuadras de Pigalle, con un público muy elegante. Como soy curioso especialmente cuando se trata de la transformación de los barrios —por eso escribí mi libro sobre la transformación de San Miguel, en La Paz—, indagué qué cambios habían sucedido en este tiempo. Me dijo: “hoy este es un barrio *bo-bo* (abreviación de una categoría para-sociológica que describe a un sector joven, pudiente en ascenso, competente con las tecnologías, sensibilidad ecológica, nostalgia setentera; en francés: *bourgeois-bohème*). Antes había puras putas”.

Con el café en mano, luego de desinfectarme varias veces los dedos por recibir la taza y las monedas de la mesera, me fui al primer banco público que encontré. Me senté, estaba solo, así que al lado puse mi tacita de cartón, abrí mi cuaderno y empecé a planificar el curso que quiero dar sobre sociología visual. No paré. Hice el diseño completo, desarrollé los contenidos, la evaluación, la bibliografía. Entre tanto llenaba mi boca de un poquito de café. Pasaron muchas personas, mujeres con sus perros, un ciclista, un mendigo que me pidió dinero, una pareja típica del barrio que charlaba con entusiasmo con una cerveza en la mano. Y mi trabajo fluía.

Volví a casa y llegando pasé todo lo escrito y pensado a la computadora. Tengo mi programa listo, lo enviaré hoy mismo. Una certeza: para que siga trabajando, se tienen que abrir pronto los cafés.

PRUEBA COVID-19 A MI MAMÁ

Hace unos días que se abrió la posibilidad de que Beatriz, mi mamá, vuelva a Bolivia en un vuelo de repatriación. Hemos empezado los trámites, con la esperanza de que todo salga bien. Mi sobrina Lucía también irá en el viaje, lo que nos da mucha seguridad. La tarea ha implicado, por un lado, un montón de gastos (pasaje nuevo, hotel, permisos), y por otro lado, trámites médicos. Primero hacerles el test Covid-19 y luego que un médico dé un pequeño informe de salud. Lo del test fue un poco engorroso, como hay mucha gente, primero tuve que enviar los documentos en PDF, luego solicitar una cita y recién ir a la prueba. La toma de la muestra fue rápida, el consultorio prácticamente vacío, entraban uno por uno, una enfermera salía hasta la calle donde solo había transeúntes, para conducir al paciente al cuarto donde extraían la muestra introduciendo un larguísimo cotonete por la nariz. Incómodo, impresionante, pero no doloroso. Todo duró no más de diez minutos. Hoy nos envían los resultados por correo electrónico. Fue eficiente, seguro y práctico. También caro, obvio: 73 euros (para franceses con orden médica y seguro dicen que es gratis). Si todo va bien, Betinita parte a La Paz el domingo en una larga travesía.

29 DE MAYO DEL 2020

SEGUNDA ETAPA DEL DESCONFINAMIENTO

LUEGO DE TRES SEMANAS de su última aparición, anoche el primer ministro francés volvió a las pantallas, y toda mi familia estuvo al frente sin desprenderse un segundo, atentos y tomando notas. No era para menos, anunció que entramos a la segunda etapa del desconfinamiento, lo que significa, entre otras cosas, que se abren los cafés y restaurantes y que vuelven a funcionar las escuelas.

Uno a uno fueron pasando los ministros, como si fuera una exposición en una sala de clases, dando algunos detalles. El mensaje central fue insistir en que, a pesar de que el virus sigue circulando en algunas regiones y que no se ha vencido la batalla, se cambiará la lógica: ahora la libertad será la regla y la restricción la excepción. Era el anuncio que todos estábamos esperando, sentirse un poco más “normal” —palabra que siempre incomodó a los sociólogos, y ahora con mayor razón.

Ya he subrayado la importancia de dos instituciones clave en Francia: la escuela y el bar. Mi hija Canela de 16 años estuvo pendiente porque de lo que dijera el ministro dependía el futuro del examen del “bac” que tenía que presentar en un mes. Se suspendió. Mi hija Anahí no dejó un minuto la pantalla porque del mismo ministro dependía si el martes próximo volvía a clases, lo que esperaba con ansias y le cambiaría su vida de encierro. Difícil entender esta sociedad si no se mira con lupa la dinámica escolar en todos sus niveles. Ya lo decía: los ministros en la tele parecían más profesores explicando a estudiantes con gráficos, cuadros y pizarrón, que políticos hablando a ciudadanos.

Por otro lado, el bar-café-restaurant es un lugar capital para la socialización. Así como los parques —que se abrirán desde el lunes— son el espacio público-privado del parisino, el bar es el ámbito del intercambio. Ahí se trabaja, se charla, se liga, se escribe, se lee el periódico. Y en el café —también lo he dicho— la barra tiene un lugar indispensable. La mayoría de los edificios parisinos tiene en su planta baja un café o tiendas, así que en cada esquina es fácil encontrarse con uno. Verlos cerrados durante toda esta temporada, era tan angustiante como caminar por el centro de una avenida muerta. Alguna vez leí sobre la importancia de los cafés en el inicio de la modernidad parisina como sustituto de la cantina; un lugar donde las ideas podían circular con frescura revolucionaria, como bien lo narra Víctor Hugo en *Los miserables*. Por eso, el anuncio de la apertura de cafés que tienen terraza —por lo pronto, los que están cerrados—, fue recibido como un alivio. Édouard Philippe dijo en algún momento algo como “eso que nos caracteriza a los franceses”, refiriéndose al gusto por salir a tomar un trago a un restaurante, lo que fue refrendado por alguien en la radio esta mañana que afirmaba: “Qué sería de Francia sin las terrazas de sus cafés” (no encuentro paralelo en México, en La Paz o en Nueva York).

Sin esperar ni un minuto, en cuanto la conferencia terminó y comenzaban las preguntas, salimos toda mi familia a la calle a festejar. Como ya se hizo un hábito, tomamos las mascarillas que cuelgan del lugar donde antes había abrigos, gorros y guantes, en la entrada de la casa “no olvidemos que ya es primavera, la ropa de invierno está bien archivada”, además del gel hidroalcohólico. Deambulamos por las calles de Montmartre, nos detuvimos en una heladería maravillosa donde, además de un helado para cada uno, yo me pedí un café —todo para llevar— y seguimos caminando. La gente estaba festiva, aunque muchos coches de

policía rondaban la zona pues todavía no entra en vigor la ley y, hasta ese momento, seguía la prohibición de beber en la calle. Pero en cada esquina había grupitos de dos a cinco personas. Manteniendo el glamur, algunos sacaban sus manteles, los ponían en las gradas, encima un par de copas de vino blanco, ensalada, quesitos y algún piqueo. La escena se repetía. Algunos grupos un poco más numerosos, y uno que otro solitario con el mismo esquema.

Un bar al pie de la montañita tenía una fila de gente esperando recoger su trago.

Su nombre no podía ser más elocuente: “No problema”.

Lo menos entusiasta de la conferencia oficial fue el lanzamiento de la aplicación *Stop covid*, que entrará en vigor próximamente. Ahí se desatan una serie de críticas y genera desconfianza. El principio de libertad, el miedo al control, a la circulación de los datos personales que puedan caer en las lógicas de la política o del mercado, son temas que no tienen tranquilos a los franceses. Habrá que ver su alcance.

Dos frases claves van quedando del proceso: “Para protegernos y proteger a los otros”; linda idea que tiene en el fondo una base solidaria, un sentido de comunidad. “Gestos de barrera” es la referencia para no darse la mano, no saludar con beso, mantener un metro de distancia y lavarse las manos; es una apelación al “gesto”, a la actitud cuya responsabilidad recae sobre uno mismo y de la cual depende el freno de la pandemia. No es menor: en nuestros “gestos” está el futuro y la sobrevivencia.

31 DE MAYO DEL 2020

ANUNCIOS EN LAS CALLES

LOS ANUNCIOS EN LAS CALLES no se han hecho esperar.

La transnacional McDonald's regala café: "Para ustedes que están en primera línea, el café es gratis. A todos los profesionales de la salud, a los policías, bomberos y militares, les ofrecemos una bebida caliente. Gracias por estar ahí para nosotros". En tono con el discurso oficial, la empresa destaca a dos figuras clave del proceso: el cuerpo médico y el represor (o encargado de que se cumplan las normas, el responsable de vigilar y castigar, como se dijo tantas veces).

Por un lado, es el reflejo de un mensaje que en una mano ofrece salud y en la otra punición. Los primeros luchan contra el virus, los segundos contra un tipo de ciudadanos desobedientes (habría que ver en otros materiales quiénes son, nada raro que en el fondo haya un imaginario racista). Todo por "nuestro bien". Por otro lado, se invisibiliza a la gran cantidad de personas que están en la base del trabajo de esos dos frentes.

Sin quitarles el mérito y la valentía a médicos y enfermeras de la "primera línea" en la batalla, ¿por qué nadie se pregunta ni rinde homenaje a quienes permiten que estos realicen su trabajo?, ¿gracias a quién ese personal pudo desayunar, comer algo que vino desde el campo a su mesa, transportarse, dejar a sus hijos al cuidado de otra persona, tener luz, agua e internet en su casa, etc.? Si McDonald's insiste en premiar a alguien regalando el producto más barato de su oferta, tendría que empezar haciéndolo por la colectividad que, en el caso francés, permitió que el país

no se viniera abajo: una red productiva y laboral que está en la base del funcionamiento de la vida social y que siempre es olvidada.

Un anuncio más juguetón puso la alcaldía de la ciudad mostrando un cubrebocas: “En París no salimos jamás sin el accesorio de moda”. Simpático juego que evoca la elegancia parisina e incorpora el barbijo como una prenda más de vestir que llegó para quedarse. Es más, va a tono con todas las vitrinas que a partir de ahora ofrecen ese pedacito de tela en muchos diseños y precios.

Pero los auténticos “mensajes” —en el sentido de aportación intelectual, moral y estética— fueron aquellos que en un fondo blanco y con letras de colores simplemente dicen: “Esperando el retorno de los espectáculos, cultivemos el arte de ser solidarios y responsables”; “Bienvenidos afuera. Nos han hecho falta”; “Este afiche no tiene nada que vender. Solamente estamos muy contentos de volver a verlos”.

7 DE JUNIO DEL 2020

LA PARÁLISIS POR EL MIEDO A LA MUERTE.
LAS MANERAS DE VIVIR LA PANDEMIA

ESCUCHÉ EN LA RADIO UN PROGRAMA en el que un académico con un título rimbombante (que mezclaba algo de psicología con neuro quién sabe qué) explicaba parte de lo que nos pasó en la cuarentena. Decía, y me sentí muy identificado, que muchas personas no podían “ni leer una novela”. A pesar de tener las condiciones para recogerse o refugiarse en la lectura o actividades que no requieran desplazamiento, varios no pudimos hacerlo. Una extraña desazón carcomía los minutos.

Explicaba el investigador que en nuestra vida diaria la idea de la muerte si bien siempre está presente de una u otra manera, es evitada a partir de múltiples estrategias. Se la margina y podemos vivir sin obsesionarnos con ella, salvo en momentos específicos. En el contexto de la pandemia, la posibilidad de la muerte, personal, de nuestros seres queridos y de la comunidad —o lo que eso signifique— estuvo demasiado presente en los medios, en las discusiones, en el ambiente (los noticieros empezaban con el número de fallecidos por día). El esfuerzo psíquico que hacíamos, conscientemente o no, para evitar, cubrir ese dramático y apocalíptico pensamiento, implicaba un cansancio inusitado. No teníamos posibilidad de dirigir la mente a otros lados, o para hacerlo invertíamos mucho de nuestros recursos psíquicos. Por eso terminábamos las jornadas agotados —eso me pasó tal cual— sin haber hecho ni cuestiones básicas y placenteras, como leer literatura.

Mientras el académico explicaba, me sentí completamente retratado, con el añadido de que me vino un grado de culpa por no estar aprovechando el “tiempo libre”, la “gran oportunidad” de trabajar en casa, disfrutar con la familia, leer lo que me gusta. Lo intenté, algo hice, pero no como hubiera querido.

Lo curioso fue que al día siguiente fuimos donde una pareja de amigos franceses que nos compartieron su historia. Ellos que son una familia de cinco personas y que viven en París (tres niños de 8 a 13 años), la pasaron muy bien. Fue la inusitada posibilidad para compartir, para trabajar desde la casa, para cocinar pasteles en la tarde, para escuchar a los hijos tocar sus instrumentos musicales y jugar cartas en la noche. Durante las dos últimas décadas, agobiados ambos por la exigencia del trabajo laboral —son universitarios—, no tuvieron tiempo para una experiencia así. Ni las vacaciones ocupaban ese lugar; en cambio en la pandemia, cumplieron un anhelo de larga data: trabajar y vivir la dinámica familiar sin tener que salir del departamento. Cero angustias. Cero estrés. Cero miedos. Increíble, todo lo contrario a mi manera de vivir la pandemia.

EL PRIMER CAFÉ

Una de las cosas que más extrañé fue salir a tomar café. La importancia de ese acto en mi vida intelectual es capital, desde el simple placer físico de tener el líquido cremoso en mi boca, hasta vivir el ambiente de los cafés y sentir el efecto en mis posibilidades concretas de trabajo —lo he dicho en otras ocasiones, tomo el café casi como droga, espero el efecto con mi computadora encendida y el archivo abierto de lo que tengo que escribir—. En esta etapa del desconfinamiento se abrió la posibilidad de sentarse y pedir un café. Lo hice con un placer inexplicable.

Todos los restaurantes tenían en sus terrazas mesas para dos o tres, separadas por unas mamparas de vidrio. Me senté en alguno que estaba a mi paso, nada especial. Vino la mesera, le pedí un expreso, ambos intercambiamos con cubrebocas. Cuando lo trajo, en la pequeña taza blanca de cerámica esmaltada, me lo tomé saboreando. El líquido no era de calidad, como siempre en París, pero la experiencia sí fue fabulosa. No pude trabajar, escribir o leer. Solo atiné a sacar mi libreta, tomar algunos apuntes y ordenar mi agenda. No importa, ya volví a la vida de café.

Al día siguiente fui al café que más me gusta, el que he bautizado como “el mejor café de París”. Ahí sí la calidad es notable, cada gota tiene sabor delicioso. Aunque no hay terraza con mesas, lo pedí en una tacita de cartón, y me senté en la grada de la entrada, dando a la calle. Al lado saqué mi libreta y escribí un largo texto sobre Octavio Paz y la política en México y Bolivia. Vuelvo a ser yo.

13 DE JUNIO DEL 2020

NO ES UN SABÁTICO, ES UNA PANDEMIA

SIGO CON EL TEMA DE CÓMO VIVIMOS el encierro. Unos días atrás un colega mexicano tuiteó: “Si ud. puede quedarse en casa, pero saca solo 20% de su trabajo, está distraído y en ocasiones triste, solo quiere ver series de televisión y aprovecha toda oportunidad para procrastinar, es tiempo de que reconozca que le ha ido relativamente bien en esta terrible cuarentena”.

En los primeros días de la cuarentena circuló una imagen de un historiador trabajando “con pandemia” y “sin pandemia”. Aparecía una persona con libros abiertos sobre un escritorio con una ventana de fondo, en las dos situaciones era exactamente lo mismo. La figura sugería que, para los trabajadores de la cultura, no cambia gran cosa porque al final del día solo requerimos el teclado para producir. Falso. Lo que salió poco a poco —y el tuit lo refleja— es que no se puede ignorar que hay un entorno crítico que nos afecta emotivamente y que no nos permite trabajar. Las condiciones materiales son las mismas, pero no somos máquinas, el clima dramático nos inmoviliza.

En tema paralelo, mientras que en París estamos viviendo el desconfinamiento en su tercera fase —mañana Macron dará un nuevo mensaje— y la discusión central son las consecuencias económicas de la pandemia y la estrategia para administrarlas, en México y Bolivia están en lo peor del pico. El futuro es demasiado incierto. Aquí el problema es saber cuándo se habilitará el interior de los restaurantes, pues actualmente solo se puede usar las mesas que están al aire libre; allá se están contando muer-

tos por miles, denunciando que la gente muere por falta de respiradores. En Bolivia el drama es peor porque no solo es la pobreza y el deficiente sistema de salud, sino además la crisis política, la desconfianza en cualquier dato oficial, la descalificación radical del opositor sin importar si esto cuesta muertes de la población. La mezquindad política es tan asesina como la Covid 19. Todos actúan midiendo la consecuencia política, poco importa el impacto sanitario. Un drama.

UN INTENTO DE ROBO EN PLENO DESCONFINAMIENTO

Cuando fui a hacer compras, una señora de unos cincuenta y cinco años que estaba a mi lado en plena calle, empezó a hablar fuerte maldiciendo a alguien que, en ese momento, le había quitado su reloj. Yo solo vi a un joven corriendo que se metió entre las calles. Su marido con notorio enojo solo atinó a decir: “¡Comenzamos!”.

Ayer la cosa estuvo más espectacular. Pasó así.

Estoy en uno de los cafés que más me gusta de la ciudad. Me compro mi expreso y salgo a la acera —lo pido en tacita, no en cartón, no es lo mismo...—. Me siento en el borde dando la espalda a la vereda, donde están estacionadas unas motonetas. Pongo en el banco, a mi derecha, mi pequeña mochila que tiene mi miniIpad, el teclado, dos libretas con anotaciones importantes de mi estancia parisina y el libro que estoy leyendo —que me costó 20 euros, recién comprado, luego lo comento—. Se acerca un varón que me pregunta dónde está Chatêlet. Lo hace a prudente distancia, sabiendo que todos estamos atentos respetando el famoso metro y medio. No estoy seguro, por lo que me paro para indicarle mejor, y por tanto cambio mi horizonte visual. Me doy cuenta que otro tipo está atrás de mí, con llaves en mano, emulando que quiere encender una de las motos. Tomo

rápidamente mi mochila, me quedo parado mirándolos, y los apunto con mi celular como si los estuviera filmando —no lo hago porque no quiero quitarles la vista y no puedo encender el video. Uno sigue su camino y vuelve a preguntarme, con desvergüenza, “¿Chatêlet?”; se da la vuelta y se marcha. Mientras el que estaba con las llaves, queda claro que no tenía nada que hacer con las motonetas pues ninguna era suya, da dos pasos en la vereda, me mira jugando a la indignación por que se supone que lo estoy filmando. Se sabe descubierto. Cruza la calle, al medio se da la vuelta y escupe al suelo mirándome, y se oculta detrás de una vagoneta estacionada en frente. Poco después, se escapa por la calle adyacente. Me levanto, le cuento al barista para que estén atentos, y sigo con mis lecturas en el mismo lugar.

El intento de robo sucedió sin quebrar las reglas de distancia social, en el marco las indicaciones oficiales. Como suceden estas cosas en París, no hubo violencia ni contacto físico, la mayor agresividad fue el escupitajo en el suelo. Por mi parte, jugué a la filmación lo que irritó a uno de ellos, aunque el otro siguió el juego de quien pregunta dónde se encuentra un lugar de la ciudad. Ya he vivido ese tipo de escenarios, los robos suaves a la parisina, en los cuales el ladrón juega a ser desentendido, a no estar haciendo nada, y por supuesto no pasa a ningún otro grado de violencia.

POR IR CON CHALECO AMARILLO...

Acompaño a mi hija a Trocadero en bicicleta. Como es medio día y no hay ciclovías en la ruta, saco mi chaleco amarillo, vistoso, fosforescente, ese que está hecho para que te vean a cuerdas de distancia. Cuando estoy volviendo, debo pasar por el Arco del Triunfo, que está atiborrado de policías, pues habrá una mo-

vilización no autorizada, de las primeras luego de la pandemia. El famoso monumento es uno de los centros de confrontación. Una cuadra antes de llegar a la plaza, me dispongo a girar a la derecha por una ciclovía que está a su alrededor y que permite evitar la plaza y tomar otra dirección. Me paso el rojo del semáforo porque giraré a la derecha. Mientras, atraviesa una moto con dos personas que parecen civiles, estoy esperando que pasen para girar pero se detienen, me dicen que son policías —guardando distancia— y me acusan de haberme comido el alto. Les explico que iré hacia la derecha y por tanto no estoy cometiendo infracción. Son dos, y al igual que en otras ocasiones, uno juega al bueno y el otro al malo, uno me dice muy racional y amablemente que hice algo mal, y el otro ironiza acusándome de que más bien seguiría de frente. Finalmente se van, sigo mi camino, giro a mi diestra como lo había planificado, y nos encontramos en el siguiente semáforo. Ambos nos detenemos, y cuando nos da verde ellos parten más rápido. Me pregunté por qué hicieron el pequeño show innecesario, no tengo respuestas, pero me da la impresión que, por verme con mi *gilet jaune*, tenían ganas de amedrentar.

Unos días atrás a mi hija Canela le pasó algo similar. Estaba en bicicleta pública en una ciclovía. Se paró en un semáforo rojo para consultar en su celular dónde se encontraba el lugar de parqueo más cercano. Se acercaron un par de uniformados y le preguntaron un montón de cosas (pasaporte, dirección, colegio, etc.). La incriminaron con argumentos poco claros —no estaba haciendo nada—, y ella, con dieciséis años y sin experiencia en tratar con las autoridades de esa manera, se puso muy nerviosa. Le pidieron sus datos. Una semana más tarde, llegó una multa de 135 euros a casa. La acusación era falsa, pues decía que estuvo hablando por celular en un vehículo; pura mentira, no era un coche sino una bici y no hablaba, consultaba en su pantalla, sobre

la ciclovía y en un alto, el lugar para estacionar. Detalle, yo le había dicho que, por razones de seguridad, tenía que llevar casco y chaleco amarillo. Era sábado, día de movilización.

La policía siempre es policía, aquí y en la quebrada del ají.

22 DE JUNIO DEL 2020

LA FIESTA DE LA MÚSICA

EL DOMINGO 14 DE JUNIO Macron volvió a las pantallas. Sus palabras no duraron ni 20 minutos, en los dos primeros anunció que la cuestión sanitaria estaba bien, que a partir del día siguiente se iban a abrir restaurantes y que comenzaba la vuelta a la nueva normalidad, y luego se concentró en la economía y la política. Punto. Fue el discurso más aburrido, menos interesante y performativo. Lo escuchamos hasta el final por inercia, no por interés. Por supuesto que sus últimas palabras, fueron “actuemos juntos” y cerró con un “Viva la República”, pero sin entusiasmo, tímido, protocolar, opaco.

El caso es que de ahí en adelante Francia cambió el chip. A las horas la gente ya estaba más relajada en las calles. Día a día se vieron los gestos de emoción, los bares llenos, la gente hablando fuerte, los restaurantes exhibiendo sus platos en las terrazas con comensales contentos. El fin de semana, las calles estuvieron repletas, cada vez menos cubrebocas y grupos más grandes.

El domingo en la noche salí con Cathia y Canela a dar una vuelta por Montmartre. La gente estaba reunida, cantando, música por muchas esquinas, gritos, abrazos, besos. Ningún barbijo cubría las sonrisas, o quien lo portaba era la excepción. Me compré una cerveza mientras caminábamos —un indio la vendía fría a dos euros—. En la gradería del Sagrado Corazón un grupo coreaba la famosa canción *Bella ciao*. Me quedó claro: la pandemia terminó en el espíritu de los franceses. Hoy, París es, otra vez, una fiesta.

27 DE JULIO DEL 2020

LA PARTIDA

LUEGO DE SEMANAS INTENSAS, de maletas y arreglos, de papeles y cuentas, llegó el día de la vuelta. Hoy tomamos el vuelo de París a la Ciudad de México. No he podido escribir porque han aparecido nuevos problemas difíciles de lidiar, lo que nos ha tenido a toda la familia en tensión. Hicimos una agenda de despedida de París, Canela estuvo de fiesta con sus amigos, fuimos a parques y plazas, a algunos museos, muchas vueltas en bicicleta y despedidas dentro de lo que cabe. Hoy entregamos el departamento que nos acogió dos años, que nos apropiamos de cada centímetro de distinta manera. Dejamos el barrio, la ciudad, la experiencia. Nos impregna un dejo de nostalgia, unido a la incertidumbre por lo que viene. Nos vamos en un clima que jamás hubiéramos imaginado, en medio de una pandemia que azota el planeta, particularmente al México que nos recibe. Se cierra un ciclo, se abren las preguntas y quedan los recuerdos.

ADENDA

HABÍA DECIDIDO DAR POR TERMINADO este diario la fecha de la última entrada. Pero siento que todavía me quedan algunas cosas por decir sobre los años vividos en París. No se trata de “conclusiones” en el sentido convencional y académico del término, sino de una adenda, un apéndice, un añadido que a la vez es continuidad y ruptura con el cuerpo central de todo el documento. Otra vez: ideas sueltas que se atraviesan en el momento de sentarse frente a la pantalla.

* * *

Estoy en el Bar Commun, en el corazón del distrito 18. Son las once de la mañana, sábado, unos días antes de la partida. Este lugar concentra parte de mi percepción del París político, ese que me gusta, de las pocas apuestas políticas que todavía puedo apoyar. Es un café autogestionario, sin patrón, con base en el voluntariado. Los fines de semana dan asesoría jurídica a quienes la requieren, los viernes hay música o teatro, los domingos es comida colectiva, cada uno trae lo que quiere consumir, pero sobre todo, compartir. Aquí me tocó una interesante jornada de académicos de la Universidad de Nanterre; era un ciclo que se llamaba, si mal no recuerdo, “universidad fuera de la universidad”, y buscaba que las discusiones académicas puedan fluir en otros sectores no acartonados en una institución. Por supuesto que a los conferencistas no les dieron un pomposo diploma de participación para que lo presenten a alguna comisión evaluadora, como estamos tan acostumbrados en México. La primera vez

que vine me convertí en “adherente” pagando un euro por mi café. Es un espacio interesante, diferente, alternativo (el café, debo decirlo, mediocre).

Este lugar, al igual que los demás que voy a comentar, me lo enseñó mi colega y amigo Geoffrey Pleyers, a quien le debo una mirada del París de movimientos sociales en sus múltiples rostros.

A cincuenta metros está la Cooperativa La Louve (también me la hicieron descubrir Geoffrey y Rebeca como lo comenté en algún momento). Es una iniciativa que nació en Nueva York y que se expandió a París. Se trata de una tienda de productos básicos pero que tienen al menos tres características: son ecológicamente sostenibles, a precio justo con el productor, son de calidad y saludables. Hay muy pocos asalariados, y para poder comprar se debe ser “socio” pagando una cuota inicial (como 100 euros). Luego, hay que “pagar” mensualmente con tres horas de servicio en las múltiples tareas, desde el cobro en las cajas hasta el empaque.

Como a unas ocho cuadras está La Recyclerie, que ya he comentado: un bar-cultural-restaurant con sentido ecológico y equitativo. A otras cinco cuadras, el café La Régulière, que en una pequeña esquina es librería, cafetería, lugar de encuentro y de exposiciones de cuadros de barrio. A cincuenta metros el restaurante vegano que por unos cuantos euros comes rico y saludable (aunque yo soy un carnívoro convencido y comprobado).

En suma, en este rumbo está uno de los rostros políticos más innovadores y estimulantes de esta Francia que no sale en las agencias de turismo.

* * *

He dejado, incluso promovido, que en estas páginas se filtre mi mirada sociológica de dos formas: por un lado, a través del

modo cómo se describen y analizan todos los eventos, desde los más ordinarios hasta los estructurales; y por otro lado, he recopilado los extractos, las citas, las ideas de autores de distintos orígenes que me han acompañado y enseñado en esta trayectoria. Algunos amigos me sugirieron que era tiempo de ordenar las reflexiones que además vienen de varios años atrás y redactar una propuesta más armada de lo que he llamado una sociología vagabunda y desenfadada. Es posible, sé que con todo esto se empieza a gestar una agenda nueva en mi vida intelectual. Ya habrá tiempo para ese esperado documento. Este libro, unido a los anteriores que he escrito con el mismo tono, son parte de un camino que cruza sensibilidades y herramientas, disciplinas y soportes en la construcción de pensamiento, en la narración de experiencias. Me queda claro que en los próximos años mi esfuerzo, mis clases, mi escritura irán por esta misma ruta, alternando entre fotografía, sociología, antropología, literatura, ensayo, cómic y todas las pasiones que me habitan y me permiten avanzar.

Y en este andar, me quedo con una de las enseñanzas que apareció en voz de Morin —acaso demasiado presente en estas páginas— cuando fue entrevistado respecto de su último libro *Les souvenirs viennent à ma rencontre*.⁵ Le interrogan por qué en sus escritos puso por delante a sus amigos, sus amores, sus ideas, en suma, su subjetividad —incluso uno de sus últimos libros se titula *Mi París, mi memoria*—. Responde con sencillez y sabiduría: “es ilusorio creer que uno puede emanciparse de su propia subjetividad para encontrar la objetividad total en el conocimiento humano”.⁶ Por eso, continúa el sociólogo norenano, “he revelado en mis diarios, mis lecturas, mis

⁵ Edgar Morin (2019). *Les souvenirs viennent à ma rencontre*. París: Fayard.

⁶ Edgar Morin. “Mes amis, mes amours, mes idées... (Propos recueillis par Jean-Francois Dortier)”, *Sciences Humaines*, Noviembre 2019, núm. 319, p. 27.

encuentros donde soy parte de mis dudas, mis problemas, mis interrogantes”.⁷ Hablar de sí mismo de manera transparente, incluso develando las debilidades, no forma parte de una actitud narcisista, sino de “imperativo epistemológico” concluye.⁸

Sirve la reflexión porque uno de los sellos de este texto y de los anteriores, ha sido tomarse más en serio el potencial de la propia experiencia como una fuente analítica, como una bitácora de saberes a la mano que pueden jugar un rol capital en el saber. Es una manera de sacudirse de los protocolos dominantes de la ciencia social actual y empezar a transitar por rutas más arriesgadas pero a la vez más divertidas y no menos rigurosas.

* * *

Unos días antes de partir hice una pequeña encuesta familiar. ¿Qué es lo que más vamos a extrañar de París? Cada uno respondió desde su propia experiencia, Anahí (que vivió de los 11 a 13 años) se refiere a la posibilidad de irse sola a la escuela, subir al metro con naturalidad para cualquier desplazamiento; también quedó encantada con la diversidad cultural, estuvo en escuelas con fuerte presencia africana y árabe. Canela (de 14 a 16 años) evoca la libertad, el inigualable gusto de ir a una fiesta con sus amigos y volver sola luego de la media noche en el último metro. Cathia menciona los inmensos parques tan accesibles, los largos paseos por los bosques, la posibilidad de desplazarse en bicicleta por la ciudad, el descubrimiento de barrios árabes, africanos, indios; las tienditas con productos tan desconocidos.

Por mi parte, estuve digiriendo la pregunta días enteros. Difícil hacer una evaluación, son muchas cosas. La palabra “extrañar” me genera un poco de ruido porque cruza con la idea de lo

⁷ *Idem.*

⁸ *Idem.*

“extraño”. En francés no existe ese término, más bien se usa *tu vas me manquer*: me vas a hacer falta. Prefiero seguir ese rumbo y preguntarme “qué me va a hacer falta” de París.

No quiero resumir y menos construir una jerarquía rígida de lo que me llevo —o dejo, que al final del día es parecido— de París (y menos caer en las caricaturas turísticas). Lo primero que se me viene a la mente es mi bicicleta. He escrito poco sobre mis paseos y mi manera de descubrir otra ciudad pedaleando. Aunque la bicicleta ha sido mi juguete favorito desde la infancia, es en París donde ha adquirido otra dimensión. He dejado de andar en metro —no volví a recargar mi abono de la famosa *Carte navigo*— y he conocido circuitos ajenos. Contrario a todos los pronósticos, en más de un año de uso intensivo, no me la robaron, solo alguna vez desapareció un accesorio cuando la dejé sola y entré a tomar un café. Me pasaron cosas interesantes. Alguna vez unos militantes ecologistas hicieron un corredor en una ciclovía y aplaudían a quienes pasábamos por ahí. Conocí los principales centros de venta, las marcas, los prejuicios —dicen que se pierde la elegancia, el glamur—, la relación con los coches y con los peatones. Supe del tráfico de bicis, los códigos ciclistas, las estrategias en el frío, la nieve, la lluvia o el calor. Fui con bicicleta a hacer las compras para la semana —especialmente en tiempos de la pandemia, volvía con varios kilos de productos colgados en el manubrio o donde se podía—, a mis clases, a recoger al colegio a mis hijas, a las conferencias. Al final, terminé manejando como un ciclista parisino —para bien y para mal—, utilizándola casi en toda circunstancia más allá de la temperatura, de la distancia o del tipo de evento. Me adherí a la idea de la alcaldesa de París que propone la bicicleta como la alternativa de transporte en las ciudades grandes, además de ser el mejor invento de los últimos siglos —ya sé, me convertí en un militante—. Y ni hablar del bien que le hizo a mi salud.

Ahora solo sé que donde me instale, mi primera compra será una bicicleta.

Y por supuesto, hay mucho más. Las aceitunas que comprábamos todos los miércoles en el mercado árabe. Escogerlas fue un aprendizaje complejo, como estar frente a un puesto de papas en Cochabamba, o uno de chapulines en el mercado de Oaxaca. Había que adquirir un tipo a la vez, degustarlas frescas, recién llegadas del vendedor directo a mi mesa, antes de pasar por el refrigerador. Las hay amargas, picantes, secas, duras, esponjosas. Recordé la erótica canción de Silvio que empata las aceitunas con morder las piernas de una mujer. Tiene toda la razón.

Viniendo de la Ciudad de México, ¡cómo se aprecia la seguridad de París! Mis hijas descubrieron la autonomía, iban a la escuela solas y en verano Canela se quedaba con sus amigos en Campo Marte, en Trocadero o el Sena hasta el final de la fiesta.

El sistema de salud fue otra maravilla en muchas dimensiones. Pasé por los distintos médicos: el cardiólogo, el otorrino, el pediatra, el general, el de urgencias, el dermatólogo. Más allá de las personalidades de cada uno, un lujo, además barato si cuentas con el seguro público —que Cathia atinadamente tramitó desde nuestra llegada—. Por un lado, me impresionó la calidad y eficacia del sistema de salud, la organización con base en un “médico tratante” que hace una primera evaluación y después deriva a los especialistas; en caso de emergencia, en cualquier circunstancia y en cualquier lugar del país, con solo una llamada a los pocos minutos la ambulancia aparecerá para brindar atención. En cada cita, los médicos no jugaban el rol de *disciplinamiento* y superioridad frente al paciente, como somos normalmente tratados en otros contextos. Eran funcionarios cumpliendo un trabajo frente a otro ciudadano. Nada de diplomas en las paredes, ni salas de espera atiborradas de pacientes que pueden esperar entre dos o

tres horas para una cita de quince minutos, su tiempo no importa (no exagero ni un segundo, lo he vivido). Por otro lado, el sentido de la profesión está en brindar un servicio de curación, de atención de la salud de la gente. Luego de lo peor de la pandemia de la Covid, cuando se dio un reconocimiento y aumento salarial al sector médico, una enfermera decía que lo reciben con gusto, pero que para ellos lo importante es el compromiso y el servicio que pueden brindar a la sociedad, que es un orgullo trabajar para una instancia encargada de proteger la salud de la gente. Finalmente, por las mismas condiciones y el lugar que ocupan los médicos, en las consultas nunca me sentí un cliente, siempre un paciente. El pago era módico y corría por el seguro público, así que no sentía que estaba contratando el servicio de un costoso especialista al que le tenía que pagar muchísimo dinero por unos minutos de su saber y mi seguridad física y psíquica. No estaba frente al gran Doctor —con mayúscula— que gana mucho dinero y tiene una gran posición en la élite local, sino frente a un funcionario con un salario asegurado y decente que tenía un saber —fruto de estudios en una universidad pública—, con la responsabilidad de atender mi problema. Otra cosa.

También me hará falta lo que gira alrededor del sistema alimentario. Tomar el agua de la pila sin necesidad de hervirla o recoger agua con gas de una fuente cerca de casa. No tener que comprar agua a una empresa transnacional que lleva el líquido en botellones de plástico asoleados durante horas antes de llegar a mi vaso. En general los productos, sean comprados en un supermercado cercano o en el tianguis de barrio, son de calidad. Poca comida chatarra, pocas gaseosas, papas fritas, pastelitos con crema que perduran en su envase por meses sin que se pudran (vaya a saber qué químicos traen y qué consecuencias para la salud). Si al lado de eso se suma la calidad de los panes en cada esquina, de los quesos y de los vinos, tenemos la imagen completa.

Por supuesto que es notable la vida de museos, el esplendor de los monumentos más famosos, la belleza de las calles y el gusto por lo estético en los detalles urbanos —con mis hijas hacíamos el ejercicio de detenernos en cualquier esquina a contemplar las fachadas, podíamos quedarnos muchos minutos agasajando la mirada—. La cercanía y la facilidad para acceder a parques, hacer picnic los fines de semana, disfrutar de los árboles, los pastos cuidados, el respeto de todos por el espacio del otro, cuidar lo que pertenece a todos. La facilidad de desplazarse, no tomar más de 25 minutos para llegar a cualquier lado, sea en bicicleta o en metro (jamás en coche propio). La seguridad, poder sacar dinero del cajero automático sin tener un ojo en la espalda; no espantarse si sientes a alguien detrás de ti, incluso si ves un grupo de personas consumiendo alcohol en alguna avenida. La vida de las bibliotecas, las largas horas que he pasado en la Biblioteca Nacional de Francia o en la de la Universidad de París V Descartes, y lo estimulante del dinamismo intelectual local.

Como soy boliviano de origen, aprecio las movilizaciones, las marchas, el sentido la lucha para defender los grandes logros siempre asediados por intereses empresariales (una amiga me dijo que tenía que ir a una marcha para conocer la cultura de la protesta francesa, le hice caso muchas veces). La educación que recibieron mis hijas, tanto en la formalidad del método de aprendizaje —el lugar de la literatura, la filosofía, el lenguaje y las ideas—, como en el entorno —profesores progresistas, movimientos sociales, estudiantes con un discurso social y ecológico—. Y por supuesto verlas tan acostumbradas a ese mundo de libertad, seguridad, aprendizajes, intercambios.

Decía Hemingway que es un privilegio haber vivido en París. Tenía razón. Qué fácil es acostumbrarse a esta ciudad, qué difícil es dejarla.

ÍNDICE

Presentación	11
--------------	----

PRIMERA PARTE

19 de marzo del 2018	19
9 de mayo del 2018	25
4 de junio del 2018	28
Viernes 15 de junio del 2018	30
Sábado 16 de junio del 2018	33
Lunes 18 de junio del 2018	36
5 de julio del 2018	39
16 de julio del 2018	42
20 de julio del 2018	48
3 de agosto del 2018	51
Miércoles 8 de agosto del 2018	53
Miércoles 15 de agosto del 2018	56

17 de agosto del 2018	60
18 de agosto del 2018	65
19 de agosto del 2018	66
20 de agosto del 2018	68
Martes 21 de agosto del 2018	69
Jueves 23 de agosto del 2018	72
24 de agosto del 2018	74
28 de agosto del 2018	76
31 de agosto del 2018	80
2 de septiembre del 2018	84
3 de septiembre del 2018	85
5 de septiembre del 2018	87
7 de septiembre del 2018	90
13 de septiembre del 2018	100
14 de septiembre del 2018	104
Jueves 20 de septiembre del 2018	105
21 de septiembre del 2018	111

22 de septiembre del 2018	113
Sábado 29 de septiembre del 2018	117
Domingo 30 de septiembre del 2018	122
Miércoles 2 de octubre del 2018	125
Sábado 6 de octubre del 2018	127
8 de octubre del 2018	132
11 de octubre del 2018	136
Miércoles 17 de octubre del 2018	142
Jueves 18 de octubre del 2018	144
21 de octubre del 2018	146
Martes 23 de octubre del 2018	148
24 de octubre del 2018	151
27 de octubre del 2018	152
10 de noviembre del 2018	156
14 de noviembre del 2018	159
15 de noviembre del 2018	161
16 de noviembre del 2018	163

21 de noviembre del 2018	166
23 de noviembre del 2018	173
27 de noviembre del 2018	174
30 de noviembre del 2018	176
8 de diciembre del 2018	180
9 de diciembre del 2018	182
Lunes 10 de diciembre del 2018	185
Martes 18 de diciembre del 2018	190
Viernes 21 de diciembre del 2018	192
28 de diciembre del 2018	194
30 de diciembre del 2018	196
9 de enero del 2019	197
Domingo 20 de enero del 2019	203
Sábado 26 de enero del 2019	207
Jueves 7 de enero del 2019	210
14 de marzo del 2019	212
Sábado 16 de marzo del 2019	215

18 de marzo del 2019	217
31 de marzo del 2019	221
3 de abril del 2019	225
5 de abril del 2019	228
Martes 10 de abril del 2019	232
Jueves 11 de abril del 2019	236
21 de abril del 2019	238
Miércoles 1 de mayo del 2019	239
4 de mayo del 2019	245
Sábado 11 de mayo del 2019	247
Lunes 20 de mayo del 2019	252
6 y 7 de junio del 2019	255
Sábado 22 de junio del 2019	260
28 de junio del 2019	262
Martes 2 de julio del 2019	265
13 de julio del 2019	268
15 de julio del 2019	270

22 de julio del 2019	273
Jueves 25 de julio del 2019	274
29 de julio del 2019	275
Miércoles 7 de agosto del 2019	276
11 de agosto del 2019	279
Jueves 15 de agosto del 2019	283
Miércoles 21 de agosto del 2019	285
23 de agosto del 2019	289
Domingo 25 de agosto del 2019	291
26 de agosto del 2019	293
Miércoles 28 de agosto del 2019	295
2 de septiembre del 2019	297
Miércoles 4 de septiembre del 2019	304
12 de septiembre del 2019	306
25 de septiembre del 2019	310

SEGUNDA PARTE
COVID-19

12 de marzo del 2020	316
14 de marzo del 2020	317
15 de marzo del 2020	318
Lunes 16 de marzo del 2020	321
19 de marzo del 2020	323
20 de marzo del 2020	325
21 de marzo del 2020	326
22 de marzo del 2020	328
23 de marzo del 2020	330
24 de marzo del 2020	332
25 de marzo del 2020	335
28 de marzo del 2020	336
4 de abril del 2020	340
10 de abril del 2020	344
Domingo 12 de abril del 2020	349

Sábado 18 de abril del 2020	352
22 de abril del 2020	355
23 de abril del 2020	358
25 de abril del 2020	361
5 de mayo del 2020	364
6 de mayo del 2020	366
10 de mayo del 2020	369
16 de mayo del 2020	372
24 de mayo del 2020	376
28 de mayo del 2020	381
29 de mayo del 2020	384
31 de mayo del 2020	387
7 de junio del 2020	389
13 de junio del 2020	392
22 de junio del 2020	397
27 de julio del 2020	398
Adenda	399

París a diario, de Hugo José Suárez, editado por el Programa Editorial de la Dirección General de Divulgación de las Humanidades de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, se terminó de imprimir el 21 de septiembre de 2022 en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda, Iztapalapa, 09810 Ciudad de México. Su composición tipográfica se hizo en tipos Times New Roman de 11:13, 10:11 y 8:9 puntos. La edición consta de 200 ejemplares impresos sobre papel Cultural de 90 gramos. Para los forros se usó cartulina sulfatada de 12 pts. Estuvo al cuidado de María Ordóñez y Nuria Pons.

HUGO JOSÉ SUÁREZ

París a diario

“Se dice que hay que escribir el libro que uno quisiera leer”, apunta Hugo José Suárez en la primera línea de este libro. A partir de esa premisa se embarca en un viaje que lo lleva a transitar del viajero fascinado con ese “lugar-objeto” llamado París, al habitante ordinario de una urbe plena de motivos y situaciones que invitan a una reflexión más profunda: la del viaje interior de un observante privilegiado.

En *París a diario* Hugo José Suárez ofrece al lector impresiones a bocajarro e ideas reposadas, sentimientos entrecerrados con datos, citas y observaciones cotidianas, así como frases, recortes de periódicos y opiniones sobre las más diversas temáticas. La suma de estas partes constituye la voluntad de narrar una vida y dar sentido a lo aparentemente lejano. Más aún, filtradas por el “ojo sociológico”, estas impresiones dan lugar a una curiosa transustanciación: la de convertir lo extraordinario en ordinario y lo ordinario en algo digno de contar.

CÁTEDRA
19
UNIVER
SITARIA



ISBN 978-607-30-6491-0



9 786073 064910